

MARIA ISABEL SALSENCH OLLÉ



El Sabor de la Manzana

PASIONES LEGENDARIAS II

Derechos de autor © 2025 Maria Isabel Salsench Olle

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

Número de registro: 2501130626330

Contenido

[Derechos de autor](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo final](#)

[Epílogo](#)



"El amor es la más peligrosa de las pasiones. Porque ataca al mismo tiempo la cabeza, el corazón y los sentidos" Voltaire.



Capítulo 1



1791, Inglaterra.

Lady Blanca Erthal era la legítima heredera del condado de Erthal, un título raro en Inglaterra que podía pasar a una mujer en ausencia de un varón. Pero aquella herencia traía una condena: debía casarse antes de cumplir los veinte años o perdería todo derecho sobre las tierras y títulos de su familia. Esta regla, escrita con buenas intenciones, ahora pendía sobre ella como una sentencia de muerte.

En el ala norte de la mansión, Blanca estaba sola en su habitación. Los primeros rayos del amanecer iluminaban su tocador, donde una carta con el sello familiar descansaba intacta. Era el último mensaje de su padre, pero algo en su interior la había retenido de abrirla. Desde hacía algunas semanas, sentía que cada rincón susurraba peligros, como si las paredes conspiraran para apartarla.

—Milady, ha llegado una nota para usted —anunció la señorita Potts, su doncella, irrumpiendo con cuidado.

Blanca giró la cabeza, sorprendida. No esperaba correspondencia. Potts le tendió un sobre que Blanca abrió con manos temblorosas. Las palabras escritas a toda prisa eran simples, pero desgarradoras:

"Tu vida corre peligro. Huye antes de que sea demasiado tarde."

El papel cayó de sus manos, aterrizando en el suelo. Su mente empezó a girar en torno a posibles explicaciones. Miró la carta de su padre con renovada urgencia. Si había algo que podía protegerla, estaba allí. Rompió el lacre y leyó:

"Mi dulce Blanca,

Si estás leyendo estas palabras, es porque ya no estoy a tu lado. Pero mi amor por ti y mi deseo de protegerte no pueden morir. Hay algo que debes saber: no confíes en quienes te rodean, salvo en uno. Alexander Hamilton es un hombre digno de tu confianza, aunque al principio pueda parecer lo contrario. En él hallarás un aliado inesperado. Sé fuerte. Lo que se avecina pondrá a prueba todo tu coraje.

Tu siempre leal padre, Lord Erthal."

El nombre golpeó en su mente: Alexander Hamilton. No lo había escuchado antes, pero si su padre lo mencionaba en esas circunstancias, debía ser importante.



—¿Has escuchado los rumores, lady Grimhilde?

En la biblioteca, en el ala sur de la mansión, Lady Grimhilde levantó la vista de los documentos que estaba repasando con rigurosa atención y sus ojos oscuros y calculadores chocaron con los de lord Harrington, que eran grises y brillantes como un espejo.

Lady Grimhilde sabía más de lo que admitía, siempre lo hacía, pero en ese momento algo en su expresión la delató. Una leve inquietud parpadeó en su mirada, antes de que su rostro volviera a ser impenetrable.

—Rumores, dices... —murmuró ella—. En esta casa, los rumores son como el viento, lord Harrington: siempre presentes, pero pocas veces importantes.

Harrington, cuya lealtad siempre pendía de un hilo, se inclinó aún más cerca de la señora a la que siempre había servido, con sus manos temblorosas posándose sobre el escritorio de caoba.

—Este es diferente, mi señora. Se dice que Blanca ha recibido una carta de su difunto padre. Una carta póstuma que, si es cierta, podría cambiarlo todo.

El ceño de lady Grimhilde se frunció, aunque solo por un segundo, una fracción de duda. Sus manos, elegantemente colocadas sobre los brazos de su silla, se tensaron.

—¿Una carta? —repitió, tranquila pero contundente—. ¿Qué podría decir esa carta que no esté ya en el testamento? Blanca debe casarse antes de su vigésimo cumpleaños, o perderá el condado. Y te aseguro que eso no sucederá, lord Harrington.

—Mi señora —insistió el Barón de Erthal, vasallo del Condado de Erthal, tragando saliva—. Si esa carta contiene instrucciones especiales, podría ser una amenaza para tus planes.

Un silencio cayó sobre la biblioteca, solo roto por el crepitar del fuego de la chimenea. La luz de las llamas danzaba en la figura de Grimhilde, proyectando sombras alargadas en las paredes. Con una lentitud deliberada, la madrastra de Blanca se levantó con su vestido lila rozando el suelo de mármol y el sonido de sus pasos retumbando en la estancia. Ella siempre vestía de luto, como si de veras le hubiera dolido la muerte de su esposo.

—No habrá amenazas —dijo lady Claudia Grimhilde, ahora Claudia Erthal, aunque todo el mundo la llamara «Lady Grimhilde»—. Blanca nunca llegará a cumplir esos veinte años, y mucho menos a casarse.

—¿Y qué planeas hacer al respecto, mi señora? —preguntó lord Harrington en un susurro apenas audible, aún de pie junto al escritorio y alzando ligeramente la cabeza para mirar a

Claudia directamente a los ojos.

—Ya lo he hecho. Alexander, nuestro viejo amigo en común, está en camino.

«Alexander».

«Alexander Hamilton».

Un cazador de origen escocés, cuyo nombre susurraban en los callejones y las cortes con el temor de invocar algo prohibido y que siempre había estado cerca de la esposa del Conde de Erthal, como si le debiera algo.

—Entonces, todo está en marcha —respondió lord Harrington, con una mezcla de respeto y terror.

—Exactamente. Y nadie, ni siquiera un fantasma del pasado, me quitará lo que es mío, el Condado de Erthal debe ser para mi hija, Alethea.

Lord Harrington asintió con rigidez, y en el ambiente de la biblioteca, sofocante por la presencia de la viuda del Conde de Erthal, se dio cuenta de que no había vuelta atrás. La maquinaria de los oscuros deseos de esa mujer ya estaba en marcha. Sin más palabras, el hombre inclinó la cabeza y se alejó. Cuando la puerta se cerró tras el Barón de Erthal, la sonrisa en los labios de Grimhilde se desvaneció, reemplazada por una expresión de cálculo. Se acercó a la ventana, apartando las pesadas cortinas, y observó cómo la luz del amanecer comenzaba a teñir los cielos con tonos rosados. La belleza del paisaje no le inspiraba ni calidez ni esperanza. No le inspiraba absolutamente nada salvo ambición.

«Blanca. La dulce y desventurada Blanca». Una joven que no sospechaba nada. Lady Grimhilde reprimió una sonrisa al pensar en la inocencia de la muchacha, esa misma que pronto la llevaría a su caída.

Se apartó de la ventana y regresó al centro de la biblioteca, haciendo resonar su paso firme y seguro sobre el mármol antes de volver a sentarse. Claudia sabía que Alexander haría todo lo necesario para cumplir con su encargo. Un hombre como él no se dejaba llevar por sentimentalismos ni moralidades.

El sonido de unos pasos cortos en el pasillo la sacó de sus pensamientos. La puerta de la biblioteca se abrió de nuevo, y una figura menuda, casi invisible bajo las pesadas telas de su vestido, hizo su entrada. Era Alethea, su hija. La hija menor del Conde de Erthal.

—Madre —dijo Alethea con una reverencia discreta—, ¿me has hecho llamar?

Alethea era el centro de todo, la razón por la que había tomado tantas decisiones peligrosas. La única manera de asegurar el futuro de su hija era eliminar a Blanca de la ecuación, asegurando el condado de Erthal para la sangre de Grimhilde.

—Sí, hija mía —respondió la madre con suavidad, pero su voz carecía de la calidez maternal común—. Hay cosas que están ocurriendo, piezas que se están colocando. Todo para tu beneficio, ya lo sabes. Mamá no quiere que sufras lo que ella tuvo que sufrir.

Alethea, con sus ojos oscuros (los mismos que su madre) y su expresión siempre comedida, asintió sin hacer preguntas. Lady Grimhilde solía admirar ese carácter frío en su hija, pero otras veces temía que Alethea no tuviera la fortaleza necesaria para sostener todo el poder que estaba construyendo para ella.

—Blanca —comprendió la joven en voz alta—, ¿se interpondrá en nuestros planes?

—No —respondió lady Grimhilde, cortante—. Ya he tomado las medidas necesarias. Alexander está en camino. Alethea no mostró emoción alguna, como si ya estuviera habituada a los arreglos de su madre. Pero Grimhilde pudo notar una leve rigidez en su postura. Quizás su hija no fuera tan indiferente a Blanca como quería aparentar.

—Confía en mí —añadió lady Grimhilde, acercándose a la joven debutante y colocando una mano firme sobre su hombro—. Todo será tuyo, como debe ser. Blanca no vivirá lo suficiente para reclamar nada. Ni siquiera se dará cuenta, pobre inocente criatura.



Mientras tanto, en el ala norte, Blanca miraba por la ventana, intentando calmar su mente. Los campos verdes que se extendían hasta el horizonte habían sido su refugio desde niña. Pero ahora esos mismos paisajes le parecían ajenos, como si ya no le pertenecieran.

La carta de su padre y la nota anónima le pesaban en las manos. Su padre había confiado en alguien llamado Alexander Hamilton. Pero ¿quién era? ¿Y cómo encontrarlo? Su instinto le decía que no debía quedarse de brazos cruzados. El tiempo se agotaba.

Unos cascos de caballo resonaron en la distancia, rompiendo el silencio del amanecer. Blanca miró hacia el camino principal de la propiedad, y una figura oscura apareció, montando un caballo imponente. No reconoció al hombre, pero algo en su porte y en la forma en que desmontó le dio un mal presentimiento.

Potts irrumpió en la habitación, esta vez sin tocar.

—Milady, hay un visitante. Dicen que es un amigo de la familia.

Blanca sintió que el corazón se le detenía por un momento. Sabía que nadie llegaba a esa casa sin el consentimiento de su madrastra. Y si estaba relacionado con ella, no podía ser una visita amistosa.

—¿Cuál es su nombre?

—Alexander Hamilton, milady.



Capítulo 2



El aire dentro de la propiedad de los Erthal estaba impregnado de un silencio horrible, tan solo roto de vez en cuando por el crujido de las vigas de madera bajo sus pies y el ruido apagado de las voces que ascendían desde el comedor hasta su solitaria habitación.

Era una costumbre que su madrastra organizara esas celebraciones sin invitarla. Al principio, había justificado su exclusión con razones aparentes: Blanca era todavía una niña, sin lugar entre los adultos. Con el tiempo, las razones habían dejado de ser necesarias. Las decisiones de lady Grimhilde se habían impuesto por sí solas, como algo incuestionable, algo que nadie, ni siquiera su padre, había considerado desafiar.

La luna derramaba su luz sobre los campos, ahora vacíos y en silencio, sin la presencia de los jornaleros. Blanca no había abandonado su estancia en todo el día, como si aquel reducido espacio fuera el último refugio que aún pudiera reclamar como suyo. Aferrándose a una sensación que sabía que estaba desapareciendo. No era sencillo dejar atrás los últimos vestigios de su inocencia.

Un leve golpe en la puerta la sacó de sus pensamientos, obligándola a apartarse de la ventana, su única compañía. La señorita Potts asomó la cabeza, ofreciéndole su habitual sonrisa tímida. En realidad, era una mujer de edad considerable que había comenzado a servirla desde su debut en sociedad; una elección, por supuesto, de su madrastra.

—Milady, lady Grimhilde solicita su presencia en la cena.

Blanca frunció el ceño. ¿Ella? ¿Invitada a la cena? La idea le provocaba escalofríos. ¿A qué se debía ese repentino interés por su presencia? Pero sabía que rechazar la invitación solo empeoraría las cosas; la voz de su madrastra era, después de todo, la ley en aquella casa.

Una ley incuestionable.

—Bajaré enseguida.

La doncella asintió y entró en la habitación oscura, apenas iluminada por un par de velas agonizantes. Con gestos cuidadosos, la ayudó a ponerse un sencillo vestido de color marfil, el mismo que había usado desde su debut en sociedad y que reservaba para las ocasiones formales, dado que no tenía muchas opciones donde elegir. Le quedaba algo ajustado en el pecho y un poco corto en los tobillos.

Pero no se había atrevido a decírselo a nadie, pues su madrastra siempre se quejaba de que su padre las había dejado sin dinero y que no podían permitirse lujos.

Apenas se miró en el espejo, pues no le agradaba su reflejo y no era dada a la vanidad. Con cierto miedo, salió de la habitación sin cruzar apenas una palabra con la señorita Potts; las palabras no eran necesarias. Al llegar al comedor, el ambiente ya estaba impregnado de una tensión sutil.

Alethea, su medio hermana, permanecía sentada con la mirada baja, sus delicadas manos jugando con la servilleta bordada que descansaba en su regazo. Blanca no pudo evitar notar el contraste entre ambas: Alethea, siempre impecable en su vestido rosa pálido, irradiaba gracia incluso en el silencio, mientras ella misma se sentía diminuta en su viejo vestido de marfil.

Sin embargo, había algo en Alethea esa noche, un brillo en sus ojos negros que contradecía su habitual templanza. Blanca la sorprendió mirándola de reojo, pero Alethea desvió la vista rápidamente, como si temiera que su madre pudiera notar el intercambio. Fue un gesto mínimo, pero suficiente para que Blanca se preguntara qué pasaba por la mente de su hermana. ¿Era empatía lo que había visto? ¿O simplemente culpa?

Lady Grimhilde presidía la mesa con su porte imperturbable y un espléndido vestido lila de escote generoso. Era, sin duda, una mujer de belleza notable, una de esas presencias arrolladoras que aplastaban a Blanca cada vez que se encontraban. Su exuberancia, su seguridad y su carisma eran incomparables. No le sorprendía en absoluto que su padre se hubiera enamorado de ella; Blanca estaba segura de que cualquier hombre lo haría. Esa convicción era también el reflejo de una amarga realidad: ella jamás podría igualarse.

Pero lo que realmente llamó la atención de Blanca fue el hombre que se encontraba en el otro extremo de la mesa: Alexander.

Era alto y de porte firme, con una elegancia natural que desmentía la sencillez de sus ropas. Su cabello oscuro le caía de forma desordenada sobre su frente, añadiendo un aire de rebeldía que parecía contradecir la quietud calculada de su postura. Había en él una fuerza contenida, algo casi salvaje. Sus ojos, negros y atentos, recorrían la sala con concentración.

—Blanca, querida, vamos, siéntate —la voz suave de lady Grimhilde interrumpió sus pensamientos—. Te presento a Alexander Hamilton, el hijo de un barón escocés, muy aficionado a la caza.

Quiso mirarlo de nuevo, confirmar que el destino lo había puesto en su camino como un rayo de luz. Pero las miradas expectantes de los invitados —y los ojos penetrantes de lady Grimhilde— estaban fijos en ella, intentando leerle los pensamientos. Decidió disimular, nadie podía saber lo que su padre le había dicho en esa carta.

—Es un placer conocerla, lady Erthal —dijo Alexander, inclinando la cabeza con cortesía, pero sin levantarse de la mesa.

Blanca asintió con una sonrisa tenue, bastante nerviosa.

—Siéntate, querida Blanca —insistió su madrastra, señalando con elegancia la silla vacía junto a Alexander Hamilton—. Alexander ha venido a Erthal con intenciones de cazar, ¿no es

así? —prosiguió lady Grimhilde desde el otro extremo de la mesa—. Dicen que hay un ciervo tan blanco como la nieve recorriendo estos valles. Alexander quiere cazarlo y colgarlo como trofeo en su pared. ¿No es así?

—En efecto, mi señora —respondió él suavemente, inclinando la cabeza en señal de respeto—. Un desafío como ese es difícil de resistir. —Luego, su mirada cayó sobre Blanca, sosteniéndola un instante más de lo necesario.

Durante la cena, las conversaciones le parecieron insustanciales a Blanca: caza y asuntos del condado. Lady Grimhilde se mostraba casi afectuosa, aunque cada palabra llevaba un doble filo sutil que Blanca no podía ignorar. Optó por el silencio, observando con discreción y consciente de que no poseía el carisma de su madrastra. Incluso lord Harrington, el barón de Erthal y viejo amigo de su padre, parecía completamente absorto con lady Grimhilde y con su hermana Alethea, quien intervenía de vez en cuando con gestos gráciles.

—Espero que mi llegada no haya sido inoportuna —murmuró Alexander de repente, inclinándose hacia ella en medio del bullicio de las demás conversaciones.

—No es ninguna molestia —respondió Blanca, mirándolo de reojo—. Aunque no sabía que entre nuestros conocidos contábamos con cazadores tan distinguidos. Me habían dicho que muchos barones escoceses tienen pasión por la caza, pero es raro ver a uno dispuesto a viajar tan lejos solo por un ciervo.

—Alexander es mucho más que un cazador experto, querida —replicó Lady Grimhilde inclinándose hacia adelante desde su extremo en la mesa rectangular, ignorando al resto de comensales que los dividían, como si, a pesar de su aparente desinterés, hubiera escuchado cada palabra—. Ha sido de gran ayuda en asuntos... delicados.

La cena continuó, pero a Blanca le costaba respirar; el aire apenas entraba en sus pulmones. A pesar de sus intentos de pasar desapercibida, de mantenerse callada y apartada de todos, se había convertido en el centro de atención. Nunca le había gustado sentirse observada, y menos ahora, cuando no entendía nada de lo que estaba sucediendo a su alrededor. La única conclusión a la que llegaba era que su madrastra le había encontrado un pretendiente; sin embargo, si así fuera, la advertencia en aquella maldita nota sobre el peligro que corría su vida no tendría sentido, ni tampoco la carta póstuma de su padre. Todo parecía incomprensible y era incapaz de comprenderlo, limitada, pequeña, como si no tuviera la inteligencia necesaria. No era como su hermana Alethea, resuelta y segura. Era sencilla, y no lograba escapar de sus propias inseguridades.

Pero se negaba a abandonar su casa. Su hogar.

Después de la angustiada cena, Blanca se excusó educadamente y salió al pasillo, buscando un respiro. El aire frío del pasillo la relajó, pero su mente seguía dándole vueltas a todo. Temía enfadar a su madrastra por marcharse del comedor, pero ya no podía más, la situación la superaba.

—Milady.

Blanca se giró sobresaltada, llevándose una mano sobre el pecho y allí, a unos pasos de distancia, estaba Alexander, inmóvil. Su mirada le provocó un estremecimiento. Blanca sintió que ese completo desconocido veía más allá de su silencio, que podía comprender su soledad, su indefensión.

—Señor Hamilton —dijo ella, manteniendo la compostura—. ¿No debería estar con los demás invitados?

—He preferido salir —respondió él, dando un par de pasos hacia ella—. Necesito un

respiro.

Las palabras de su padre resonaron en su mente: «Alexander Hamilton es un hombre digno de tu confianza».

—¿Puedo acompañarla?

—Voy a la biblioteca... es el lugar más tranquilo al final del pasillo —respondió, confiando sin más remedio.

Sabía que aceptar su compañía era escandaloso, pero debía hacerlo.

—Entonces, la sigo.

Mientras avanzaban por el pasillo vacío, cada paso del señor Hamilton detrás de ella era una prueba. Consciente de que no debería estar a solas con un hombre, cerró los puños para controlar el temblor en sus manos y se recordó que no era un extraño. En algún sentido, ella ya lo conocía: su padre la había hablado de él.

Finalmente, llegaron a la puerta de la biblioteca, y Blanca la empujó con cautela. Entraron en la amplia sala, donde las estanterías de madera oscura y los volúmenes antiguos desprendían el reconfortante aroma a papel envejecido. La tenue luz apenas iluminaba las mesas de lectura, con las velas esperando fielmente a sus dueños.

Blanca se acercó a la ventana y dejó que su mirada vagara por el paisaje nocturno, un gesto que repetía desde niña. El silencio se alargó tras el leve sonido de la puerta al cerrarse. ¿Qué estaban haciendo realmente? ¿Cómo podía obedecer a su padre y confiar en un hombre al que apenas conocía, y al que, además, le había presentado su madrastra? ¿Qué debía hacer? ¿En quién debía confiar?

Por mucho que hubiera amado a su padre, él la había dejado en manos de una mujer que no le profesaba ningún cariño. Y con una cláusula nada favorecedora: la de tener que casarse antes de los veinte años para tener el poder. La duda se colaba en sus pensamientos. Su inocencia se convertía, poco a poco, en una desconfianza casi absoluta hacia todos.

—¿Por qué me ha seguido, señor Hamilton?

—Ya se lo he dicho, necesito un respiro.

—No parece usted un simple cazador —dijo con cierta impotencia—. Tampoco parece alguien que haga las cosas por un simple capricho.

—Quizás tenga razón.

—Entonces, ¿quién es usted realmente? ¿Y qué quiere de mí?

—Tal como ha dicho su madrastra, soy solo un barón con cierta afición por la caza, nada extraño. Disfruto de un pasatiempo común entre los ociosos de nuestra clase. —Hizo una pausa, observándola con una leve sonrisa—. La he visto salir del comedor con cierta prisa y pensé que quizás le vendría bien algo de compañía...

Blanca apartó la vista hacia el suelo, con el pulso acelerado. ¿Compañía? Qué extraño le resultaba ese concepto. Había olvidado lo que era sentirse realmente acompañada; ni siquiera con sus pocas amigas de Londres había experimentado algo así, siempre guardando silencio sobre su vida personal. No era de las que buscaban consuelo en otros.

—Ya no sé qué pensar —murmuró ella, llevándose una mano a la cabeza.

—¿Se encuentra bien, milady? —insistió él, separándose de la estantería y dando un paso hacia ella, acortando la distancia entre ambos.

Alexander, en realidad, no tenía idea de por qué hacía esa pregunta. Había cumplido docenas de encargos similares, cada uno más peligroso que el anterior, y nunca se había permitido dudar. No era un hombre sentimental ni uno que desperdiciara tiempo en

contemplaciones morales.

Pero esa joven... había algo en ella que lo desarmaba. No era solo su fragilidad o la dulzura de su voz al responderle, sino la forma en que parecía resistirse a su propia vulnerabilidad. La inocencia de Blanca no era ingenuidad; era algo más profundo, una clase de fortaleza silenciosa que lo inquietaba. Una confianza casi ciega en él incomprensible.

Lo cierto era que tenía dos órdenes, dos caminos opuestos.

Grimhilde quería su muerte. Pero alguien más —un cliente anónimo— lo había pagado para protegerla. Ambas órdenes eran claras. Ambas le ofrecían un premio atractivo. Y, sin embargo, no podía elegir. Por primera vez en su vida, Alexander Hamilton estaba atrapado entre dos destinos, y ambos lo llevaban hacia el mismo lugar: esa mujer que, sin saberlo, lo tenía atado.

La observó asentir con delicadeza, tan grácil como el ciervo blanco al que había aludido lady Grimhilde. Su piel, pálida como la nieve, reflejaba la luz tenue de la biblioteca, y su cabello, negro como el azabache, caía en suaves ondas enmarcando su rostro. Jamás había visto a una mujer tan bella.

Entonces, su atención quedó atrapada en una pequeña gota de sudor, que resbalaba lentamente desde el cuello de lady Blanca Erthal hasta perderse en el escote apretado de su vestido, que le quedaba corto y algo ajustado. Pero lejos de verla fuera de lugar o inapropiada, la encontró inexplicablemente atractiva.

Alguien le había pedido que la protegiera, así que iba a pensárselo un poco más antes de obedecer a Lady Grimhilde.

—Buenas noches, milady —dijo él, escondiendo bien la daga de su cinturón antes de retirarse.



Capítulo 3



Blanca había dormido bastante, pero no estaba descansada. En busca de alivio, decidió salir a los jardines, intentando dejar atrás la opresión que la había consumido durante la noche. La brisa matutina, fresca y suave, le ofrecía cierto consuelo, aunque no suficiente.

Unos pasos suaves rompieron el silencio del sendero a sus espaldas. Blanca no necesitó girarse para saber quién era.

«Alexander».

Otra vez él.

Igual que en la noche anterior. ¿La estaba persiguiendo?

¡Qué extraño! Hasta el día anterior no había oído nunca ese nombre, y ahora parecía no poder dejar de pensar en él.

Lo sentía en el aire, en la forma en que su presencia lo llenaba todo. No lo conocía en absoluto, y sin embargo... lo percibía, como a alguien cercano.

—Buenos días, milady —saludó él en voz baja, deteniéndose a una distancia prudente. Pero esa distancia no bastaba; su sola cercanía le provocó un estremecimiento involuntario.

Blanca se giró lentamente, devolviéndole una breve inclinación de cabeza, aunque sus manos temblaron al acomodarse su capa burdeos en una muestra inconsciente de su pudor.

—Señor Hamilton.

—Espero no haber interrumpido su paseo.

El leve calor de su voz le provocó un rubor que apenas pudo disimular. Blanca apartó la mirada hacia los setos y flores que bordeaban el sendero, intentando ocultar su nerviosismo. ¿Qué hacía él allí? ¿La había seguido otra vez, como en la noche anterior? La duda le erizaba la piel, pero en el fondo de sus pensamientos surgía también una pregunta más incómoda: ¿y si ella

deseaba que la siguiera?

Ningún hombre la había mirado de esa forma.

—¿Qué podría haber interrumpido? —dijo ella finalmente, en un susurro, rompiendo un poco su silencio personal—. Tan solo estaba tomando el aire, otra vez.

—El aire de la mañana tiene un encanto especial, ¿no le parece? Entiendo que haya salido a buscarlo.

—Y usted, ¿qué busca, señor Hamilton? ¿Paz o compañía?

—Ambas cosas, quizás. Aunque no siempre lo que buscamos es lo que encontramos.

Blanca no supo qué responder. Había algo en sus palabras, en cómo la miraba, que la desarmaba. Comenzaron a caminar uno al lado del otro en completo silencio. Pero Alexander apenas veía el camino. Su atención estaba fija en ella, en la forma en que la luz de la mañana se deslizaba sobre su cabello oscuro, en cómo la brisa matutina jugueteaba con los mechones sueltos que enmarcaban su rostro.

Había conocido a muchas mujeres, algunas bellas y otras que buscaban con insistencia su atención. Sin embargo, había en ella una inocencia que lo arrastraba, que le impedía apartar la vista.

—Supongo que debe de estar acostumbrado a madrugar. Las cacerías se realizan a primeras horas de la mañana. ¿Cierto? —preguntó Blanca, rompiendo el silencio.

—La carne siempre está más fresca a primeras horas, después de que las presas hayan descansado por la noche.

Blanca notó que Alexander bajaba la mano con un gesto casi distraído, rozando con la yema de los dedos un objeto alargado y oculto bajo las capas de su ropa. El movimiento fue sutil, pero lo suficiente como para captar su atención.

Pronto, alcanzaron una de las puertas de entrada a la casa, y él intercambió cortesías de despedida que, aunque educadas, a Blanca le parecieron extrañamente distantes y carentes de sinceridad.



Al llegar a la biblioteca, donde un lacayo le había indicado que su presencia era urgente, Alexander la encontró allí, de pie junto a la chimenea, enmarcada por las sombras que el fuego proyectaba en las paredes. Lady Grimhilde no alzó la vista cuando él entró, sus ojos seguían clavados en las llamas, y ni siquiera se inmutó ante el leve chasquido de la puerta al cerrarse.

Ella siempre lo sabía todo.

—Alexander —pronunció aquella mujer finalmente, con su voz fría—. Empiezo a preguntarme si he cometido un error al confiar en usted para algo tan... decisivo.

Alexander se detuvo a unos pasos, haciendo una reverencia mínima. Su mano derecha se deslizó instintivamente hacia el borde de su capa, donde descansaba su daga.

—Mi señora, lo que me ha encomendado requiere... cautela —contestó él, midiendo cada palabra—. No es algo que deba hacerse con precipitación. La prudencia es clave si desea que todo transcurra sin riesgo.

Lady Grimhilde lo miró entonces con una mezcla de frustración y algo más afilado, una sospecha incipiente.

—¿Cautela, dice...? —replicó con una risa suave y helada—. Alexander, Blanca es joven e ingenua. No debería ser tan complicado.

—No la defraudaré, mi señora.

Lady Grimhilde lo estudió con el ceño fruncido, pasando de la desconfianza a una frialdad casi desdeñosa.

—Recuerde que no acostumbro a repetir mis instrucciones, Alexander —dijo—. La presencia de Blanca en esta casa es una carga que he tolerado durante demasiado tiempo. Ella debe desaparecer.

Alexander sostuvo la mirada fija y negra de lady Grimhilde, manteniendo cada gesto controlado, consciente de que cualquier atisbo de vacilación podía costarle caro. Traicionar las órdenes de Lady Grimhilde era un riesgo, pero tampoco podía ignorar el inesperado sentido de protección que Blanca despertaba en él.

Cuando salió de la biblioteca entre reverencias frías y silencios incómodos, se detuvo frente a una ventana en uno de los pasillos superiores de la casa solariega, y fue entonces cuando la vio. Blanca todavía estaba en los jardines, cerca del pozo de piedra, ocupada en llenar un pequeño balde de agua. En cualquier otra ocasión, habría desviado la mirada o se habría concentrado en lo que realmente importaba: matar a sangre fría. Pero no podía.

La daga bajo su capa seguía siendo un recordatorio de su trabajo pendiente. Pero por primera vez en su vida, dudó si tendría la voluntad de usarlo. Y esa duda lo aterrorizaba más que cualquier enemigo que hubiera enfrentado antes.

Blanca levantó la mirada en ese momento, y sus ojos, verdes y sin rastro de las sombras que lo perseguían a él, se encontraron brevemente con los suyos. Alexander no se movió, ni trató de ocultarse. La intensidad de su observación hizo que el pecho de Blanca subiera y bajara con un movimiento rápido. Sin embargo, ella no apartó la vista de inmediato, sino que la sostuvo, con esa mezcla de timidez y curiosidad que solo la hacía más atrayente.

Era un hombre condenado, un prisionero de sus propios deseos.

Por un segundo, se permitió imaginar una vida en la que la realidad fuera distinta, donde ella no fuera la inocente presa que él debía cazar. Con un leve estremecimiento, Blanca desvió la mirada y volvió su atención al balde, pero Alexander se quedó allí, inmóvil.



Capítulo 4



Era la fiesta de la Cosecha y la mansión de Erthal nunca había estado tan viva ni, en contraste, tan llena de problemas. Las linternas de papel colgaban de las ramas de los árboles, esparciendo su luz sobre el camino de grava y los parterres de flores. Los sirvientes habían dispuesto las mesas adornadas con guirnaldas de hojas y comida; el aroma del pan recién horneado y las carnes especiadas se mezclaba con el dulzor del vino. La música llenaba el aire, una melodía ligera de violines y flautas tan inofensiva y alegre como los rostros de los invitados.

Pero Blanca lo sabía bien. La alegría era una farsa. Las risas sonaban forzadas, y las sonrisas —tanto las de los campesinos como las de los nobles— se congelaban al pasar junto a Lady Grimhilde, quien dominaba la escena desde el centro de todo, vestida en púrpura como la usurpadora que siempre había sido.

Blanca permanecía en la sombra, apartada, como un invitado que no encajaba en ninguna parte. Su vestido blanco, sencillo y desgastado, hablaba de la distancia entre ella y el resto. Los bordes estaban salpicados de manchas de hierba y polvo, cicatrices de las horas de trabajo extenuante que había soportado esa mañana. Bajo la vigilancia solapada de Lady Grimhilde, había ayudado a levantar la fiesta: cargando bancos, adornando mesas y encendiendo linternas. No podía decidir qué le dolía más, si sus manos enrojecidas o la humillación silenciosa de saberse relegada a ser criada en su propio hogar.

La música, el bullicio, las luces... nada mitigaba su sensación de no pertenecer.

—No deberías estar aquí sola.

La voz suave y mesurada la sobresaltó. Al volverse, vio a Alethea. Su hermana menor resplandecía con un vestido dorado que la hacía parecer una figura de porcelana. Tan perfecta, tan pulida...

—¿Qué ocurre, Alethea? —preguntó Blanca, desconcertada.

—No puedo quedarme mucho —murmuró en un hilo de voz, casi inaudible. Se acercó y, para sorpresa de Blanca, tomó su mano entre las suyas—. Blanca, tienes que huir.

—¿Qué estás diciendo? —susurró ella, alterándose—. ¿Por qué debería huir de mi propia casa?

Alethea no contestó enseguida. Solo apretó más sus dedos y sus ojos, grandes y atormentados, buscaron los de Blanca con una súplica.

—Por favor, Blanca. No confíes en nadie. Nadie —insistió, temblando—. Y si tienes una oportunidad, aléjate de aquí.

—¿Fuiste tú quien envió la nota? —preguntó Blanca, recordando la advertencia anónima que tanto la había perturbado algunos días atrás.

—¡Blanca!

La voz cortante de Lady Grimhilde atravesó el aire, congelándolo todo. Ambas se sobresaltaron y Alethea la soltó de la mano.

—¿Interrumpiendo la diversión? —inquirió Grimhilde con una dulzura gélida—. Vamos, querida, no seas tan aburrida. Esta fiesta también es para ti.

El rubor de la vergüenza tiñó las mejillas de Blanca mientras las miradas de algunos invitados se clavaban sobre ella. Lady Grimhilde permaneció allí un instante más, disfrutando de su incomodidad, antes de marcharse con Alethea a su lado.

Blanca se quedó sola. Estaba asustada y confundida. Apenas tuvo tiempo de ordenar sus pensamientos cuando una voz grave la sacó de su ensimismamiento.

—¿Por qué se preocupa por cosas que no tienen importancia?

Se giró bruscamente. Alexander Hamilton estaba allí, de pie entre las sombras de los árboles, mirándola con esa inexpresividad tan suya que la exasperaba. Su sola presencia parecía imponer calma y caos a la vez y ya llevaba algunos días soportándola.

—¿Usted otra vez? —espetó Blanca, intentando que su voz sonara firme y autoritaria, aunque apenas logró disimular el temblor—. ¿No se cansa de espiarme?

—Prefiero llamarlo vigilar.

Blanca sintió un escalofrío. Recordó las palabras de Alethea: «No confíes en nadie». Pero también recordaba la carta de su padre.

«Alexander Hamilton es un hombre digno de tu confianza».

¿Cómo podía reconciliar ambas advertencias?

—Si me está vigilando —dijo finalmente, elevando la barbilla con un gesto de orgullo—, espero que no sea por orden de Lady Grimhilde.

—Mis motivos son míos, milady —respondió el señor Hamilton con voz grave. Pero su expresión se endureció de repente, como si percibiera algo más allá de la penumbra del jardín. Giró ligeramente la cabeza, y su tono de voz se volvió urgente—. Debe regresar a la casa. Ahora mismo.

—¿Por qué?

—Haga lo que le digo —ordenó con firmeza—. Por favor.

Un grito desgarrador rompió el aire, seguido de un estrépito de mesas volcadas y gritos de terror.

—¡A por ella!

Blanca se quedó helada al ver cómo un grupo de hombres armados emergía del bosque. Uno de ellos la señaló con un dedo.

—¡La muchacha! ¡Cogedla!

—¡Corre! —bramó Alexander, tomando su muñeca con fuerza.

Blanca apenas tuvo tiempo de reaccionar. La arrastró con él, abriéndose paso entre el caos de cuerpos aterrorizados y mesas volcadas. En el camino no vio a Lady Grimhilde ni a su hermana.

—¡Lord Hamilton! ¿Qué está pasando?

—¡No deje de correr! —respondió él sin mirarla—. La están buscando.

Al llegar a los establos, Alexander se giró de golpe y la empujó suavemente contra la pared de piedra, cubriéndola con su cuerpo mientras sacaba una pistola contra uno de esos hombres que intentaban cogerla. El sonido seco de un disparo retumbó en sus oídos y Blanca ahogó un grito, aferrándose a la pared, viendo como ese hombre se desplomaba en el suelo sobre un charco de sangre.

—¿Por qué hace esto? —murmuró Blanca, a punto de llorar. Jamás había presenciado la muerte tan de cerca, ni había visto a un hombre muerto.

—No me cuestione, milady.

Antes de que Blanca pudiera protestar o comprender el cambio en su comportamiento, Alexander se movió con rapidez. Su brazo fuerte y seguro se deslizó por su cintura, elevándola con una facilidad asombrosa hasta sentarla en la silla de un caballo negro. Blanca ahogó un pequeño jadeo ante el contacto inesperado, consciente de la firmeza de su agarre.

—¿Adónde vamos? —Alexander montó detrás de ella con un movimiento fluido, y Blanca sintió cómo su cuerpo quedaba atrapado entre la solidez de su torso y el cuero frío de la silla de montar. El roce de sus muslos contra los de él, la presión de su pecho firme contra su espalda, la calidez de su aliento al rozar su cabello... todo la hizo estremecer. Él tomó las riendas, sus brazos fuertes pasaron a ambos lados de su cuerpo, y ella quedó envuelta en su cercanía como si él fuera un escudo contra el mundo.

—Lejos de aquí —respondió Alexander—. A salvo.

Antes de que Blanca pudiera responder, el caballo salió al galope, lanzándola hacia adelante por la velocidad. La oscuridad del bosque los envolvió, y Blanca, por puro instinto, dejó escapar un suspiro tembloroso y se aferró a los brazos de Alexander. Él no protestó, no se apartó. La sostuvo con firmeza, como si el contacto fuera inevitable, como si él también entendiera que ella no podía hacer otra cosa más que entregarse a su protección.

Alexander sabía que había cruzado una línea peligrosa. Al haberla tomado, al haberla protegido, había roto un vínculo invisible con la mujer que lo había usado toda su vida. Lady Grimhilde no perdonaría eso fácilmente a menos que regresara con Blanca muerta y le demostrara su lealtad de nuevo.



Capítulo 5



El bosque se extendía a su alrededor. El galope del caballo resonaba con un compás rítmico y desesperado. Blanca permanecía rígida en la silla con sus manos temblorosas todavía aferradas a los brazos firmes de Alexander, que la sostenía con una seguridad incuestionable, casi posesiva.

El calor de su cuerpo todavía la envolvía, una contradicción inquietante al frío que azotaba su rostro.

Pero no era el frío lo que la hacía temblar. Sino el miedo.

Durante toda su vida, había intentado ver lo mejor en quienes la rodeaban, incluso en Lady Grimhilde. No porque fuera tonta, sino porque era más fácil aferrarse a la esperanza que enfrentarse a la realidad. Pero después de aquella noche, después de los gritos, las amenazas y los hombres que la buscaban como si fuera un trofeo, no podía seguir negándolo.

—Ha sido ella.

—¿Quién, milady?

—Lady Grimhilde —dijo con firmeza, apretando sus manos contra los antebrazos anchos del señor Hamilton—. Mi madrastra. Es ella quien quiere matarme. No puedo seguir fingiendo que no lo sé. Lo he intentado, señor Hamilton. He intentado convencerme de que no sería capaz de algo tan terrible, pero... todo apunta a ella. Mi madrastra no solo me desprecia, sino que me teme. Porque sabe que, si vivo lo suficiente para casarme, el condado de Erthal será mío. Y hará lo que sea para impedirlo. La carta póstuma de mi padre, las notas de advertencia... ahora todo tiene sentido.

—Es un razonamiento lógico —respondió él, con un tono contenido.

—¿Eso es todo lo que tiene que decir? ¿"Es lógico"? Mi vida está en peligro, señor Hamilton... Pero supongo que ya ha hecho bastante salvándome de una muerte segura, no puedo pedirle que ahora empatee con una desconocida.

—Si he de protegerla, milady, necesito mantener la cabeza fría. Las emociones no nos llevarán muy lejos.

Blanca decidió no insistir. Había confiado en Alexander porque su padre se lo había pedido en la carta, no le quedaba más remedio. Y aunque las acciones de ese hombre la confundían, no tenía otra opción más que la de seguir adelante. La otra posibilidad, la de regresar a su hogar, a su propiedad, era un suicidio. Habían intentado secuestrarla en su propia casa. ¿Debería haberse ido en cuanto recibió la nota de advertencia? ¿O en cuanto su hermana Alethea se lo dijo en la fiesta?

Sí, seguramente sí, pero se había negado a abandonar lo que le pertenecía por derecho. A pesar de los maltratos, de las continuas humillaciones de su madrastra, de la vida miserable que había llevado hasta entonces, el Condado de Erthal lo era todo para ella. Era el legado de su padre. ¡Ah, maldita cláusula de matrimonio! ¿Por qué le había hecho eso su padre?

Pocos minutos después de desahogarse, Alexander tiró suavemente de las riendas, deteniendo al caballo bajo unos robles. ¿Estaban ya a salvo? Blanca, demasiado cansada como para preguntar, permitió que él la ayudara a desmontar. Las manos de Alexander la sujetaron por la cintura, bajándola al suelo con facilidad. Cuando sus pies tocaron la hierba húmeda, sintió un breve vértigo y se apoyó en él sin darse cuenta.

—No vamos a llegar a Londres si usted no descansa un poco.

—¿Estamos... yendo a Londres?

Alexander no respondió de inmediato. En lugar de ello, se apartó para asegurarse de que el caballo estuviera bien atado. Blanca lo observó, buscando en sus movimientos alguna respuesta a sus dudas. Cuando finalmente volvió hacia ella, su rostro estaba tan inescrutable como siempre.

—Sí. Es el único lugar donde podremos pasar desapercibidos. —Su tono era seco, práctico, como si Londres fuera una simple solución logística. Pero para ella era un antes y un después.

Se limitó a asentir lentamente, dejando que la idea se asentara en su mente. Londres. Había visitado la ciudad unas pocas veces con su padre, pero siempre como una joven protegida y rodeada de ciertas comodidades pese a las exigencias de Lady Grimhilde. Ahora, iría como una fugitiva, con su vida pendiendo de un hilo. Sin nada.

Oh, pero en Londres había una oportunidad de salvarse para siempre: el dichoso matrimonio. Cumplir con la cláusula. Le quedaban 10 meses.

Era la única salida lógica. Si lograba encontrar a alguien dispuesto a casarse con ella, a alguien de suficiente rango, podría proteger su derecho al condado y liberarse para siempre de la sombra de Lady Grimhilde. Porque sí, ya no tenía ninguna duda. Ya no podía seguir pecando de inocente, ni seguir pensando lo mejor de los demás. Su madrastra la quería muerta. ¿Quién más podía odiarla tanto? Necesitaba un protector, un hombre que la ayudara con el Condado.

Pero la idea la llenaba de pavor. ¿Qué hombre aceptaría una unión así? ¿Una unión con una fugitiva? ¿Y qué precio tendría que pagar a cambio de esa protección? ¡Ella! Que jamás había sido capaz de acaparar la atención de ningún caballero. ¡Ella! Que no era ni hermosa, ni atractiva, ni tenía un carácter chispeante.

Era la joven casadera más aburrida del país. Insulsa.

Alexander rompió el silencio con un movimiento brusco. Se agachó junto al fuego que había comenzado a encender y colocó algunas ramas secas para avivarlo. La luz temblorosa de

las llamas iluminó su rostro, y Blanca, casi sin darse cuenta, dejó que su mirada se posara en él.

—¿Por qué hace esto? ¿Por qué me ayuda?

—Porque es mi deber —respondió él, pero su voz carecía de convicción. Blanca frunció el ceño, sin estar satisfecha con esa respuesta.

—Eso no explica nada, señor Hamilton. Podría haberme dejado atrás. Pero no lo ha hecho.

Alexander no respondió nada. En cambio, se levantó y se apartó del fuego, como si la distancia física pudiera aliviar la incomodidad de sus palabras. Blanca lo siguió con la mirada, tratando de entender lo que pasaba por su mente.

¿Debería confesarle que su padre le había hablado de él? ¿Explicarle el contenido de esa carta?

—¿Cree que Lady Grimhilde dejará de perseguirme si llego a Londres?

—No. Pero allí tendrá más opciones.

—Bueno... hay algo que sí puede ayudarme: un matrimonio.

Alexander se tensó. No esperaba que ella fuera tan directa, y la idea de verla con otro hombre, de entregarla a alguien que pudiera aprovecharse de su vulnerabilidad, lo llenó de una furia inesperada. Pero no podía permitir que esos sentimientos lo distrajeran y menos aun cuando apenas la conocía.

—Si eso garantiza su seguridad... sí —respondió Alexander tras una breve pausa—. Soy solo un cazador, milady. Vine aquí por un ciervo blanco, nada más. No sabría qué más hacer para protegerla, aparte de llevarla a un lugar seguro. ¿Cree que un matrimonio es la solución?

—Sí, lo es. —Su voz sonó más segura de lo que esperaba—. Usted no puede saberlo, pero para heredar el condado de Erthal debo casarme antes de cumplir los veinte años. Faltan diez meses... y durante el último año, un emisario del rey ha venido cada mes para comprobar que sigo sin desposarme.

Alexander se quedó inmóvil al escuchar la mención del Rey. «El Rey Adolfo». Sus facciones se endurecieron de golpe, y algo oscuro y fugaz pasó por sus ojos. Blanca vio el cambio y, aunque no entendía el motivo, supo que había tocado una fibra sensible.

—¿He dicho algo que le moleste?

—No, tan solo que el rey tiene muchos intereses, y ninguno de ellos suele ser limpio —respondió con evasivas, volviendo la mirada al fuego—. Lo importante ahora es garantizar su seguridad.

—¿Qué gana usted llevándome a Londres si sabe que hasta el mismísimo Rey Adolfo está implicado?

—Tal vez debería preguntarse, milady, qué pierde alguien como yo al protegerla.

Alexander era perfectamente consciente de que en ese preciso instante tenía el poder de arrebatarse la vida. Solo tenía que hacer un gesto, un movimiento sutil, sacar la daga de su cinturón y cumplir con la misión encomendada por Lady Grimhilde, misión que, por lo general, también provenía del Rey Adolfo. Ambos, el monarca y la intrigante Grimhilde, codiciaban el poder del Condado de Erthal, pero la presencia de Blanca era un obstáculo que debía ser eliminado.

El dilema se cernía sobre él, invitándolo a retomar la vida que siempre había conocido, sin lazos de responsabilidad.

La extraña forma que tenía esa joven de confiar en él, sin embargo, lo desarmaba. Eso, y ese cliente anónimo que lo había pagado para protegerla. Su lealtad ciega debería estar con lady

Grimhilde, pero no se creía capaz de matar a alguien que lo miraba con tal inocencia y semejante pureza.

De hecho, era casi divertido, para Alexander, contemplar las emociones cambiantes en el rostro de lady Blanca Erthal. Sorpresa, curiosidad, incomodidad, miedo, pero en ningún momento desconfianza a pesar de sus preguntas. Ella lo estaba contemplando con sus intensos ojos verdes. Estaba casi asombrado de que ella no estuviera en un rincón titubeando de miedo o que no se hubiera desmayado. Parecía tan entregada a él... que él mismo se sentía un canalla por pensar en hacerle daño alguno, por acariciar el puñal de su cinturón por encima de su capa negra. Ella era arrebatadoramente joven, solo diecinueve años. Pero no demasiado para él, que apenas había cumplido los veintiséis. La idea de que no sería ninguna aberración dejar de observarla, sino también tocarla, lo hizo reaccionar.

—Confío en usted —la oyó decir con seguridad, sin dejar de mirarlo a los ojos—. No podría ser de otro modo después de lo que me ha demostrado esta noche. Sí, quizás sea usted un desconocido para mí y yo una desconocida para usted, pero ha demostrado ser un caballero y un hombre de honor. Además, mi padre...

Ya tenía suficiente. —Deténgase, lady Blanca. No necesito seguir escuchando un repertorio de cualidades que usted considera fascinantes.

—¿Acaso no es usted un Barón? ¿El Barón de Hamilton? Solo pretendo decirle que ha hecho honor a su título.

Alexander apretó los puños y rompió otra rama antes de lanzarla al fuego. —Acérquese al fuego e intente descansar, no tardaremos en reanudar el camino.

—Siento haber arruinado su temporada de caza —se le ocurrió decir a Blanca, incapaz de comprender por qué todos los intentos de llegar a él terminaban en fracaso. Solo había intentado ser amable, agradecerle sus esfuerzos para protegerla, pero él parecía haberse molestado de nuevo, con la misma expresión que había puesto cuando ella mencionó al rey.

¿Cómo podría encontrar a un buen pretendiente si no tenía la posibilidad de asistir a eventos sociales? ¿O cómo viviría en Londres sin un penique? Llevaba puestos unos pendientes, quizás podría venderlos, pero eso no sería suficiente para mantener el nivel de vida de una joven casadera.

Se sentó cerca del fuego, estaba helada, cansada y muerta de miedo. Necesitaba descansar, le esperaban días muy largos. Observó por última vez al señor Hamilton antes de cerrar los ojos, lo vio sentado al otro extremo, con la mirada perdida en el fuego. Le hubiera gustado comentarle el contenido de la carta de su padre, pero él ya no quería escucharla más. Y lo último que quería era hacer enfadar al único hombre que la estaba ayudando.



Capítulo 6



Blanca no estaba preparada. Contuvo el aliento. Durante unos instantes su aturdimiento fue tan grande que no hubiera podido recordar ni su propio nombre: Londres.

La ciudad se presentó ante ellos grande y magnífica; habían llegado bastante rápido, de noche. Quizás dos noches después de abandonar Erthal. Alexander se había encargado de ello, espoleando su montura y parando solo lo necesario. Para Blanca, agotada y todavía sin saber cómo sobreviviría allí, era un lugar extraño, cargado de posibilidades, pero también de peligros.

La llegada al refugio fue rápida y precisa, como todo lo que Alexander parecía planear. Había elegido una casa en los márgenes de Mayfair, lo bastante apartada para evitar miradas indiscretas, pero aún dentro del ámbito de la respetable de la sociedad londinense. La propiedad pertenecía al vizconde de Ashbourne, un conocido suyo, famoso por su carácter despreocupado y su inclinación por la diversión. O eso le había contado, con muy pocas palabras, Alexander a Blanca justo un minuto antes de llegar allí.

Cuando la puerta se abrió, un hombre joven de aspecto desaliñado pero elegante apareció en el umbral. Su sonrisa era despreocupada y llevaba una copa de vino en la mano, como si la llegada de dos fugitivos a su hogar fuera la cosa más natural del mundo.

—Alexander, maldito seas, ¿quién es esta criatura celestial que traes contigo? —preguntó Ashbourne con una sonrisa amplia y su cabello rubio alborotado.

—Es mi prima —respondió Alexander, ignorando la expresión burlona de su amigo—. Lady Blanca Snow.

—Oh, sí, claro Snow. Ahora recuerdo que tienes un tío con ese apellido —Ashbourne arqueó una ceja, claramente intrigado, pero decidió no hacer más preguntas. En lugar de ello, se inclinó con teatralidad hacia Blanca después de que Alexander la ayudara a desmontar.

—Milady, mi casa es suya. Aunque debo advertirle que es más un nido de pecadores que un refugio adecuado para una dama de su categoría.

Blanca permaneció en silencio, sorprendida. Durante el trayecto, había contemplado la posibilidad, aunque descorazonadora, de buscar empleo como doncella en alguna casa respetable. Sin referencias, sabía que aquella idea era poco más que un sueño desesperado, pero había sido mejor que sucumbir a la incertidumbre.

Blanca respiró hondo, tratando de asimilar lo que la rodeaba. Aunque Alexander no se había dignado a informarla previamente sobre sus intenciones, ahora entendía que había tenido un plan desde el principio. Por primera vez desde que dejaron Erthal, sintió que sus pasos no caían en el vacío.

La casa del vizconde de Ashbourne, con su fachada elegante y su discreto lujo, era mucho más de lo que ella habría podido esperar. Por encima de su sorpresa y sus dudas, una oleada de gratitud se apoderó de ella. Vagabundear por las frías calles de Londres, sola y sin un propósito, habría sido una condena aterradora. En cambio, allí estaba, protegida por Alexander, aunque él se mostrara tan parco en palabras y gestos como siempre.

—Gracias, milord.

Era, como poco, completamente escandaloso vivir en una casa de hombres solteros: un atentado contra su virtud. Jamás había hecho algo parecido, ni remotamente. Al contrario, todos los hombres que se habían acercado a ella siempre habían estado bajo la estricta vigilancia de lady Grimhilde, apenas había conversado con ellos más allá de lo que común.

—Pero pasad, viejo amigo, y usted también, prima Snow —dijo Ashbourne con una inclinación dramática, extendiendo los brazos como si presentara un escenario en vez de su hogar—. Bienvenidos a mi modesta guarida.

La ironía en su tono era inconfundible, pues no había nada modesto en la lujosa mansión que se alzaba ante ellos. Blanca apenas pudo ocultar su desconcierto ante la familiaridad entre Alexander y el vizconde, pero decidió no decir nada. Ashbourne, con su porte relajado y su sonrisa traviesa, la examinó con la misma curiosidad que un niño frente a un juguete nuevo.

Alexander, sin embargo, no tardó en establecer las condiciones de su estadía, con la misma firmeza que marcaba todas sus decisiones. Blanca ocuparía una habitación en el ala más discreta de la casa, lejos de las habituales visitas y del bullicio característico del vizconde de Ashbourne.

La privacidad no era una cortesía; era una necesidad que Alexander no estaba dispuesto a negociar.

Aunque el entorno le era ajeno, Blanca encontró en aquella habitación un refugio inesperado. Las sábanas, frescas y suaves, la arrullaron, y el silencio del lugar, interrumpido solo por los tenues sonidos de la vida en Londres, la envolvió en una calma que no recordaba haber sentido en meses.

Si hubiera dicho que no durmió, habría mentido. Cada músculo agotado de su cuerpo exigió descanso, y Blanca no tuvo fuerzas para resistirse. Durmió profundamente, dejando atrás, aunque solo fuera por unas horas, el recuerdo de su horrible madrastra. Fue un sueño reparador, una tregua que su mente y su alma le pedían con urgencia. Al despertar, bien entrada la mañana, la claridad que se filtraba por las cortinas le recordó que aquel día era un nuevo comienzo.

Pero pronto sintió otra cosa: la incomodidad de su propia piel. Su vestido estaba arrugado y adherido a ella; una mezcla de sudor, polvo y el desgaste del viaje lo había dejado pegajoso e incómodo. Blanca miró sus manos, aún manchadas ligeramente de suciedad, y sintió cómo el rubor le subía a las mejillas. En el viaje no había tenido oportunidad de lavarse o cambiarse de

ropa, y ahora, en aquel entorno lujoso, se sentía completamente fuera de lugar.

Se movió para bajar de la cama, pero el hambre le dio una punzada en el estómago, recordándole que apenas había comido durante las últimas dos noches. Tragó saliva, tratando de ignorarlo, mientras buscaba con la mirada alguna señal de alivio a su desaliño. Obviamente, no había traído nada consigo, ni ropa limpia ni pertenencias que pudieran darle un mínimo de dignidad.

Por un instante, su reflejo en el espejo la enfrentó. Su cabello estaba enmarañado, cayendo en mechones desordenados alrededor de su rostro pálido. La imagen la hizo estremecer. Nunca había tenido un aspecto tan poco presentable, y pensar en encontrarse con Alexander o, peor aún, con el jovial vizconde, era una idea humillante.

El sonido de unos nudillos llamando a la puerta fue la única advertencia antes de que se abriera lentamente. Blanca se congeló, alarmada, y se giró justo a tiempo para ver al vizconde de Ashbourne asomarse con una sonrisa ladeada.

—Buenos días, prima Snow —saludó, inclinando ligeramente la cabeza en un gesto burlón, aunque no faltó de cierto encanto—. Espero no haber interrumpido algún momento de gran importancia.

Blanca, aún sentada en el borde de la cama, sintió que el calor subía a sus mejillas. Se aferró al borde de su vestido arrugado, tratando de recomponerse.

—¡Señor Ashbourne! —exclamó, la indignación en su voz apenas cubriendo su vergüenza—. ¿No sabe usted lo que significa la privacidad?

El vizconde se encogió de hombros, entrando como si el concepto no le resultara familiar en lo absoluto.

—Ah, pero yo soy un alma generosa. He venido a salvar a una dama en apuros. —Su mirada se deslizó por la habitación, deteniéndose en las mantas revueltas y en el vestido de Blanca, evidentemente ajado tras el viaje—. Y diría que la causa es noble, viendo las circunstancias.

Blanca apretó los labios, sintiéndose aún más avergonzada. Pero antes de que pudiera replicar, Ashbourne sacó un paquete envuelto en lino y lo dejó sobre una mesa cercana.

—Un pequeño obsequio de mi parte —dijo, ignorando deliberadamente su incomodidad—. Un vestido nuevo y, espero, más cómodo. También he mandado preparar un baño caliente. Créame, prima Snow, Londres puede ser cruel con quienes no están en su mejor aspecto.

El tono jocoso de sus palabras la hizo fruncir el ceño, pero al mismo tiempo no pudo evitar sentir un atisbo de gratitud. Sus mejillas seguían encendidas mientras lo veía dar media vuelta y dirigirse a la puerta.

—Ah, y no tarde demasiado —añadió antes de marcharse—. Alexander no es precisamente conocido por su paciencia. Y yo tampoco.

La puerta se cerró tras él, y Blanca se quedó mirando el paquete, sin saber si sentirse ofendida o aliviada. Al menos, ahora tenía una oportunidad para recuperar algo de dignidad.

Con manos temblorosas, desató el lazo que envolvía el paquete y desplegó las prendas cuidadosamente dobladas en su interior. El vestido era sencillo, de algodón azul con detalles blancos en las mangas y el cuello. No era una prenda ostentosa, pero tenía un aire fresco y limpio, algo que Blanca necesitaba desesperadamente después de su agotador viaje.

En el fondo del paquete, encontró también una pequeña nota escrita con una caligrafía apresurada:

"Prima Snow, no temas: la civilización está al alcance de un baño caliente y un vestido

decente. Te espero abajo para el desayuno. —A."

Blanca dejó escapar un suspiro, a medio camino entre la resignación y el agradecimiento. Por mucho que la actitud de Ashbourne fuera irreverente, al menos le ofrecía algo que hasta ese momento le había sido negado: una oportunidad para respirar sin temor.

Se bañó en una tina que un lacayo le trajo hasta la habitación. No había doncellas disponibles, aunque escuchó al joven decir que buscarían una durante el día. El agua caliente resultó un bálsamo para sus músculos agotados, y Blanca se permitió unos instantes de tranquilidad mientras el vapor suavizaba la tensión en sus hombros. Después de adecentarse como pudo, cepillándose el cabello y recogiendo los mechones más rebeldes en un moño bajo, Blanca se colocó el vestido que había recibido esa mañana. La tela, aunque sencilla, caía con gracia sobre su figura, proporcionándole una apariencia mucho más pulida de lo que se había atrevido a esperar.

Se miró en el pequeño espejo junto a la ventana, estudiando su reflejo con una mezcla de autocrítica y resignación. No era una visión deslumbrante, pero había algo en su semblante renovado que le daba esperanza. La piel de su rostro estaba fresca después del baño, y aunque los círculos oscuros bajo sus ojos aún delataban el cansancio, había recuperado algo de vida.

«Es suficiente», pensó mientras se alisaba el vestido con las manos temblorosas.

Cuando finalmente salió de la habitación y comenzó a descender las escaleras, un tenue aroma a café y pan tostado llegó hasta ella, golpeándola en su estómago vacío. Respiró profundamente y siguió adelante, intentando mantener la compostura.

Al entrar al comedor, lo primero que vio fue a Ashbourne, sentado despreocupadamente en una silla con otra copa de vino en la mano, a pesar de que la hora aún no justificaba semejante indulgencia.

—¡Por fin, prima Snow! —exclamó con una sonrisa pícara al verla—. Empiezo a creer que los milagros existen.

Blanca se puso roja al instante. No estaba acostumbrada a ser el centro de atención, y menos aún bajo la mirada de un hombre tan confiado. Había pasado tanto tiempo viviendo en la sombra de su madrastra que incluso los cumplidos más casuales la desarmaban.

Pero no fue la actitud de Ashbourne lo que realmente la descolocó. Alexander estaba allí, en la cabecera de la mesa. Su postura era tan erguida como siempre, y su semblante, impenetrable. Tenía una taza de té en la mano, pero cuando ella entró, sus ojos se alzaron lentamente hacia ella. Blanca sintió ese escrutinio, casi como si estuviera desnuda bajo su mirada. Sus mejillas ardieron de nuevo, mientras Alexander la observaba de arriba abajo, evaluándola con una intensidad que la dejó sin aliento.

—¿Qué te dije? —comentó Ashbourne, mirando a Alexander con una sonrisa burlona—. Está radiante incluso después de ese viaje infernal.

—Ashbourne, suficiente —dijo Alexander en voz baja, pero con un tono que dejó claro que no estaba de humor para sus bromas.

Blanca, incómoda ante el intercambio, se acercó lentamente a la mesa. Pero antes de que pudiera sentarse, alguien más entró al comedor. Era un joven de cabello castaño claro y ojos chispeantes, con una sonrisa que parecía iluminar la habitación entera.

—¡Ah, Wickham! —exclamó Ashbourne, levantándose teatralmente de su silla—. Blanca, querida, déjame presentarte a un alma igual de brillante que inoportuna. Wickham Croft, mi excelente compañero de casa y, a veces, una auténtica molestia.

Wickham hizo una reverencia exagerada, llevándose una mano al pecho.

—Milady, para mí es un honor ser presentado como una molestia. Ashbourne, como siempre, no sabe apreciar mi genio.

Blanca apenas tuvo tiempo de procesar la llegada de Wickham cuando la puerta del comedor se abrió de nuevo. Esta vez, un hombre alto y solemne entró con pasos medidos. Su cabello negro perfectamente peinado y su porte distinguido contrastaban con la energía desenfrenada de Wickham.

—Philip Lockhart, marqués de Hawthorne —se presentó con una inclinación respetuosa. Su tono era mucho más sobrio, pero sus ojos tenían una calidez que Blanca encontró reconfortante.

—¿Más invitados? —gruñó Alexander, dirigiendo una mirada cortante a Ashbourne.

—Oh, no pongas esa cara, Alexander —replicó Ashbourne con una sonrisa traviesa—. ¿Qué clase de anfitrión sería si no hago sentir a nuestra prima Snow bienvenida?

—Informar a medio Londres no es una forma de ayudar —respondió Alexander con reproche.

Ashbourne dejó escapar una carcajada, ignorando deliberadamente la irritación en la voz de Alexander.

—Por favor, no seas tan egoísta. No vamos a acapararla, pero tampoco voy a permitir que mi querida prima se sienta sola o desorientada.

—"Querida prima"... —murmuró Alexander, pero no añadió nada más.

—Wickham vive aquí, así que no hay nada que puedas objetar —continuó Ashbourne, con un gesto despreocupado hacia su compañero—. Y Philip solo viene de visita. Además, pensé que ella apreciaría algo de compañía distinta a tu ceño fruncido.

Blanca, atrapada entre los intercambios, sintió cómo el rubor volvía a sus mejillas. Wickham y Philip la miraban con curiosidad, pero no de una forma que la incomodara. Por primera vez, sintió algo que rozaba la normalidad, aunque esa sensación no duró mucho.

—Espero que nuestra presencia no sea una molestia, Lady Snow —dijo Philip, con un tono genuino y cortés que le arrancó una sonrisa tenue.

—En absoluto... —murmuró Blanca, aunque su mirada no podía evitar desviarse hacia Alexander. Él seguía inmóvil, observándola con una intensidad que la hacía temblar por dentro.

—¡Perfecto! —exclamó Wickham, sirviéndose una taza de café con un entusiasmo casi infantil—. Blanca, debo decir que, si sobrevives a esta casa, podrás sobrevivir a cualquier cosa en Londres.

La ligereza del comentario arrancó una risa de Ashbourne y una sonrisa más amplia de Philip. Alexander, en cambio, se mantuvo en silencio, sin dejar de mirarla.

Blanca se sentó en la mesa, intentando concentrarse en el desayuno que tenía delante, pero cada movimiento de Alexander, tan silencioso en comparación a sus escandalosos amigos, la hacía titubear.

¿Qué estaba pensando? ¿Por qué parecía siempre tan contenido?

—Lord Hamilton —se atrevió a decir Blanca en voz baja, dirigiendo su mirada hacia él, tan solo para provocar que todas las conversaciones se detuvieran y todas las miradas se posaran nuevamente en ella—. ¿Ha podido descansar?

Por un instante, pareció que Alexander no había escuchado la pregunta. Su expresión permaneció imperturbable mientras sostenía la taza de té, pero Blanca notó cómo apretaba la mandíbula antes de responder.

—Milady, dormir es un lujo que no siempre podemos permitirnos —contestó finalmente, con un tono seco, casi cortante, sin apartar la mirada de su taza.

El comentario cayó como una piedra en el silencio, y Blanca sintió que su rostro se calentaba al instante, no sabía si por la frialdad de su respuesta o por haber interrumpido su aparente tranquilidad.

Antes de que pudiera disculparse, la risa de Ashbourne rompió la tensión.

—¡Dios mío, Hamilton! —exclamó, agitando la mano como si espantara un mal chiste—. No seas tan críptico. ¿No ves que la pobre lady Snow no está acostumbrada a tu forma de tratar a la gente?

—La verdad, a veces ni nosotros estamos acostumbrados —añadió Wickham con una sonrisa divertida, cruzándose de brazos mientras observaba a Alexander con un brillo malicioso en los ojos.

—Quizá simplemente ha olvidado cómo responder a una dama —intervino Philip con una leve inclinación de cabeza, su tono mucho más moderado, pero no menos irónico.

Alexander les dirigió una mirada que podría haber congelado un río entero. Sin embargo, el brillo en los ojos de sus amigos revelaba que estaban disfrutando demasiado como para sentirse intimidados.

—¿Habéis terminado de hablar por mí? —replicó Alexander, con un sarcasmo tan sutil que casi pasó desapercibido.

Blanca, que no había captado del todo la broma implícita en el intercambio, se limitó a bajar la mirada hacia su plato, insegura de cómo proceder. Para ella, aquellos hombres parecían hablar en un idioma que solo ellos comprendían, un código que la dejaba al margen. Sin embargo, no pudo evitar preguntarse si la reacción de Alexander ocultaba algo más que simple molestia.

Ashbourne, por su parte, pareció disfrutar de la incomodidad de su viejo amigo.

—No te preocupes, querida prima Snow —dijo Ashbourne, inclinándose ligeramente hacia Blanca con una sonrisa traviesa—. Hamilton tiene esa extraña habilidad de hacer que hasta el más sencillo intercambio de palabras se sienta como un duelo. Pero estoy seguro de que en el fondo está encantado con tu preocupación por su bienestar.

—Ashbourne —advirtió Alexander, con un tono bajo y amenazante.

—Está bien, está bien, no diré más —replicó Ashbourne, alzando las manos en señal de rendición, aunque el brillo en sus ojos sugería que había ganado exactamente lo que quería.

Wickham volvió a intervenir, tratando de aliviar la tensión con un cambio de tema.

—Entonces, milady, ahora que está instalada, ¿qué planes tenemos para su estadía en Londres? ¿Quizá un paseo por Hyde Park? ¿O prefiere visitar alguna galería? —preguntó, inclinándose ligeramente hacia ella con un interés que parecía genuino, aunque su sonrisa conservaba un matiz juguetón.

Blanca, aún un poco perdida en el inesperado vaivén de emociones y comentarios, intentó recomponerse mientras lanzaba una breve mirada a Alexander, esperando alguna señal de aprobación o guía. Sin embargo, él permaneció en silencio, observándola con una intensidad que la hizo sentir vulnerable y expuesta, aunque no del todo incómoda.

Finalmente, Blanca se aclaró la garganta y respondió:

—No estoy segura de por dónde empezar. Supongo que será cuestión de tiempo acostumbrarme a esta ciudad.

Philip, con su tono calmado y reflexivo, intervino:

—Londres puede ser abrumadora al principio, pero encontrará que también es un lugar lleno de oportunidades... si sabe dónde buscarlas.

El intercambio continuó, pero la presencia de Alexander, aunque silenciosa, seguía siendo

una constante en la mente de Blanca. ¿Por qué aquella sensación de que siempre estaba al borde de decir algo, pero nunca lo hacía? ¿Qué era lo que contenía con tanta firmeza?

Blanca no lo sabía, pero había algo en su actitud que no podía dejar de fascinarla.



Capítulo 7



La tarde en Londres transcurría con normalidad. Alexander Hamilton había salido temprano, dejando a Blanca en la casa del vizconde de Ashbourne bajo la atenta supervisión de sus amigos. Sin embargo, no lo había hecho sin cierta reticencia. Ashbourne y Wickham eran, cuanto menos, impredecibles; sus bromas constantes y su actitud despreocupada no le inspiraban demasiada confianza. Pero Philip, siempre sensato y atento, era su único consuelo. Si alguien podía mantener el caos bajo control y asegurarse de que Blanca estuviera a salvo en su ausencia, era él.

Había recibido el aviso de que un hombre lo estaba esperando en una taberna en los límites de Mayfair. Alexander nunca eludía esos mensajes, aunque le irritaba profundamente dejar a Blanca sola, tenía un deber que cumplir, y los avisos de sus clientes no admitían tardanzas innecesarias.

Cuando llegó a la taberna, los farolillos apenas iluminaban. Era un lugar oscuro, sin lujos, donde los problemas eran tan habituales como el aroma agrio de la cerveza mezclado con el dulzor del tabaco húmedo. El aire estaba cargado de una tensión opresiva que le resultaba familiar; había estado en demasiados lugares como ese para dejarse intimidar. Entró con paso firme, sin vacilación, consciente de cada una de las miradas furtivas que lo siguieron desde las mesas cercanas. Algunos ojos se apartaban en cuanto reconocían la rigidez de su postura y la frialdad en su expresión. No era alguien a quien los curiosos quisieran molestar.

Cruzó la estancia hasta un rincón apartado, donde un hombre aguardaba, vestido con una capa sencilla que lo hacía parecer casi invisible. Su rostro estaba parcialmente cubierto por la sombra del ala de su sombrero, pero Alexander sabía que la discreción no significaba inocencia.

Era el intermediario de ese cliente anónimo que financiaba la protección de Blanca, y eso, por ahora, era un alivio. Alexander no sabía qué habría hecho si se hubiera encontrado con uno de los hombres de Lady Grimhilde o, peor aún, con un emisario del rey. Como siempre, el encapuchado no se molestó en perder tiempo con formalidades. Sus movimientos eran rápidos y eficientes, casi mecánicos.

Con un gesto discreto, deslizó una bolsa de cuero sobre la mesa, otra más. Alexander apenas necesitó tocarla para calcular su peso, aunque el sonido seco de las monedas chocando contra la madera confirmó que el pago era generoso. Pero no fue eso lo que capturó toda su atención. Una pequeña hoja de papel, doblada con meticulosidad, apareció junto a la bolsa. El intermediario la colocó con cuidado, como si aquel trozo de papel pesara tanto como el oro que acababa de entregar.

—Las instrucciones son claras —dijo el hombre, con un tono medido que apenas se distinguía sobre el bullicio del local—. Mi amo desea que la joven contraiga matrimonio lo antes posible. Use este dinero sabiamente. Un buen partido no solo garantizará su seguridad, sino también el futuro del Condado de Erthal. Usted es ahora su custodio, hágalo bien y recibirá otro pago final.

Alexander frunció el ceño, dejando la bolsa sin tocar.

—¿Y qué hay de Lady Grimhilde? —preguntó con frialdad—. ¿Esperan que un simple matrimonio la disuada?

El hombre se encogió los hombros, indiferente.

—No es asunto nuestro. Pero un esposo poderoso es lo que quiere mi amo. Cumpla con su parte, Hamilton.

Alexander permaneció en silencio, dejando que el peso de las palabras del hombre se asentara antes de tomar la bolsa. El cuero áspero contra sus dedos era un recordatorio tangible de la naturaleza mercenaria de su existencia. Pero aquel oro, aunque siempre bienvenido, le pesaba más de lo habitual esa tarde.

Mientras salía de la taberna, la humedad en el aire y el eco de sus pasos en los adoquines parecían demasiado densos. La joven confiaba en él, y eso lo inquietaba. Al principio, protegerla había sido solo un encargo más, un trabajo que cumplir con precisión y desapego con bastantes dudas y reticencias; su lealtad a Lady Grimhilde debía prevalecer.

Pero ahora... algo había cambiado. El brillo de los ojos verdes de Blanca, tan cargados de esperanza y temor, lo perseguía. Ella no sabía, no podía saber, que su propio destino pendía de un hilo tejido por quienes lo habían creado a él para ser un arma, un instrumento de manipulación. Hijo de una unión ilícita, concebido en la sombra y moldeado en secreto, Alexander había aprendido a endurecerse contra los lazos y las emociones.

Las monedas tintinearón en la bolsa cuando la apretó con fuerza, como si con ese sonido pudiera encontrar las respuestas a sus dudas. Pero las respuestas eran siempre las mismas: cumplir su deber, obedecer las órdenes, pagar el precio que su sangre bastarda le había impuesto. Y, sin embargo, por primera vez, el precio parecía demasiado alto.



En la mansión de Ashbourne, Blanca comenzaba a descubrir las complejidades de la vida en Londres. Después de una comida animada, Wickham, con su entusiasmo contagioso, propuso un paseo por Hyde Park como la forma ideal de que Blanca empezara a familiarizarse con la ciudad.

Philip, como siempre, ofreció su opinión ponderada.

—Un paseo respetable —dijo el marqués de Hawthorne con esa sabiduría que parecía innata en él—. Nada que pueda llamar demasiado la atención.

—Respetable, sí, pero que no falte algo de estilo —replicó Ashbourne, recolocándose su pañoleta carmesí ante uno de los espejos del salón—. Blanca, querida, Londres tiene que saber que estás aquí para quedarte.

Aunque Blanca se sentía nerviosa ante la idea de exponerse, no podía negar que tenían razón. Necesitaba enfrentarse a su nueva realidad, y los amigos de Alexander, aunque poco convencionales, ofrecían una compañía inesperadamente reconfortante. Sin embargo, la llegada de Alexander a la casa marcó un cambio instantáneo en el ambiente a pesar de que Ashbourne acababa de colocar un precioso bonete en el pelo de Blanca. ¿De dónde sacaba ese hombre tanta ropa femenina?

El ceño fruncido de Alexander al encontrarse con el grupo preparándose para el paseo no pasó desapercibido.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó con autoridad y bastante mal humor.

—Nada que deba preocuparte, Hamilton —respondió Ashbourne con una sonrisa despreocupada—. Estamos ayudando a nuestra querida Blanca a adaptarse a su nuevo entorno —concluyó, terminando de atarle el lazo azul marino del bonete—. Hyde Park es el lugar perfecto para un debut tranquilo.

—No necesita un debut.

—Oh, vamos, Alexander —intervino Wickham, con una mueca divertida—. No seas tan amargado. Le sentará bien a tu prima Snow pasear un poco.

Alexander lanzó una mirada penetrante a Blanca, quien, a pesar de su incomodidad, logró sostener su mirada.

—Estoy de acuerdo con ellos —dijo Blanca con un hilo de voz, aunque la determinación se reflejaba en sus ojos—. Necesito empezar a acostumbrarme a este lugar.

Por un momento, Alexander pareció estar a punto de oponerse, pero tras un largo suspiro, cedió.

—De acuerdo. Pero yo también vengo.

Ashbourne se recostó contra el marco de la puerta principal y dejó escapar un silbido burlón mientras su carruaje se detenía frente a la casa.

—Por supuesto que sí. ¿Quién podría resistirse a tu encantadora compañía?

El carruaje avanzaba hacia Hyde Park con un ambiente marcado por risas y comentarios ligeros. Wickham y Ashbourne, siempre dispuestos a entretener, llenaban el aire con bromas

extravagantes que arrancaban sonrisas a todos, mientras Philip optaba por una conversación más tranquila y serena, centrada en Blanca. Alexander, en cambio, permanecía en silencio a su lado, con su presencia tan imponente como habitual. Blanca, aunque inmersa en el intercambio con los demás, no podía ignorar el peso de su mirada, de sus gestos. Parecía que la estaba estudiando. ¿Estaría midiendo si ella merecía tanto? ¿Si ella merecía toda esa atención y esos riesgos? ¡Mentir diciendo que ella era su prima Snow! Se sentía agradecida con él, pero si él decidía en cualquier momento, que todo eso no merecía la pena todo llegaría a su fin.

Al llegar al parque, los senderos bordeados de árboles y el murmullo apacible del Serpentine ofrecieron a Blanca un respiro bienvenido. Había visitado Hyde Park en el pasado durante sus escasas temporadas en Londres, siempre bajo la mirada vigilante de su madrastra y la sombra sofocante de Alethea. Pero esta vez era diferente. Por primera vez, podía disfrutar de aquel espacio sin sentir el peso de unas expectativas que no podía cumplir o sin ser constantemente humillada.

—¿Le gustaría pasear conmigo, Lady Snow? —le preguntó Phillip con un tono de voz bajo y tranquilizador, ofreciéndole el brazo.

—Gracias, será un placer —respondió Blanca con una sonrisa tenue, colgándose de él.

Wickham y Ashbourne se quedaron unos pasos atrás, riendo y charlando, aunque no sin antes lanzar miradas burlonas hacia Alexander, como si intentaran provocarlo para que relajara su habitual seriedad. Sin embargo, Alexander no se dejó disuadir; con pasos decididos, pronto redujo la distancia que lo separaba de Blanca, siguiéndola a escasos centímetros.

Fue en ese momento cuando dos figuras conocidas por Ashbourne se unieron al grupo. Edward Langley, un joven rubio y vivaz, saludó con entusiasmo, mientras Henry Fairfax, de porte serio, ofreció un saludo más contenido.

—¡Ah, aquí están! —anunció Ashbourne, extendiendo un brazo en un gesto teatral—. Lady Snow, le presento a dos compañeros indispensables para mi aburrida existencia: Edward Langley, el artista eternamente incomprendido, y Henry Fairfax, cuya sensatez nos atormenta constantemente, pero de una manera muy diferente a la de Alexander.

Alexander no movió un músculo de su rostro. Edward inclinó la cabeza en una reverencia tan exagerada que rozó lo cómico, aunque su sonrisa traviesa logró hacer que el gesto se sintiera casi genuino.

—Milady, el placer es completamente mío. Permítame decirle que su llegada ha elevado el nivel de gracia en esta ciudad...

Henry, en contraste, ofreció un saludo más contenido. Su mirada clara y su porte sobrio denotaban una inteligencia cautelosa.

—Lady Snow, espero que Londres le brinde tanto propósito como placer —dijo con voz grave y mesurada, como si sus palabras estuvieran cuidadosamente escogidas.

Blanca sintió cómo el rubor subía a sus mejillas bajo la atención de ambos hombres. No obstante, respondió con una sonrisa discreta, agradecida por la calidez de Edward y la tranquilidad que irradiaba Henry.

Mientras el grupo avanzaba por el sendero arbolado, Alexander mantuvo una distancia prudente, permitiendo que los demás interactuaran con Blanca. Pero sus ojos permanecían fijos en ella, captando cada detalle: la forma en que sus labios se curvaban con una sonrisa tentativa, la manera en que sus manos nerviosas jugueteaban con los pliegues de su vestido.

Había algo en su esfuerzo para encontrar su lugar entre ellos que le provocaba una sensación incómoda, como una cuerda tensándose en su interior. Un repentino sonido de unas

jóvenes riéndose no muy lejos de ellos, disfrutando de Hyde Park, interrumpió sus pensamientos. Alexander, instintivamente alerta, recorrió con la mirada por los alrededores. Aunque todo parecía en calma, sus instintos no se relajaron. Sus instrucciones eran claras: asegurar un futuro seguro para Blanca. Y la única forma de hacerlo era encontrarle un esposo que pudiera protegerla del alcance de Lady Grimhilde.

El murmullo de las conversaciones en Hyde Park se interrumpió momentáneamente cuando una joven, acompañada por una mujer mayor de semblante severo, se acercó al grupo. La carabina, con su porte rígido y mirada vigilante, parecía estar allí exclusivamente para velar por la reputación de su acompañante. La joven, en contraste, tenía un aire vivaz y despreocupado, con mejillas sonrosadas y ojos brillantes de entusiasmo.

Ashbourne fue el primero en notar su presencia, como ya parecía costumbre, y se inclinó en una reverencia teatral.

—¡Ah, la señorita Marianne y su siempre encantadora compañía! —exclamó, lanzando una mirada cómplice a la carabina—. Lady Snow, permítame presentarle a Marianne Fairfax, hija del anfitrión del baile más sonado de esta noche. Lady Fairfax, ella es la prima de Alexander.

La joven sonrió ampliamente, inclinando ligeramente la cabeza en un gesto de cortesía.

—Lady Snow, es un placer conocerla. Esta noche organizamos un baile en nuestra casa, Ashbourne está invitado, al igual que sus amigos, y eso la incluye a usted. Tiene que venir.

Blanca, un poco sorprendida por la invitación, se apresuró a responder con una sonrisa educada.

—Es usted muy amable, señorita Fairfax. Pero no lo sé con seguridad.

La carabina, mientras tanto, inspeccionaba con atención al grupo, sus ojos deteniéndose un poco más en Ashbourne, quien, lejos de amedrentarse, le dedicó un guiño burlón.

Marianne, ajena o fingiendo ignorarlo, continuó:

—Espero que todos puedan acompañarnos. Será una noche maravillosa. —Su mirada se desvió hacia Alexander, y su tono adquirió un matiz más personal—. ¿Verdad, señor Hamilton? Estoy segura de que Londres agradecería ver su lado más... sociable.

Alexander respondió con un asentimiento breve, manteniendo la compostura, pero su expresión era claramente menos entusiasta.

—Agradecemos la invitación —dijo con tono contenido—. Sin embargo, mi prima Snow tiene muchas cosas en las que ocuparse, acaba de llegar a Londres. Quizás otro día sea más conveniente...

Antes de que pudiera continuar, Wickham intervino con una sonrisa traviesa.

—Oh, no seas tan aguafiestas, Alexander. ¡Un poco de baile nunca ha matado a nadie!

Philip, con su usual calma, añadió:

—Sería una buena oportunidad para que la prima Snow comience a conocer a más personas.

—Creo que sería bueno asistir —se atrevió a decir Blanca, sin olvidar que la única manera de salvarse era casándose—. Necesito adaptarme a esta nueva vida, y esto parece una buena oportunidad —manifestó, mirando a Alexander con intensidad, para que comprendiera sus intenciones.

Alexander, tragando saliva, comprendió la mirada de Blanca y, a su vez, recordó las instrucciones de ese cliente anónimo: Blanca debía encontrar un marido poderoso.

—De acuerdo —accedió sin estar muy convencido.

Ashbourne no pudo evitar aplaudir el momento, girándose hacia la carabina con una reverencia burlona.

—Ve, mi buena señora, y dígle a la madre de nuestra encantadora Marianne que estaremos allí. Londres se prepara para una noche memorable.

La carabina lo fulminó con la mirada antes de girarse con elegancia y llevarse a Marianne del brazo. Mientras se alejaban, Ashbourne suspiró dramáticamente.

—¡Ah, qué alma tan estricta! Pero al menos la diversión está garantizada.

Alexander, sin embargo, no parecía convencido.



Capítulo 8



Blanca nunca había visto un lugar tan lleno de luz y vida como la mansión de los Fairfax. Las ventanas brillaban bajo la luz de las lámparas, y la música que se escapaba del interior era tan vibrante que casi podía tocarla.

Se sentía pequeña en comparación a todo aquello. Cada detalle del lugar —los coches detenidos frente al pórtico, los caballos con arneses brillantes, los lacayos que abrían las puertas con precisión impecable— hablaba de un mundo al que no pertenecía. Un mundo que debía conquistar si quería sobrevivir. Porque sí, ella era la hija del difunto Conde de Erthal, pero eso ya no importaba. Y mucho menos cuando había pasado media vida escondida entre las sombras de su madrastra. Además, ahora era una fugitiva, huía de su propia familia.

Bajó del carruaje con la ayuda de Ashbourne, quien sonrió con su habitual despreocupación, pero Blanca apenas pudo corresponderle. Tenía el cuerpo rígido, alerta. La última experiencia en una fiesta no había sido nada alentadora.

—Prima Snow, relájese —dijo Ashbourne con un guiño mientras ofrecía su brazo de manera teatral—. No hay nada que temer aquí... salvo quizás mi lengua demasiado suelta después de unas copas.

—Lo que básicamente significa que serás insoportable después de la tercera copa —intervino Wickham, bajando ágilmente del carruaje que habían compartido hasta allí. El brillo pícaro de sus ojos hacía juego con la sonrisa despreocupada que siempre parecía llevar consigo.

Ashbourne giró la cabeza hacia él con una sonrisa burlona.

—¿Insoportable? Es fascinante cómo la envidia te hace decir cosas horribles.

Wickham le ofreció su brazo, pero solo para apartar a Ashbourne con un movimiento

teatral.

—Yo me ocuparé de nuestra prima Snow. Está claro que tu "encanto" no va a tranquilizarla.

—¡Por favor! —exclamó Ashbourne, fingiendo ofenderse—. Si alguien puede lograrlo, soy yo.

—Dejad de competir —intervino Philip con su característico tono calmado, bajando de su propio carruaje, que había parado detrás del de Ashbourne, con elegancia y una sonrisa leve en los labios—. Nuestra prima Snow necesita apoyo, no una exhibición de sus dotes actorales.

Philip, el marqués de Hawthorne, irradiaba una presencia serena. Su cabello castaño oscuro estaba perfectamente peinado, y su chaqueta impecablemente ajustada lo hacía parecer el modelo ideal de un caballero londinense. Sus ojos cálidos y su porte tranquilo siempre parecían ofrecer una tregua a cualquiera que se sintiera fuera de lugar.

Blanca aceptó el brazo de Philip con gratitud, aunque no pudo evitar lanzar una mirada curiosa hacia Wickham y Ashbourne, quienes ahora discutían en voz baja.

—Son encantadores, ¿no cree? —le murmuró Blanca a Philip mientras daban dos pasos hacia la entrada.

—Se complementan —respondió él con un deje de diversión en su voz—. De formas que a veces son demasiado evidentes para ignorar.

Blanca frunció el ceño, notando la intención en sus palabras, pero no tuvo tiempo de preguntar más porque una nueva figura se unió a ellos.

Edward Langley, con su cabello rubio ligeramente despeinado y su porte relajado, bajó de su vehículo mientras ajustaba los puños de su chaqueta azul medianoche. Había algo travieso en su sonrisa, como si siempre estuviera buscando algo que lo divirtiera.

—¿Llego tarde? —preguntó analizando el grupo con sus ojos claros. Cuando su mirada se detuvo en Blanca, su sonrisa se ensanchó—. Lady Snow, me alegra ver que ha sobrevivido a la compañía de estos caballeros.

—Con más entereza de la que esperábamos, seguramente —añadió Henry Fairfax, quien bajó justo después, con pasos firmes y medidos. Henry era alto y de rasgos definidos, con cabello negro y un semblante más sobrio que el resto. Había algo en él que irradiaba autoridad, pero no intimidaba; en lugar de eso, inspiraba respeto—. Y permítame añadir que su presencia ha alegrado nuestras tediosas y ociosas vidas.

—Henry, querido amigo, espero que no estés planeando robarnos a nuestra prima Snow para algún debate filosófico sobre la moral y la sociedad —comentó Ashbourne, volviendo a unirse al grupo mientras ajustaba su chaleco carmesí con aire de satisfacción.

—Claro que no —respondió Henry con una media sonrisa—. Aunque no puedo prometer lo mismo si me la encuentro en el salón.

Blanca, entre risas y comentarios, sintió cómo los miedos y las preocupaciones se diluían un poco, tan solo un poco.

—¿Y Silas? —preguntó Wickham, mirando alrededor como si buscara a alguien más. Alguien a quien Blanca no conocía, por supuesto.

—Brookstone nunca llega a tiempo —respondió Philip con un leve suspiro—. Si no ha cambiado, aparecerá en el último minuto, perfectamente impecable como siempre, y actuará como si hubiera estado aquí desde el principio.

—Entonces entraremos sin él —dijo Alexander, hablando por primera vez desde que había bajado del carruaje después de Blanca, y poniendo fin al debate con esa voz autoritaria que no daba lugar a réplica.

Blanca sintió cómo Alexander se acercaba lo suficiente como para que su presencia fuera tangible a su lado. Su voz grave resonó en sus oídos como un recordatorio de que, incluso entre tanta compañía, él nunca la dejaba fuera de su alcance.

—Es solo una fiesta —le dijo en voz baja, inclinándose ligeramente hacia ella mientras los demás seguían adelante, ignorando el brazo de Philipp en el otro extremo—. No dejes que te devoren.

—No tengo intención de hacerlo —respondió, entre agradecida por su intento de calmarla y algo indignada por sus palabras. ¿Devorarla? ¿Qué clase de palabra era esa?

Alexander esbozó una media sonrisa, una que parecía más oscura que tranquilizadora, antes de que él también siguiera caminando hacia la entrada.

Y con eso, las enormes puertas de la mansión se abrieron, revelando un mundo lleno de luz, música y miradas expectantes que estaban listas para recibir a Lady Snow.

Blanca intentó sonreír, pero la verdad era que tenía la boca seca. La idea de enfrentarse a una sala llena de extraños, todos evaluándola como si fuera una mercancía, la hacía sentirse como una niña perdida en el bosque.

—¿Segura de que quieres hacer esto? —le volvió a susurrar Alexander en su oreja.

Ella giró la cabeza hacia él, encontrándose con sus ojos negros como la noche. Por un momento, no pudo apartar la vista de su mandíbula firme ni de la forma en que sus labios se curvaban en una expresión seria.

—No es cuestión de querer. Es cuestión de necesidad.

Y así era. Blanca sabía que debía encontrar marido. Era la única forma de asegurar su futuro, de protegerse del pasado que la perseguía. No sabía durante cuánto tiempo Alexander podría continuar ayudándola. Él era un hombre enigmático, protector pero distante, y aunque su presencia le ofrecía un extraño tipo de consuelo, Blanca entendía que no podía depender de él para siempre. Él era un barón escocés, un hombre que simplemente pasaba por Erthal para cazar a un ciervo blanco... ¡Oh, todavía no le había confesado el contenido de la carta póstuma de su padre! ¿Quién había sido Alexander en la vida de su difunto padre? ¿Y por qué le había hablado de él?

Fuera como fuera, y aunque pareciera un poco egoísta, tenía que aprovechar lo que ahora tenía: su falsa identidad como Lady Snow, la generosidad de los amigos de Alexander, y, en especial, la evidente disposición de Ashbourne para mimarla de formas que nunca habría imaginado. Desde que había llegado a su casa, el vizconde parecía decidido a transformarla en una auténtica dama londinense.

—Lady Snow no puede presentarse en sociedad con cualquier cosa —había declarado después de llegar de su paseo por Hyde Park, agitando un paquete entre sus manos—. ¡Esto es Londres, no un pueblo perdido en medio de la nada!

Ashbourne no solo había elegido el vestido para esa noche, sino que había insistido en regalarle un espléndido conjunto blanco de vestido, guantes, medias y zapatos que, según él, haría que todos los presentes quedaran boquiabiertos. Blanca había aceptado con una mezcla de gratitud y desconcierto, incapaz de rechazar algo que realmente necesitaba, pero profundamente incómoda con la idea de destacar tanto o de aprovecharse de la generosidad de esos hombres a los que apenas conocía, pero que la habían acogido como una más de su numeroso grupo.

Ahora, mientras el suave tejido blanco se deslizaba con cada paso titubeante, no pudo evitar sentirse distinta. La tela, ligera como una nube, caía con elegancia sobre su figura, resaltando una gracia que nunca había creído poseer. Por primera vez, Blanca sintió que podía brillar. Y aunque

sabía que eso era peligroso, se sentía algo orgullosa.

Quizás esa noche podría comenzar a cambiar su destino.

—Si algo sale mal... —empezó Alexander, dando un paso más hacia ella, hasta que el espacio entre ellos fue casi inexistente.

—Entonces lo resolveremos después. Ahora, necesito estar aquí. —Las palabras le salieron apresuradas, porque si no decía algo, si no rompía ese momento, se hubiera ahogado en la cercanía de él.

Alexander inclinó ligeramente la cabeza, como si evaluara su respuesta. Y luego, sin previo aviso, levantó una mano y le ajustó un mechón rebelde que caía sobre su rostro. El roce de sus dedos contra su piel fue breve, pero suficiente para que Blanca contuviera la respiración.

—Como desee, prima Snow —murmuró, con una nota irónica en su voz, aunque sus ojos no mostraban nada de diversión.

—Tranquila, prima Snow, ya no estamos en Hyde Park; no necesita mirar a su alrededor como un cervatillo perdido —bromeó Wickham mientras apartaba a Alexander de su lado y le ofrecía su brazo, de manera que quedó colgada de los dos caballeros más guapos del salón: Philip y Wickham.

—Deja que la pobre mujer respire, Wickham —intervino Philip—. Lady Snow, me permitiré ser su caballero esta noche. Necesitaré a alguien con un mínimo de decencia a su lado.

—¡Eh! Yo tengo decencia —protestó Wickham, mientras ajustaba su chaqueta con aire ofendido—. Simplemente me gusta usarla con moderación.

—Oh, vamos, todos sabemos que nuestra querida prima Snow tiene suficiente gracia para compensar nuestras carencias —dijo Ashbourne, girándose con un gesto teatral hacia Blanca después de haber saludado a los anfitriones y haber presentado a todo el grupo—. Ahora, milady, recuérdenos: ¿cómo vamos a evitar que se robe todas las miradas esta noche?

Blanca sintió que sus mejillas se ponían rojas como dos manzanas bien maduras mientras todos se adentraban a la fiesta.

—Con suerte, siendo discreta —intervino Alexander con voz firme, lanzándoles una mirada a sus amigos que los hizo callar de inmediato.

El tono de Alexander no admitía bromas.

—Discreción no siempre significa desaparecer, primo Alexander —respondió Ashbourne, riendo.

El salón estaba lleno de parejas girando al ritmo de un vals, y Blanca sintió todas las miradas posarse en ella cuando Philip la condujo hacia el centro. Se sentía como un cisne rodeado de leones, pero se recordó a sí misma que esa noche era Lady Snow, no la niña olvidada de Erthal.

—Sonría, lady Snow, ya ha conquistado a la mitad del salón —murmuró Philip, ofreciéndole una copa de champán.

Blanca no pudo evitar reír ante el comentario, sintiéndose un poco más relajada. Wickham y Ashbourne no tardaron en unirse, ambos llenos de bromas que aligeraban el ambiente cargado de tensión del salón de los Fairfax.

Desde su posición cerca de una columna —el lugar ideal para vigilar sin participar—, Alexander no apartó los ojos de Blanca. Ni un segundo. No porque le preocupara que cometiera un error, sino porque cada gesto, cada sonrisa suya, parecía atraer a más pretendientes como si fuera un faro en medio de una noche oscura.

Langley, siempre encantador, lograba sacarle esas risas nerviosas que Alexander ya

empezaba a reconocer. Philip, con su eterna calma, estaba cerca como un centinela, ofreciéndole palabras tranquilizadoras y una presencia constante. Y él no podía enfadarse con ellos. Después de todo, les había pedido ayuda: encontrarle un esposo a su prima lo antes posible.

Algunos de sus amigos lo hacían con la típica ociosidad que los caracterizaba. Otros, quizá con un poco más de entusiasmo de lo que Alexander consideraba cómodo. Especialmente Langley, cuyo exceso de sonrisas y reverencias bordeaba lo insufrible. ¿Motivados por amistad? Claro. ¿Motivados por algo más? Definitivamente.

Alexander suspiró y se pasó una mano por la nuca, maldiciendo para sus adentros. Había creído que mantener esa fachada de "prima Snow" sería fácil. Solo tenía que protegerla, evitar que se metiera en problemas y convencer a algún buen partido de que Blanca era la esposa perfecta. Pero lo que no había previsto era que observarla lidiar con todo eso —y hacerlo con esa mezcla de valentía y vulnerabilidad— se convirtiera en algo que no podía dejar de hacer.

Antes de que pudiera seguir hundiéndose en su propio laberinto de pensamientos, un sirviente se le acercó con una nota. Al verla, Alexander sintió una punzada de irritación: Lady Grimhilde.

Claro que no podía ser una noche tranquila.

«Recuerda quién eres. No olvides tu lugar.»

Lady Grimhilde no había venido al baile, pero su influencia lo alcanzaba incluso allí. Alexander apretó los puños, sintiendo la ira y el desprecio bullir en su interior. No cumpliría sus órdenes. No le haría daño a Blanca.

Al alzar la vista, vio cómo Blanca aceptaba la mano de Edward Langley para un baile. Algo en la forma en que se movía, insegura pero decidida, lo conmovió profundamente. Era una luchadora, incluso cuando no lo sabía. Y él haría todo lo posible por protegerla, aunque eso significara enfrentarse a su madre y al hombre más poderoso del reino.



La noche había transcurrido como un torbellino, y Blanca apenas podía recordar todos los rostros que había conocido ni las conversaciones que había sostenido. Risas, saludos, cumplidos en exceso... Todo se mezclaba en su mente, convirtiéndose en un eco lejano, un ruido ensordecedor que aún no lograba acallar. Pero mientras el carruaje avanzaba por las oscuras calles de Londres, alejándose de la música y las luces del baile, el bullicio quedó atrás. Y con él también se desvaneció la fachada que había mantenido durante toda la velada.

Las luces de las farolas parpadeaban débilmente a través de la ventanilla, y el suave traqueteo de las ruedas sobre los adoquines llenaba el silencio. Alexander estaba sentado frente a ella, tan rígido como lo había estado toda la noche, con su expresión impenetrable. Pero Blanca no era ajena a los matices de su rostro: había una sombra en sus ojos que delataba que su mente estaba lejos de estar en calma. Estaban solos en el carruaje; Ashbourne y Wickham, siempre en busca de diversión, habían decidido alargar la noche en algún lugar mucho menos respetable que la mansión de los Fairfax. El resto de los amigos de Alexander se habían dispersado: algunos se habían perdido durante la fiesta, otros habían regresado directamente a sus hogares, y unos pocos

habían acompañado a Ashbourne y Wickham en su escapada nocturna.

Blanca se obligó a alzar la mirada con sus manos enguantadas sobre su regazo.

—He tomado una decisión —dijo finalmente.

Alexander alzó la vista de inmediato. Sus ojos oscuros se clavaron en los suyos, como si la estuviera evaluando.

—¿Y cuál es esa decisión, lady Erthal?

—Voy a encontrar un buen partido. Agradezco su generosidad y la de sus amigos —dijo Blanca con voz firme, sorprendida por la confianza que se iba asentando en su interior—.

Agradezco que me haya salvado de una muerte segura y que me haya dado no solo un refugio, sino también una oportunidad para presentarme en Londres.

Hizo una breve pausa, sosteniendo la mirada de Alexander con valentía.

—Pero no quiero abusar de su tiempo ni de su caballerosidad. Como le dije, si me caso antes de los veinte, Erthal será mío, y podré devolverle todo lo que ha hecho por mí.

Alexander sabía que las palabras de lady Blanca Erthal eran sinceras, pero cada agradecimiento le caía como una piedra al estómago. Porque, aunque ella no lo sabía, había un saco lleno de oro pagando por todo aquello: por su protección, por la fachada de "prima Snow", por el papel que él desempeñaba.

Sin embargo, lo que pesaba más que el oro era el hecho de que estaba ignorando deliberadamente las órdenes de su madre, Lady Grimhilde. La mujer que lo había moldeado, no como un hijo, sino como un arma. La misma que podía decidir su destino con un solo gesto. Una muerte segura, rápida o lenta, si ella lo deseaba. Jamás había sido un hijo querido, ni deseado.

Pero incluso sabiendo eso, había tomado su decisión. Proteger a Blanca no era una simple tarea, ni una obligación que terminaba con la entrega de una dote. Era algo que, para su desconcierto, se había vuelto personal. Demasiado personal.

—¿Ah, sí? —replicó después de un momento, con ironía controlada—. ¿Y ha encontrado algún candidato adecuado en este desfile de rostros y halagos?

Blanca frunció el ceño ante la aspereza de su respuesta, pero se obligó a mantener la calma.

Se retorció las manos sobre su regazo, sintiendo como el calor le subía por el rostro mientras intentaba mantener la compostura. Hablar de posibles esposos frente a Alexander, especialmente mencionar a sus propios amigos, le resultaba incómodo en un grado que no había anticipado. Pero a esas alturas no podía ser una remilgada.

—Estoy considerando mis opciones —dijo, aunque su voz tembló un poco antes de que lograra recuperar algo de firmeza—. Edward Langley es encantador, amable... Y Philip es estable, confiable. Incluso Wickham...

No pudo evitar desviar la mirada mientras lo decía, pero el sonido de la risa seca de Alexander la obligó a volver a enfrentarlo.

—Wickham —repitió él, negando con la cabeza como si la idea fuera absurda—. Por favor, Blanca, sea seria. Wickham no es... adecuado.

—¿Y por qué no? —respondió ella, alzando la barbilla, aunque su rubor delataba su incomodidad.

Alexander la miró como si tuviera que explicarle algo obvio.

—Porque Wickham ni siquiera sería capaz de recordar qué día es su aniversario, mucho menos cuidar de usted.

Blanca apretó los labios, luchando por no sentirse completamente avergonzada.

—¿Y Philip?

—Philip no busca una esposa. Es un hombre honorable, pero no tiene intención de casarse, al menos no por ahora —respondió Alexander con calma, aunque su tono dejaba claro que no era una opción que estuviera dispuesto a discutir.

Blanca suspiró, sintiéndose acorralada, pero no dispuesta a ceder tan fácilmente.

—¿Y Lord Ainsworth? —preguntó, nombrando a un joven que había conocido brevemente durante el baile. No era particularmente fascinante, pero había sido cortés y atento.

—Un soñador sin un centavo —contestó Alexander con una mueca.

—Lord Davenport, entonces —insistió ella, mencionando al viudo de reputación impecable que le había parecido razonable, si no atractivo.

—Es un hombre con deudas y demasiados compromisos previos —replicó Alexander, su tono cada vez más cortante.

—¿Y Sir Percival Morton? —añadió Blanca, ahora con un atisbo de desesperación.

Alexander arqueó una ceja, incrédulo.

—Un hombre cuyo único amor verdadero es el brandy.

Blanca apretó las manos con más fuerza, sintiendo cómo su incomodidad crecía con cada respuesta.

—Entonces, ¿quién sería adecuado? —preguntó, esta vez dejando que un toque de frustración se filtrara en su voz—. Porque parece que tiene una objeción para cada uno.

Alexander se inclinó ligeramente hacia adelante, su mirada fija en ella con una intensidad que la dejó sin aliento.

—Alguien que pueda protegerla, lady Erthal —dijo finalmente con una voz baja y contenida, pero cargada de algo desconocido para Blanca—. Alguien que no la vea como un trofeo, ni como una solución a sus propios problemas.

Blanca tragó saliva.

—¿Y dónde encontraré a alguien así? —susurró, casi sin darse cuenta de que había hablado en voz alta.

Alexander no respondió, desviando la mirada hacia la ventanilla como si la respuesta estuviera escrita en la oscuridad de más allá. Pero Blanca no pudo ignorar las manos apretadas de él, como si la pregunta lo hubiera golpeado con más fuerza de la que ella había pretendido.

—Mi objeción es simple. Ninguno de ellos tiene lo que necesita —Su voz era cortante, pero no había enojo en ella, solo dureza.

—Entonces, dígame, señor Hamilton —insistió, susurrando su nombre como si fuera un desafío—. ¿Qué necesito?

Por un instante, la atmósfera en el carruaje se volvió sofocante. La mirada de Alexander volvió hacia ella y ardió en la penumbra, provocando un estremecimiento en Blanca. Pero justo cuando parecía que iba a decir algo importante, desvió la vista de nuevo hacia la ventana.

Blanca sintió una mezcla de frustración y algo que no podía nombrar. ¿Por qué siempre parecía estar a punto de decir algo, pero nunca lo hacía?



Capítulo 9



Los días posteriores al baile transcurrieron rápido. Londres era una ciudad maravillosa y ella jamás se había sentido tan libre, tan arropada y contenta. Blanca apenas tuvo tiempo de reflexionar sobre todo lo que había sucedido en la mansión de los Fairfax. Las presentaciones, los pretendientes, las miradas... Todo se mezclaba en su mente mientras intentaba adaptarse a un ritmo de vida completamente distinto al que había conocido.

La casa de Ashbourne se había convertido en un remolino de actividad. Entre las visitas inesperadas de los amigos de Alexander y las constantes bromas de Wickham, Blanca apenas tenía un momento de silencio. Sin embargo, su anfitrión parecía decidido a transformarla en una auténtica dama londinense, y eso implicaba algo que Blanca nunca habría imaginado: vestidos nuevos.

—Esto no es negociable, prima Snow —dijo Ashbourne con una sonrisa mientras se inclinaba hacia ella desde su lugar en el sofá, con una copa de vino en la mano—. Londres exige elegancia, y yo no pienso permitir que te presentes en sociedad con vestidos pasados de moda.

Blanca, sentada frente a él con las manos sobre su regazo, intentó protestar.

—Pero, milord, ya he causado suficientes gastos. No puedo...

—Ah, nada de eso. Mi generosidad es infinita, y mi buen gusto aún más —interrumpió Ashbourne con un tono exagerado, levantando la copa como si brindara por su propia magnificencia.

—No intente discutir con él —intervino Wickham, entrando en la sala con una bandeja de cartas en la mano—. Es una batalla perdida. Créame, lo sé.

Blanca suspiró, sintiéndose atrapada. Lo cierto era que había llegado allí sin nada. Y si

quería seguir formando parte de la sociedad londinense, necesitaba esos vestidos.

—No puedo aceptar tanto, de verdad.

Ashbourne dejó su copa sobre la mesa y se inclinó hacia ella con una sonrisa ladina.

—Escuche, prima Snow. La sociedad londinense es un campo de batalla, y la moda es su armadura. Déjeme asegurarme de que está lista para la guerra.

Blanca no pudo evitar sonreír ante su exageración, aunque seguía sintiéndose incómoda. Sin embargo, cuando Philip entró en la sala, sosteniendo un pequeño paquete que acababa de llegar, la situación cambió.

—Lady Snow —dijo con su tono calmado y cortés—. Este paquete es para usted. De parte de Madame Claudine. Parece que nuestro querido Ashbourne ya ha hecho los arreglos necesarios.

Blanca abrió los ojos con sorpresa.

—¿Quién es Madame Claudine?

—La mejor modista de Londres, por supuesto —respondió Ashbourne con aire triunfal—. No voy a dejar que ninguna otra toque su guardarropa.

Philip colocó el paquete sobre la mesa frente a Blanca y se inclinó ligeramente hacia ella.

—Debe acostumbrarse, milady. Ashbourne tiene buen ojo para estas cosas, aunque sus métodos sean... algo abrumadores.

Blanca miró el paquete con una mezcla de gratitud y vergüenza. Sabía que necesitaba vestidos nuevos para encajar en ese mundo, pero aceptar tanta generosidad no era fácil para alguien que siempre había vivido a la sombra de los demás. Desde la muerte de su padre, lady Grimhilde no le había comprado absolutamente nada nuevo. Todos sus vestidos se habían quedado pequeños y además, solía tener que remendarlos porque estaban gastados. Haber llevado dos vestidos nuevos desde que estaba allí, uno azul y uno blanco, y saber que le esperaban muchos más, la llenaban de una alegría renovada.

—No puedo agradecerles lo suficiente —murmuró finalmente, levantando la vista hacia Ashbourne y Philip—. Haré todo lo posible por no decepcionarles.

—Oh, querida prima Snow, ya lo está haciendo maravillosamente —dijo Ashbourne mientras se recostaba en el sofá con una sonrisa satisfecha—. Nuestra vida era realmente aburrida antes de su llegada, ¿no es así, Alexander?

Blanca giró la cabeza hacia Alexander, que estaba de pie junto a la chimenea, aparentemente distante. Su postura rígida y la mirada fija en las llamas parecían indicar que no estaba prestando atención, pero su respuesta fue inmediata.

—Estoy seguro de que Ashbourne está disfrutando con su nuevo proyecto —dijo con ironía, sin apartar la mirada del fuego.

Ashbourne soltó una carcajada y se giró hacia él.

—Oh, Alexander, no seas tan seco. Sabes que estás tan implicado en esto como yo.

Alexander levantó la vista lentamente, y aunque sus ojos se encontraron con los de Ashbourne por un instante, no hubo palabras. Ashbourne, con su típica sonrisa traviesa, lo miró como si compartieran un secreto, pero no añadió nada más.

Blanca observó el intercambio con curiosidad, pero decidió no preguntar. En cambio, bajó la mirada al paquete sobre la mesa, sintiéndose atrapada entre su necesidad y su orgullo.

En realidad, era Alexander quien estaba financiando todo: los vestidos, las visitas a Madame Claudine, e incluso los pequeños detalles que Blanca aún no había notado. Sabía que ella jamás aceptaría tanta generosidad directamente de él, no después de todo lo que ya estaba

haciendo por ella. Por eso había recurrido a Ashbourne, el único de sus amigos que conocía toda la verdad. Había tenido que confesárselo, no solo para asegurarse su apoyo, sino porque no sería justo exponerlo a los riesgos de albergar a Blanca sin entender completamente el peligro que representaba Lady Grimhilde. Ashbourne, con su habitual desenfado, había aceptado el papel con una sonrisa traviesa, encantado de jugar el rol de benefactor impulsivo y extravagante.

«Ella nunca debe saberlo».

El pensamiento pasó fugazmente por la mente de Alexander mientras observaba a Blanca abrir el paquete con manos temblorosas. Porque lo que menos quería era que se sintiera aún más en deuda con él. Lo hacía por ella, sí, pero también porque sabía que era lo correcto. Y porque lo pagaban, claro.

Una mezcla repugnante de motivos para colmarla de lo mejor de Londres.

—¿Alexander? —la voz de Ashbourne rompió el silencio, y Alexander parpadeó, despertando de sus pensamientos.

—¿Qué?

—Estaba diciendo que deberías acompañarnos al paseo de Hyde Park mañana. Lady Snow necesita todas las oportunidades posibles para mostrar su nuevo guardarropa y seguir conociendo a los jóvenes de la fiesta.

Alexander apretó la mandíbula, pero asintió brevemente.

—Por supuesto —dijo con frialdad, aunque sus ojos no se apartaron de Blanca mientras ella miraba el vestido con una tímida sonrisa. Era demasiado encantadora.



La tarde ofrecía un escenario idílico en Hyde Park: una brisa suave hacía bailar las hojas de los árboles, mientras las risas despreocupadas y el sonido rítmico de los cascos de los caballos creaban una sinfonía característica del lugar. El grupo se movía con naturalidad, atrayendo algunas miradas curiosas por la animada interacción entre Ashbourne y Wickham, quienes, como siempre, competían por la atención de Blanca con comentarios desenfadados.

Entre las conversaciones ligeras y las bromas que flotaban en el aire, Henry Fairfax, que había estado caminando con el grupo desde el principio, se acercó a Blanca con pasos decididos. Su presencia, siempre distinguida, exigía atención. Henry Fairfax, con su imponente estatura y su porte distinguido, siempre destacaba sin necesidad de esfuerzo. Su cabello negro azabache, perfectamente peinado hacia atrás, enmarcaba un rostro de rasgos definidos y una mirada gris que irradiaba serenidad y control. Vestía con impecable elegancia, eligiendo siempre tonos oscuros que resaltaban su sobria autoridad. Había algo en él que sugería confianza y estabilidad, cualidades que lo diferenciaban de sus amigos más desenfadados.

—Lady Snow, ¿podría concederme un momento? —preguntó con una inclinación cortés con voz baja.

Blanca alzó la mirada, sorprendida. Henry no era del tipo de caballeros que buscaran protagonismo en el grupo, y su solicitud le pareció inesperada.

—Claro, milord —respondió con suavidad, aceptando el brazo que él le ofrecía y soltándose

de Ashbourne, con quien había estado charlando animadamente hasta entonces.

Se separaron del resto mientras los demás seguían con su animada conversación. Henry mantuvo el paso lento, dándole a Blanca el espacio suficiente para no sentirse presionada.

—No es mi costumbre hablar con tanta franqueza —comenzó, mirando hacia adelante con una expresión reflexiva—, pero algunas ocasiones requieren un poco de osadía.

—¿A qué se refiere, milord?

—Desde el baile en casa de mis tíos, los Fairfax, he estado pensando en usted, lady Snow. Mi prima Marianne quedó particularmente encantada con su presencia, y debo admitir que yo también.

Blanca parpadeó, sorprendida.

—Eso es... muy amable, milord.

—Mis tíos, aunque apenas conocen su historia, hablaron maravillas sobre usted. Dijeron que tiene un porte natural, una dignidad que no puede ser enseñada. —Henry se detuvo un momento, dándole tiempo para asimilar sus palabras—. Y debo decir que estoy de acuerdo.

Blanca sintió cómo el calor subía a sus mejillas. Nunca nadie había hablado de ella con tanto respeto y admiración.

—Es muy generoso al decir eso —murmuró ella, intentando recuperar la compostura.

—No es generosidad, lady Snow. Es honestidad. Sé que su situación no es fácil, y no me atrevo a imaginar las decisiones que debe enfrentar. Pero quiero que sepa que, si está buscando un esposo, me sentiría honrado de ser considerado.

La franqueza de Henry la dejó sin palabras. Había esperado interés de los hombres que la rodeaban, pero no una propuesta tan clara y respetuosa.

—Milord... no sé qué decir —admitió al fin, mirando al suelo.

—No necesita decir nada ahora —replicó Henry con una sonrisa tranquila—. Solo quería que supiera mis intenciones. Esto no es algo que yo tome a la ligera.

A poca distancia, Alexander observaba con atención. Sus ojos se entrecerraron al notar lo cerca que estaba Henry de Blanca, aunque no hizo el menor intento por intervenir. Sus pensamientos giraban en un torbellino que prefería no desentrañar, ni siquiera para su propia tranquilidad.

Blanca, por su parte, analizaba cada palabra y gesto de Henry con una rapidez casi instintiva. Era imposible pasar por alto que el vizconde de Fairfax, con su porte impecable y su seriedad innata, cumplía con muchos de los requisitos que una dama en su posición debía considerar. Contaba con un título, una posición social respetable y, lo más importante, una reputación intachable. En contraste con los otros miembros del grupo, como Ashbourne o Wickham, cuya exuberancia podía rozar la frivolidad, Henry representaba un modelo claro de estabilidad.

A pesar de su carácter más serio, no era falta de atractivo. Su cabello negro azabache y sus ojos grises transmitían una intensidad que pocas veces encontraba en otros hombres. Y aunque no era tan relajado como Philip ni tan encantadoramente pícaro como Edward Langley, Henry parecía un hombre que cumpliría cualquier promesa que hiciera, una cualidad que Blanca no podía permitirse pasar por alto.

Sin embargo, lo que más valoraba en él en ese momento era que no la hacía sentir como una intrusa. Había mencionado a Marianne y a los Fairfax con naturalidad, casi como si la incluyera en su círculo familiar sin reservas, y eso, después de años bajo la sombra de Lady Grimhilde, era una sensación extraña, casi reconfortante.

Alexander, por su parte, nunca había expresado una objeción directa hacia Henry, lo que ya decía mucho, considerando lo crítico que podía ser con cualquiera que se acercara demasiado a ella. Pero incluso con todas estas cualidades a su favor, había algo que la retenía. ¿Era Henry el tipo de hombre con el que podía construir no solo una alianza, sino una vida? ¿Qué diría Henry cuando supiera que, en realidad, ella era la próxima Condesa de Erthal?

La duda la carcomía, pero lo comparó con Alexander. Y ahí, en ese terreno peligroso, cualquier juicio sobre Henry parecía insuficiente.

Philip, siempre atento a los cambios en el grupo, dejó su posición rezagada y se acercó a Alexander, caminando a su lado con pasos medidos. Permaneció en silencio unos momentos, como si evaluara el humor de su amigo, antes de romper el hielo con una leve sonrisa.

—Henry parece haber encontrado un propósito claro —comentó, con un tono que mezclaba admiración y una pizca de diversión.

Alexander no apartó la vista de Blanca y Henry, pero su mandíbula se tensó casi imperceptiblemente.

—Demasiado claro —murmuró el bastardo de lady Grimhilde.

—Si no lo supiera mejor, diría que estás... molesto.

—No seas ridículo —respondió Alexander con frialdad, aunque la rigidez de su mandíbula traicionaba sus emociones mucho más de lo que él habría querido.

Philip Lockhart, marqués de Hawthorne, era la definición de la tranquilidad hecha persona. Alto y de porte distinguido, sus ojos castaños oscuros reflejaban inteligencia. Su cabello, siempre cuidadosamente peinado, daba la impresión de que cada detalle de su apariencia estaba medido y calculado. No tenía la vivacidad traviesa del rubio de Langley ni la exuberancia teatral de Ashbourne, pero su calma innata y su voz baja y reflexiva lo convertían en una presencia reconfortante. Donde los demás eran alboroto y caos, Philip era el equilibrio.

Philip permaneció a su lado unos instantes más, su mirada fija en el par que caminaba al frente. La forma en que Blanca y Henry avanzaban, separados del grupo, lo hacía parecer una estampa perfecta: una dama joven en busca de seguridad y un caballero dispuesto a ofrecérsela. Sin embargo, Philip, con su astucia característica, percibió algo más.

—Sabes que Henry es un buen hombre —dijo finalmente, con voz serena.

Alexander no respondió, sus ojos negros seguían clavados en la figura de Blanca. Philip continuó:

—Tiene el título, la reputación, y lo más importante, la voluntad de protegerla. Tú, en cambio...

Alexander lo fulminó con la mirada, pero Philip no se inmutó.

—Tú no puedes ofrecerle lo que necesita, Alexander. Y lo sabes. —Su tono no era acusatorio, sino firme, casi compasivo—. No lo tomes como un ataque. Es solo la verdad.

—¿Verdad? —Alexander rio entre dientes, pero no había humor en el sonido. Su mandíbula se tensó aún más mientras desviaba la vista hacia el horizonte, lejos de Philip y de la imagen de Blanca junto a otro hombre—. ¿Y qué sabes tú de mi verdad?

Philip lo observó en silencio, dejando que las palabras resonaran. Finalmente, se encogió de hombros.

—Quizá más de lo que crees —murmuró antes de apartarse, volviendo hacia Ashbourne y Wickham con un aire despreocupado que no engañaba a nadie.

Alexander cerró los ojos un instante. Lo que Philip había dicho era cierto. Blanca necesitaba algo que él no podía darle: estabilidad, un futuro claro, alguien que no estuviera enredado en

intrigas que podían costarle la vida. Sin embargo, cada vez que intentaba apartarse, algo en su interior lo empujaba de vuelta hacia ella.

Al alzar la mirada, se dio cuenta de que Blanca y Henry habían detenido su paseo y ahora se giraban hacia el grupo. Henry inclinó la cabeza, ofreciendo el brazo a Blanca para guiarla de regreso. Alexander sintió cómo su estómago se contraía al ver la facilidad con la que Blanca aceptaba el gesto. Era lo correcto, después de todo. Pero la idea de que alguien más pudiera ocupar ese espacio a su lado, protegerla, y quizás... amarla, lo llenó de una furia sorda.

Cuando Blanca volvió junto al grupo, sus ojos buscaron a Alexander instintivamente, como si necesitara comprobar que aún estaba allí. Al encontrar su mirada, algo indescifrable pasó entre ellos. Él le ofreció un leve asentimiento, nada más, y se giró para caminar hacia la salida del parque, consciente de que no podía quedarse allí un minuto más sin perder el control de sí mismo.



El salón de la mansión de Ashbourne estaba iluminado por el suave resplandor del fuego en la chimenea. Blanca estaba sentada en un sofá con las manos reposando delicadamente sobre su regazo. Frente a ella, Wickham y Ashbourne se enzarzaban en una conversación animada con esos comentarios siempre a medio camino entre lo ingenioso y lo descarado.

—Lady Snow, querida prima —declaró Ashbourne, inclinándose hacia ella con un brillo travieso en los ojos—, debo confesarle algo: Henry Fairfax tiene la extraordinaria habilidad de ser perfectamente aburrido y fascinante a partes iguales. Una combinación peligrosa, ¿no le parece?

—Oh, completamente peligrosa —añadió Wickham, echándose hacia atrás en su silla mientras agitaba su copa de vino—. Aunque admito que en Hyde Park tenía una presencia que incluso Alexander, con todo su aire de general derrotado, no pudo igualar.

—No creo que el señor Hamilton intente competir con nadie —replicó ella suavemente—. Y eso, caballeros, es una cualidad que muchos deberían envidiar. Mi primo —recordó su tapadera—, es un hombre sencillo.

Wickham arqueó una ceja, divertido, mientras Ashbourne la miraba con una sonrisa maliciosa.

—¡Qué lealtad tan conmovedora! —exclamó Ashbourne, inclinándose teatralmente hacia ella—. Pero díganos, lady Snow, ¿acaso Fairfax no logró impresionar siquiera un poco su distinguido criterio?

Blanca se levantó lentamente, alisándose la falda con las manos antes de responder.

—Es un caballero respetable y amable —dijo, tratando de mantener la compostura—. Pero creo que esta conversación ya no es adecuada para la hora.

—¡Oh, pero estamos apenas entrando en calor! —protestó Wickham, poniéndose en pie como si fuera a detenerla.

—Les dejo continuar con sus debates, caballeros —replicó Blanca, con una leve sonrisa—. Yo necesito descansar.

Ashbourne suspiró dramáticamente, pero no insistió. Era entrada la noche, y cualquier dama respetable haría lo mismo que lady Snow estaba haciendo en esos instantes: retirarse a su alcoba.

—Como desee, lady Snow. Pero recuerde, mañana quiero verla resplandecer en mi picnic mensual.

—Gracias, lord Ashbourne, de verdad. Jamás podré agradecerle tanto... Que tengan buenas noches, caballeros —murmuró Blanca antes de retirarse, sintiendo sus miradas sobre ella mientras cruzaba la puerta.

El pasillo estaba oscuro y en completo silencio, salvo por el sonido de sus pasos sobre el suelo de madera. Pero al doblar la esquina, se detuvo en seco. Alexander estaba allí, de pie junto a una ventana abierta, el perfil de su rostro estaba iluminado por la luz de la luna. Sus manos estaban cruzadas detrás de la espalda, y su postura rígida le daba un aire imponente, casi melancólico.

¿En qué estaba pensando siempre? ¿Por qué estaba tan callado?

—¿Retirándose tan pronto? —preguntó él, sin mirarla.

—Ya no son horas para seguir conversando, señor Hamilton. Aunque veo que usted tampoco parece dispuesto a descansar.

—Que descanse —replicó él, dedicándole una mirada fugaz antes de volver sus ojos negros hacia la ventana.

Pero Blanca no se movió. Algo en la forma en que él evitaba mirarla, en la rigidez de su postura, la detenía. Su corazón latía desbocado, y antes de darse cuenta, las palabras salieron de su boca como un susurro:

—¿Y usted? ¿No necesita descansar, señor Hamilton?

Alexander giró la cabeza hacia ella una vez más, y esta vez su mirada era diferente, cargada de algo que no lograba descifrar. Su mandíbula se tensó antes de responder, con una frialdad que no coincidía con el fuego en sus ojos negros.

—El descanso no siempre es un lujo que pueda permitirme, milady.

Un escalofrío le recorrió la espalda a Blanca, pero no era miedo lo que la inmovilizaba, sino algo más profundo. Algo que parecía despertar cada vez que Alexander estaba cerca.

—Parece que lleva mucho peso sobre sus espaldas.

Alexander soltó una risa breve, amarga, y negó con la cabeza.

—Más del que debería, milady; muchos problemas, pero ninguno que le interese a usted.

—Me interesa —replicó ella con rapidez, sorprendiéndose a sí misma. Los ojos de Alexander se estrecharon ligeramente, como si evaluara la sinceridad de sus palabras.

—¿Por qué?

—Porque ha hecho más por mí de lo que podría haber esperado de nadie —confesó Blanca, su voz quebrándose un poco. Sus ojos, tan grandes y llenos de esa confianza que Alexander encontraba casi insoportable, se alzaron hacia él—. Usted no tenía por qué protegerme, y sin embargo... lo ha hecho.

—No lo idealice, milady. No soy el caballero que imagina.

—No me imagino nada. Solo veo a alguien que ha sido bueno conmigo cuando no tenía ninguna obligación de serlo.

La sinceridad en su tono lo desconcertó. Alexander estaba acostumbrado a la desconfianza, a la manipulación, pero Blanca era diferente. Su fe en él, tan absoluta, lo sacudía de formas que no quería admitir.

—Usted no me conoce, Blanca. No sabe de lo que soy capaz.

—Quizá no —admitió ella con un murmullo agudo—. Pero confío en usted más que en nadie...

Alexander no podía apartar la vista de ella. Su proximidad era intoxicante, su inocencia un tormento. Quería decirle que se equivocaba, que estaba jugando con fuego. Pero en lugar de hablar, hizo algo que nunca se habría permitido.

Se inclinó hacia ella, deteniéndose apenas a un suspiro de distancia.

—Dios, Blanca... —murmuró, como si luchara consigo mismo.

Ella no se movió, no retrocedió. Sus labios se entreabrieron ligeramente, y el leve temblor de su cuerpo le indicó que estaba tan encendida como él.

Alexander cerró la distancia, presionando sus labios contra los de ella en un beso lento, deliberado, que lo consumió al instante. No había urgencia, solo un deseo contenido, como si quisiera grabar ese momento en su memoria para siempre.

Blanca jadeó suavemente, pero no se apartó. Sus manos se aferraron al chal que llevaba sobre los hombros, mientras su cuerpo reaccionaba instintivamente a la calidez y la firmeza de Alexander. Jamás había sentido algo semejante. Jamás había sido besada por un hombre. Ni siquiera había sido amada durante los tres últimos años por nadie.

Cuando se separaron, ambos estaban respirando con dificultad. Alexander se llevó una mano al rostro, como si intentara borrar el rastro de lo que acababa de hacer, pero sus ojos traicionaban la tormenta que rugía en su interior.

—Esto no debería haber sucedido —murmuró él, dando un paso hacia atrás con la voz áspera, cargada de arrepentimiento y algo más oscuro.

Blanca, aún aturdida, levantó la mirada hacia él.

—¿Por qué no?

Alexander no respondió. Sus ojos recorrieron el rostro pálido de Blanca como si quisiera memorizar cada detalle antes de apartarse por completo. Finalmente, giró sobre sus talones y desapareció en la penumbra del pasillo.

Blanca se quedó sola.

¿Qué era lo que acababa de ocurrir?

En algún rincón de la casa, Alexander se detuvo, apoyando una mano en la pared como si intentara recuperar el aliento. No debía haber hecho aquello. Su deber, sus promesas, todo lo que lo definía, habían sido arrojados al vacío por un momento de debilidad. ¿Por qué ella tenía ese efecto en él?

«Maldición», pensó; ella era adorable. Una presa interesante. Lograba perturbarlo y ahora necesitaba urgentemente una ramera. Al diablo con el amor a primera vista, al diablo con todo.

Blanca, en su lugar, se abrazó a sí misma, buscando un consuelo que no llegaba. Algo le decía que nada volvería a ser igual.

Y, por primera vez, no estaba segura de si eso era un consuelo o una condena.



Capítulo 10



La mañana del picnic amaneció luminosa, con el sol acariciando los jardines de la mansión de Ashbourne y una brisa fresca que anunciaba un día perfecto para socializar al aire libre. Blanca, vestida con un sencillo vestido de muselina blanca adornado con lazos azul pastel, estaba terminando de acomodar los guantes en su regazo mientras esperaba que el carruaje estuviera listo.

Wickham, como siempre, fue el primero en aparecer con una sonrisa despreocupada y su sombrero ladeado.

—¡Un día magnífico para un picnic! —anunció, extendiendo los brazos como si fuera el dueño del clima—. Espero que Ashbourne no haya olvidado el vino, porque nada arruina más un día de campo que un anfitrión sobrio.

Blanca no pudo evitar sonreír ante su entusiasmo mientras Ashbourne, elegantemente vestido, hacía su entrada cargando una canasta.

—¿Dudas de mi capacidad para planear el evento social del mes? —replicó con fingida indignación, colocando la canasta con un gesto dramático—. Querida prima Snow, debo advertirle que los hombres más aburridos de Londres estarán presentes. Pero no se preocupe, Wickham y yo estamos aquí para rescatarla del tedio.

—Yo no diría que son aburridos, milord —replicó Blanca con diplomacia, mientras subía al carruaje—. Solo tienen un carácter diferente al vuestro.

Alexander llegó último, con su postura siempre imponente y una expresión inescrutable. Sus ojos, oscuros como la noche, se encontraron con los de Blanca por un instante antes de desviar la mirada. Su silencio era un contraste absoluto con la charla animada de Wickham y Ashbourne.

El trayecto al campo estuvo salpicado de risas y bromas, pero Blanca apenas prestaba atención. Su mente seguía atrapada en los recuerdos de la noche anterior y en las miradas fugaces de Alexander, que parecían quemarla cada vez que se cruzaban.

El lugar elegido por Ashbourne para el picnic era un campo amplio y verde, rodeado de robles centenarios que ofrecían sombra estratégica. Las mesas estaban dispuestas bajo los árboles, adornadas con jarrones de porcelana y flores silvestres cuidadosamente seleccionadas. Los criados habían preparado una selección de manjares que incluían tartaletas de frutas, emparedados delicadamente cortados y una variedad de vinos finos.

Los invitados comenzaron a llegar, cada uno más impresionante que el anterior, mostrando su mejor atuendo para la ocasión. Los primeros en aparecer fueron los Fairfax: lord y lady Fairfax, acompañados de su hija Marianne y su sobrino Henry. Blanca los saludó con cortesía, notando cómo Henry se adelantaba para ofrecerle un cumplido con una sonrisa afable.

—Lady Snow, Londres no ha dejado de hablar de usted desde el baile en nuestra mansión. Espero que hoy sea una oportunidad para que disfrute de nuestra compañía en un entorno más relajado —dijo Henry, inclinándose ligeramente hacia ella.

—Milord, es un placer verlos nuevamente. Agradezco mucho sus palabras amables —respondió Blanca, con una sonrisa que intentaba ocultar su incomodidad por la atención de Henry. Después del beso con Alexander, no se sentía tan digna de esas atenciones.

Alexander observaba la escena con los ojos entrecerrados con su mirada fija en Henry mientras este ofrecía el brazo a Blanca y la conducía hacia una de las mesas. No dijo nada, pero la tensión en su mandíbula delataba su irritación. Philip llegó en silencio, como siempre, deteniéndose a su lado con esa calma que parecía acompañarlo siempre.

—Henry es un hombre decidido, ¿no crees? —comentó Philip en un tono neutro, aunque sus ojos castaños brillaban con algo más que mera curiosidad.

—Demasiado decidido —murmuró Alexander. Sus ojos seguían clavados en Henry, que inclinaba la cabeza hacia Blanca con una sonrisa que Alexander consideró demasiado complaciente. Sus puños se cerraron con fuerza, como si ese gesto pudiera contener la furia sorda que lo invadía.

No podía apartar la vista de ella. Blanca, con su risa tímida y su gesto grácil al aceptar la atención de Henry, parecía ajena al efecto que tenía sobre él. ¿Qué veía en ese hombre? ¿Esa compostura impecable? ¿Esa seguridad calculada? Henry era todo lo que Alexander no podía ser: estable, aceptable, una opción lógica. Pero cada gesto suyo con Blanca lo hacía parecer un intruso en un lugar que Alexander sentía, de forma irracional, que le pertenecía.

Con un giro brusco, Alexander apartó la mirada y se dirigió hacia donde Ashbourne supervisaba el servicio de vino. Sus pasos eran firmes, casi agresivos, como si necesitara movimiento para disipar la rabia.

—Alexander, viejo amigo, ¿no piensas relajarte ni siquiera en un picnic? —comentó Ashbourne al verlo acercarse, sin molestarse en mirar hacia arriba mientras indicaba al lacayo cómo organizar las botellas.

Alexander lo ignoró al principio, tomando una copa de vino de la bandeja con un movimiento decidido. Bebió un largo sorbo antes de responder, con un tono seco.

—Hay demasiados intereses en juego para relajarse.

Ashbourne levantó la vista, evaluándolo con esa mezcla de perspicacia y burla que lo caracterizaba.

—Ah, entiendo. ¿Hablas de intereses relacionados con una cierta dama de muselina blanca

y lazos azules? —preguntó, dejando caer las palabras con fingida inocencia.

Alexander lo fulminó con la mirada.

—¿Qué sabes tú de eso?

Ashbourne soltó una carcajada, apoyándose en el borde de la mesa.

—Solo lo que cualquiera con ojos puede ver. Aunque debo decir que Henry está haciendo un esfuerzo encomiable por asegurarse de que todos noten su interés. Y tú... bueno, tú no estás manejándolo particularmente bien, ¿verdad?

Alexander apretó la copa con tanta fuerza que temió romperla. No respondió, pero la furia en su mirada hablaba por sí sola.

—Tranquilo, amigo —dijo Ashbourne, con un gesto apaciguador, aunque en su tono seguía habiendo una nota burlona—. No querrás partir la copa y arruinar mi precioso mantel.

Alexander apenas escuchaba. Su mirada se desvió hacia la figura de Blanca, ahora sentada junto a Henry en una de las mesas bajo el toldo. La risa de ella llegaba suave, casi como un eco, y eso bastaba para hacerle recordar lo que había sucedido la noche anterior.

El beso.

Había sido un error. O eso se había repetido a sí mismo una y otra vez mientras salía de la casa aquella noche, con el cuerpo aún encendido y una mezcla de rabia y deseo atormentándolo. Pero la solución que había buscado no había sido mejor. Pasó el resto de la madrugada en el burdel más discreto de Londres, intentando ahogar en caricias ajenas algo que ninguna cantidad de tacto, ni ninguna piel, había logrado calmar.

Nada. Había sido nada. Solo un vacío aún más pronunciado que lo dejó con una sensación de culpa y frustración que no podía sacudirse. Ninguna de esas mujeres podía compararse con Blanca. Su inocencia, su pureza... Dios, incluso su ingenuidad lo tenían atrapado y no lograba ver la salida.

Ashbourne lo observó en silencio durante unos momentos antes de dar un paso más cerca.

—¿Estás bien, Alexander? —preguntó, con una seriedad poco común en él.

Alexander soltó un bufido amargo y dejó la copa sobre la mesa con un golpe seco.

—Estoy perfectamente.

—Claro que lo estás —respondió Ashbourne, sin perder su tono ligero—. Tanto que estás a un paso de clavarle esa copa a alguien. ¿Qué pasó anoche? Porque hoy pareces aún más insostenible que de costumbre.

Alexander lo miró de reojo, sin responder de inmediato. Su mente seguía atrapada en la imagen de Blanca, mirándolo con esos ojos llenos de confianza y vulnerabilidad al mismo tiempo. Esa fe ciega en él lo había destrozado más que cualquier amenaza de su madre o el peso de las órdenes que llevaba años cumpliendo.

—Nada que no te haya contado ya —replicó finalmente, con un tono cortante que no dejó lugar a más preguntas.

—Bueno, lo que sea que te tenga así, amigo, deberías resolverlo pronto. Porque mientras sigas con esa cara de perro rabioso, Henry Fairfax está ganando terreno.

Alexander no respondió, pero sus puños volvieron a cerrarse al ver a Henry inclinándose hacia Blanca, sus palabras inaudibles, pero claramente destinadas a ganarse su atención.

Resolverlo. Claro, como si fuera tan simple. Como si pudiera arrancarse de la mente la sensación de los labios de Blanca, la forma en que había temblado bajo su toque, o el ardor que lo había consumido al alejarse de ella.

No. No era algo que pudiera resolver. No mientras ella estuviera allí, a su alcance, pero

siempre fuera de su alcance al mismo tiempo.



Entre los asistentes al picnic, las figuras más destacadas se movían entre risas y murmullos, luciendo sus mejores galas. Edward Langley, con su cabello rubio ligeramente desordenado y su sonrisa de poeta, no tardó en inclinarse hacia Blanca con un comentario ingenioso mientras intentaba asegurarse un lugar a su lado en la mesa.

—Lady Snow, si me permite decirlo, Hyde Park perdió su brillo desde su última visita. ¿Quién habría pensado que una simple caminata con usted podría hacerme anhelar tanto el campo? —dijo, su tono exageradamente romántico provocando risas entre los presentes.

A su lado, Sir Percival Morton, impecablemente vestido, pero con un brillo avaricioso en los ojos, parecía medir cada palabra antes de hablar con Blanca.

—Es bueno saber que una dama como usted aprecia un entorno más refinado. La sociedad en Londres puede ser tan... abrumadora.

No muy lejos, los hermanos Grayson, conocidos por su escasa estatura y su habilidad para el comercio, discutían animadamente sobre los méritos de las conservas frente a los postres, atrayendo alguna que otra mirada curiosa con su energía desbordante. Wickham, siempre listo para intervenir, se unió a ellos con un comentario sarcástico.

—Si me permiten, caballeros, puedo confirmar que sus conservas son superiores... en hacerme desear un buen vino para olvidarlas —bromeó, provocando risas generalizadas.

Lady Marianne Fairfax brillaba como un sol en el centro del bullicio, rodeada de un séquito de jóvenes admiradores que parecían competir por una sonrisa suya. Henry Fairfax, en cambio, permanecía calmado pero no indiferente, buscando constantemente a Blanca, como si el mundo entero hubiera quedado reducido a ese rincón donde ella estaba sentada.

Cuando el ambiente comenzaba a relajarse y las conversaciones fluían, una figura conocida pero no anticipada apareció entre los invitados: Silas Brookstone.

Su entrada no pasó desapercibida, especialmente para Alexander, quien lo observó con una mezcla de sorpresa y sospecha. Silas, alto y de porte impecable, tenía el cabello oscuro cuidadosamente peinado hacia atrás y vestía un conjunto en tonos oscuros con detalles dorados. Pero lo que realmente llamaba la atención era la manera en que dominaba el espacio con su sola presencia. Su sonrisa era cálida, pero sus ojos de un azul gélido tenían un brillo calculador que podía helar la sangre. Cada movimiento suyo parecía medir a los presentes, como si estuviera jugando un ajedrez cuyas piezas eran todos ellos.

—¡Lord Ashbourne! Qué placer recibir su invitación en el último momento —dijo Silas, estrechándole la mano con un entusiasmo exagerado.

—Brookstone —respondió Ashbourne, levantando una ceja—. Creí que estarías en el norte, lidiando con tus asuntos familiares. De hecho, ni siquiera recuerdo haberte enviado una invitación...

—Querido amigo, no serías capaz ni de recordar el último día en que nos vimos. Mis asuntos los he dejado en buenas manos por un tiempo. No podía perderme tu picnic mensual —

replicó Silas, antes de dirigir su atención hacia Blanca—. Y esta debe ser la famosa lady Snow. Mi querida, ha sido usted un tema recurrente entre los círculos de Londres.

Blanca inclinó la cabeza, sintiéndose algo intimidada por la intensidad de su mirada.

—Milord, es un honor conocerlo —dijo, intentando mantener la compostura.

Alexander se acercó entonces, colocándose junto a Blanca de manera protectora.

—Brookstone, siempre un placer inesperado.

Silas sonrió, pero sus ojos no abandonaron a Blanca.

—El placer es mío, Hamilton. Parece que tienes una compañía muy interesante últimamente.

Alexander estrechó sus ojos negros. Sabía que Silas nunca hacía ni decía nada sin un propósito, y su presencia allí, tan casualmente orquestada, solo podía significar problemas. Él era mil veces peor, mucho peor, de lo que podía ser Alexander.

—Brookstone, siempre vas directo al grano. ¿Qué te trae realmente por aquí? No recuerdo que los picnics fueran de tu interés habitual —replicó Alexander con un tono que podía cortar el aire.

—Digamos que he recibido ciertas... instrucciones de un benefactor común —susurró Silas, alejándose del grupo con Alexander siguiéndolo de cerca—. Lady Grimhilde, para ser exactos. Es una mujer fascinante, ¿no lo crees? Siempre tan... meticulosa en sus expectativas.

El aire pareció enfriarse de repente. Silas no solo traía un mensaje; era un recordatorio vivo de que Lady Grimhilde no soltaba a nadie de su red.

—¿Qué quieres, Silas? Al grano.

—Nada que no sea razonable, te lo aseguro —Silas alzó una ceja, disfrutando de la reacción de Alexander—. Solo asegurarme de que Lady Snow esté... en las mejores manos. Después de todo, sería una pena que algo le ocurriera antes de alcanzar su destino, ¿no crees?

Alexander, sin apartar la mirada de Silas, dio un paso ligeramente hacia adelante.

—Lady Snow no necesita tus consejos, ni los de nadie más enviado por Lady Grimhilde. Puedes decírselo.

—Ah, Alexander, siempre tan protector. Pero mi visita no es solo por ella. También es por ti. Verás, Lady Grimhilde tiene un interés especial en que recuerdes tu lealtad.

Alexander sintió cómo se le formaba un nudo en el estómago. Sabía que Silas no era solo un emisario; era el ojo y el oído de Lady Grimhilde. Pero su presencia allí también significaba otra cosa: no estaba autorizado a actuar todavía. Eso significaba que Blanca estaba a salvo, por el momento.

—No olvides de quién eres hijo —continuó Silas, bajando la voz para asegurarse de que solo Alexander pudiera escucharlo—. Ella tiene grandes planes, y tú siempre serás parte de ellos, te guste o no.

Alexander apretó los puños con fuerza, pero mantuvo su expresión controlada. No podía permitirse mostrar debilidad frente a Silas, no cuando Blanca estaba tan cerca.

—Si has terminado con tus advertencias, Brookstone, te sugiero que disfrutes del picnic como cualquier otro invitado. O mejor aún, márchate.

Silas inclinó ligeramente la cabeza, como si considerara la sugerencia. Luego, dio un paso hacia atrás, levantando las manos en un gesto de rendición teatral.

—Por supuesto, no quiero incomodar a nadie. Pero no te preocupes, Alexander. Estaré cerca, como siempre.

Alexander cerró los ojos por un momento, intentando recuperar el control de su respiración.

Sabía que la aparición de Silas no era una coincidencia, y que su presencia significaba que Lady Grimhilde estaba observándolo de cerca. ¿Por qué no había actuado todavía? Alguien le había dado la orden de esperar, eso seguro.

Blanca, sin embargo, no podía apartar la vista de Alexander. Algo en su postura, en la tensión que irradiaba, la llenaba de miedo y preocupación.

—¿Está todo bien, señor Hamilton? —preguntó en voz baja cuando él regresó a su lado, ignorando las atenciones de los demás caballeros en su mesa.

Alexander la miró, y por un instante, sus ojos oscuros parecieron suavizarse. Pero pronto volvió a enmascarar sus emociones, asintiendo brevemente.

—Todo está bajo control, milady. No tiene nada de qué preocuparse.

Cuando Silas finalmente se alejó para unirse a otro grupo, Ashbourne se acercó a Alexander con una seriedad inhabitual en él.

—Alexander, no tenía idea de que Brookstone aparecería por aquí —dijo en voz baja, a modo de disculpa, asegurándose de que nadie más podía oírlos.

—Silas no necesita una invitación, Ashbourne. Siempre encuentra la forma de estar donde más conviene a sus intereses.

Ashbourne suspiró, pasándose una mano por el cabello castaño en un gesto inusual de tensión.

—Sabía que era tu medio hermano... pero no que seguía actuando con tanta lealtad hacia el rey.

Alexander apretó la mandíbula, clavando sus ojos negros en la figura de Silas que se deslizaba entre los invitados con una confianza inquietante.

—Silas no es leal a nadie más que a sí mismo. Pero está jugando un juego peligroso. Lady Grimhilde lo usa como emisario, y el rey confía en él más de lo que debería. Está demasiado cerca de ambos... y eso lo hace más peligroso de lo que puedes imaginar.

Ashbourne tragó saliva, claramente perturbado por las palabras de Alexander.

—¿Y qué podemos hacer? No puedes enfrentarte a él directamente, no aquí.

—No necesito enfrentarme a él todavía. Pero voy a asegurarme de que no se acerque más a Blanca.

Ashbourne asintió lentamente.



Capítulo 11



El picnic estaba terminando con la misma elegancia con la que había empezado, pero para Blanca, la jornada había resultado agobiante. Por supuesto que estaba agradecida por todas las oportunidades que Ashbourne le estaba ofreciendo, pero no estaba acostumbrada.

Henry no se alejaba de su lado, atento y amable, mientras que Alexander, siempre cerca pero inaccesible, la miraba como si estuviera librando una batalla invisible (lo que hacía imposible olvidar el beso). La presión de ambos hombres, tan opuestos pero igualmente intensos, hacía que el aire le resultara insuficiente.

Sin pensarlo demasiado, se apartó de las mesas y de los grupos de invitados que comenzaban a dispersarse. Sus pasos la llevaron hacia un riachuelo serpenteante, donde el agua danzaba en pequeños destellos bajo la luz rojiza del atardecer. Allí, Blanca finalmente respiró hondo, buscando un momento de paz en medio del caos de su vida.

No estaba acostumbrada a tanta atención, ni a tanta gente. Se había acostumbrado a la soledad de su condado, y aunque agradecía la generosidad de todos, no podía evitar sentirse fuera de lugar. Se ajustó su chal azul marino sobre los hombros, perdiendo la mirada en las aguas brillantes mientras intentaba ordenar sus pensamientos. El beso de Alexander seguía presente en su mente, imposible de ignorar. ¿Cómo podía aceptar el cortejo de Henry Fairfax si otro hombre ya la había besado y no podía dejar de pensar en él? Se sentía indecente.

Un crujido de hojas secas la sacó de su ensimismamiento. Giró la cabeza con rapidez y se encontró con Alexander acercándose desde los árboles.

—Señor Hamilton...

—Milady —respondió él, inclinando ligeramente la cabeza—. No es seguro que esté aquí sola.

—No lo había pensado. Solo... necesitaba un momento de paz. Siento causarle tantos problemas...

—La paz es algo difícil de encontrar últimamente, ¿no? —Su voz tenía un filo amargo, pero sus ojos no se apartaron de los de ella.

—Señor Hamilton, sobre... lo de ayer por la noche —intentó decir ella, armándose de valor.

—No hable de eso, milady.

—Pero debo hacerlo —insistió ella, sonrojándose—. Fue... incorrecto. Fue...

—Un error —interrumpió él, cortante. Sin embargo, sus ojos traicionaron el control que intentaba mantener.

—Yo... nunca he... —Las palabras se le atascaban en la garganta, y tuvo que hacer una pausa antes de intentar de nuevo—. Nunca me había sentido de esta manera antes.

Alexander cerró los ojos un instante, como si sus palabras fueran un golpe directo. Cuando los abrió de nuevo, su expresión era más suave, aunque su voz seguía cargada de dureza.

—No debería haber sucedido. Usted merece algo mejor, alguien mejor.

—Pero usted es el barón de Hamilton —dijo Blanca, clavando sus ojos en los de Alexander con una mezcla de confusión y orgullo herido—. No debería subestimarse... O es que... —su voz flaqueó un instante, pero enseguida enderezó la espalda y tomó aire, decidida a terminar—. Bien, no pasa nada. No sería la primera vez que un caballero se aburre de mí rápidamente. Por eso estoy en esta situación —Intentó mantener la compostura mientras sentía un nudo en el estómago. Las palabras le salían sin filtro, como si hubiera perdido el control sobre lo que decía—. Carezco de todo encanto, supongo, ese que tienen las damas para atraer a un caballero. Imagino que tendrá muchas más interesantes, con conversaciones brillantes y experiencia en el coqueteo —Forzó una sonrisa amarga, pero el temblor de sus manos delataba su vulnerabilidad—. ¡Qué tontería! Seguro alguna lo está esperando en Escocia con los brazos abiertos.

—Milady, no vuelva a decir estas cosas —dijo él en voz baja, acercándose a ella.

—¿Decir qué? —susurró ella, tratando de mantener la compostura, aunque su respiración agitada la traicionaba.

—Que carece de encanto, que los hombres se aburren de usted, que no es suficiente. —Alexander inclinó la cabeza, acercándose más. Sus palabras eran un susurro grave, profundo, como su mirada, como sus gestos, como todo él—. Porque no es cierto.

—No me mienta.

—Cualquier hombre con un mínimo de juicio quedaría atrapado con solo mirarla. Y si alguien no lo ve, entonces es un idiota.

—Entonces, ¿por qué usted...?

—Porque yo no soy un hombre que pueda ofrecerle nada, lady Blanca Erthal.

—Eso no responde a mi pregunta —replicó ella, sin darse cuenta de que había dado un paso hacia él, reduciendo aún más la distancia entre ambos.

—Milady, merece a alguien que pueda darle estabilidad, que no tenga un pasado. Merece un hombre como Henry Fairfax, alguien que pueda mirarla sin preguntarse si está arrastrándola a una vida miserable.

—Quizá sea usted quien no me conoce en absoluto —susurró Blanca—. Quizás no sea tan débil como para no poder soportar su pasado.

Sus palabras lo dejaron helado. Alexander vio la determinación en los ojos verdes y grandes de esa joven, esa que contrastaba tanto con su dulzura habitual, y por un momento todo en él clamó por tirar las barreras, por confesarle la verdad.

Pero no podía.

No cuando la amenaza de Lady Grimhilde seguía tan cerca. No cuando el peso de sus propias acciones lo mantenía encadenado. Debía aguantar.

Sin previo aviso, levantó una mano y acarició su mejilla, con un roce tan ligero que Blanca no supo si lo había imaginado.

—Blanca, por favor... no haga esto más difícil de lo que ya es.

Ella no respondió, pero no apartó la mirada ni retrocedió. Sus ojos verdes estaban cargados de algo insoportable: fe en él. Fe ciega en un hombre que no merecía nada más que condena.

Se inclinó ligeramente, acercándose lo suficiente como para que el roce de su aliento fuera tangible, y entonces se detuvo. No podía cruzar esa línea de nuevo, no cuando sabía que lo único que le esperaba al otro lado era más dolor.

—Por su propio bien, milady, debería olvidarse de mí —zanjó el asunto—. Y considerar la propuesta de Fairfax —Sin darle tiempo a replicar, se apartó de golpe, como si cualquier segundo más junto a ella fuera insoportable—. Será mejor que la acompañe a su carruaje. Muchos de los invitados ya se han ido.

—Sí —accedió ella, sin decir nada más. Limitándose a mantenerse a salvo, como siempre. Debía conformarse, ¿no? Debía callarse, como lo había hecho durante los últimos años de su existencia. ¿Qué más podía hacer? No podía odiarlo por haberla besado sin intenciones serias, o quizás sí que podía. Solo un poco...



La había dejado en el carruaje que la llevaría de vuelta a la propiedad del vizconde de Ashbourne sin mirarla. No podía hacerlo: no podía mirarla. No era de esos hombres que jugaban con los sentimientos de las jovencitas. Ni con los suyos propios. Seguramente ese había sido su primero beso. ¡Y él se lo había robado! ¿Con qué derecho?

El picnic estaba terminado. Los últimos rayos del sol se deslizaban entre los árboles mientras un grupo reducido de hombres vagaba por el lugar. La figura de Silas Brookstone, de pie junto al riachuelo donde había estado Blanca poco antes, atrajo la atención de Alexander. Sus ojos se estrecharon mientras caminaba con pasos firmes hacia él, sin pensarlo.

—¿Por qué no te largas de una vez, Brookstone?

Silas sonrió, sosteniendo una flor que había recogido del suelo, y la giró entre los dedos.

—Solo estoy disfrutando del paisaje, Hamilton. Aunque debo admitir que ciertas vistas han sido particularmente... agradables.

—Ni se te ocurra acercarte a ella.

—¿A quién? —Silas arqueó una ceja—. ¿A tu prima? ¿O debería decir Lady Blanca Erthal? Lady Grimhilde siempre tiene un interés especial en las cosas que pertenecen al rey. Y si algo he aprendido, Alexander, es que el poder no se regala; se negocia.

Alexander apretó los puños, pero no dijo nada.

—El condado de Erthal es mucho más que una simple herencia. Es la clave para arrasar lo poco que le queda de autoridad a la reina Margaret. Blanca es la puerta que necesitamos abrir, y

cuando lo consigamos, ni la reina ni su estirpe tendrán dónde esconderse. —Silas se inclinó ligeramente, susurrando con un brillo cortante en la mirada—. El rey está ansioso por apoyar a Lady Grimhilde, ¿sabes? Si este plan significa deshacerse de su esposa insufrible, tiene todo su respaldo. Todo esto debería alegrarte, hermano. Después de todo, si la reina se entera de tu existencia o de la de cualquier otro bastardo, te matará... o nos matará. Cuanto antes pierda su poder, mejor para todos. ¿No? ¿Qué estás haciendo?

—Aléjate de mí.

—Tranquilo, hermano. Si no supiera que estás tan atrapado como yo, casi me sentiría intimidado. Pero sabes bien que Lady Grimhilde no descansará hasta que Erthal esté bajo su control.

Antes de que Alexander pudiera responder, la figura de Ashbourne apareció, seguida por Wickham, Philip y Henry.

—Ah, Silas, aquí estás. —Ashbourne sonrió con alegría, aunque sus ojos estudiaban la situación con cuidado—. Espero que no estés causando problemas.

—Solo charlaba con mi hermano —Silas enderezó su chaqueta con calma y dio un paso atrás.

—¿Hermano? —Henry frunció el ceño, dirigiendo una mirada inquisitiva a Alexander.

—Bueno, ¿quién diría que el picnic terminaría con una revelación familiar tan... peculiar? Quizás deberíamos traer vino —dijo Wickham—. Esto se pone mejor que cualquier drama en Drury Lane.

—Sí, ha dicho hermano. —Ashbourne interrumpió con un tono ligero pero firme—. Todos tenemos secretos, ¿no es así, Silas? Pero algunos sabemos mantenerlos donde deben estar.

—Como siempre, lord Ashbourne, tus comentarios son tan afilados como innecesarios. —Silas inclinó la cabeza hacia el grupo antes de girarse hacia Alexander—. Nos veremos pronto, hermano —Con eso, Silas se alejó, y el grupo lo vio marcharse del campo y del picnic que ya había llegado a su fin.

—¿Qué diablos ha sido eso? —preguntó Wickham.

Philip cruzó los brazos, mirando fijamente a Alexander. —Creo que es hora de que empieces a dar respuestas, Hamilton. ¿Por qué Silas Brookstone insiste en llamarte hermano?

Ashbourne se interpuso antes de que Alexander pudiera responder. —Chicos, chicos, ¿no veis que nuestro amigo ya tiene suficiente con lo que sea que esté lidiando? Dejemos los interrogatorios para mañana. Creo que todos hemos tenido suficiente drama por un día. Es hora de volver a casa y dejarnos de problemas... por ahora.



Capítulo 12



La mansión de Ashbourne estaba demasiado silenciosa cuando Blanca regresó. Los criados, siempre atentos pero discretos, los habían recibido con la iluminación cuidadosamente ajustada y una cena ligera dispuesta en el comedor. Sin embargo, Blanca apenas había probado bocado. La conversación con Alexander la había dejado insatisfecha. Impotente.

Excusándose con una sonrisa educada, murmuró que estaba agotada y se retiró a su habitación. Una vez dentro, apoyó la frente contra la madera de la puerta, buscando consuelo en la fría superficie. Pero no había consuelo. Solo sus propios pensamientos, cada uno más cruel que el anterior.

Había permitido que una ilusión naciera en su interior, pequeña pero poderosa, en torno al barón de Hamilton. Y aunque él le había asegurado que no carecía de encanto, sus palabras no podían borrar lo que ella sentía. Esa misma sensación que tantas veces la había perseguido en la soledad de Erthal: la certeza de ser invisible, carente de ese algo que pudiera despertar un interés genuino.

El vacío que la rodeaba era tan conocido que le resultaba un consuelo perverso. Pero esta vez había algo más: la punzada de saber que, por un momento, había creído en algo diferente. En algo imposible.

Un crujido proveniente del jardín llamó su atención. Se volvió hacia la ventana con un sobresalto, apartando la cortina con cuidado. El resplandor plateado de la luna iluminaba las sombras, y en medio del paisaje distinguió una figura que caminaba con lentitud: Alexander.

Dios se lo había puesto allí: en su camino.

Su corazón dio un vuelco. Sin pensarlo, se dirigió hacia la puerta, sin chal, sin bata, sin nada más que un camisón (cortesía de Ashbourne). Sus pies descalzos apenas hicieron ruido sobre el

suelo mientras cruzaba los pasillos oscuros y descendía las escaleras. Al llegar al jardín, el aire fresco le golpeó las mejillas.

Alexander estaba de pie junto a la fuente con su postura rígida habitual y sus manos hundidas en los bolsillos. Blanca avanzó unos pasos, y el suave crujido de la hierba bajo sus pies desnudos lo alertó.

Giró hacia ella, y la dureza en su mirada la detuvo por un instante. Pretendía amedrentarla, pero ella ya no soportaba más ese silencio.

—¿Qué hace aquí, milady? —Su tono era frío, tan distante que le dolió más de lo que estaba dispuesta a admitir.

—No puedo dormir —admitió, levantando el mentón con valentía, a pesar del temblor en su voz.

—Esto no es prudente, Blanca —replicó Alexander, pasándose una mano por el cabello, claramente incómodo—. Regrese a la casa, va a tener frío. Además, todavía hay invitados de Ashbourne merodeando por aquí, y lo último que deseo es que su reputación se vea comprometida.

—Siempre me está diciendo qué hacer. ¿Por qué no me dice, de una vez por todas, qué ocurre realmente?

—No hay nada relevante que contar.

—Por favor, deje de desvalorarme. Desde que llegó a Erthal no ha hecho más que protegerme, alejarme de otros hombres, incluso besarme. Y luego... luego me dice que debo olvidarlo y que me acerque al Barón de Fairfax. ¿Qué clase de hombre juega así con los sentimientos de una dama?

—No estoy jugando con usted, Blanca. Y si le he dado esa sensación...

—Entonces, ¿qué es esto? —exigió ella, interrumpiéndolo, siendo todo lo impulsiva que no había sido nunca durante sus veinte años, avanzando hasta que casi no había espacio entre ambos—. ¿Por qué actúa como si le importara y luego se aleja como si yo no significara nada?

—No lo entendería ni quiero que lo entienda. La estoy ayudando, ¿no? Debería estar agradecida y limitarse a encontrar a un marido cuanto antes. ¿Verdad? ¡A su salvador!

—He pasado los últimos tres años de mi vida, desde que murió mi padre, limitándome a estar agradecida. Limitándome a conformarme. —Blanca alzó la cabeza, sus ojos verdes chispeaban con una mezcla de frustración y dolor—. Y sí, le debo mucho, señor Hamilton: que me salvara de las garras de mi madrastra, que me presentara a un caballero tan generoso como el vizconde de Ashbourne, que me introdujera en su círculo... Pero ¡por Dios! —La voz se le quebró, y dio un paso hacia él—. Permítame ser un poco exigente por una vez en mi vida.

Alexander quiso intervenir, pero Blanca levantó una mano, exigiendo silencio.

—Dígame la verdad de una vez por todas. ¿Quién es usted realmente? ¿Y por qué se niega a...? —Se detuvo, tragando con dificultad mientras sus ojos se llenaban de lágrimas—. ¡A quererme!

Blanca sintió que sus manos temblaban, pero no retrocedió.

—Es la primera vez, señor Hamilton —susurró con voz temblorosa pero decidida—. La primera vez en mi vida que siento que un hombre puede amarme... y que yo puedo amarlo.

Alexander cerró los ojos, como si sus palabras lo atravesaran como una espada.

—No quiero perderlo por seguir estando callada.

Su confesión quedó flotando entre ellos, tan cruda y honesta que Alexander sintió que el suelo bajo sus pies se desmoronaba. ¿Cómo podía mirarla a los ojos después de lo que acababa

de decir? ¿Cómo podía decirle la verdad y destruir la fe que había depositado en él?

—Blanca... No puedo. Pero sé que no soy el hombre que necesita.

—¿Y qué hombre necesito, según usted? —La pregunta escapó de sus labios antes de que pudiera detenerla—. Y evite repetir el nombre de Henry Fairfax.

—Uno que no esté roto.

Blanca levantó la mano, temblorosa, y rozó la mejilla de Alexander con un gesto lleno de ternura. Él cerró los ojos bajo su caricia, pero cuando ella intentó acercarse más, él retrocedió de golpe, como si el contacto lo quemara.

—Esto tiene que terminar, Blanca. Por su propio bien.

—No tiene derecho a decidir qué es mejor para mí. Yo no creo que esté roto. Pero sí creo que está huyendo de algo... o de alguien.

—He hecho cosas, Blanca. Cosas que no puedo borrar. —La voz de Alexander era grave—. Hay personas que dependen de mí para... —Vaciló, apartando la mirada por un instante, antes de obligarse a continuar—. Para tareas que me mantienen en un segundo plano, siempre en las sombras. Es mi trabajo, nada más.

—¿Qué clase de tareas? —Blanca frunció el ceño, dando un paso hacia él, sin apartar su mirada intensa de la suya.

—Tareas que no son dignas de un caballero, Blanca. Cosas necesarias, pero que nadie se atreve a admitir que existen. —Alexander tomó aire, ahogado en el perfume afrutado de esa mujer, de esa joven que acababa de confesarle su amor—. Y esas mismas personas... esas mismas fuerzas que mueven los hilos en la corte y más allá... harían lo que fuera por destruir lo que usted representa.

—¿Y qué represento yo?

—El Condado de Erthal. Uno de los últimos vasallos leales a la reina.

Blanca parpadeó, sorprendida por la mención.

—¿Qué tiene que ver eso conmigo?

—Todo. —Alexander se acercó un paso más, bajando la voz hasta un susurro—. Lady Grimhilde no solo quiere destruirla porque usted lo hereda. Lo quiere porque Erthal es más que una tierra; es un símbolo de la autoridad de la reina. La esposa del rey está aferrándose a sus últimos aliados, y Erthal es la clave. Si Grimhilde lo toma, si lo incorpora a su control, la reina quedará completamente aislada, sin poder.

Blanca trató de procesar lo que acababa de escuchar, pero todo parecía demasiado grande, demasiado fuera de su alcance. —Yo... no sabía que era tan importante.

—Por supuesto que no lo sabía. Su padre intentó protegerla de todo esto, de los peligros de la corte y sus divisiones. Claro que no fue hasta mucho más tarde que descubrió la verdadera naturaleza de su segunda esposa, lady Grimhilde.

—Él puso una cláusula... que debía casarme antes de cumplir los veinte años —confesó en voz baja—. Que, si no lo hacía, el condado pasaría automáticamente a manos de Lady Grimhilde. Al principio, pensé que era un castigo. Pero ahora comprendo que solo quería protegerme, si yo subiera sola al poder... Me destruirían.

—Y ahí está, Blanca. Usted no solo es una mujer tratando de escapar de una madrastra cruel. Usted es la clave en un juego mucho más grande, un juego donde yo... Donde yo he sido una pieza.

—¿Una pieza? —Blanca alzó la cabeza, mirándolo con incredulidad—. ¿Qué quiere decir?

—Lady Grimhilde no actúa sola. Tiene conexiones, poder, y no duda en usarlos. Yo... fui

una herramienta en sus manos. Un bastardo sin nombre ni propósito, moldeado para cumplir sus órdenes.

—¿Está diciendo que trabaja para ella? —Blanca sintió que el suelo bajo sus pies se tambaleaba.

—Trabajaba para ella. —Alexander corrigió con dureza, clavándole sus ojos negros—. Pero eso fue antes de conocerla.

Blanca se quedó sin palabras, tratando de procesar lo que acababa de escuchar. Un «bastardo».

—Hay algo que no le he dicho —murmuró ella, y sus dedos temblaron al apretarse entre sí—. Mi padre, antes de morir... dejó una carta para mí. Me pedía que confiara en usted.

—¿En mí? ¿Y por qué le pediría algo así? Y usted... ¿Confió en mí solo por eso? —preguntó él con una punzada de dolor que no lograba esconder.

—Al principio, sí —confesó Blanca, pero su voz se fortaleció con cada palabra—. Pero luego lo vi. Vi cómo me protegía, cómo enfrentaba cualquier cosa para mantenerme a salvo. Vi su fuerza, Alexander, y su bondad, aunque intente ocultarla bajo ese... ese muro que se empeña en construir entre nosotros.

—Blanca...

—No, déjeme terminar. —Blanca dio un paso más hacia él, sintiendo un nudo en la garganta mientras continuaba, quedándose cerca—. Usted puede pensar que no merece mi confianza, pero se la ha ganado. No solo porque mi padre lo creyera digno, sino porque usted me ha demostrado serlo.

—No soy el hombre cuyo padre pensó que era. Soy un bastardo. No soy el Barón de Hamilton. No puedo ofrecerle nada. Ignoro por qué su padre habló de mí en esa carta o de qué me conocía. No recuerdo haber coincidido con él en el pasado. Yo solo me he limitado a obedecer órdenes...

—Sea como sea, si mi padre confió en usted, debió de haber tenido sus razones. Y si yo confío en usted... es porque usted me lo ha demostrado.

—Porque no comprende lo que significa ser yo, por eso lo hace. Usted es lady Blanca Erthal, heredera de un condado estratégico, la llave para mantener el poder de la reina Margaret en este reino dividido. Necesita un esposo con un nombre honorable, un hombre que pueda sostenerla frente a los enemigos que la acechan. Blanca, las decisiones de su vida no pueden depender de mí. Lo único que puedo ofrecerle es protección, no un futuro. Y lo último que quiero es hacerle daño.

No podía decirle que, al principio, lo habían pagado para protegerla, que su vida estaba atada a la de ella por órdenes y no por elección propia. No podía destruir lo que habían forjado con esa verdad cruel.

«Yo no estoy aquí por dinero», pensó, con el pecho ardiendo.

—¿Y qué pasa si lo que yo quiero es a usted, Alexander? —preguntó ella en un susurro, sintiendo cómo las palabras quemaban en su pecho al salir—. ¿Y si... el Condado no fuera tan...?

Alexander cerró los ojos y se apartó un paso, incapaz de sostener la intensidad del momento.

—No puedo ser lo que necesita, Blanca. Pero lo que sí puedo hacer... es ayudarla a obtener lo que le pertenece por derecho propio.

—Siempre parece que me aleja justo cuando más me acerco —contestó ella, dándose cuenta de que su respiración era irregular, y que sus ojos estaban fijos en Alexander, en sus ojos negros.

La ansiedad que venía consumiéndola desde ese beso la empujó a sus brazos—. Abráceme —le rogó, desesperada—. Solo quiero que me abrace.

—Blanca, esto no está bien... —murmuró, pero su voz ya no tenía la misma convicción—. Está usted temblando, y no me extraña... ha salido sin zapatos, sin bata... —Y fue entonces cuando Alexander se dio cuenta de que Blanca estaba entre sus brazos tan solo con un fino camisón y que, al abrazarla, como ella le pedía encarecidamente que hiciera, podía notar su piel aterciopelada a través del fino algodón de la tela blanca.

El roce de Blanca fue como una chispa que encendió algo primitivo en Alexander. Su control, tan cuidadosamente construido durante años, se tambaleó. Se quitó su abrigo negro y pesado y la envolvió con él, con su perfume de hombre.

—No deje de abrazarme —le rogó ella al sentir sus brazos lejos—. No sé quién sea usted, ahora ya no es el barón de Hamilton... ahora es usted un bastardo que cumplía órdenes de lady Grimhilde. Un desconocido mencionado en una carta de mi padre... Una herramienta de la corte, quién sea usted... solo necesito un abrazo —lloriqueó ella. Y sí, se estaba permitiendo un momento de debilidad, de egoísmo, después de tantas humillaciones, de tanto aguantar, de tanto callar y de tanta soledad. Había estado sola muchos años, incluso antes de la muerte de su padre, cuando su madrastra se hizo con el control de todo y la relegó a ella en un rincón de Erthal. No recordaba la última vez que alguien la había abrazado. Tampoco recordaba haber deseado tanto el abrazo de alguien como el del señor Hamilton.

—No sabe lo que está haciendo —dijo con voz ronca, mientras la atrapaba entre sus brazos, sintiéndola muy pequeña y fría, como si intentara advertirle una última vez.

—Sé exactamente lo que estoy haciendo.

Alexander no pudo contenerse más. Con un movimiento rápido, la atrajo hacia él, su brazo rodeando su cintura con fuerza, mientras inclinaba la cabeza y tomaba sus labios en un beso que no dejaba lugar a dudas.

El choque de sus bocas fue ardiente, lleno de urgencia y de todo lo que ambos habían estado reprimiendo. Blanca sintió cómo el mundo desaparecía a su alrededor, reemplazado solo por el calor de Alexander, por la firmeza de su cuerpo contra el suyo y el modo en que la sujetaba, como si nunca quisiera soltarla.

Cuando sus labios se separaron, ambos estaban jadeando, pero Alexander no se apartó. Su frente se apoyó contra la de ella, mientras sus manos temblaban ligeramente al deslizarse por su espalda, trazando un camino que dejaba una estela de fuego a su paso.

—Esto está mal... —murmuró él, aunque su voz sonaba más como una súplica que como una advertencia.

—No me importa.

La besó de nuevo, con más profundidad esta vez, explorando su boca con una pasión que hizo que Blanca se aferrara a sus hombros para no perder el equilibrio.

Alexander deslizó una mano por su cintura, deteniéndose justo en el límite de su espalda baja, mientras la otra subía hasta su cuello, sosteniéndola como si fuera algo precioso y frágil. Sus labios abandonaron los de ella solo para descender a su mandíbula, dejando un rastro de besos ardientes hasta llegar a la curva de su cuello.

—Dígame que me detenga —susurró contra su piel, su aliento cálido enviando un escalofrío por la columna de Blanca—. Dígame que esto no es lo que quiere.

—No puedo —admitió ella mientras sentía cómo las piernas comenzaban a fallarle.

La risa grave de Alexander contra su cuello fue como un latigazo de placer, pero antes de

que pudiera rendirse por completo, él la alzó en brazos y la llevó hasta un banco cercano. La depositó con cuidado sobre sus piernas, pero no la dejó ir. Sus labios volvieron a encontrar los de ella, mientras sus manos exploraban con más confianza, recorriendo la curva de su cintura y subiendo hasta rozar sus costillas.

—Dios mío, Blanca... —susurró con anhelo y algo más profundo, algo que ella no podía identificar pero que la hacía temblar.

—¿Por qué se niega a quererme cuando yo ya no puedo evitar quererlo? —Blanca levantó la mirada, con sus ojos verdes brillando de deseo puro.

Alexander se detuvo, su frente nuevamente apoyada contra la de ella mientras intentaba recuperar el control.

—Porque usted merece algo mejor que esto... —susurró, pero no se apartó.

La tensión entre ellos era insoportable, y cuando Alexander volvió a inclinarse hacia ella, parecía que iba a besarla de nuevo. Pero esta vez, se detuvo a escasos milímetros de sus labios, respirando profundamente mientras sus ojos oscuros la estudiaban con una mezcla de devoción y tortura.

Sus dedos rozaron la piel de su escote, y acariciaron sus pechos libres de corsé por encima del camisón, enviando oleadas de calor que la hicieron temblar. Blanca se arqueó hacia él, buscando más de su toque, mientras sus propias manos subían por su torso masculino hasta enredarse en su cabello. No sabía de dónde salía esa valentía, pero no quería detenerse. No podía detenerse.

—Es perfecta. Y eso me asusta más de lo que pueda imaginar.

Blanca abrió la boca para responder, pero antes de que pudiera decir algo, Alexander la besó de nuevo.

La noche los envolvía, y aunque sabían que pronto tendrían que enfrentarse a la realidad, en ese momento, no había nada más que ellos dos. Y para ambos, eso era suficiente.



Capítulo 13



Blanca se levantó con un suspiro, dejando atrás las sábanas desordenadas. Las primeras luces del amanecer entraban por las cortinas. La mandíbula fuerte y arrogante de Alexander aún estaba presente en su mente y en su cuerpo, recordándole cada palabra, cada caricia, cada beso. Él era demasiado atractivo: la nariz aguileña, la piel bronceada por el sol, el cabello negro y salvaje, los ojos (que Dios protegiera de ellos a los inocentes) eran negros y exóticos. ¡Tan guapo!

Se dirigió al tocador y se miró en el espejo: había algo diferente en su mirada.

—Estoy perdiendo la cabeza —murmuró, mientras recogía su cabello en un moño sencillo.

El reflejo la observó, como si fuera otra mujer la que la miraba desde el otro lado del cristal. ¿Qué era eso que brillaba en su mirada? ¿Fantasía, desesperación, esperanza? Tal vez un poco de las tres. Alexander Hamilton era un incendio incontrolable, uno que la consumía si se acercaba demasiado.

Su pecho subía y bajaba con rapidez mientras intentaba recomponerse. Por un instante, se permitió cerrar los ojos y recordar el roce de sus manos sobre su piel, la forma en que su boca reclamó la suya con una mezcla de necesidad y ternura que la había dejado sin aliento. Pero con cada recuerdo también llegaba la punzada de realidad: él no era un hombre para ella. No, no lo era.

«Un bastardo».

No podía seguir así. Pero ¿cómo detener a su corazón cuando había empezado a latir por él?

Blanca se quedó mirando su reflejo, todavía perdida en sus pensamientos, cuando un sonido la sobresaltó. Tres toques suaves resonaron en la puerta, seguidos por una voz joven y femenina:

—Milady, soy Edith. Su doncella.

Blanca frunció el ceño con sorpresa. ¿Una doncella? Hasta ese momento, había manejado sus necesidades ella misma, pues la casa de Ashbourne, siendo una residencia mayoritariamente masculina, carecía de los lujos que una dama soltera podría esperar. Respiró hondo y se acercó a la puerta.

La abrió con cuidado y se encontró con una muchacha menuda, de mejillas sonrosadas y ojos vivaces que apenas parecía tener más de diecisiete años.

—Lord Ashbourne me pidió que la ayudara, milady —explicó Edith con una reverencia apresurada, levantando la mirada con timidez—. Dijo que podría necesitar asistencia para prepararse, especialmente hoy, que tiene un compromiso importante.

Blanca tardó un momento en procesar la información, pero terminó asintiendo con una sonrisa suave.

—Gracias, Edith. Agradezco tu ayuda.

Edith entró rápidamente, cargando una bandeja con una tetera y tostadas que dejó sobre la mesita, y luego depositó con cuidado un vestido sobre la cama.

Era un diseño exquisito, de seda azul real en la parte superior, con un corpiño ceñido adornado con intrincados bordados en rojo burdeos que seguían la línea del escote pronunciado, agregando un toque atrevido sin perder la elegancia. Las mangas, ligeramente abullonadas cerca de los hombros, se estrechaban hacia las muñecas, terminando en delicados bordes dorados que brillaban suavemente con la luz.

La falda, de un rico amarillo dorado, caía con gracia desde la cintura, formada por múltiples capas que le conferían un movimiento fluido, como si bailara con cada paso. Un delicado ribete rojo bordeaba la parte inferior, un detalle sutil que completaba la combinación de colores de manera armoniosa. Era un vestido magnífico, el mejor hasta ese momento.

Ashbourne tenía un gusto exquisito para la ropa. Y ella ya no se molestaba en contradecirlo cuando se empeñaba en «armarla» para la guerra londinense.

—¿Es para hoy? —preguntó Blanca, acercándose al vestido.

—Sí, milady. Me ha dicho el vizconde que sería perfecto para la ocasión. Lord Ashbourne mencionó que Madame Claudine lo ha preparado especialmente para usted.

Blanca rozó la tela con los dedos y suspiró. Ashbourne era innegablemente generoso, siempre buscando maneras de asegurar que no le faltara nada. Aunque algo en su interior no podía dejar de preguntarse si era únicamente él quien cuidaba de cada detalle o si, tal vez, había alguien más detrás de todo. Alguien más que estuviera manteniendo su alto nivel de vida en la ciudad. ¿Sería posible?

Edith, diligente y concentrada a pesar de su reducido tamaño y su poca edad, comenzó a ayudarla a prepararse. Con manos expertas, desató los cordones del camisón, dejándolo deslizarse por los hombros de Blanca hasta desnudarla.

Blanca tragó saliva. ¿Habrían quedado rastros de la noche anterior?

Mientras Edith desplegaba el vestido sobre la cama, Blanca recordó la presión firme de las manos de Alexander sobre su cintura, los dedos que habían acariciado su espalda, los labios que habían trazado un camino ardiente por su cuello... Su piel había ardido bajo su roce, y ahora, bajo la luz del amanecer, temía que alguna evidencia de esa pasión hubiera quedado.

Se cruzó de brazos, intentando cubrirse más de lo necesario, pero Edith, con la eficiencia de una profesional, no se detuvo, tampoco la miró.

—¿Milady? —preguntó Edith con suavidad, alzando la camisola del vestido para colocársela.

—Oh, sí —se obligó a levantar las manos, sonrojada.

El corsé pronto estuvo ajustado alrededor de su torso, moldeando su figura, y la seda del vestido acarició su piel al caer sobre su cuerpo. Blanca suspiró aliviada al notar que ninguna marca era visible, pero el recuerdo seguía ahí, vívido.

«¡Dios mío, señor Hamilton!» pensó, cerrando los ojos un instante para apartar la imagen de su mente. ¿Cómo podría enfrentarlo de nuevo después de lo que había sucedido? ¿Y qué pensaría él, ahora que conocía sus sentimientos? La noche anterior se habían separado de manera abrupta, sin palabras. Él la había sacado de encima de él con un movimiento rápido y se había ido, dejándola atrás.

«No soy el hombre que su padre pensó que era. Soy un bastardo. No soy el Barón de Hamilton. No puedo ofrecerle nada. Ignoro por qué su padre habló de mí en esa carta o de qué me conocía. No recuerdo haber coincidido con él en el pasado. Yo solo me he limitado a obedecer órdenes», le había dicho él.

Edith ajustó los bordados en el corpiño y alisó las faldas con cuidado, rompiendo el silencio.

—Milady está lista —anunció con una sonrisa contenida.

Blanca se detuvo frente al espejo y, por un instante, casi no reconoció a la mujer que la miraba. Jamás se había visto tan radiante, tan llena de una elegancia que parecía ajena y, al mismo tiempo, natural en ella. La joven tímida y sencilla de Erthal había desaparecido, dejando en su lugar a una dama refinada, de esas que solía observar desde lejos con una mezcla de admiración y anhelo. Por un breve momento, la imagen le recordó a Alethea, su hermana, siempre tan imponente y segura de sí misma. Pero esta vez no sintió envidia; vio en su reflejo algo que nunca había creído posible: la fuerza de su propia presencia.

Sentada frente al tocador, Blanca dejó que Edith trabajara en su cabello. El compromiso del día la esperaba: una invitación a la mansión de Henry Fairfax, un caballero encantador, correcto y absolutamente perfecto... al menos en teoría. Pero mientras Edith hacía ondas en su pelo negro, un pensamiento insistente la distrajo: un rostro, una mirada, un nombre que no podía apartar de su mente: Alexander Hamilton.

—¿Milady? —La voz de Edith la sacó de sus pensamientos, otra vez. ¡Pobre muchacha, qué paciencia!

—Oh, perdón, Edith. ¿Decías algo?

—Solo quería preguntarle si le gusta el peinado —dijo Edith mientras daba un paso atrás para observar con satisfacción su obra—. He creado unas ondas suaves que enmarcan su rostro de manera delicada, y como toque final, le he colocado esta cinta roja para darle un aire jovial, pero sofisticado. ¿Qué opina, milady?

Blanca se miró en el espejo y sonrió con timidez, casi incrédula. Durante años había evitado su reflejo, temiendo encontrarse con una imagen que confirmara lo que sentía: una insignificancia apagada, sin brillo ni propósito. Pero ahora... ahora no podía apartar la vista. La combinación de colores vibrantes, el azul pálido de la seda, los detalles en rojo y amarillo que realzaban su piel, la hacían parecer una princesa. Por un momento, dejó de cuestionarse, de dudar. No era ni más ni menos que lo que el espejo le devolvía: una mujer que podía inspirar algo más que lástima o indiferencia. Una mujer que podía, quizá, ser admirada.

—Gracias, Edith. Has hecho un trabajo maravilloso.

Blanca ajustó los guantes de encaje mientras descendía lentamente las escaleras principales de la mansión del vizconde de Ashbourne. Su mirada estaba fija en los escalones, pero no pudo

evitar levantarla cuando escuchó una conversación entre risas provenientes del vestíbulo. Allí estaban ellos. Wickham, siempre radiante, y Ashbourne, su complemento perfecto, ambos acompañados por Alexander, quien permanecía a un lado, con los brazos cruzados y la expresión seria de siempre. Como si no hubiera ocurrido nada entre ellos, como si no se hubieran dicho tantas verdades ni se hubieran... besado.

—¡Ah, por fin aparece nuestra estrella de la mañana! —exclamó Wickham, llevándose teatralmente una mano al corazón—. Milady, debo decir que nunca he visto una combinación de colores tan atrevida y... ¡tan coqueta! Ashbourne ha hecho una elección magnífica. Parece usted una princesa de cuento. Aunque Alexander aquí, con su eterno semblante de funeral, bien podría ser el ogro al pie de la torre.

Ashbourne le dio un suave codazo en las costillas. —Wickham, por favor, no espantes a nuestra invitada con tus exageraciones tan... «originales».

Blanca sonrió ante el intercambio, aunque su atención acabó desviándose hacia Alexander. Él no dijo nada, pero su mirada negra, fija en ella, estaba cargada de todas las palabras que nunca se atrevería a pronunciar. Blanca se azoró y apresuró el paso, deteniéndose al pie de la escalera, frente a los tres hombres.

—Espero no haberlos hecho esperar demasiado.

—Milady, la perfección nunca llega tarde —respondió Wickham, guiñándole un ojo antes de tomar a Ashbourne del brazo con una sonrisa cómplice—. ¿No es así, Alexander?

Alexander no respondió, pero sus labios se tensaron mientras ofrecía su brazo a Blanca. Ella lo aceptó con una vacilación que trató de disimular, sintiendo la fuerza contenida en el roce. El deseo latente contenido, roto por una separación violenta que llegó después de tantos besos y caricias.

«¿Cómo podré enfrentar a Henry después de eso?», pensó, apretando los labios mientras subía al carruaje. Henry la había invitado personalmente durante el picnic, con esa sonrisa encantadora y esa amabilidad impecable que lo hacían tan difícil de rechazar. No acudir habría sido grosero, una falta imperdonable en la sociedad. Pero, aun así, una parte de ella deseaba haber encontrado alguna excusa, cualquier motivo para quedarse lejos de la mansión de Fairfax... y de todo lo que su presencia implicaba.

El carruaje comenzó a moverse, y Blanca sintió la tensión en el aire. Wickham, sentado frente a ellos junto a Ashbourne, parecía a punto de soltar otro comentario ingenioso, pero Alexander lo detuvo con una mirada firme. Era evidente que esa iba a ser una jornada complicada.



La mansión de los Fairfax se alzaba con elegancia, rodeada de jardines bien cuidados y un aire de nobleza tranquila. Las columnas blancas que flanqueaban la entrada principal reflejaban la luz del sol del mediodía, y las ventanas brillaban como si quisieran mostrar al mundo la perfección que albergaban dentro.

El carruaje se detuvo frente al pórtico, y Henry Fairfax, perfecto como su casa, ya los

esperaba en lo alto de las escaleras con una sonrisa que parecía haber sido ensayada frente al espejo. Su cabello castaño claro estaba perfectamente peinado, y su porte impecable transmitía confianza sin rozar la arrogancia. A su lado, su prima Marianne, una joven de cabello rojizo y mejillas sonrosadas, lo observaba con una sonrisa cómplice, como si compartieran algún secreto que el resto desconocía.

—Lady Blanca, es un honor tenerla aquí en nuestra humilde residencia —dijo Henry, extendiendo una mano para ayudarla a bajar del carruaje.

Blanca aceptó su ayuda con una sonrisa educada, aunque sintió la mirada de Alexander clavada en ella. Cuando sus pies tocaron el suelo, Henry inclinó la cabeza ligeramente: perfecto.

—El honor es mío, señor Fairfax —respondió Blanca, manteniendo la compostura a pesar de todo.

Alexander se quedó atrás, observando la escena con una intensidad que ni Wickham ni Ashbourne pasaron por alto.

—Creo que nuestro amigo va a necesitar un pañuelo para limpiar la baba de celos que está dejando —murmuró Wickham en voz baja, ganándose una mirada de advertencia de Ashbourne.

Alexander apretó los puños y apartó la mirada.

Dentro de la mansión, los Fairfax los recibieron con una calidez que no parecía afectada. Lord George Fairfax, el patriarca de la familia, era un hombre robusto de cabello canoso y mirada severa, aunque su tono era educado al dirigirse a los invitados. Lady Eleanor, la madre de Henry, era una mujer menuda pero imponente, con un porte que hablaba de años de etiqueta y costumbre. Su sonrisa parecía genuina, aunque sus ojos analizaban a Blanca con un escrutinio que no pasaba desapercibido.

—Lady Blanca, es un placer conocerla. Mi hijo nos ha hablado maravillas de usted —dijo Lady Eleanor, tomando las manos de Blanca con una firmeza que contrastaba con su delicada figura.

—Es un honor estar aquí, lady Fairfax —respondió Blanca con cortesía, aunque la intensidad del momento la hizo girarse, casi inconscientemente, hacia Alexander, que permanecía en un rincón con los brazos cruzados y una expresión inescrutable.

Alexander apenas podía controlar la rabia que hervía dentro de él mientras observaba a Henry acercarse a Blanca, guiándola hacia el salón principal como si fuera suya. Cada sonrisa, cada mirada de Henry hacia ella era un recordatorio punzante de lo que Alexander nunca podría ofrecerle.

La noche anterior aún ardía en su memoria y en lugares mucho más físicos y dolorosos. El calor de Blanca sobre sus piernas, la suavidad de su piel bajo sus manos, los gemidos que había arrancado de sus labios. Había estado a un paso de perderse por completo en ella, de hacerla suya sin importar las consecuencias. Pero al final, la razón había ganado.

La había apartado con una brusquedad que aún lo atormentaba, sacándola de sus brazos como si su cercanía pudiera matarlo. No había sido por falta de deseo, sino por un exceso del mismo. Su cuerpo había clamado por ella con una intensidad casi animal, pero su mente había recordado quién era él. Un bastardo. Un hombre marcado por la violencia y los asesinatos.

«No puedo mancillarla», pensó mientras los observaba desde el rincón del salón con la mandíbula apretada. «Ella merece algo mejor. Algo puro. Algo que yo nunca seré.»

Blanca intentaba concentrarse en la conversación con Henry, pero su mente era un caos. Cada vez que miraba hacia el rincón donde Alexander permanecía inmóvil, su corazón latía con fuerza.

«¿Por qué me apartó?», pensó, recordando la expresión en su rostro cuando se separó de ella. Había sido algo más que deseo reprimido; había sido un dolor tan profundo que la había dejado desconcertada.

Y ahora, allí estaba, en la mansión de Henry Fairfax, un caballero amable y perfecto en todos los sentidos, tratando de concentrarse en él y en su mundo ordenado. Pero no podía. Aunque debía, él era la llave de su condado. El Condado de Erthal, el legado de su padre.

La reunión avanzaba con la típica conversación cortés. Marianne, la prima de Henry, se mostró especialmente amigable con Blanca, comentando sobre las bellezas de la campiña y la elegancia de Londres. Pero cuando Henry sugirió un paseo por los jardines, la tensión en la sala se volvió palpable.

—Lady Blanca, me encantaría mostrarle los rosales. Están en su mejor momento esta temporada —dijo Henry, extendiendo un brazo en su dirección.

Blanca aceptó, aunque al levantarse, su mirada buscó a Alexander, como si esperara algo de él. Un permiso. Pero él no se movió.

Cuando Henry la guio hacia el jardín, Alexander no pudo soportarlo más. Excusándose con una frialdad que incluso Wickham notó, salió del salón y se dirigió hacia la biblioteca, buscando algo, cualquier excusa, que le permitiera recuperar el control.

Allí se sirvió un brandy después de que un mozo lo ayudara, y empezó a andar como un león enjaulado de una punta a otra.

«Ella nunca será mía», pensó con amargura. «Estoy aquí para ayudarla a encontrar un esposo, no para convertirme en un obstáculo.»

La imagen de Blanca con Henry, tan perfecta, tan apropiada, lo perseguía. Henry era exactamente lo que ella necesitaba: un hombre con título, con honor, alguien que podía ofrecerle un futuro estable y respetable: salvarla.

Por un instante, Alexander deseó ser otro hombre, uno con un nombre limpio y un pasado honorable. Pero no lo era. Era un bastardo. Un asesino a sueldo moldeado por las ambiciones de su madre, Lady Grimhilde, y la frialdad de su padre, el rey.

Un ruido en el pasillo interrumpió los pensamientos oscuros de Alexander. La puerta de la biblioteca, disponible para los invitados masculinos, se abrió sin previo aviso, y el vizconde de Ashbourne apareció en el umbral con la misma actitud despreocupada de siempre. Su sonrisa ancha y confiada.

—Por Dios Misericordioso y Perdonador, Hamilton, pareces un hombre a punto de marchar al patíbulo —dijo Ashbourne mientras entraba sin invitación y se dejaba caer en el sillón frente a la chimenea. Cruzó las piernas con elegancia y sacó una cajita de rapé de su bolsillo—. ¿Qué te pasa ahora? ¿El magnífico Henry Fairfax está ganando demasiados puntos con nuestra querida Blanca? Oh, perdón —miró al mozo que hacía ver que no oía nada—. Nuestra querida prima Snow.

Alexander lo fulminó con la mirada, pero Ashbourne no parecía afectado. Era el único que sabía toda la verdad: la verdadera identidad de Blanca, el origen bastardo de Alexander, y el oscuro propósito que los había unido al principio.

—No estoy de humor para tus juegos, Ashbourne —gruñó Alexander mientras dejaba el vaso vacío de brandy sobre una mesa. Afuera, el jardín de los Fairfax se extendía con una perfección casi insultante mientras Henry y Blanca paseaban por él cogidos del brazo.

—Vaya, estás peor de lo que pensaba. ¿Qué te ocurre? —Ashbourne lo miró con un destello de seriedad en los ojos, algo que rara vez mostraba—. ¿Es por la invitación de la reina?

Alexander se giró bruscamente, con el ceño fruncido.

—¿Qué invitación?

Ashbourne sacó un sobre de su chaqueta y lo agitó en el aire antes de lanzarlo sobre la mesa cercana.

—Acaba de llegar. Su majestad, la reina Margaret, quiere conocer a Lady Blanca en persona. Al parecer, sus encantos han llegado hasta la corte. Aunque, personalmente, creo que esto tiene más que ver con el condado de Erthal que con sus encantos.

Alexander sintió un nudo en el estómago. La reina Margaret, aunque una aliada natural contra Lady Grimhilde, también representaba un peligro. Su lealtad a la reina no significaba que estuviera exenta de jugar a su propio juego. Si se enteraba de quién era él realmente, de su conexión con el rey y con Grimhilde, todo podría desmoronarse.

—Esto lo complica todo —murmuró Alexander, llevándose una mano al cabello en un gesto tenso—. Si la reina pone sus ojos en Blanca...

—La protegerás, como siempre haces —interrumpió Ashbourne con una sonrisa casi burlona—. ¿No es para eso para lo que estás aquí? Aunque me temo que tu definición de "protegerla" incluye mirarla como un hombre que quiere comérsela viva. Francamente, Alexander, tu autocontrol es admirable... y completamente inútil —Alexander apretó la mandíbula, pero no respondió—. Mira, Hamilton. Yo sé que la situación es complicada. Sé quién eres realmente, sé por qué estás aquí y también sé que esto te está costando más de lo que jamás admitirías. Pero tienes que decidir. Si sigues alejándola, otro hombre va a ocupar tu lugar. Y ese hombre podría ser Henry Fairfax.

—No estoy hecho para ella, Ashbourne, y lo sabes —dijo Alexander con voz baja y cargada de amargura—. No soy más que un bastardo, una herramienta que otros han usado para sus propios fines. Ella merece algo mejor. Algo que yo no puedo darle.

—¿Sabes lo que merece Blanca? —preguntó Ashbourne, inclinándose hacia adelante con una expresión más seria de lo habitual—. Por lo que he podido conocer de ella durante estos días, merece a alguien que esté dispuesto a luchar por ella. ¿Y sabes quién ha estado haciendo exactamente eso desde el día en que la conoció? Tú. Así que deja de esconderte detrás de tus malditas excusas y haz algo al respecto.

Alexander lo miró con incredulidad. Era raro que Ashbourne hablara con tanta franqueza, pero en el fondo sabía que tenía razón. Lo sabía desde el momento en que había tomado a Blanca en sus brazos la noche anterior.

—Debería estar concentrado en protegerla, no en.... esto —murmuró, pero su voz sonaba menos convencida.

Ashbourne se puso de pie, alisándose la chaqueta con un movimiento elegante.

—Haz lo que quieras, Hamilton. Pero te diré algo: no todos los días tienes la oportunidad de redimirte. Y tal vez Blanca sea exactamente eso para ti, una redención que no sabías que necesitabas.

Alexander no respondió, pero las palabras de Ashbourne hicieron mella en su mente después de que este saliera de la biblioteca, dejando el sobre de la reina sobre la mesa como un recordatorio de que el tiempo para decidir se estaba agotando.



Capítulo 14



La mansión Fairfax, con su lujo discreto y refinamiento impecable, era un reflejo de la propia familia que la habitaba. Blanca intentaba concentrarse en la conversación con Henry mientras paseaban por los jardines, pero no podía. Era imposible.

El regreso al salón no alivió esa incomodidad. Wickham y Ashbourne esperaban con la relajada confianza de quienes se sienten cómodos en cualquier ambiente, mientras que Alexander se mantenía en su rincón, con los brazos cruzados y una mirada afilada.

Wickham fue el primero en romper el hielo cuando Blanca y Henry entraron.

—¡Ah, el paseo por los rosales! Espero que haya sido tan inspirador como Henry siempre promete. —Sus ojos chispeaban de diversión mientras hablaba, y su tono burlón arrancó una risa a Ashbourne.

—Henry, eres un romántico incorregible —agregó Ashbourne, levantando su copa en un gesto de brindis.

Henry, sin perder la compostura, respondió con una sonrisa cortés, aunque Blanca pudo notar el leve endurecimiento en su mandíbula.

—Cuando uno aprecia la naturaleza, siempre hay algo que compartir.

Blanca se alejó de todos un poco y se dejó caer en uno de los sofás cercanos, agradeciendo el breve respiro de la atención constante. Pero no duró mucho. Marianne Fairfax, la prima de Henry, se acercó con la misma vivacidad que había mostrado durante todo el día.

—Lady Blanca, dígame, ¿ha disfrutado de la visita hasta ahora?

Blanca asintió, forzando una sonrisa.

—Ha sido encantadora, lady Marianne. Su hogar es maravilloso.

—¡Oh, gracias! —Marianne aplaudió suavemente, como si su propio orgullo estuviera

ligado al lugar—. Espero que considere visitarnos con frecuencia. Mi primo habla mucho de usted.

—Gracias, es muy amable.

La conversación en el salón continuó con la misma fluidez educada hasta que un criado entró, anunciando la llegada de un visitante inesperado.

—Lord Silas Brookstone ha venido a presentar sus saludos.

El nombre cayó en la sala como una piedra. Blanca se tensó de inmediato, recordando el encuentro anterior con el hombre. Alexander levantó la cabeza de golpe.

Henry fue el primero en reaccionar.

—¿Brookstone? Qué inesperado. Pero, por supuesto, hagámoslo pasar.

La entrada de Silas fue tan dramática como siempre. Vestido con un traje negro y con una sonrisa tan afilada como su mirada azul.

—Mis disculpas por llegar sin previo aviso —dijo, inclinando ligeramente la cabeza—. Pero cuando supe que Lady Blanca estaba aquí, no pude resistirme.

Blanca sintió un escalofrío al escuchar su tono, tan cortés en la superficie, pero con un trasfondo que solo ella y Alexander parecían captar.

—Lord Brookstone, siempre es un placer —dijo Henry, extendiendo una mano que Silas estrechó con una sonrisa que no alcanzó sus ojos.

—El placer es todo mío —respondió Silas, aunque sus ojos ya se habían posado en Blanca. Alexander dio un paso adelante.

—Brookstone, ¿qué te trae por aquí? —preguntó con voz firme.

—Solo deseaba saludar a tu prima. Después de todo, siempre es bueno reforzar las amistades, ¿no crees, Hamilton?

El intercambio entre ambos fue breve. Wickham, siempre observador, se inclinó hacia Ashbourne y susurró algo que provocó una sonrisa en su amigo.

Cuando la conversación se reanudó, Blanca sintió el peso de la mirada de Silas sobre ella, pero también la de Alexander. Henry, en cambio, parecía ajeno a la tensión, hablando con una confianza que casi parecía ensayada.

—Lady Blanca, me encantaría mostrarle la galería familiar. Estoy seguro de que encontrará interesante nuestra colección.

Antes de que Blanca pudiera responder, Alexander intervino.

—Quizá no sea el mejor momento. La tarde está avanzando, y debemos regresar antes de que caiga la noche.

Henry alzó una ceja, claramente irritado por la interrupción.

—Estoy seguro de que un breve paseo por la galería no retrasará demasiado nuestra partida. Además, ni siquiera hemos comido todavía. Es pronto, Alexander, relájate. ¿Qué opina, Lady Blanca?

Blanca miró a Alexander pero fue Marianne quien rompió el momento.

—¡Oh, la galería es maravillosa! Lady Blanca, no puede perdersela.

Blanca asintió.—Por supuesto, me encantaría verla.

Alexander no dijo nada, pero su mandíbula apretada habló por él.

El murmullo de la conversación de Henry, Marianne y Blanca desapareció al alejarse hacia la galería, dejando el salón en un silencio tenso. Alexander, que no había movido un músculo desde que Blanca asintió a la invitación, sintió una sombra acercarse a su lado.

—Qué encantador cuadro hacen, ¿no crees? —dijo Silas, su tono impregnado de sarcasmo

mientras tomaba una copa de vino de la mesa cercana.

—¿Qué haces aquí, Silas? Otra vez.

Silas tomó un sorbo pausado antes de responder.

—Solo he venido a observar, Alexander. Ya sabes, a asegurarme de que nuestra preciosa Lady Blanca no olvide que el mundo no es tan amable como Henry Fairfax quiere hacerle creer.

—Mantente lejos de ella —replicó Alexander, apretando los puños.

Silas se rio, un sonido seco y vacío que resonó en el amplio salón.

—¿Y cómo piensas protegerla, hermano? ¿Con tus encantos de caballero caído? —dijo, acercándose un paso más. Su expresión se tornó más seria mientras bajaba la voz—. Sé que la reina Margaret ha enviado una carta. Y sé lo que eso significa.

Alexander sintió un frío helado recorrerle la columna.

—No sé de qué hablas.

—Oh, claro que lo sabes. —Silas dejó la copa sobre la mesa, inclinándose ligeramente hacia él—. Esa carta no es solo una invitación. Es una declaración de que el tiempo se está acabando. Lady Grimhilde ya no esperará más. Alexander, mírame —replicó Silas con un tono más urgente, haciendo desaparecer su sonrisa por completo—. Esta es la última oportunidad de elegir un bando. Grimhilde no se detendrá, y el rey tampoco. Si la reina Margaret decide moverse, tú serás el primero en caer. No eres más que una ficha descartable en este juego, igual que yo.

—No necesito tus advertencias —gruñó Alexander.

—¿Ah, no? —Silas sonrió, aunque sus ojos eran fríos como el hielo—. Porque hasta ahora solo has hecho malabares para mantenerte vivo. ¿Pero qué pasará cuando la reina descubra que estás vivo? Que el bastardo del rey sigue respirando, protegiendo a una heredera que podría darle una ventaja que no puede permitirse perder.

Alexander dio un paso hacia Silas con los hombros tensos.

—¿Y qué sugieres que haga? ¿Traicionarla?

—No sugiero nada. Solo te advierto que no puedes jugar a ser un héroe y sobrevivir. Tu eres un villano, naciste de los villanos y te has criado con ellos. Debes elegir, Alexander. O sigues siendo el perro obediente de nuestros padres, o...

—¡No soy un perro! —Alexander rugió haciendo que su voz resonara por todo el salón.

Wickham y Ashbourne, que habían permanecido en un rincón aparentemente distraídos, levantaron la mirada de inmediato. Wickham frunció el ceño, mientras Ashbourne evaluaba cada palabra.

—Entonces, demuéstalo. —Silas se cruzó de brazos, evaluando a su hermano menor con una sonrisa burlona—. Dime, ¿de qué lado estás?

Alexander no vaciló esta vez. Sus palabras salieron con una firmeza que sorprendió incluso a Wickham y Ashbourne.

—Estoy del lado de lady Blanca Erthal. Y haré lo que sea necesario para protegerla, incluso si eso significa enfrentarme a Lady Grimhilde, al rey, o a la reina. Ya no soy su herramienta.

—Hermano, eso suena terriblemente suicida —replicó Silas, pero había una chispa de respeto en sus ojos—. Aunque debo admitir que es refrescante escucharlo.

Alexander respiró profundamente, sintiendo el peso de su decisión. Wickham fue el primero en hablar desde el fondo de la habitación.

—Por fin lo admites, Hamilton. Yo sabía que no era tu prima —Se inclinó hacia Ashbourne, con una sonrisa socarrona—. Te lo dije, ¿no?

Ashbourne se limitó a asentir, aunque su expresión era más seria.

Silas se apartó, pero antes de salir del salón, se volvió hacia Alexander una vez más.
—Buena suerte, hermano. La necesitarás.



Blanca caminaba al lado de Henry por la larga galería familiar, llena de retratos y paisajes que hablaban de la historia de los Fairfax. Marianne, siempre animada, señalaba con entusiasmo los detalles de cada pintura.

—Espero que le guste este pequeño recorrido, Lady Blanca —dijo Henry, inclinándose ligeramente hacia ella—. Quería mostrarle algo de lo que mi familia ha construido a lo largo de los años.

—Es una galería impresionante, señor Fairfax. —Blanca intentó sonar entusiasta, pero su mente estaba lejos.

—Me alegra que lo piense. ¿Y qué opina de Londres hasta ahora?

—Es... diferente a lo que estoy acostumbrada.

Henry rio, un sonido ligero que resonó en el espacio amplio.

—Eso es lo que todos dicen al principio. Pero con el tiempo, uno encuentra su lugar. No sabía que Alexander tuviera una prima tan encantadora. No se parece nada en él, si me permite decirlo.

Blanca no podía ignorar la sensación de que algo no encajaba del todo. Henry era encantador, amable, todo lo que una dama podría desear. Pero había algo en él, algo en su perfección, que la inquietaba.

Marianne, que había estado observando un retrato, se volvió hacia ellos con una sonrisa radiante.

—Oh, creo que ya están llegando los demás invitados.

Blanca aprovechó la distracción para apartarse ligeramente, fingiendo interés en un paisaje marino que colgaba cerca.

Cuando regresaron al salón, la atmósfera había cambiado. Philipp, Edward y otros caballeros que formaban parte del círculo de amigos estaban allí, conversando animadamente con Wickham y Ashbourne. Blanca sintió una oleada de alivio al ver caras conocidas.

—¡Lady Blanca! —exclamó Edward con entusiasmo al verla—. ¡Qué alegría volver a verla! Blanca sonrió con sinceridad, permitiendo que la energía del grupo la envolviera.

Philipp, sin embargo, se acercó con una expresión más reservada, su mirada escudriñándola como si intentara desentrañar un misterio.

—Lady Blanca, parece que Londres le está sentando de maravilla.

—Es muy amable, lord Philipp.

Las conversaciones fluyeron con facilidad, y la comida fue anunciada poco después. La luz de los candelabros iluminaba la gran mesa del comedor con un resplandor cálido, haciendo brillar la porcelana fina y los cubiertos de plata.

Henry, sentado a su derecha, había estado mostrándose particularmente atento, llenando el silencio con preguntas educadas y comentarios ocasionales.

—Lady Blanca, no he podido evitar notar que Alexander habla muy poco de usted. —La voz de Henry era amable, pero su mirada tenía una curiosidad que a Blanca le resultó inquietante —. Aunque es evidente que tiene raíces nobles, me pregunto... ¿dónde se encuentra su hogar familiar?

Blanca parpadeó. La verdad latía en su pecho, pero no podía liberarla. No podía confesar que no era realmente la prima de Alexander, ni que su verdadero hogar, el Condado de Erthal, estaba bajo el control despiadado de su madrastra. La vergüenza y la cautela se mezclaron en su interior, especialmente al notar que no solo Henry, sino también sus padres, la observaban con una atención casi inquisitiva. Hasta Marianne había parado de comer para mirarla.

Sabía que cada palabra, cada gesto, sería analizado, y no podía permitirse un desliz. Así que tomó aire, suavizó su expresión, y se obligó a mantener la compostura.

—Oh, mi hogar... —comenzó Blanca con voz vacilante, mientras en su mente se desataba una frenética búsqueda de palabras adecuadas—. Está en... el norte, cerca de la frontera escocesa. Es una propiedad modesta, por supuesto, nada que ver con esta magnífica mansión o con la imponente residencia de mi primo, el Barón de Hamilton. —Desvió la mirada hacia Alexander, buscando silenciosamente su apoyo.

Antes de que Alexander pudiera reaccionar, fue Ashbourne quien intervino con una sonrisa despreocupada que desarmó cualquier sospecha.

—Yo tuve el placer de visitar su propiedad hace algún tiempo —dijo con naturalidad, sorprendiendo a Blanca con su espontánea invención. ¿Acaso Ashbourne sabía la verdad?—. No sea tan modesta, lady Snow. Su casa es un auténtico tesoro en el norte, con un encanto que pocas residencias londinenses podrían igualar.

Blanca lo miró con asombro mientras intentaba ocultar su nerviosismo. ¿Sabía Ashbourne más de lo que aparentaba? ¿Qué le había contado Alexander realmente?

Henry sonrió, inclinando ligeramente la cabeza como si aceptara la respuesta, pero sus ojos seguían examinándola.

—¿Cerca de Escocia? Qué interesante —continuó él con una sonrisa amable—. Muero de ganas de visitar el norte. Siempre he querido ir. ¿No es así, madre?

Lady Helena Fairfax, que hasta ese momento había permanecido en silencio, levantó la mirada con una sonrisa medida. Su porte impecable y la elegancia de su atuendo no dejaban lugar a dudas de que era una mujer acostumbrada a la perfección en todas las cosas, incluidas las respuestas. Hasta su mirado parecía estar sincronizado con ella.

—Oh, sí, querido. El norte siempre ha tenido un aire romántico, tan salvaje y lleno de historias. —Giró la cabeza hacia Blanca—. Y dígame, querida, ¿sus padres también están allí? ¿En su propiedad del norte?

—Mis padres... —comenzó, pero su voz vaciló apenas un instante antes de continuar—. Ambos han fallecido. Hace ya algunos años.

—Oh, lo lamento muchísimo, querida —respondió Lady Helena, llevándose una mano al corazón con gesto compungido—. Qué trágico perder a los padres tan joven. ¿Y eran del norte también? ¿De la misma propiedad?

—Mi padre sí —repuso Blanca con un hilo de voz, aferrándose a la primera verdad que podía permitirse compartir—. Mi madre era de otra región, pero se trasladó al norte cuando se casaron.

—Debe ser una responsabilidad enorme cuidar de una propiedad en esas circunstancias. Pero parece llevarlo con mucha dignidad. Estoy segura de que sus padres estarían orgullosos.

—No habría podido sin la ayuda de mi primo Alexander.

Lady Helena estaba a punto de continuar con otra pregunta cuando Alexander, que había permanecido en silencio hasta entonces, habló con voz firme pero calmada.

—Es cierto que Blanca no habla mucho de su pasado —dijo, inclinándose ligeramente hacia adelante, con su tono cuidadosamente controlado—. Mi prima ha tenido una vida más reservada que muchas jóvenes de su edad, en parte debido a las circunstancias en las que se encontró tras la pérdida de sus padres. Desde entonces, he hecho todo lo que he podido para asegurarme de que no le faltara nada. Como Barón de Hamilton, me he ocupado de ella por completo.

—¿Así que ha cuidado de ella durante todos estos años, Lord Hamilton? Qué admirable. Aunque debo decir que nos sorprende no haber oído hablar de Lady Blanca antes.

Alexander ofreció una leve sonrisa, más para proteger a Blanca que por verdadera calidez.

—No suelo hablar mucho de mi vida privada, lady Fairfax. Supongo que es un defecto común de los del norte. Soy un hombre más inclinado a la acción que a las palabras. Pero Blanca ha sido mi prioridad desde el día en que llegó a mi cuidado. Y puedo asegurarle que es una joven con una fuerza y una dignidad que la hacen destacar.

Blanca sintió cómo la mirada de Lady Helena, antes incisiva, se suavizaba ligeramente, lo que confirmó que Alexander había logrado influir en ella. Pero mientras las palabras de su supuesto primo resonaban en la mesa, Blanca no podía evitar el dolor que se escondía detrás de ellas.

Alexander estaba ayudándola. Facilitando que encajara perfectamente en ese círculo de nobles, que la familia Fairfax la aceptara como una posible esposa para Henry. Todo para que pudiera cumplir con las expectativas sociales y asegurar su futuro.

Y, sin embargo, cada palabra que decía parecía una daga. Porque lo hacía con una calma que sugería que estaba completamente resignado a entregarla a otro hombre.

«¿Acaso no siente nada?», pensó Blanca, intentando contener el nudo que se formaba en su garganta.

Alexander, por su parte, luchaba con sus propios demonios mientras hablaba. Cada palabra de apoyo hacia Blanca era como un paso hacia su propio suicidio. Sabía que, al ayudarla a ser aceptada por los Fairfax, estaba renunciando a cualquier posibilidad de que ella pudiera ser suya. Y no porque no la deseara con cada fibra de su ser, sino porque sabía que ella merecía algo mejor que lo que él podía ofrecerle.

«Ella necesita a alguien que pueda asegurarle un futuro, no a un hombre con un pasado que no puede borrar», pensó, mientras una punzada de celos lo atravesaba al imaginarla en brazos de Henry.

Cuando terminó de hablar, Lady Helena asintió con aprobación.

—Es evidente que su cuidado y dedicación han moldeado a Lady Blanca en una joven excepcional. Henry —añadió, dirigiéndose a su hijo—, creo que tienes frente a ti a una dama digna de cualquier elogio.

Henry sonrió a Blanca, pero ella apenas pudo devolverle el gesto. Estaba pendiente de la mirada de Alexander, que se había quedado en silencio, de vuelta al plato de comida.



Capítulo 15



El carruaje avanzaba en silencio. Blanca mantenía la vista fija en el paisaje que se deslizaba tras la ventana, pero su mente estaba atrapada en la escena del almuerzo en la mansión Fairfax. El recuerdo de Alexander hablando con tanta seguridad, casi arrogancia, al reforzar la mentira sobre su parentesco seguía grabado en su mente.

«Parecía tan seguro, tan... orgulloso», pensó Blanca, apretando las manos sobre su regazo. Pero también había algo en sus palabras, una frialdad que no podía ignorar, como si estuviera decidido a empujarla hacia otro hombre.

Alexander, sentado frente a ella, parecía ajeno a sus pensamientos. Había estado inexpresivo durante todo el trayecto, pero Blanca no se engañaba. Sabía que él sentía tanto como ella; podía verlo en la tensión de su mandíbula, en la rigidez de sus hombros. Ya no podía mentirla, no después de los besos de la noche anterior, de haberlo visto ceder.

—Hemos llegado —La voz del cochero rompió el silencio, y el carruaje se detuvo con suavidad frente a la entrada.

Wickham y Ashbourne descendieron primero, conversando entre ellos con la facilidad de quienes están acostumbrados a observar el drama ajeno. Blanca salió detrás de ellos, sintiendo el peso de la mirada de Alexander sobre su espalda.

La mansión del vizconde de Ashbourne brillaba con la luz de los candelabros cuando el grupo entró en el salón principal. Wickham fue el primero en dejarse caer en un sofá, suspirando como si acabara de regresar de una expedición agotadora en lugar de un paseo en carruaje. Los demás lo imitaron, menos Alexander, que se quedó de pie.

—¿No es maravilloso estar de vuelta en una casa civilizada? —exclamó Ashbourne, alzando una copa de coñac que algún criado, con su diligencia habitual, había colocado a su

alcance—. Esto es vida. Un licor decente, muebles que no parecen salidos de un museo de antigüedades, y, lo mejor de todo, ninguna sombra del perpetuamente perfecto Henry Fairfax rondando por aquí.

Wickham rio con entusiasmo, pasándose la mano por su pelo castaño y dejando a un lado su copa para inclinarse hacia Ashbourne.

—¿Te incomodaron los retratos de ancestros impecablemente peinados o fue el aire de "por aquí nunca sucede nada emocionante"?

—Ambas cosas, querido. Aunque debo admitir que fue la obsesión de Henry por los rosales lo que casi me llevó al borde del colapso. Jamás pensé que escucharía a un hombre hablar tanto sobre la perfección de un arbusto.

Blanca, que había estado observándolos en silencio, no pudo evitar sonreír, aunque intentó ocultarlo detrás de su taza de té. Wickham, sin embargo, no perdió la oportunidad.

—Lady Blanca, ¿a usted también la convenció Henry para admirar sus magníficos rosales?

Blanca alzó la mirada hacia Alexander, quien permanecía imperturbable junto a la chimenea, antes de responder con suavidad:

—Digamos que el entusiasmo del señor Fairfax es... contagioso.

Ashbourne soltó una carcajada y se llevó la mano al pecho como si le hubieran disparado.

—¡Contagioso! Ese es el peor insulto que he escuchado en años. Lady Blanca, creo que Fairfax debería enviarme una disculpa por haberme aburrido hasta casi la muerte.

Blanca rio, sin embargo, apenas notaba el esplendor de la habitación. Su atención estaba fija en Alexander, quien se había quedado al lado de la chimenea con el semblante más serio de la habitual, y eso ya era decir mucho.

—¿Qué ocurre? —le preguntó finalmente ella. Había pasado suficiente tiempo a su lado como para reconocer cuando estaba luchando contra sus propios demonios.

Alexander avanzó un paso, con los hombros tensos, y extendió un sobre hacia ella mientras Ashbourne asentía con aprobación. El sello con el emblema real brillaba con luz propia.

—¿Qué es esto? —murmuró Blanca, aunque ya podía intuir la respuesta.

—Una carta de la reina Margaret. —La voz de Alexander sonó grave, casi apagada, mientras colocaba el sobre en su mano. Sus dedos, sin embargo, permanecieron un instante más sobre el papel, como si le costara dejarlo ir.

Cuando Blanca tomó el sobre, sus dedos rozaron los de Alexander, y una corriente la atravesó. Él desvió la mirada rápidamente, pero Blanca no pudo apartar la vista de él. Algo en su expresión la desconcertaba: una mezcla de tensión, culpa y algo más, algo que no podía identificar. Algo que su cuerpo, todavía virgen, no podía saber.

—¡Ah, una carta de la mismísima reina! Lady Blanca, debe sentirse muy especial —exclamó Wickham con una sonrisa de satisfacción que solo él podía lucir en un momento así.

Aunque parece que no todos comparten mi entusiasmo —añadió con una mirada rápida a Alexander, cuyos labios apretados lo delataban—. Dígame, milord Ashbourne —continuó Wickham, girándose hacia el vizconde que estaba apoyado casualmente en los reposabrazos de su sillón—, ¿qué más secretos hemos estado guardando? Porque, si mal no recuerdo, hasta hace unas horas he descubierto que Lady Blanca no es la prima de Alexander, que no se apellida Snow sino Erthal y que, al parecer, es la heredera de dicho condado. ¡Y, sorpresa! Ayer, durante el picnic, también descubrí que Silas Brookstone es el hermano de Alexander.

—¿Lord Brookstone es su hermano? —preguntó Blanca, mirando a Alexander.

—Medio hermano —aclaró él.

—¿Algo más que quiera compartir con el grupo, milord? —siguió Wickham, mirando a Ashbourne—. ¿Quizás que estamos en medio de una novela de intriga y no lo sabía?

—Mi querido Wickham, pensé que lo habrías deducido todo por ti mismo —respondió Ashbourne, sin ofenderse—. Aunque, ahora que lo mencionas, admito que sobreestimé tu talento para las conjeturas.

—¡Sobreestimado! —replicó Wickham—. Ashbourne, esperaba más de ti. ¿Y la carta? ¿Por qué no me han informado, mis señores, de que también estábamos en correspondencia directa con la realeza?

Ashbourne, haciendo brillar su pelo dorado y desordenado bajo las velas, dejó su copa sobre la mesa con un leve *clic*.

—Querido Wickham, hay cosas que incluso tú prefieres no saber. Créeme.

—Oh, no lo creo en absoluto —dijo Wickham, cruzándose de brazos y lanzando una mirada verde a Alexander—. ¿Y tú, Hamilton? ¿Cuándo ibas a compartir todo este teatro conmigo? Porque, francamente, estoy empezando a pensar que soy el último en enterarme de todo a pesar de que yo también vivo en esta casa.

—No ha habido tiempo para explicaciones —contestó Alexander, con un tono seco y cansado, como si las palabras le arrancaran más de lo que estaba dispuesto a dar—. Pero si quieres saberlo todo, Wickham, te diré que tampoco soy el Barón de Hamilton. —Las miradas en la habitación se clavaron en él, pero Alexander mantuvo su postura firme, aunque sus puños se cerraron levemente—. Soy un bastardo al que alguien le entregó un título falso para poder moverse por Londres con libertad.

—¡Bastardos y tullidos son mi debilidad! —anunció Wickham tras una pausa, con una sonrisa de oreja a oreja—. Ahora me gustas más, Hamilton. Todos estos años, realmente no me habías caído bien. Pero esto... esto lo cambia todo.

Ashbourne soltó un bufido divertido, aunque su mirada seguía fija en Alexander, como si evaluara cada palabra.

—Es curioso verte abrirte, Alexander. Pensé que te llevarías estos secretos a la tumba. Pero claro, llevamos demasiados años siendo amigos para que no me hubiera dado cuenta de la verdad. —Se inclinó ligeramente hacia Wickham, como si compartiera un secreto—. Créeme, él no fue precisamente un libro abierto cuando nos conocimos.

—¿Y por qué no dijiste nada? —Wickham lo miró entre indignado y divertido, como si disfrutara de todo el drama—. Me dejas fuera de todas las conspiraciones, Ashbourne. Bastardos, títulos falsos, cartas de la reina... ¿Qué sigue? ¿Que tú tampoco eres un vizconde?

—Soy demasiado elegante para ser otra cosa.

Wickham soltó una carcajada, aliviando la tensión en la sala. Pero Alexander no se unió al humor. En cambio, se apartó ligeramente, cruzando los brazos mientras su mirada negra buscaba a Blanca, como si quisiera asegurarse de que ella estaba bien.

Ashbourne, aún con su expresión de caballero desenfadado, lanzó un vistazo rápido hacia Alexander antes de añadir, con un leve toque de seriedad:

—Pero, mi querido Wickham, debo decir que Alexander no necesita tu aprobación. Bastardo o no, ha hecho más por esta causa que la mayoría de los hombres con títulos reales. Y eso... —hizo una pausa deliberada, mirando hacia Alexander con una chispa de algo que solo los viejos amigos compartían—, eso es algo que siempre he sabido.

—Es una invitación a la corte —manifestó Blanca, después de haber leído la carta mientras ellos habían estado deliberando sobre las conjeturas.

—Bueno, no veo razón para dudarlo. Lady Blanca debe aceptar la invitación de la reina —dijo Ashbourne—. Una oportunidad como esta no aparece todos los días.

—¿Aceptarla? Claro, porque no hay nada más seguro que acudir a la corte de una reina en medio de un juego de intrigas mortales. —dijo Wickham y se volvió hacia Alexander con una sonrisa sardónica—. Supongo que tú estás encantado con la idea, ¿verdad, Hamilton?

Alexander, que había regresado a su refugio al lado de la chimenea, contestó:

—No es tan sencillo como parece. Grimhilde y sus aliados están al acecho, incluyendo a Silas, que ya sabe de la existencia de la invitación. Si Blanca entra en la corte, se convertirá en un objetivo más visible.

—¿Silas? —intentó preguntar Blanca.

—¿Y acaso no lo es ya? —intervino Ashbourne con un aire práctico, cruzando las piernas y recostándose mejor en el sillón—. Si la reina Margaret está interesada en ella, significa que ya no puede seguir ocultándose. Lo único que podemos hacer es asegurarnos de que juegue bien sus cartas.

Blanca, que había estado observando la conversación en silencio, sintió un escalofrío ante la mención de "jugar cartas". No era una estrategia ni una política. Todo lo que quería era recuperar su hogar y liberarse de la sombra de su madrastra.

—¿Y qué significa exactamente jugar bien mis cartas?

Ashbourne la miró con una sonrisa comprensiva.

—Significa que debes entrar en la corte con la frente en alto, mostrarte segura y, sobre todo, buscar aliados. Allí no solo estás representándote a ti misma, querida, sino al condado de Erthal y todo lo que significa.

—¿Y si fallo? —preguntó ella en un susurro.

Fue Wickham quien respondió, con un destello de emoción poco común en sus ojos verdes.

—No puedes fallar, Blanca. No si tienes a este grupo de inadaptados cubriéndote las espaldas. —Wickham señaló hacia Alexander y Ashbourne, antes de añadir con una sonrisa más ligera—. Bueno, al menos a dos de nosotros. Yo solo estoy aquí para las risas y el drama. Y estoy seguro de que Philipp y Edward también estarían encantados de ayudarte.

Ashbourne levantó su copa con un gesto burlón.

—Edward, quizás, aunque estoy convencido de que Philipp requeriría un argumento más convincente. Quizás algo sobre el deber y la justicia... o alguna disertación filosófica.

—¡Qué fe tienes en nuestros amigos, Ashbourne! —exclamó Wickham, fingiendo ofenderse mientras se llevaba una mano al pecho—. Philipp es un caballero de principios. Y Edward... bueno, tiene una debilidad por damiselas en apuros.

—No soy una damisela en apuros —intervino Blanca con calma.

—Por supuesto que no —replicó Wickham con un guiño—. Solo eres una dama con una corte real, un condado entero y una madrastra asesina persiguiéndote.

Alexander dejó escapar un suspiro casi inaudible y se pasó una mano por el cabello oscuro.

—Esto no es un juego. Ir a la corte significa exponerse a enemigos que no dudarán en destruirla para acabar con la reina. —Su mirada, intensa como siempre, se posó en Blanca—. Si acepta esta invitación, miladi, no habrá vuelta atrás.

—Ya no hay vuelta atrás desde hace tiempo, Alexander —dijo con una convicción que incluso la sorprendió.

La habitación quedó en silencio por un momento, hasta que Ashbourne se levantó con una copa en la mano haciendo un brindis hacia todos.

—Muy bien, entonces está decidido. Lady Blanca irá a la corte. Wickham, asegúrate de que tenga los vestidos adecuados para impresionar hasta al último cortesano. Alexander... —Hizo una pausa y lo miró con un toque de seriedad—. Tú asegúrate de no ahogar a nadie en el camino.

Wickham rió mientras Blanca bajaba la mirada, tratando de procesar lo que acababan de decidir. Alexander, sin embargo, no encontró nada divertido en la situación.

—Esto no es una decisión que pueda tomarse a la ligera —replicó él, con la mandíbula tensa—. Grimhilde no se quedará quieta. Y si descubren quien soy yo...

—Ser un bastardo no es tan grave —dijo Wickham, todavía sin imaginar que, los verdaderos padres de Alexander eran, precisamente, los enemigos de la reina: el rey (su esposo) y Lady Grimhilde (su amante codiciosa).

—No quiero poner en peligro a nadie, suficiente habéis hecho por mí... —dijo Blanca, temblando ligeramente mientras miraba a los presentes. Su mirada pasó de Wickham a Ashbourne, y luego, con más cautela, a Alexander.

Ashbourne fue el primero en responder, dejando su copa sobre la mesa con un gesto decidido.

—No me hagas arrepentirme de este brindis, Blanca. Si creyera por un segundo que estás abusando de mi generosidad, te lo habría dicho hace mucho. Pero no lo creo. Lo que está en juego aquí es mucho más grande que cualquiera de nosotros. Y si crees que voy a quedarme de brazos cruzados mientras alguien como Grimhilde intenta aplastarte, entonces claramente no me conoces lo suficiente.

—Además, nos debemos a la causa —intervino Wickham, más serio de lo habitual—. No se trata solo de ayudarte a ti, aunque no puedo negar que disfruto verte poner de los nervios a Alexander. Se trata de algo más grande. Grimhilde y sus aliados no se detendrán contigo, Blanca. Si se salen con la suya, Erthal será solo el principio.

Blanca abrió la boca para responder, pero Wickham levantó una mano para detenerla.

—Y antes de que digas que puedes enfrentarte a esto sola, te lo advierto: no voy a permitirlo. No es por ti, es por mí. ¿Cómo podría resistirme a formar parte de esta trama épica?

—Su tono se suavizó, aunque sus ojos verdes brillaban con determinación—. Fuera de bromas, Blanca. Estoy aquí porque quiero estarlo.

—Yo también —dijo Ashbourne, volviendo a sentarse y cruzando una pierna sobre la otra, mirándola con un destello de calidez en sus ojos azules—. Y antes de que Alexander frunza más el ceño y su mandíbula alcance el suelo, déjame añadir que mi motivación no es puramente altruista. Ahora, eres nuestra amiga.

¡Amiga! Blanca tragó saliva. ¡La consideraban una amiga! Se emocionó inevitablemente.

—Y ahora que todos hemos dejado claros nuestros nobles motivos, creo que es hora de empezar a planear cómo ayudaremos a Blanca a sobrevivir a la corte. Porque seamos honestos, esto no será un paseo por los jardines de Fairfax —zanjó Wickham.

—Gracias... de verdad. No sé qué haría sin vosotros.



Blanca subió a su habitación poco después de la conversación en el salón. Entró en su habitación agotada y dejó la carta de la reina Margaret, a quien solo había visto un par de veces de niña, sobre la mesa. Se dejó caer en el diván junto a la ventana y cerró los ojos.

Una carta de la reina. La mismísima reina Margaret quería verla en la corte. Y aunque debería sentirse honrada, el peso de esa responsabilidad la hacía sentir pequeña, como si todo su mundo se balanceara al borde de un abismo. Jamás había imaginado que llegaría tan lejos cuando sufría una humillación tras otra bajo el mando de lady Grimhilde.

«¿Qué quiere de mí? ¿Y qué puedo ofrecerle?» pensó, respirando profundamente. Su padre siempre había hablado con admiración de la reina, pero también con cautela. Era una mujer poderosa, en guerra constante con su propio esposo, el rey.

Pero no podía evitar la sensación de que estaba siendo utilizada como una pieza en un juego que no entendía del todo. Y luego estaba Alexander. Su lealtad inquebrantable, su dureza, y el inexplicable calor que sentía cada vez que lo veía. «¿Por qué me empuja hacia otros hombres cuando él...?» Blanca sacudió la cabeza, intentando apartar esos pensamientos.

En otra habitación, Alexander estaba sentado frente a una mesa llena de mapas y documentos, pero su mente estaba en cualquier parte menos en la estrategia. La idea de Blanca en la corte, rodeada de intrigas y peligros, lo atormentaba más de lo que quería admitir.

Había prometido protegerla, y lo haría, incluso si eso significaba ir en contra de sus propios intereses y de su propia vida. Pero sabía que no podía seguir reprimiendo lo que sentía por ella. La noche en los jardines de Ashbourne, la calidez de su cuerpo contra el suyo, sus labios... todo volvía a él en oleadas que no podía ignorar.

«No puedo distraerme con esto. Ella necesita a alguien mejor que yo. Un hombre que pueda ofrecerle un futuro, no uno marcado por el pasado.»

Pero esa racionalidad no detenía los celos que lo carcomían cada vez que pensaba en Henry Fairfax. «Él es todo lo que yo no soy. Un caballero, alguien con un nombre que proteger, alguien que puede caminar junto a Blanca sin arrastrarla al barro.»

Sin embargo, había algo en él que se resistía a soltarla por completo. Tal vez era egoísmo, o tal vez era simplemente amor. ¿Amor? Qué palabra tan extraña. Pero fuera lo que fuese, no podía permitir que nadie, ni siquiera la reina, la pusiera en peligro.

Horas después, el grupo volvió a reunirse en el salón. Wickham, Ashbourne, Alexander y Blanca estaban sentados alrededor de una mesa, con mapas y papeles esparcidos entre ellos.

—Necesitaremos una estrategia para asegurarnos de que Blanca esté segura en la corte —comenzó Ashbourne, señalando un mapa de Londres—. La reina no suele actuar directamente, pero no debemos subestimar la presencia de espías.

—Y Grimhilde tiene ojos en todas partes —añadió Alexander, con voz grave—. Esto no será un simple paseo.

Blanca, sentada al otro lado de la mesa, observó los rostros serios de los hombres que la rodeaban. No podía evitar sentirse culpable.

—No quiero poner en peligro a nadie —dijo finalmente.

Wickham resopló, recostándose en su silla.

—Blanca, querida, ya estamos involucrados hasta el cuello. Además, siempre he querido ver cómo es la corte desde dentro. Esto podría ser... entretenido.

Ashbourne lanzó una mirada a Wickham antes de volverse hacia Blanca.

—No se trata solo de ti, Blanca. Se trata de lo que representas. La reina necesita aliados, y si podemos ayudar a equilibrar las cosas, lo haremos.

Alexander no dijo nada al principio, pero su mirada encontró la de Blanca, y en ese momento supo que él también lo haría, aunque no estuviera de acuerdo.

—No estás sola en esto. Y no voy a permitir que nada te pase.

Mientras discutían el plan en el salón, el ambiente se tensó cuando Alexander, de repente, se levantó de su silla. Wickham arqueó una ceja, mientras Ashbourne se inclinaba hacia adelante, claramente interesado en lo que Alexander estaba a punto de decir.

—Hay algo más que necesitas saber, Blanca —dijo Alexander, su voz más baja de lo habitual, casi como si le costara admitirlo.

Blanca lo miró con preocupación.

—¿Qué ocurre?

Alexander cruzó los brazos y comenzó a caminar por el salón.

—Silas Brookstone no está aquí solo por casualidad. Él... trabaja para Lady Grimhilde.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó ella, su voz temblorosa.

—Silas fue enviado para encontrarte, Blanca. Y si Grimhilde le ha dado la orden... no será para protegerte.

Blanca llevó una mano a su pecho, sintiendo que su corazón latía desbocado. La imagen de Silas, siempre con esa sonrisa fría y sus comentarios enigmáticos, cobró un nuevo significado.

—¿Lo sabía cuándo lo vi en casa de Henry? —preguntó, casi en un susurro.

Alexander asintió.

—Sí. Y fue por eso que estuve tan cerca de ti durante todo el tiempo. Silas es peligroso, Blanca. No puedes confiar en él, ni siquiera por un segundo.

—Entonces, ¿qué hacemos con esto? —dijo Ashbourne—. Porque si Silas está aquí, es solo cuestión de tiempo antes de que mueva ficha.

Blanca apretó las manos sobre su regazo, intentando controlar el temblor que había comenzado en sus dedos.

—¿Y si está planeando algo para impedir que llegue a la corte?

Alexander se acercó a ella, inclinándose ligeramente para que sus ojos quedaran al mismo nivel.

—No dejaré que te toque, Blanca. Ni él ni nadie más.

—¿Y él... es tu medio hermano? —preguntó Blanca con cautela, aunque ya conocía la respuesta.

—Sí. Estábamos en el mismo bando. Pero eso quedó atrás —respondió Alexander con una frialdad que no dejaba lugar a más preguntas, aunque sus ojos delataron una sombra de algo más profundo.

Blanca dudó por un momento, sopesando si debía aprovechar esa rara apertura para preguntar lo que realmente quería saber.

—¿Y tus padres...? —comenzó a decir, pero las palabras murieron en su garganta al ver la rigidez que se apoderó de Alexander. No se atrevió a continuar.

Alexander sostuvo su mirada por un instante, como si supiera exactamente lo que ella quería preguntar, pero luego apartó la vista, volviendo a cruzar los brazos en un gesto que indicaba que el momento de vulnerabilidad había pasado.

Blanca se frustró, pero decidió no insistir. Mientras tanto, los demás continuaron discutiendo sobre la carta de la reina y los próximos pasos, ajenos a la tensión que se había formado entre ellos.



Capítulo 16



Unos días después.

El carruaje, más grande de lo habitual para la ocasión, avanzaba lentamente por las adoquinadas calles de Londres. Dentro, Blanca compartía el espacio con Wickham, Ashbourne, Philipp, Edward y Alexander, aunque el lujo del vehículo no aliviaba la tensión en el ambiente.

Wickham, como siempre, rompió el silencio.

—Debo decir que este carruaje es ridículamente grande. Tan grande que, si lo intentáramos, podríamos organizar un baile en su interior. —Cruzó una pierna sobre la otra y alzó una ceja hacia Blanca—. Blanca, querida, si esta es la antesala de tu llegada a la corte, no quiero imaginar el espectáculo que montarás al entrar.

Philipp, siempre el más serio del grupo, dejó escapar un leve suspiro de exasperación.

—Wickham, ¿puedes dejar de hablar por un momento? Esto no es un teatro. Lady Blanca necesita concentración.

—¡Oh, por supuesto! —respondió Wickham con una reverencia exagerada, llevándose una mano al pecho—. Vamos a enfrentar al mismísimo Palacio de St. James, hogar de la reina desterrada por un rey tan infiel que ni las fábulas lo redimen. ¿Cómo podría yo estar callado ante semejante drama?

Ashbourne, sentado junto a él, soltó una carcajada y negó con la cabeza.

—Si no fuera porque siempre logras sacar una sonrisa, ya te habríamos echado de este carruaje.

—¿Echarme? ¿De esta caja rodante en la que todos parecemos condenados en camino a la guillotina? No podrías soportar la falta de mi ingenio, Ashbourne.

Blanca esbozó una sonrisa, aunque su atención pronto se desvió hacia Alexander. Él estaba

sentado frente a ella, con los brazos cruzados y la mirada fija en el paisaje exterior. La rigidez de su postura era un recordatorio constante de que no compartía el buen humor de los demás.

—Alexander —llamó Blanca con suavidad, inclinándose ligeramente hacia él—, ¿no tienes nada que decir?

Alexander giró lentamente la cabeza hacia ella. Sus ojos oscuros, intensos como siempre, la recorrieron por un instante antes de responder con un tono seco:

—Opino que estamos entrando en un nido de serpientes. Y nosotros somos los ratones.

—Siempre tan optimista, Hamilton —bromeó Wickham, inclinándose hacia adelante—. ¿Acaso tus clases de dramatismo las recibiste de un poeta en decadencia? Porque me parece que tu tono es más adecuado para una tragedia que para la corte.

—Wickham, basta —murmuró Ashbourne con un toque de impaciencia, aunque la sonrisa que intentaba reprimir traicionaba su tono. Philipp optó por desviar la atención hacia un terreno más seguro.

—Lady Blanca —dijo, inclinándose hacia ella con una sonrisa tranquilizadora—, no deje que Alexander la contagie con su pesimismo. Estoy seguro de que sorprenderá a todos, especialmente con ese vestido.

Los ojos de todos se volvieron hacia Blanca. Ella bajó la mirada, consciente de la atención.

El vestido que llevaba era una obra maestra encargada por Ashbourne para garantizar que destacara en la corte. El corsé, confeccionado en terciopelo verde esmeralda, estaba adornado con bordados dorados que imitaban hojas y flores, símbolos de renacimiento y esperanza. La falda, hecha de gasa de seda en tonos marfil y verde claro, caía con una elegancia etérea. Una capa de organza traslúcida estaba sujeta a sus hombros, creando la ilusión de una reina recién salida de un cuadro. En su cuello colgaba un collar de esmeraldas rodeadas de diamantes, un regalo de Ashbourne.

—Para que brilles como debes —había dicho él con una sonrisa cómplice.

—Es absolutamente perfecto —murmuró Wickham, llevando una mano al corazón con exageración—. Blanca, querida, es un crimen lucir tan bien. Me temo que incluso la reina se sentirá eclipsada.

Ashbourne asintió, visiblemente satisfecho, mientras Edward, que hasta ahora había permanecido callado, se inclinó hacia ella con una sonrisa suave.

—No se preocupe, Lady Blanca. Estoy seguro de que será el centro de todas las miradas, pero por las razones correctas.

La risa ligera de Blanca llenó el carruaje, aliviando un poco la tensión que flotaba en el aire. Sin embargo, un ruido fuerte desde el exterior cortó de raíz la calma. El carruaje se detuvo bruscamente, lanzándolos hacia adelante.

—¿Qué demonios está pasando? —preguntó Ashbourne, poniéndose de pie. Alexander fue el primero en reaccionar, abriendo la puerta con rapidez y descendiendo al suelo, seguido de cerca por Philipp y Edward. Wickham, con sorprendente agilidad, sacó una daga de su bota y miró hacia la ventana.

Blanca no necesitó más para entender. Lady Grimhilde. Antes de que pudiera moverse, la puerta del carruaje se abrió de golpe, y un hombre encapuchado intentó entrar. Wickham reaccionó primero, lanzándose sobre él y derribándolo al suelo.

—¡Esto es lo que pasa cuando intentas robar a una dama! —exclamó Wickham mientras forcejeaba con el intruso. Blanca se levantó, pero en ese momento, la puerta opuesta se abrió y

otro atacante apareció. Alexander lo apartó de un golpe certero y lo lanzó al suelo. Su mirada oscura, ahora ardiente de furia, se clavó en Blanca.

— ¿Estás bien?

—Sí... creo que sí —murmuró Blanca, aunque su respiración era errática. Alexander se inclinó hacia ella, tomando sus brazos con firmeza, pero sin brusquedad.

—Mírame. No voy a dejar que te hagan daño. ¿Lo entiendes? Ella asintió, incapaz de apartar la mirada de sus ojos. Unos minutos después, la pelea terminó. Ashbourne abrió la puerta con la ropa algo desordenada pero una sonrisa en los labios.

—Parece que hemos ganado. Aunque debo decir que mi hombro no opina lo mismo. Wickham limpió su daga con un pañuelo mientras Philip guardaba su pistola.

—Esto no fue un ataque al azar —dijo Philipp con tono grave—. Debemos movernos rápido.

A pesar del susto, el grupo llegó al Palacio de St. James sin más incidentes.

—Nada como un intento de asesinato para preparar el ánimo antes de una visita real —comentó Wickham.

A Blanca le temblaban las piernas. El corazón seguía latiéndole desbocado y tenía la boca seca. Pero ya no podía echarse para atrás. Había tomado la decisión de ser valiente y debía serlo hasta el final, con todas las consecuencias.

En su mente se formaron imágenes de su infancia en Erthal, un lugar que siempre había considerado su verdadero hogar. Recordó a su padre enseñándole a montar a caballo en los prados, su risa profunda mientras le decía que una condesa debía conocer cada rincón de sus tierras para protegerlas con justicia. También recordó a su madre, con su cabello castaño recogido en un moño sencillo, cantando dulces melodías mientras cuidaba del jardín de rosas. Era un tiempo de calidez, de amor, antes de que el cólera se llevara a su madre y la llegada de Lady Grimhilde convirtiera el castillo en un lugar sombrío. Pensó en los vasallos de Erthal, en los rostros de los campesinos y los artesanos que siempre habían mirado a su familia con respeto y esperanza.

Ahora, bajo el yugo de Lady Grimhilde, sabía que estaban siendo explotados, sus vidas reducidas a servidumbre y miedo. La promesa de su padre resonó en su mente: "Protege a nuestra gente, Blanca. Ellos confían en nosotros porque saben que su sangre es la nuestra." Esa era su motivación, más poderosa que el temor o la duda: liberar a Erthal y devolverle la dignidad a quienes habían perdido todo, como ella misma.

El salón de audiencias del Palacio de St. James exudaba un aire solemne y pesado, una mezcla de opulencia y abandono que hablaba de los años en que la reina Margaret había sido relegada a este rincón de la corte. El esplendor del lugar contrastaba con la realidad de su aislamiento. Los frescos en el techo, que celebraban victorias pasadas, parecían desafiarla con su optimismo, mientras los candelabros lanzaban destellos que no lograban ocultar del todo las sombras que se acumulaban en las esquinas.

La reina Margaret no necesitaba rodearse de una multitud de cortesanos para imponer respeto. Sentada en un trono elevado, su figura proyectaba autoridad. Era una mujer que había nacido princesa de una dinastía poderosa en el continente, un reino al norte de los Alpes que ahora existía solo en mapas antiguos y en la memoria de algunos historiadores. Su matrimonio con el rey Adolfo había sido, en sus inicios, una unión política estratégica para consolidar alianzas militares y asegurar el control de las rutas comerciales del Norte. Sin embargo, a medida que pasaron los años, su relación con el rey se había deteriorado.

Adolfo, conocido por su carácter volátil y sus incontables amantes, había comenzado a ver a Margaret no como una reina consorte, sino como un estorbo. Su posición moral intachable y su férrea voluntad chocaban con la naturaleza caprichosa de su esposo, que la relegó al Palacio de St. James mientras disfrutaba de los placeres de la corte en Buckingham. El condado de Erthal había sido el único lugar en Inglaterra que había mantenido lealtad absoluta hacia ella. A través de su madre, Margaret tenía un vínculo ancestral con la región, un lazo que fortalecía su reclamo a la corona y que había despertado el odio de Lady Grimhilde, quien veía en esa conexión un obstáculo para sus propias ambiciones.

Cuando Blanca y sus acompañantes cruzaron las enormes puertas del salón, los murmullos cesaron al instante. Cada paso resonaba en el mármol pulido, creando un eco que amplificaba la tensión en el aire. Margaret, envuelta en un vestido de terciopelo azul real adornado con bordados dorados de lirios, observó a los recién llegados con una mirada aguda. Su cabello oscuro, salpicado de mechones plateados, estaba recogido en un peinado regio que acentuaba sus facciones marcadas por el tiempo y las batallas políticas.

Sus ojos, de un azul intenso, se clavaron en Alexander, y un destello de reconocimiento cruzó su rostro.

—Lady Blanca Erthal —pronunció la reina, con voz firme y clara. La corte de Margaret estaba compuesta por leales, mujeres de mediana edad y algunos hombres de títulos menores que aún veían en ella una figura digna de respeto. No era la corte bulliciosa y brillante que uno podría imaginar; era una corte de resistencia, marcada por el rechazo del rey y sus continuas infidelidades.

Cada persona en la sala parecía moverse con una mezcla de reverencia y cautela, como si temieran desatar la ira de alguien más poderoso que ellos. Blanca hizo una reverencia perfecta, consciente de las miradas que la evaluaban desde todos los rincones de la sala.

—Su Majestad, es un honor estar en su presencia. La reina asintió lentamente, pero su atención permaneció en Alexander.

—Hamilton... —pronunció el nombre como si probara su sabor, alargando el silencio que siguió—. Un nombre que no esperaba escuchar aquí. ¡Qué valiente eres!

Alexander inclinó la cabeza, su cuerpo tenso como un resorte. No le sorprendía que la reina supiera quién era. ¿Acaso daría la orden de arrestarlo, sacrificándolo como el despreciable bastardo del rey? ¿Como el hijo ilegítimo que había servido durante años a sus enemigos, simplemente porque ella era la reina legítima y no una de las amantes del monarca? Había pasado años temiendo que ella lo considerara una amenaza. Ahora, allí estaba, ofreciendo protección... algo que él nunca creyó posible.

—Majestad.—Curioso cómo la lealtad puede cambiar con el tiempo —dijo Margaret, con un destello irónico en la voz—. O tal vez no cambia, sino que encuentra nuevos cauces.

—Majestad, he venido aquí buscando su ayuda.

—Quizás podamos ayudarnos mutuamente —Hizo un gesto hacia uno de sus consejeros, quien se adelantó y le entregó un pergamino sellado con el emblema real—. En este documento está contenida una verdad que no esperaba tener que compartir con usted, pero que creo que debe conocer. Es sobre su padre.

¿Su padre? Alexander, a su lado, se acercó lo suficiente para que su hombro casi rozara el de ella. El calor de su proximidad la ancló y la hizo sentir frágil, dos sentimientos tan opuestos y, a la vez, tan complementarios. Margaret abrió el pergamino con movimientos deliberados.

—El conde de Erthal fue condenado por traición. Una acusación falsa, fabricada por Lady

Grimhilde, con el único propósito de eliminarlo como una amenaza para sus ambiciones. Blanca sintió que el aire se escapaba de sus pulmones.

—¿Traición? —preguntó, aunque su voz apenas era un susurro.

—Lo acusaron de conspirar contra el rey en mi favor —continuó Margaret clavando los ojos en Blanca—. Falsos informes afirmaban que planeaba un alzamiento. Grimhilde convenció al rey de que firmara la sentencia de muerte, asegurándose de que el condado de Erthal quedara bajo su control.

—¿Y el rey? —preguntó Blanca, con amargura—. ¿Él sabía la verdad?

Margaret sostuvo su mirada sin vacilar.

—El rey sabía muchas cosas, pero eligió ignorarlas. Para él, el condado de Erthal era una moneda de cambio, nada más.

Blanca cerró los ojos un instante, luchando por contener las lágrimas. Sabía que su padre había sido condenado a muerte por el rey, sabía que lo habían humillado públicamente acusándolo de traición. Pero jamás imaginó que había sido su propia madrastra, la esposa de su padre, la que había estado detrás de todo.

—Lady Blanca, debe actuar con rapidez. Grimhilde no se detendrá. Y para proteger su posición, debe fortalecer su reclamo legal al condado. —Hizo una pausa significativa—. Eso significa un matrimonio, y pronto.

El impacto de sus palabras fue palpable. Blanca miró a la reina con asombro, mientras Alexander endurecía la mandíbula.

—¿Un matrimonio?

—Sin un esposo, su posición es vulnerable —dijo Margaret, con una calma que no dejaba lugar a discusión—. Es una realidad cruel, pero necesaria.

El silencio se alargó, roto solo por la respiración contenida de Blanca. Alexander apartó la mirada, pero su tensión era evidente. Margaret, percibiendo el conflicto, se acercó un paso más.

—No está sola en esto, Lady Blanca. No solo tiene a estos hombres a su lado, sino también mi apoyo. Hablaré con mis aliados en la frontera para garantizar que Grimhilde no pueda moverse sin encontrar resistencia. Blanca asintió lentamente, aceptando el pergamino que la reina le extendía.

—Gracias, Majestad. Haré lo necesario. El pergamino temblaba en las manos de Blanca, pero no tanto como lo hacían sus piernas. Alexander lo notó y, antes de que ella pudiera dar un paso atrás, colocó una mano firme en la parte baja de su espalda, brindándole un apoyo silencioso. El calor de su palma atravesó las finas capas de su vestido.

—Está helada —susurró, inclinándose hacia ella para que nadie más lo oyera.

—Estoy bien —murmuró Blanca, pero su voz sonó tan débil que ni siquiera ella lo creyó. Alexander se inclinó un poco más, hasta que su aliento rozó la piel expuesta de su cuello.

—No tiene que fingir conmigo.

El contacto fue breve, casi imperceptible, pero suficiente para que el corazón de Blanca diera un salto. Giró la cabeza hacia él, buscando su mirada, pero Alexander ya había retrocedido un paso. Su expresión era de piedra. Margaret se volvió hacia sus consejeros, dando por terminada la audiencia, y con un gesto indicó que podían retirarse.



La noche avanzaba en la mansión, y el aire fresco que entraba por las ventanas apenas aliviaba la tensión de Alexander. Había logrado dejar a Blanca en su habitación, lejos de su mirada, de su cercanía.

Por eso, cuando Ashbourne lo invitó a su despacho con un gesto casual, Alexander lo siguió sin decir una palabra. El vizconde, siempre un maestro en aparentar despreocupación encendió un par de lámparas de aceite, llenando la estancia con una luz cálida y tenue.

—Ponte cómodo, Hamilton —dijo Ashbourne mientras servía dos copas de brandy en vasos tallados—. Aunque algo me dice que esta noche no va a ser precisamente relajante.

Alexander permaneció de pie junto a la puerta, su postura rígida contrastando con el ambiente acogedor del despacho. Ashbourne dejó una de las copas en el escritorio, señalándola con un movimiento de la cabeza.

—Anda, tómatelo. Pareces a punto de estallar.

—No he venido a beber, Ashbourne.

—Ah, ya veo. Has venido a hablar. —El vizconde se apoyó en el escritorio, cruzando los brazos—. Entonces, ¿qué ocurre?

Alexander cerró los ojos por un momento antes de abrirlos y fijar su mirada en Ashbourne.

—Me están pagando para protegerla.

—¿Quién? —preguntó Ashbourne después de unos segundos de vacilación.

—Un cliente anónimo. Quiere asegurarse de que Blanca está segura...

Ashbourne dejó escapar un silbido bajo, tomando un sorbo de su brandy.

—Esto explica muchas cosas. —Sus ojos brillaron con curiosidad, pero también con una pizca de decepción—. ¿Y por qué me lo cuentas ahora?

—Porque ya no puedo seguir con esto. —Alexander se pasó una mano por el cabello, desordenándolo aún más—. Desde que la conocí, todo cambió. No puedo verla como un encargo. Blanca... ella es todo lo que esos monstruos no son. Es noble, valiente, buena. Y cada día que pasa, me doy cuenta de que no merezco estar a su lado.

Ashbourne dejó su copa y se acercó, cruzando los brazos.

—Hamilton, estás jugando con fuego. ¿Sabes lo que pasará si Blanca descubre esto?

—Lo sé. —Alexander apretó los puños—. Por eso se lo contaré.

—¿Y qué esperas que haga? ¿Qué te agradezca por protegerla mientras recibías dinero?

—No espero nada. Pero Blanca merece la verdad. Merece decidir por sí misma si quiere confiar en mí o no.

—¿Y qué pasa con Grimhilde y el rey? No se quedarán de brazos cruzados si decides traicionarlos.

—Que vengan —declaró Alexander, avanzando hacia el escritorio con pasos firmes y la mirada encendida de determinación—. Estoy dispuesto a enfrentarme a cualquiera de ellos. Haré lo que sea necesario para protegerla, incluso si eso me cuesta la vida. Pasé años viviendo bajo el chantaje de que la reina Margaret me destruiría si descubría quién soy, y hoy he estado frente a

ella.

Alexander se volvió hacia la puerta cuando esta se abrió ligeramente. La figura de Blanca apareció en el umbral, con el rostro marcado por una mezcla de sorpresa y rabia contenida.

—¿Blanca? —preguntó Alexander, aunque no había duda de que había escuchado cada palabra.

—¿Por qué no me lo dijiste antes? —inquirió ella, cerrando la puerta tras de sí con un golpe que resonó en el despacho. Su voz estaba cargada de reproche, pero también de algo más: una herida profunda que él no podía ignorar.

Ashbourne, que había permanecido en silencio hasta ese momento, dejó escapar un leve suspiro. Se puso en pie con su habitual elegancia y se dirigió hacia la puerta.

—Creo que aquí ya no soy necesario. —Se giró hacia Alexander, arqueando una ceja—. Buena suerte, Hamilton. Parece que la necesitarás.

Sin esperar respuesta, salió del despacho, cerrando la puerta tras de sí con un suave clic.

Alexander miró a Blanca, que permanecía inmóvil junto a la puerta, con los puños apretados y la respiración agitada.

—¿Desde cuándo estás ahí? —preguntó él con un tono más cauteloso que desafiante.

—El tiempo suficiente —respondió ella con frialdad, avanzando hacia él. Sus ojos brillaban, no solo por la ira, sino por las lágrimas contenidas—. El tiempo suficiente para saber que no soy más que una obligación para ti. Un trabajo.

Alexander apretó la mandíbula.

—No es así.

—¡Entonces explícame cómo es! —su voz tembló, pero no por miedo, sino por la intensidad de sus emociones—. ¿Desde cuándo estás cobrando para "protegerme"? ¿Y qué significa todo esto de que estás dispuesto a morir por mí? ¿Acaso eso también forma parte del pago?

Alexander avanzó un paso hacia ella, acortando la distancia entre ambos.

—Blanca, no entiendes...

—¡Entonces haz que entienda! —lo desafió, con las mejillas enrojecidas y los labios temblorosos.

Él alzó una mano, llevándola hacia su rostro, pero se detuvo a medio camino, como si temiera que el contacto pudiera romperla.

—Al principio... —comenzó, pero su voz se quebró—. Al principio, sí. Me pagaban para asegurarme de que estuvieras a salvo, para que llegaras intacta a un matrimonio que garantizara tus derechos sobre Erthal. Pero no tenía idea de quién eras realmente. Ni de lo que ibas a significar para mí.

Blanca dio un paso hacia atrás, alejándose de su cercanía.

—¿Y qué significa eso, Alexander? ¿Qué soy para ti?

—Eres... —Alexander apretó los puños, luchando por controlar las emociones que lo inundaban—. Eres todo. Y eso lo hace aún más complicado.

—¿Complicado? —susurró ella, con una mezcla de incredulidad y tristeza.

Sin pensarlo, Alexander cerró la distancia que los separaba y la tomó por los brazos, acercándola a él.

—Complicado porque quiero protegerte. Quiero hacer lo correcto por ti, pero lo correcto no incluye esto... —Sus palabras quedaron suspendidas en el aire cuando bajó la mirada hacia sus labios.

Blanca apenas tuvo tiempo de reaccionar antes de que él inclinara la cabeza y la besara. El contacto fue urgente, lleno de la tensión acumulada durante semanas. Sus labios se encontraron con una mezcla de rabia, deseo y algo más profundo, algo que ninguno de los dos podía nombrar.

Las manos de Alexander se deslizaron hacia la cintura de Blanca, tirando de ella hasta que sus cuerpos se encontraron.

—Alexander... —murmuró ella contra sus labios, pero él no la dejó terminar.

Su boca se movió hacia su cuello, dejando un rastro de besos ardientes mientras sus manos, firmes pero cuidadosas, se deslizaban por sus costados. Blanca tembló bajo su roce con la respiración entrecortada y las manos aferrándose a los hombros de él.

El límite entre lo permitido y lo prohibido comenzó a desdibujarse. Alexander deslizó sus manos hacia la parte trasera del vestido de Blanca, tirando suavemente del cordón que lo mantenía ajustado. El aire frío rozó la piel expuesta de sus hombros cuando el vestido comenzó a deslizarse hacia abajo.

Blanca dejó escapar un leve gemido cuando las manos de Alexander encontraron su piel, sus pechos. Su tacto era firme pero reverente, como si temiera que un movimiento brusco pudiera romper el hechizo.

—Eres perfecta... —murmuró él, inclinándose para rozar sus labios con los de ella una vez más.

Pero entonces, como si algo en su mente lo despertara, Alexander se apartó de golpe. Sus ojos estaban oscurecidos por el deseo, pero su mandíbula estaba tensa, librando una batalla interna.

—No puedo... —dijo con voz entrecortada, apartándose aún más —Ella lo miró, con los labios hinchados por los besos y los ojos brillantes de confusión—. Lo único que quiero que sepas es que no estoy aquí por dinero —La voz de Alexander era apenas un susurro, pero la intensidad de sus palabras golpeó a Blanca como un mazazo.

Antes de que ella pudiera responder, Alexander se giró y salió del despacho, dejándola sola, con todas las ansias insatisfechas.



Capítulo 17



No había previsto la visita de Henry Fairfax. No había respondido a sus mensajes, no por descuido, sino porque la audiencia con la reina había consumido toda su atención. Tampoco lo esperaba, especialmente después de la noche anterior, cuando se había retirado a su habitación bastante enfadada. Estaba enfadada con Alexander por haberle ocultado que lo pagaban para protegerla. Se sentía usada, manipulada, aunque él había dicho que no estaba allí por dinero.

Sin embargo, una parte de su enfado provenía de algo más profundo y más complicado. Alexander la había besado de nuevo, con una intensidad que aún ardía en su piel, solo para apartarla después, como si el momento no significara nada. Esa mezcla de deseo frustrado y orgullo herido era insoportable.

Y ahora, allí estaba Henry. Con un ramo de peonías en las manos, sus pétalos rosados y blancos tan perfectos como el atuendo impecable que vestía. En el centro del salón, su porte elegante y su sonrisa cálida contrastaban con todo lo que Blanca estaba viviendo.

Henry, con las cejas ligeramente fruncidas, pero manteniendo un tono educado, dirigió su mirada a los tres hombres reunidos en la sala. Wickham estaba sentado con una pierna cruzada, jugueteando con un bastón de paseo que había tomado prestado de Ashbourne. Alexander permanecía de pie junto a la chimenea (su rincón favorito), con los brazos cruzados y una expresión inescrutable.

—Debo admitir que me sorprende no haber recibido respuesta alguna a mis mensajes desde vuestra última visita a mi mansión —comenzó Henry, sosteniendo las peonías en una mano mientras la otra reposaba con elegancia en su costado—. Pensé que quizás algo urgente había surgido, pero ahora veo que todos estáis bien.

—Ah, Lord Henry, permítame disculparme en nombre de todos nosotros —respondió

Wickham con su tono habitual de ligereza, levantándose de su asiento—. La verdad es que hemos estado... —hizo una pausa para buscar las palabras adecuadas, o tal vez para inventarlas—, inmersos en una serie de eventos extraordinariamente tediosos. Correspondencia oficial, reuniones interminables, ya sabe cómo es la vida en Londres.

Henry arqueó una ceja, poco convencido.

—¿Correspondencia? ¿Y ninguna pluma tuvo la cortesía de responder una línea para informarme?

—Han sido un par de días agitados, Henry. No hubo intención de descortesía, te lo aseguro —dijo Ashbourne, siempre conciliador—. Vamos, no podemos permitir que algo tan mundano como una carta incompleta ensombrezca este hermoso día. Mira, has traído flores. Eso debe alegrar cualquier corazón, ¿no crees?

Henry soltó un suspiro, relajando ligeramente sus hombros, aunque su mirada seguía desconfiada. —Quizás debería haber venido antes para comprobarlo yo mismo. Pero en fin, estoy aquí ahora, y espero que mi presencia no sea una molestia.

Desde el umbral del salón, Blanca observaba la escena con el corazón dividido. Nadie había respondido a Henry porque nadie sabía cómo manejar la situación. Él era su pretendiente, la opción lógica para asegurar su posición en Erthal, pero aún no estaban listos para contarle la verdad. ¿Cómo explicarle quién era realmente? ¿Cómo revelarle los secretos de su linaje y la amenaza constante que pesaba sobre ella?

—Tenga, lady Snow —dijo Henry, dando un paso hacia ella y extendiéndole el oloroso ramo de flores—. ¿Me permitiría un paseo por los jardines con su prima, señor Hamilton? —preguntó él, girándose hacia el falso barón de Hamilton. El supuesto primo de Blanca.

—Sí —gruñó Alexander, dirigiéndole una mirada de pocos amigos a la que, seguramente, Henry ya estaba acostumbrado y por eso decidió ignorar. Alexander no era famoso precisamente por sus buenos modales hacia los demás. Su mejor amigo era Ashbourne, los demás solo habían ido llegando poco a poco a su vida y Henry no era precisamente el más cercano.

Minutos después, con el ramo colocado en un jarrón, Blanca aceptó la invitación de Henry para dar un paseo por los jardines de la mansión. El cielo estaba despejado, y la brisa fresca agitaba ligeramente las malas hierbas que ya empezaban a crecer en el jardín de Ashbourne. Henry caminaba a su lado, mirándola de reojo con una mezcla de admiración y anhelo.

Mientras avanzaban, Blanca intentaba concentrarse en sus palabras, como siempre, pero su mente volvía una y otra vez hacia Alexander. No podía evitarlo. Desde el momento en que él había irrumpido en su vida, nada había sido igual. Alexander la confundía, la enfurecía y la hacía desear cosas que ni siquiera sabía que quería. Sin embargo, siempre había una barrera entre ellos. Una barrera que él parecía decidido a mantener.

Cuando estaba cerca de Alexander, sentía una fuerza que la atraía, algo que parecía ir más allá de lo físico. Pero al mismo tiempo, cada vez que daba un paso hacia él, él retrocedía, como si temiera romper un límite invisible. Y aunque había confesado que no estaba allí solo por dinero, las palabras de Alexander no habían aliviado su incertidumbre.

«Quién es realmente », pensó mientras sus dedos rozaban el chal que se había puesto por encima de los hombros. Sabía que era un bastardo, pero las circunstancias de su nacimiento seguían siendo un misterio. Alexander no hablaba de ello, y lo poco que había insinuado solo añadía más misterio a una historia que Blanca deseaba entender. ¿Había sufrido toda su vida el peso de un linaje del que no podía formar parte? ¿Había crecido con el desprecio de quienes deberían haberlo protegido?

La idea le dolía más de lo que quería admitir.

Henry, caminando a su lado, le hizo una pregunta que ella apenas escuchó. Le sonrió como pudo, pero en su interior, otra pregunta la carcomía: ¿por qué Alexander parecía decidido a empujarla hacia otro hombre?

Ella lo veía en sus ojos, en la forma en que evitaba tocarla demasiado tiempo, en los silencios cargados que compartían. Él quería mantener la distancia, y eso la hería profundamente. Porque aunque Henry era un buen hombre, amable y respetuoso, su corazón no latía con el mismo ímpetu cuando estaba cerca de él. No había fuego, ni esa conexión inexplicable que sentía con Alexander. Pero ¿cómo podía luchar por un hombre que no quería ser elegido? Ya le había dicho lo que ella sentía, pero él solo se había limitado a responderle que no podía. En parte, tenía razón. Él no era un candidato aceptable para obtener el Condado de Erthal, sin un título real ni un linaje noble en sus espaldas. Y la idea de dejarlo todo...

—Me preocupa que nuestra comunicación haya sido tan... escasa últimamente, lady Snow —dijo Henry, llamando su atención. Sostuvo su mirada, y por un momento, la culpa se acumuló en el pecho de Blanca—. Espero que no haya hecho nada que le haya causado una molestia.

Ella se detuvo junto a un macizo de rosales, bajando la vista hacia las flores. El aroma dulce le trajo recuerdos fugaces de su infancia en Erthal, momentos de simplicidad y paz que ahora parecían pertenecer a otra vida. No podía abandonar su hogar, el lugar donde había nacido y crecido. El lugar por el que su padre había muerto, y ahora sabía que injustamente.

—Oh, no, Henry. No ha hecho nada malo. He estado... distraída, eso es todo. Han pasado muchas cosas.

—¿Cosas que no puede compartir conmigo? —preguntó Henry, acercándose un paso más hacia ella.

Blanca levantó la vista hacia él, encontrándose con su mirada azul y perfecta, como todo él. Era una mirada llena de expectativas que ella no sabía si podía cumplir.

—No es eso. Es solo que... algunas cosas son difíciles de explicar.

—Lady Snow, Desde la primera vez que la conocí, supe que quería algo más. Algo más serio, algo más duradero. ¿No ha pensado usted lo mismo?

Sintió un nudo en la garganta, una mezcla de culpa, impotencia y tristeza. No podía ofrecerle lo que Henry esperaba, no cuando su corazón estaba atrapado en Alexander.

—Henry, usted es un hombre excepcional, y cualquier mujer sería afortunada de tener su atención. Pero ahora mismo... no puedo tomar decisiones precipitadas.

Henry asintió lentamente, pero la decepción era visible en la ligera tensión de su mandíbula y en la forma en que desvió la mirada hacia los arbustos cercanos, como si buscara consuelo en la belleza del jardín.

—Entiendo, Lady Snow. Sin embargo, espero que, cuando llegue el momento adecuado, considere seriamente lo que puedo ofrecerle. —Hizo una pausa, como sopesando sus siguientes palabras—. ¿No ha mencionado usted nada sobre mí a su primo, el Barón de Hamilton?

El simple sonido de aquel nombre hizo que un leve sonrojo coloreara las mejillas de Blanca. No era un sonrojo propio de la coquetería, sino un reflejo de la incomodidad que le provocaba hablar de Alexander, especialmente con Henry. Este último, sin embargo, pareció interpretar su reacción de forma completamente diferente, como si fuera la respuesta natural de una joven al cortejo.

—Oh, no he encontrado la ocasión para hacerlo, lord Fairfax —dijo Blanca rápidamente, bajando la vista hacia los rosales, con la esperanza de desviar su atención.

—No me sorprende. Hamilton no parece del tipo de hombre con el que uno se sienta a conversar sobre frivolidades. Siempre tiene esa expresión... ¿cómo decirlo? —Henry levantó una ceja, adoptando un aire deliberadamente pensativo—. Esa cara de estar permanentemente enfadado con el mundo.

—Es un hombre reservado, eso es todo. No todo el mundo tiene la facilidad de trato que posee usted, lord Fairfax.

—Me alegra que lo note —contestó él, orgulloso e ignorante de la leve irritación que sus palabras habían provocado en Blanca—. Aunque debo decir que me intriga la relación entre usted y el Barón. Parece que le tiene una devoción que rara vez he visto en alguien de su naturaleza.

Blanca se esforzó por mantener su compostura, pero la mención de Alexander y la palabra "devoción" en la misma frase hizo que una extraña punzada cruzara su pecho. ¿Devoción? ¿Era eso lo que Alexander sentía hacia ella? O, más bien, ¿era un reflejo de su deber?

—Lord Fairfax, Alexander simplemente es protector por naturaleza, y más con su prima —respondió finalmente, eligiendo sus palabras con cuidado—. Nada más.

Henry asintió y cambió el tema a algo más trivial. Blanca no podía ignorar la verdad: Alexander había sido el primero en empujarla hacia Henry, insistiendo en que ese era el hombre adecuado para asegurar su futuro. ¿Era por su deber como protector? ¿Por su propia inseguridad sobre su lugar en el mundo? ¿O tal vez porque él tampoco creía que mereciera algo más?

Después de su paseo, Henry acompañó a Blanca de regreso a la entrada principal de la mansión. Su comportamiento impecable y su sonrisa contenida no ocultaban del todo la decepción que había comenzado a filtrarse en sus ojos.

—Espero que considere mis palabras, Lady Snow —dijo con suavidad, inclinándose ligeramente mientras le tomaba la mano y la rozaba con un beso—. No estoy acostumbrado a rendirme fácilmente.

Blanca sostuvo su mirada, intentando ignorar el peso de la culpa que se acumulaba en su pecho.

—Gracias por venir, Lord Fairfax. Su visita ha sido... muy apreciada.

Él sonrió, aunque con un tinte melancólico, y retrocedió unos pasos antes de subirse a su elegante carruaje. Blanca lo observó partir, sintiendo una mezcla de alivio y remordimiento.

Al girarse, se encontró con Ashbourne esperándola en el vestíbulo, apoyado despreocupadamente en el marco de una puerta. Su expresión estaba llena de esa mezcla particular de curiosidad y astucia que tan bien manejaba.

—Bueno, esto ha sido... incómodo, ¿no crees? —comentó él, arqueando una ceja mientras la seguía hasta la sala contigua.

Blanca dejó escapar un suspiro cansado y se dejó caer en un sillón, llevándose una mano a la frente.

—Es un buen hombre, pero no puedo... simplemente no puedo corresponderle. No de esa forma.

Ashbourne asintió con comprensión, sirviéndose una copa de jerez de un decantador que descansaba en la mesa cercana. Ambos estaban solos, Alexander había salido para ocuparse de sus «asuntos» y Wickham estaba en la biblioteca escribiendo un par de poemas.

—No todos los buenos hombres son para todas las buenas mujeres, querida. Aunque debo decir que Lord Fairfax parece ser bastante insistente.

Blanca lo miró, sintiendo que su fachada comenzaba a resquebrajarse. Había intentado ser

fuerte desde que había llegado allí, pero necesitaba derrumbarse por unos segundos. No había sido fácil adaptarse a una ciudad nueva, en una casa desconocida y rodearse de nuevos amigos. Aunque todos ellos eran encantadores, la pérdida de su soledad, de su inocencia y de su infancia en Erthal la habían convertido ahora en una mujer distinta.

Ya no era la niña que corría descalza por los prados de su hogar, riendo sin preocupaciones bajo el sol. Esa versión de sí misma había quedado atrás, sepultada bajo las humillaciones de su madrastra, las intrigas y las decisiones que había tenido que tomar. Ahora entendía lo que significaba cargar con un legado, lo que significaba luchar no solo por sí misma, sino por las personas que dependían de ella, por la promesa de justicia que su padre le había dejado.

Blanca respiró hondo, enderezando los hombros mientras la mirada clara de Ashbourne la observaba desde el otro lado del salón. Se permitió unos segundos para absorber el peso de todo lo que había aprendido, de todo lo que había soportado. Porque no podía cambiar el pasado, pero podía decidir cómo enfrentar el futuro. Y lo haría como lo que era ahora: una mujer fuerte, que conocía su valor y no permitiría que nadie, ni siquiera los fantasmas de su propio corazón, la apartaran de su objetivo.

—Ashbourne, ¿qué voy a hacer? Todos esperan que me case con él. Alexander... él mismo cree que es lo mejor. Pero yo...

Ashbourne se acercó, con la copa en la mano, y se sentó frente a ella. Su mirada, por una vez, estaba desprovista de su sarcasmo habitual.

—Blanca, ¿realmente crees que Lord Fairfax es lo que necesitas para enfrentarte a lady Grimhilde, al rey, y al peso de ser la Condesa de Erthal?

Ella bajó la mirada, jugueteando con el borde de su chal.

—No lo sé. Sé que sería lo más prudente. Henry es respetado, tiene influencia y podría proteger el condado. Pero...

—Creo que ese "pero" lo dice todo. —Se inclinó hacia ella, más serio—. Escucha, Blanca. Si estás buscando un matrimonio que sea solo una formalidad, algo que te permita mantener tu posición y al mismo tiempo evitar que te entreguen a un hombre al que no amas, yo podría ser esa solución.

Blanca lo miró, completamente sorprendida.

—¿Tú?

—Sí, yo. —Ashbourne alzó las manos en un gesto despreocupado—. Nadie podría cuestionar la legitimidad de un matrimonio entre nosotros. Soy un vizconde, por supuesto, y no es ningún secreto que tengo recursos e influencias más que suficientes. Además, nuestras inclinaciones románticas nunca se interpondrían en nuestra amistad. Sería un acuerdo... práctico.

Blanca sintió que una mezcla de emociones se arremolinaba en su interior. Gratitud, incredulidad, y algo parecido a la esperanza.

—Ashbourne... eso sería un sacrificio enorme para ti.

—Querida, un matrimonio sin la carga de expectativas sentimentales es más un alivio que un sacrificio para alguien como yo. Pero no estoy diciendo que debas decidir ahora. Solo quiero que sepas que tienes opciones, y que no estás sola en esto.

—Ashbourne, si aceptara lo que ofreces, ¿no estaría yo también imponiéndote una carga, aunque sea sin pretenderlo? ¿Qué dice Wickham de todo esto?

—Querida, si algo es cierto es que la carga de ayudarte no pesa. Pero tu nobleza al considerarlo demuestra que ya estás más cerca de saber lo que realmente necesitas. Y Wickham estará tan encantado de ayudarte como yo. Ya sabes cómo es... Además, al ayudarte a ti,

estaríamos ayudando a mi mejor amigo, Alexander. Tú no puedes saberlo, pero le debo más a Alexander de lo que jamás podré saldar —continuó Ashbourne, con una sonrisa que intentaba ocultar una sombra de melancolía.

—¿A Alexander? ¿Por qué?

Ashbourne dejó la copa de brandy sobre la mesa, girándola lentamente entre sus dedos antes de responder.

—Hace años, cuando todavía era un joven arrogante recién heredado del título de vizconde, cometí errores... errores que pudieron haberme costado no solo mi reputación, sino mi vida. —Su voz se volvió más baja, cargada de sinceridad—. Me enredé en un asunto con un hombre peligroso. Pensé que podía controlar la situación, que mi título me protegería de las consecuencias. Pero no fue así. Alexander apareció cuando todo estaba perdido. No sé cómo lo supo, ni por qué decidió ayudarme. Solo sé que enfrentó a ese hombre, arriesgando su vida y la poca protección que su apellido falso le otorgaba.

—¿Arriesgó su vida por usted? —preguntó Blanca en un susurro.

Ashbourne asintió, sus ojos reflejando un respeto profundo.

—Lo hizo. Y no quiso nada a cambio. Me dijo que lo hacía porque "un hombre como yo no merecía caer por una estupidez así". Desde entonces, me propuse ser digno de su confianza. Por eso, ayudarlo ahora, incluso a través de ti, no es una carga, querida. Es un honor.

Blanca sintió cómo el corazón se le encogía ante la revelación. Alexander, siempre en las sombras, siempre el hombre duro e inquebrantable, era más que eso. Era alguien capaz de sacrificarse por quienes creía que lo merecían, incluso si nunca recibía un agradecimiento por ello.

—Ahora lo entiendo todo... —murmuró Blanca, más para sí misma que para Ashbourne.

Ashbourne la miró con una expresión cálida, casi paternal.

—Espero que eso también te ayude a entenderte a ti misma, querida. Porque lo que decidas hacer no solo afectará tu vida, sino la de todos los que te rodean. Y te aseguro, Blanca, que Alexander estaría dispuesto a cualquier cosa por ti, aunque no siempre sea capaz de admitirlo.

Blanca desvió la mirada hacia la ventana, sintiendo una mezcla de gratitud y dolor que no sabía cómo procesar. Alexander estaba tan cerca y, al mismo tiempo, tan lejos, siempre protegiéndola, siempre empujándola hacia lo que él creía que era mejor para ella.

Blanca se levantó del sillón y abrazó a Ashbourne. Ashbourne le devolvió el abrazo, entendiéndose sin hablar.



Capítulo 18



El viento azotaba las ventanas de la mansión mientras Blanca, Ashbourne y Wickham conversaban en la sala principal. Estaban hablando sobre la visita de Henry, la ausencia de Alexander durante todo el día, y leyendo los poemas que había escrito Wickham: uno sobre Blanca y otro sobre la reina Margaret. Pero esa calma se rompió abruptamente cuando el estruendo de un vidrio roto resonó en el aire, seguido de gritos y golpes.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Blanca, poniéndose de pie con el corazón desbocado.

Ashbourne reaccionó primero, tomando un candelabro de bronce como arma improvisada. Wickham desenfundó la daga que siempre llevaba oculta en su bota.

—Quédate aquí —ordenó Alexander, apareciendo desde el pasillo con una pistola en la mano. Sus ojos estaban completamente negros, su postura tensa, como un depredador acechando a su presa.

El caos estalló cuando un grupo de hombres irrumpió en la casa, liderados por un hombre alto y robusto, con una cicatriz en la mejilla: Silas, el medio hermano bastardo de Alexander.

—Alexander... ¿protegiendo a una damisela en apuros? —dijo Silas con una sonrisa burlona, desenfundando una espada corta. Su mirada se dirigió a Blanca, y sus ojos brillaron con una mezcla de reconocimiento y codicia—. Condesa, ha llegado su hora.

Alexander no respondió. En su lugar, levantó la pistola y apuntó directamente al pecho de su hermano.

—Da un paso más, y será el último que des.

La pelea fue brutal. Mientras Wickham y Ashbourne se enfrentaban a los secuaces de Silas, Alexander luchaba mano a mano con su medio hermano. Los golpes resonaban en las paredes, el sonido metálico de las espadas chocando llenaba el aire. Blanca, paralizada por un momento, se

apresuró a cerrar las puertas traseras para evitar que más hombres entraran.

Silas logró desarmar a Alexander, empujándolo contra una mesa que se partió bajo el peso del impacto. Pero Alexander, con la agilidad de un hombre acostumbrado a pelear por su vida, esquivó el siguiente ataque, logró tomar un trozo de madera de la mesa rota y lo usó para golpear a Silas en la cabeza.

Con un gruñido de dolor, Silas retrocedió, tambaleándose.

—Esto no ha terminado, Alexander —espetó, llevándose una mano ensangrentada a la sien.

—No. Esta vez, sí lo está —replicó Alexander, recuperando su pistola y apuntándole de nuevo.

Antes de que pudiera disparar, Silas se giró y escapó por la ventana rota, dejando atrás a sus hombres, que fueron neutralizados por Wickham y Ashbourne.

El silencio cayó sobre la habitación, interrumpido solo por la respiración agitada de todos.

—¿Estás bien? —preguntó Alexander, acercándose a Blanca con los ojos aún encendidos por la adrenalina.

—Sí... pero tú no —respondió ella, señalando la sangre que manchaba su camisa.

—Te dije que contrataras a unos pocos guardias —se quejó Wickham, mirando a Ashbourne—. Ningún noble vive sin protección, lo que acaba de ocurrir es ridículo.

—Querido Wickham, ¿y qué clase de anfitrión sería yo si llenara mi hogar con matones armados que espantarían a mis invitados? —replicó—. Mi casa es un refugio para la conversación, el arte y, por supuesto, los chismes bien fundamentados. No para lanzas y pistolas.

—Ashbourne, siempre tan encantadoramente impráctico. Lo que acaba de ocurrir no es una obra de teatro. Nos han atacado.

—¿Y qué sugieres, Wickham? ¿Que contrate un grupo de soldados para que monten guardia en cada esquina y estropeen la estética de mi querida mansión? No, no podría soportar el ruido de botas pesadas en los pasillos. Además, tengo algo mejor que guardias: a ti, con tu sarcasmo mortal, y a Alexander, con sus puños siempre listos.

—Ashbourne, algún día tu ingenio no será suficiente para salvarte.

—Tal vez —concedió él con una sonrisa tranquila—. Pero hasta entonces, prefiero vivir en una casa llena de belleza y libertad.



El fuego en la chimenea chisporroteaba con fuerza, llenando la biblioteca con un calor acogedor. Blanca se inclinó sobre Alexander, concentrada en limpiar el corte que cruzaba su costado izquierdo. Era una herida profunda, probablemente causada por el cuchillo de Silas durante el enfrentamiento en el vestíbulo.

—No tienes que hacerlo —murmuró Alexander, observándola desde su asiento en el sillón de cuero. Estaba sin camisa, con el torso desnudo revelando los músculos tensos y la piel cubierta de pequeñas cicatrices, testigos silenciosos de una vida miserable.

—No seas ridículo —respondió Blanca, intentando mantener su tono firme. Sus manos temblaban ligeramente mientras humedecía un paño con agua tibia y lo pasaba sobre la herida—.

Si esperáramos a que aceptaras ayuda, morirías desangrado.

Alexander dejó escapar una risa amarga, pero no dijo nada. Blanca trabajaba en silencio, esforzándose por concentrarse en la tarea y no en el hombre que tenía frente a ella. Pero era imposible ignorar la fuerza que emanaba de él, cada músculo tenso de su cuerpo.

Por primera vez, Alexander estaba frente a ella sin camisa, y la visión era... impactante. Su piel era de un bronceado uniforme, con un tono dorado que hablaba de días al aire libre, bajo el sol, mucho antes de que su vida se convirtiera en un constante juego de intrigas. Los músculos de su torso parecían cincelados a mano, cada línea y curva definida con precisión, como si estuvieran hechos para soportar peso, luchar, proteger. Su pecho ancho, cubierto por un vello oscuro que se extendía de forma ligera, descendía en un camino provocador hacia su abdomen firme, donde los músculos formaban un relieve que atraía la vista como un imán.

Blanca notó las cicatrices. Había varias: una en el hombro derecho, alargada y profunda, que parecía una vieja herida de espada; otra en su costado izquierdo, más pequeña pero igualmente marcada, como un recordatorio de una batalla cercana. Había una cerca de su clavícula, una línea delgada y pálida que recorría su piel como un susurro de dolor pasado. Cada marca hablaba de una vida triste, dolorosa. ¿Dónde habría vivido? ¿Cómo habría pasado su niñez? A Blanca le horrorizaba imaginar según qué cosas.

Sus brazos eran gruesos, fuertes. Las venas sobresalían ligeramente en sus antebrazos, trazando un mapa de fuerza contenida que se extendía hasta sus manos grandes y firmes, manos que podían sujetar una espada con la misma facilidad con la que podrían acariciar algo con ternura.

Sin embargo, lo que más la cautivaba era su rostro. Su mandíbula cuadrada y cubierta de una barba incipiente le daba un aire de descuido, como si nunca tuviera tiempo para nada que no fuera esencial. Pero eran sus ojos los que atrapaban toda su atención: oscuros como la noche, con un brillo inquietante que parecía mirar directamente al alma. Había algo en ellos que combinaba peligro y vulnerabilidad, una profundidad que hablaba de secretos y tormentos que nunca compartiría con nadie, pero que Blanca deseaba desesperadamente entender.

Incluso sentado, Alexander parecía dominar la habitación. Había en él una energía cruda, una mezcla de poder y control que hacía que su presencia fuera imposible de ignorar. Era un hombre que había vivido en el límite, que conocía tanto la oscuridad como la luz, y que había aprendido a moverse entre ambas como si fueran parte de su naturaleza.

Blanca trató de enfocarse en la herida que estaba limpiando, pero el calor que irradiaba de él, el aroma a cuero y madera que parecía seguirlo a donde fuera, le dificultaban la tarea. La vulnerabilidad momentánea de Alexander, sentado ahí mientras ella cuidaba de él, solo lo hacía más atractivo. Era un hombre que podía enfrentar a cualquier enemigo, pero que en ese momento, en ese espacio íntimo, le había confiado su dolor y ella se sentía poderosa.

—¿Crees que sería capaz de matarte? —preguntó de repente Blanca, rompiendo el silencio, intentando que el rubor de sus mejillas no fuera demasiado evidente.

—Silas no tiene límites —respondió él—. Para él, soy una amenaza. No porque quiera lo que yo tengo, sino porque nunca soportó que alguien como yo pudiera igualarlo en algo. Matarme sería más fácil para él que mirarme a los ojos.

—¿Él es el mayor?

—Sí.

Blanca apartó la vista, apretando el paño entre sus dedos. La franqueza de Alexander la golpeó como un puñetazo, pero también la llenó de un miedo nuevo: la idea de perderlo.

—No lo permitiré —dijo con determinación, volviendo a mirarlo—. No dejaré que nadie te haga daño. Ni Silas, ni lady Grimhilde, ni nadie.

—Estás cambiando, Blanca —dijo Alexander, tuteándola con esa familiaridad que había comenzado a usar días atrás, como si ya no pudiera mantener las barreras entre ellos. Su voz era baja, casi reverente—. Pero nadie puede salvarme.

—¿Cómo puedes decir esto? —preguntó con una pizca de rabia—. Después de todo lo que hemos pasado, después de todo lo que hemos hecho para llegar hasta aquí, ¿cómo puedes rendirte ahora?

—No es rendición, Blanca. Es la realidad. —Su mirada se posó en ella, intensa y cargada de orgullo—. Mírate. Has cambiado tanto. Ya no eres la joven inocente que salvé en Erthal, dudando de sí misma. Eres fuerte, decidida... la líder que tu gente necesita. Pero yo no puedo ser lo que necesitas. No puedo ser tu esposo. La reina Margaret nunca lo permitiría, y el mundo en el que vivimos jamás aceptará a un bastardo como yo a tu lado.

—¿Por qué? ¿Por qué crees que ella se interpondría? Quizás...

—Porque yo soy el hijo de Lady Grimhilde y el rey Adolfo. Un recordatorio viviente del pecado y la traición.

El mundo pareció detenerse alrededor de Blanca. Las palabras de Alexander se hundieron en su mente y se quedó pálida.

—¿Por qué no me lo habías dicho antes? —Dejó caer el paño en el suelo, mirándolo con incredulidad. ¡El hijo bastardo de su madrastra! ¡El medio hermano de Alethea! ¡Hijo de la mujer que quería matarla! ¡De la mujer que mató a su padre!

—Porque sabía lo que significaría para ti. Para nosotros. —Alexander la miró de nuevo con desesperación—. Sabía que, si lo sabías, no habría futuro. Porque soy una amenaza, Blanca. Mi sangre es un escándalo, un peligro. Y no quiero arrastrarte.

Blanca no podía respirar. Sus ojos lo observaban con una mezcla de incredulidad, dolor y una creciente comprensión que desgarraba su interior. El hombre que había arriesgado todo para protegerla ahora le mostraba la oscura verdad que había evitado hasta entonces.

—¿Qué más? No sigas ocultándome cosas, Alexander, te lo ruego.

—Lady Grimhilde me pagó para matarte —confesó Alexander, con la voz áspera—. Esto ya te lo dije... Fue hace mucho tiempo, antes de que supiera quién eras, antes de conocerte. Yo era su herramienta, su sombra... lo que necesitara para conseguir lo que quería. Y entonces, alguien más apareció. Un cliente anónimo. No sé quién era ni cómo supo de ti, pero me pagó para protegerte. —Alexander cerró los ojos un instante, como si revivir esos recuerdos fuera una tortura—. Decidí salvarte. Decidí que ya no quería ser un arma más de mi madre. Pero, Blanca... —Abrió los ojos, y la intensidad de su mirada la dejó clavada en el suelo—. Antes de ti, ya había demasiada sangre en mis manos. Asesinatos cometidos por orden de lady Grimhilde. O de mi padre, el rey Adolfo. Siempre bajo el convencimiento de que los estaba ayudando a protegerme a mí mismo de la ira de la reina Margaret.

—¿Asesinatos...? —susurró ella.

—Muchos de ellos eran hombres del bando de Margaret, la reina. Personas que la apoyaban. Cuando Grimhilde caiga, cuando la derrotes, toda la verdad saldrá a la luz. Mis crímenes serán conocidos, y Margaret... —Alexander dejó escapar una risa amarga—. Margaret no dudará en aplastarme.

Blanca sintió un nudo en la garganta. Recordó la tensión en la corte, la mirada que la reina había dirigido hacia Alexander, cargada de reconocimiento y algo temible.

—Ella ya sabe quién eres, ¿verdad?

—Lo supo en cuanto me vio. Y por ahora, me perdona porque le conviene. Porque mientras yo la ayude a destruir a lady Grimhilde, mi presencia le es útil. Pero en el momento en que todo termine, cuando te cases y asegures tu posición, yo seré desechable. Me hundiré junto con los restos de mi madre, si es que puedo llamarla así.

Las piernas de Blanca amenazaron con tirarla al suelo. La furia por lo que le habían hecho, el dolor por lo que Alexander había soportado, y una creciente indignación ante la injusticia de todo se apoderó de ella.

—¿Y por eso tu hermano Silas te dijo que eligieras bien?

—Silas siempre me ha despreciado —confesó Alexander, con una amargura que parecía calcificada en su voz—. Es el fruto de otra de las infidelidades del rey Adolfo, pero su madre no fue una dama de alcurnia ni una mujer ambiciosa como Lady Grimhilde. Fue una simple sirvienta, olvidada por todos, salvo por él. Creció en los rincones más oscuros de los palacios, viendo cómo yo, el bastardo reconocido, tenía un lugar, aunque fuera en las sombras. Un apellido falso, sí, pero también acceso al mundo que él nunca pudo tocar.

Alexander hizo una pausa, como si las palabras le resultaran difíciles de pronunciar. Blanca lo miró, inmóvil, atenta a cada palabra que, por fin, salía de la boca de ese hombre que, hasta el momento, la había protegido sin hablar. Sin decir nada de sí mismo.

—Me odia porque para él siempre he sido el hijo "privilegiado". El que tenía una madre que manejaba influencias. Pero no entiende... no entiende que todo lo que he tenido ha sido una maldición. Silas ha aprendido a sobrevivir en la oscuridad, y esa misma oscuridad le ha enseñado a detestarme. Porque en su mente, mi existencia representa todo lo que él nunca tuvo. Pero incluso él sabe que mi lealtad hacia ti será mi destrucción. Que mi amor por ti me llevará a ponerte por encima de todo. —Sus palabras eran crudas, como si cada una le costara arrancarse de lo más profundo—. Y mi amor por ti, Blanca, es más grande que mi propia vida.

Blanca avanzó con pasos titubeantes, pero con seguridad. Alexander seguía allí, inmóvil, como una figura tallada en piedra. Dos destinos cruzados, dos pasados marcados por el dolor, y una verdad que los acercaba de una manera ineludible: se amaban, se deseaban.

—No puedes rendirte, Alexander. No después de todo lo que has hecho. No después de lo que has sacrificado. Tú crees que no hay un lugar para ti en este mundo, pero yo... yo no quiero un mundo en el que tú no estés. Si Margaret quiere destruirte, tendrá que pasar por mí. Si Lady Grimhilde intenta usarme, tendrá que enfrentarse a mi voluntad. No voy a dejar que ninguna de ellas decida nuestro destino.

Sus palabras, directas y cargadas de convicción, lo hicieron alzar la vista. El rostro de Alexander se endureció, pero no enfadado, sino como si se estuviera conteniendo. La cercanía entre ellos era tan densa que parecía envolverlos en su propio universo. Blanca, con una temeridad que desconocía en sí misma, levantó una mano hasta su pecho desnudo. La piel de Alexander, cálida y bronceada, tembló bajo sus dedos, marcando cada latido acelerado.

—Y ahora... —continuó con susurro, mirándolo con sus ojos verdes grandes y oscurecidos por el creciente deseo que se estaba apoderando de su cuerpo—, ¿quién es ese cliente anónimo? ¿Por qué alguien más pagaría por protegerme?

—No lo sé. Nunca lo he sabido. Las instrucciones siempre fueron claras: mantenerte con vida, asegurarte un futuro. Pero nunca supe quién estaba detrás de las órdenes. Solo sé que no era Lady Grimhilde.

—Entonces, ¿qué es lo que valgo para ti? ¿Una oportunidad para redimirte? ¿Un escape del

agujero en el que vivías?

La pregunta resonó en la sala como una campanada. Alexander no dudó, moviéndose con rapidez y atrapando su muñeca en un agarre firme. La presión de sus manos sobre su cintura la atrapó completamente, obligándola a respirar el aire cálido que los separaba, a embriagarse con el perfume de ese hombre. Alexander inclinó la cabeza lentamente, como si el tiempo se hubiera ralentizado, y sus labios finalmente tomaron los de ella con una fuerza que reclamaba todo. El beso, salvaje y ardiente, dejó claro que no había lugar para dudas ni preguntas. Y después de ese, siguió otro, y otro.

El sonido húmedo y ruidoso de sus besos llenaba el aire, amplificando la tensión que los envolvía. Sus labios se separaban solo lo suficiente para que Alexander mordiera suavemente su labio inferior, tirando de él con una mezcla de posesividad y ternura antes de volver a cubrir su boca con la suya, más profundo esta vez, como si intentara consumirla por completo.

El calor de su aliento mezclándose, el ritmo frenético de sus movimientos y la manera en que sus cuerpos se presionaban el uno contra el otro hicieron que todo lo demás desapareciera. Sus manos abandonaron su rostro para recorrer su espalda con la misma urgencia, bajando por sus curvas femeninas como si necesitara tocar cada centímetro de ella.

Blanca jadeó entre beso y beso con el pecho subiendo y bajando rápidamente mientras sus manos se aferraban a los hombros de Alexander, sintiendo cada músculo bajo sus dedos. Él dejó escapar un gruñido bajo, un sonido que resonó en su pecho antes de que inclinara la cabeza para intensificar aún más el beso, con la lengua explorando la suya a un ritmo que era tan caótico como perfectamente sincronizado.

Eran unos besos desbordados, ansiosos, llenos de sonidos húmedos y jadeos contenidos, una declaración sin palabras de todo lo que ambos habían guardado durante demasiado tiempo.

Las manos de Alexander encontraron las cintas de su vestido. Sus dedos, torpes por la urgencia, tiraron de los lazos con brusquedad, dejando que el corsé se aflojara y el vestido verde que ella llevaba cayera por sus hombros. La tela expuso su piel, pálida y suave, mientras Alexander la recorría con sus ojos como si la estuviera devorando. Se inclinó hacia ella, sus labios dejando un rastro ardiente desde su cuello hasta sus clavículas.

—Eres perfecta... —susurró contra su piel antes de tomar un pezón entre sus labios.

El calor de su boca y el roce de su lengua la hicieron gemir involuntariamente, arqueándose hacia él. Las manos de Alexander, grandes y firmes la sostenían con fuerza, mientras bajaba una mano hasta su muslo, acariciándola con movimientos que la hacían temblar. Cuando llegó al borde de su ropa interior, no dudó en apartarla con un gesto decidido.

—Tan húmeda... —murmuró con voz ronca, mientras sus dedos la exploraban con una mezcla de precisión y necesidad.

Blanca agarró sus hombros con fuerza, clavándole las uñas en la piel, mientras la invadía una sensación que nunca había experimentado. Los movimientos de Alexander eran expertos y deliberados, y cada caricia hacía que su cuerpo respondiera con un placer creciente. Cuando finalmente deslizó un dedo dentro de ella, Blanca dejó escapar un gemido que resonó en la sala.

—Alexander... —susurró, suplicante, sin siquiera saber qué pedía exactamente. Sin saber qué era lo que su cuerpo le pedía pero que necesitaba desesperadamente.

Él no respondió con palabras, sino inclinándose para besarla nuevamente. Sus labios reclamaron los de ella mientras sus dedos se movían dentro de su cuerpo con un ritmo que la llevaba al borde. Su otra mano se aferró a su cintura, sosteniéndola mientras ella se entregaba completamente.

El clímax llegó con una intensidad que la hizo gritar su nombre, temblando mientras Alexander la sostenía.

Cuando el momento pasó, Blanca levantó la mirada hacia él, con lágrimas resbalando por sus mejillas.

—No me dejes... —susurró, su voz rota pero llena de determinación—. No importa lo que venga. No importa nada más.

Alexander, con la respiración aún agitada, la abrazó con fuerza, como si la estuviera protegiendo de todo el peso del mundo.

—Nunca, Blanca. Nunca.

Alexander la miró mientras su frente permanecía apoyada contra la de Blanca. El silencio en la biblioteca era absoluto, roto solo por los ecos lejanos del crepitar de la chimenea. Sus manos seguían sosteniéndola con firmeza, como si tuviera miedo de que desapareciera.

—No puedo hacerte esto —susurró él finalmente, con la voz rota.

Blanca, temblando entre sus brazos, lo miró fijamente. Había lágrimas en sus ojos, pero no de tristeza, sino de una emoción mucho más intensa.

—¿Qué es lo que no puedes hacerme, Alexander?

—Esto. Quitarte lo único que todavía puedes ofrecer en un matrimonio que te salve. Convertirte en mi ruina cuando lo único que quiero es salvarte. —Sus palabras eran rápidas, entrecortadas, como si intentara frenarlas antes de que salieran del todo.

Blanca alzó una mano temblorosa y la llevó al rostro de Alexander, obligándolo a mirarla directamente.

—Yo no quiero salvarme, Alexander. No a costa de mi felicidad. —Su voz se quebró, pero continuó, con más fuerza—. Ya he decidido lo que voy a hacer. Me casaré con Ashbourne.

Alexander dio un paso atrás, como si esas palabras fueran un golpe.

—¿Qué? —murmuró, incrédulo.

—Ashbourne me lo ofreció. Un matrimonio sin expectativas, sin presiones, solo un acuerdo entre dos amigos. Y lo he aceptado.

—Blanca...

—Henry ya no importa —continuó ella, sin darle tiempo a replicar—. Mi virginidad ya no importa. Nadie me impondrá más sacrificios. Esta es mi decisión, y tú... tú eres lo único que quiero, Alexander.

Él la miró, con una mezcla de deseo, incredulidad y algo que parecía acercarse al miedo. Pero no tuvo tiempo de responder, porque Blanca se acercó y colocó las manos sobre su pecho, empujándolo suavemente hacia el borde de la mesa.

—Ya no hay reglas que seguir. No hay más excusas.

El desafío en sus ojos lo desarmó por completo. Alexander, incapaz de resistir más, la atrajo hacia él en un movimiento rápido, besándola de nuevo, pero sin ningún rastro de duda ni de miedo.

Era un beso feroz, necesitado, que rompía todas las barreras que habían construido entre ellos. La ropa que quedaba terminó de caer al suelo, olvidada, mientras Alexander la alzaba y la sentaba sobre la mesa. Sus labios no se apartaban de los de ella, su lengua la exploraba con una intensidad que hacía que Blanca soltara gemidos bajos, atrapados entre el placer y la anticipación.

—Blanca... —murmuró él, con la voz áspera, mientras sus manos recorrían su espalda desnuda, bajando hasta aferrarse a sus caderas.

—No te detengas —susurró ella, inclinándose hacia él—. No esta vez.

Alexander respondió inclinándola suavemente sobre la mesa, él tenía todas las venas de su cuerpo hinchadas, y Blanca temió que fuera a explotar de un momento a otro y lo admiró aún más por su fuerza, por la capacidad que tenía él de endurecerse cuando ella solo podía ponerse cada vez más blanda, más disponible. Los labios toscos del bastardo descendieron por su cuello, dejando un rastro ardiente hasta sus pechos, donde se detuvo, adorándola como si fuera un milagro que no merecía. Lamiendo sus pezones, succionando sus pechos.

Blanca arqueó la espalda, enterrando sus dedos en el cabello de Alexander mientras él la devoraba con hambre. Su otra mano acariciaba la piel tersa de sus muslos, deslizándose hacia el calor húmedo entre sus piernas, otra vez.

Cuando sus dedos la encontraron, Blanca dejó escapar un gemido ahogado, su cabeza cayendo hacia atrás mientras su cuerpo reaccionaba instintivamente a su roce.

—No sabes lo que haces conmigo, Blanca.

Ella no respondió con palabras, sino con su cuerpo, moviéndose contra su mano, su respiración entrecortada mientras la intensidad del momento la consumía.

Alexander, incapaz de contenerse, bajó la cabeza, sustituyendo sus dedos por su lengua, llevándola al borde de la locura. Los gemidos de Blanca llenaron la sala, sus manos aferrándose al borde de la mesa mientras el placer la inundaba en olas que parecían no tener fin.

Alexander se detuvo un momento, su respiración pesada y su mirada fija en los ojos de Blanca, buscando una última confirmación. Cuando ella asintió suavemente, con sus dedos enredados en su cabello, él se inclinó sobre su cuerpo y, con un movimiento lento pero firme, la llenó por completo. Un gemido bajo escapó de sus labios al sentir la calidez y la presión que lo envolvían, un alivio violento después de tanto tiempo reprimiéndose.

Blanca, virgen y vulnerable, sintió una punzada de dolor al principio, una presión que la hizo respirar entrecortadamente, pero que fue seguida rápidamente por una calidez creciente. Mientras Alexander se detenía, temeroso de haberle hecho daño, ella lo instó a seguir, sus manos aferrándose a su espalda desnuda. Un leve rastro de sangre quedó atrás, una marca de su entrega, pero pronto su cuerpo comenzó a ajustarse, transformando el dolor en placer. Los movimientos de Alexander se volvieron más profundos y rítmicos, y Blanca, temblando al principio, comenzó a moverse con él, dejando que su cuerpo guiara el momento. La incomodidad inicial fue sustituida por una oleada de sensaciones desconocidas, cada embestida desatando un placer que la envolvía por completo. Alexander gruñó contra su cuello, aferrándose a su cintura como si ella fuera su única salvación, mientras cada tensión acumulada en su interior encontraba finalmente su liberación.

Blanca arqueó la espalda, sus uñas dejando marcas leves en su piel, y el calor entre ellos se intensificó hasta que ambos alcanzaron el clímax juntos, una unión que parecía borrar el mundo exterior. Jadeando, Alexander permaneció sobre ella, todavía dentro de su cuerpo, sus labios buscando los de Blanca en un beso suave y agradecido.

—Eres... todo lo que jamás he deseado —murmuró él con la voz rota, mientras ella lo abrazaba.



Capítulo 19



El salón principal de la mansión de Ashbourne estaba en silencio. Blanca sostenía el pergamino en sus manos, el cual ahora pesaba más que nunca. Las palabras que contenía eran claras: pruebas irrefutables de la traición de lady Grimhilde y de su participación en el asesinato de su padre.

Con manos temblorosas, Blanca enrolló el pergamino con cuidado antes de colocarlo sobre la mesa. Frente a ella, Ashbourne, Wickham y Philipp esperaban en silencio. Edward se había excusado hacía unos días, alegando motivos personales, y era comprensible. No todos estaban dispuestos a sacrificarse por una causa ajena.

En cuanto a Henry, no había necesidad de hablarle del plan. Su última conversación había dejado las cosas bastante claras, aunque sabía que debía enviarle una carta pronto, reafirmando su rechazo definitivo. El asunto debía cerrarse por completo.

Los tres hombres que permanecían con ella la miraban ahora con atención. Los tres leales amigos que había hecho en Londres.

—Voy a volver a Erthal —anunció con voz firme—. Mostraré esto a lord Harrington, el Barón de Erthal, y a los vasallos que aún queden leales a nuestra causa. Ellos deben saber la verdad sobre lo que ocurrió con mi padre y el precio que pagaron bajo el mandato de lady Grimhilde.

—¿Estás segura de que lord Harrington será de ayuda? Ha estado siempre demasiado cerca de Lady Grimhilde como para confiar en él, sé que es como un espejo para esa condenada mujer. Todo lo que lady Grimhilde desea o sabe, lord Harrington también —comentó Alexander desde su posición habitual junto a la chimenea, con los brazos cruzados y la mirada fija en Blanca. Su tono era escéptico, cargado de preocupación.

Blanca, de pie junto a la mesa, sostuvo su mirada con una determinación que se contraponía a sus sentimientos. Desde aquella noche en la biblioteca, en la que se había entregado a Alexander por completo, se habían unido de formas que nunca habría imaginado. Ella era suya, y él, indiscutiblemente, le pertenecía. Pero no podía permitirse distraerse con esos pensamientos ahora. Había un plan que ejecutar, una batalla que ganar.

Sabía que las dudas de Alexander no eran simples objeciones estratégicas. Eran más profundas, arraigadas en el instinto de un hombre que había aprendido a desconfiar de todos los que orbitaban alrededor de su propia madre. Y, aunque le doliera admitirlo, esa desconfianza no era infundada.

—No tengo garantías —admitió ella, con una calma tensa—. Pero lord Harrington tiene motivos para aliarse conmigo. Si hay algo que estos hombres valoran más que la lealtad, es la oportunidad de salvarse antes de que todo se venga abajo. Él sabrá que lady Grimhilde no puede ganar esta vez, no con las pruebas que tenemos. No espero que sea fácil. Ni siquiera espero que Harrington sea leal —dijo con firmeza, mirando a cada uno de los presentes—. Pero si quiero recuperar Erthal, si quiero despojar a Grimhilde de lo que me arrebató, necesito aliados.

—Blanca, lord Harrington no es alguien con quien puedas negociar como si fuera un hombre común. Es peligroso. Podría traicionarte con una sonrisa en los labios y un cuchillo en la mano.

—Lo sé, Alexander. Pero no voy a permitir que el miedo me paralice. No me he enfrentado a todo esto para quedarme de brazos cruzados ahora.

Ashbourne, que hasta entonces había permanecido en silencio, se inclinó ligeramente hacia adelante desde su sillón amarillo. Con los dedos tamborileando en el brazo del asiento, dejó escapar un suspiro.

—Regresar a Erthal no es solo un riesgo político, querida, también es un campo de minas emocional —comentó con cautela—. Ese lugar tiene tanto poder sobre ti como el que tú intentas reclamar sobre él. Pero si estás decidida a enfrentarlo, nosotros estaremos contigo. Lo sabes, ¿verdad?

Wickham, que estaba de pie junto al bar con una copa de brandy en la mano, arqueó una ceja y sonrió con ironía.

—Ah, regresar al castillo gótico de las pesadillas. ¿Cómo resistirme a la idea de una posible emboscada, amenazas veladas y la siempre encantadora presencia de vasallos indecisos? —bromeó, pero su tono no era completamente ligero—. En serio, Blanca, espero que entiendas lo que estás pidiendo. Una cosa es apoyarte en Londres, entre paredes seguras. Otra muy distinta es desentrañar intrigas en el nido de la serpiente.

Philipp, siempre más reservado, se cruzó de brazos.

—No podemos ignorar el peligro real de esta decisión. Lady Grimhilde tiene más que perder ahora, y un animal acorralado es el más letal de todos. Cualquier error podría ser fatal.

—Sé que no será fácil —dijo con voz firme, mirando a sus tres aliados—. Pero no he llegado hasta aquí para detenerme en el umbral de mi meta. Grimhilde me lo ha quitado todo: mi hogar, mi familia, mi inocencia. Ahora voy a quitárselo todo a ella. Si eso significa arriesgar mi vida, que así sea. No estáis obligados a seguirme, ya habéis hecho suficiente por mí.

Wickham dejó escapar un resoplido, dejando su copa con un golpe deliberado sobre la mesa más cercana.

—Por favor, Blanca, ¿crees que después de todo esto voy a quedarme aquí, cómodamente bebiendo brandy, mientras tú haces un espectáculo en Erthal sin mí? Si hay una obra en marcha,

quiero un asiento en primera fila. Y si se necesita una daga en las sombras, bueno... ya sabes que estoy más que capacitado para eso.

—Wickham tiene razón —dijo Ashbourne—, aunque lo diga con menos delicadeza de la que se requiere. No estamos aquí solo por cortesía, querida. Estamos contigo porque creemos en ti. Y porque ninguno de nosotros puede resistirse a una buena intriga. Así que deja de decir tonterías sobre que no estamos obligados. Lo estamos, al menos moralmente.

Philipp, más serio, dio un paso adelante, apoyando una mano en la mesa con gesto solemne.

—Blanca, todos sabemos que este camino será peligroso, pero es el único que conduce a la justicia. Tu padre creía en la lealtad a sus tierras y a su gente. Nosotros creemos en ti. No vamos a dejarte sola.

Blanca los observó a todos. Había querido protegerlos, evitar que arriesgaran más de lo que ya habían puesto en juego por ella. Pero estaba claro que nada de lo que dijera los haría retroceder. Su lealtad y su determinación eran un recordatorio de que ya no estaba sola en esa lucha.

Sus ojos se detuvieron finalmente en Alexander. Él permanecía junto a la chimenea, con la mandíbula apretada y los brazos cruzados. Su silencio hablaba más alto que cualquier discurso, pero Blanca sabía que no podía dejarlo así.

—¿Y tú, Alexander?

—¿Crees que después de todo lo que hemos pasado, después de todo lo que he hecho por ti... voy a dejar que te enfrentes a esto sola? —preguntó con dureza, avanzando un paso hacia ella—. Blanca, esta no es solo tu batalla. Es la mía también. Grimhilde ha manipulado mi vida tanto como la tuya, y voy a asegurarme de que pague por todo. Estaré contigo. Hasta el final.



El grupo avanzaba por el camino principal hacia Erthal, cabalgando en silencio la mayor parte del tiempo. Blanca iba al frente, con Alexander a su derecha, Philipp a su izquierda y Ashbourne y Wickham cerrando la formación. El aire frío de la mañana anunciaba el fin del invierno, y la bruma en el horizonte parecía un mal presagio.

Detrás del grupo principal, cuatro hombres armados cabalgaban en silencio, vigilando con atención cualquier movimiento sospechoso en el camino. Sus cascos y pistolas brillaban bajo la luz matutina, proyectando una sensación de seguridad que, aunque discreta, resultaba tranquilizadora. La escolta había sido idea de Ashbourne, quien, tras la discusión con Wickham sobre la falta de protección durante el último ataque en la mansión, había decidido no correr más riesgos innecesarios. Blanca no protestó. Por mucho coraje que llevara en el corazón, sabía que este no sería suficiente para detener una flecha perdida o el filo de un cuchillo oculto en las sombras.

Blanca llevaba horas observando el paisaje cambiante. Los campos que recordaba llenos de trigo dorado ahora estaban abandonados, cubiertos de malas hierbas. Las casas de los campesinos, que antaño lucían sencillas pero cuidadas, estaban en ruinas. Los niños correteaban descalzos y con la ropa hecha jirones, mientras los adultos cargaban cubos de agua o

herramientas rotas, con las miradas bajas y los rostros marcados por la desesperanza. Encerrada en su habitación durante tantos años, no había podido ver la vida miserable de sus vasallos.

Sus recuerdos de infancia la asaltaron dolorosamente: tardes soleadas en los prados, con risas infantiles y canciones campesinas flotando en el aire. Su padre montando a caballo junto a ella, enseñándole a saludar a los vasallos con dignidad y respeto. Su madre entregando cestas llenas de alimentos a las familias necesitadas. Ese Erthal, el de sus recuerdos, había desaparecido.

Un hombre mayor, encorvado por los años y el trabajo, salió a su encuentro mientras cruzaban un pequeño pueblo. Su rostro estaba surcado de arrugas profundas y sus manos, callosas, sostenían un sombrero que apretaba contra su pecho. Alzó la vista hacia Blanca con una mezcla de curiosidad y temor.

—¿Sois vos, mi lady? —preguntó con voz temblorosa—. ¿La hija del conde?

Blanca detuvo su caballo, bajó la capucha de su capa y lo miró directamente a los ojos.

—Sí. Soy Blanca Erthal.

El hombre se arrodilló de inmediato, pero no por respeto, sino por desesperación. Levantó la voz, atrayendo la atención de otros campesinos que salieron de sus casas en ruinas para observar.

—Desde que vuestro padre murió, no hemos tenido más que miseria. Los impuestos nos asfixian, los campos no dan lo suficiente, y nadie nos protege de los bandidos. ¡Nos han dejado a nuestra suerte, mi lady! ¡Abandonados!

Blanca sintió un nudo en la garganta. El peso de las palabras del hombre era insoportable, no solo porque eran ciertas, sino porque sabía quién era la responsable de todo aquello. Lady Grimhilde no solo había destruido a su familia, sino también a su gente.

Alexander, montado en su caballo negro, apretó las riendas con tanta fuerza que sus nudillos se pusieron blancos.

—Esto es obra de ella. Grimhilde no merece otra cosa que el patíbulo.

Philipp, siempre sereno, intervino con un tono reflexivo.

—La pobreza no solo es el resultado de la codicia, sino también de la negligencia. Un líder que no cuida a su pueblo pierde su derecho a gobernar. Grimhilde jamás entendió que el poder es un deber, no un privilegio.

—Qué visión tan inspiradora, Philipp. Aunque en este caso, me temo que la lección será un poco tardía para nuestra querida Grimhilde.

Wickham, que había estado al final del grupo, se bajó de su caballo y se acercó al anciano que seguía de rodillas. Sacó un pañuelo de su bolsillo y, con cuidado, lo ofreció al hombre.

—Por favor, no llore. Estamos aquí para arreglar esto. Ella ha vuelto, y no descansará hasta que Erthal vuelva a ser lo que fue. —La voz de Wickham temblaba ligeramente, y cuando volvió la vista hacia Blanca, tenía los ojos llenos de lágrimas.

Blanca respiró profundamente, intentando controlar las emociones que amenazaban con desbordarse. Era su deber arreglar todo aquello. Su pueblo había sufrido demasiado.

—Esto terminará pronto —dijo con voz clara, mirando al anciano y a los demás campesinos que se habían reunido alrededor—. Juro que haré justicia por mi padre, por vosotros y por Erthal. Volveré a hacer de estas tierras un hogar digno. No habrá más abandono. No habrá más sufrimiento.

—Gracias, mi lady. Que Dios la bendiga.

¿Cómo abandonarlos? ¿Cómo habría podido quedarse en Londres y olvidarse de todo

aquello? No solo era por la reina Margaret, ni por la muerte injusta de su padre, sino por sí misma, por sus valores. Sería incapaz de empezar una vida de lujos, junto a Henry o cualquier otro, incluyendo a Alexander, sabiendo que condenaba a una población entera a la miseria.

El grupo continuó avanzando en silencio, tensos. Blanca cabalgaba con la vista fija en el horizonte, pero cada tanto sus ojos se desviaban hacia los campesinos que trabajaban en los campos y los niños que jugaban descalzos en el barro. No podía evitar la comparación entre lo que veía ahora y los recuerdos dorados de su infancia.

—Esto no debería haber pasado nunca. —comentó Alexander—. Si tan solo hubiera hecho algo antes...

Blanca giró el rostro hacia él, notando la rigidez de su mandíbula y la intensidad de su mirada.

—No es tu culpa, Alexander. Tú no podías cambiar a lady Grimhilde.

Alexander negó con la cabeza, apretando las riendas de su caballo con fuerza.

—Eso no cambia el hecho de que debería haber actuado. Todo lo que toca mi madre se pudre, y lo único que hice fue obedecerla... hasta que te conocí.

Blanca abrió la boca para responder, pero Ashbourne la interrumpió desde atrás con un tono burlón.

—Oh, por favor, dejemos de lado la autocompasión. Estamos todos aquí precisamente porque *hicimos* algo. Lo que ahora toca es recuperar lo que pertenece a Blanca y devolver a esta gente una razón para mirar al cielo sin miedo. Aunque debo admitir que esto me hace reconsiderar seriamente mi hábito de jugar a ser un héroe. El barro arruina mis botas.

—¿Es que nunca puedes ser serio por más de un minuto, Ashbourne? —preguntó Philipp, con un suspiro de exasperación.

—Por supuesto que puedo, querido amigo. Pero no en medio de una tragedia de este nivel. La seriedad la guardo para cosas como... cenas de gala, matrimonios falsos y duelos al amanecer.

—Ashbourne sonrió, pero sus ojos reflejaban una preocupación sincera.

Wickham, que había permanecido en silencio después de su interacción con el anciano, levantó la cabeza para mirar a Blanca.

—¿Y si no logramos convencerlos? ¿Y si Harrington... o los vasallos no aceptan seguirte?

Blanca enderezó la espalda, respirando hondo.

—Entonces lo haré sola, Wickham. No he venido aquí buscando una salida fácil. He venido a recuperar lo que es mío. Si tengo que enfrentarme a lord Harrington, a lady Grimhilde o incluso al mismísimo rey, lo haré.

El grupo intercambió miradas. Blanca ya no era la joven inocente y vulnerable que llegó a sus vidas algunos meses atrás. Se había convertido en toda una mujer, y una muy capaz y segura de sí misma.

La comitiva llegó finalmente a la entrada del castillo de Erthal. Sus altos muros de piedra, que una vez parecieron un refugio seguro, ahora eran un símbolo de todo lo que se había perdido. Blanca desmontó con decisión con su capa burdeos ondeando con el viento mientras miraba hacia el portón principal.

—Es la hora —dijo en un susurro, más para sí misma que para los demás. Ya no era una fugitiva—. Es hora de que Erthal vuelva a ser un hogar.

Alexander desmontó detrás de ella, posicionándose a su lado, mientras Philipp, Ashbourne y Wickham formaban un círculo protector a su alrededor. Los cinco se miraron una última vez antes de avanzar.



Lady Grimhilde estaba de pie junto a la ventana de su cámara privada, una de las más altas del castillo, observando el camino serpenteante que llevaba hasta las puertas del castillo. La bruma matinal comenzaba a disiparse, dejando ver con claridad la comitiva que avanzaba hacia su hogar. Sus labios se curvaron en una sonrisa amarga al reconocer la figura al frente.

—Ha vuelto —dijo, con una frialdad que congelaba el aire a su alrededor—. La pequeña ratita ha encontrado su camino a casa. ¡Maldito Silas! Inútil como siempre, incapaz de terminar un trabajo que le confié personalmente. —Apretó los dedos contra el alféizar mientras su voz se tornaba más áspera, más peligrosa—. Y ese bastardo... ese bastardo miserable, ¿cómo se atreve a traerla aquí, a desafiarme en mis propias tierras? ¡Traidores, todos ellos! Pero esto no termina aquí. No mientras yo respire.

Lord Harrington, que estaba a su lado, levantó apenas la mirada. Su semblante permanecía impassible, aunque sus ojos, grises y calculadores, traicionaban un interés más profundo.

—Debo decir que tiene valor, si no sentido común —comentó Harrington, inclinándose ligeramente hacia adelante para ver mejor a Blanca desde la ventana—. Volver aquí después de todo lo que ha ocurrido... No es exactamente lo que llamaría una decisión prudente.

Grimhilde giró la cabeza lentamente, como un depredador que fija su mirada en una presa indefensa. Su vestido de terciopelo negro, ajustado a su cintura y cayendo como un río de oscuridad hasta el suelo, rozaba las baldosas con un susurro siniestro mientras avanzaba. Cada paso resonaba en la habitación como un sonido calculado, y su porte altivo irradiaba una autoridad tan elegante como aterradora.

Al detenerse en el centro de la estancia, su silueta parecía absorber toda la luz, convirtiéndola en una sombra imponente. Sus ojos, afilados y de un negro gélido, brillaban con un desprecio helado que podía atravesar el alma de cualquiera. Aunque su belleza seguía siendo incuestionable, era una belleza afilada como un cuchillo, peligrosa, capaz de inspirar tanto admiración como un miedo visceral. Una ligera sonrisa curvó sus labios pintados de rojo oscuro, más una advertencia que una expresión de agrado.

—¿Crees que esto es el final? Nadie desafía a Grimhilde y vive para contarlo. ¿Valor? ¿Sentido común? Lo único que tiene es una estúpida arrogancia, igual que su padre. Cree que con un pergamino y unos cuantos aliados puede derrocarlo. A mí. —Su voz era baja, pero cargada de veneno—. Esa niña no sabe con quién se enfrenta.

—Subestimarla podría ser tu error más grande, Grimhilde. Blanca ha cambiado. Su mirada, su postura... todo en ella indica que ya no es la niña asustada que dejaste en los escombros de su infancia. Ahora es una mujer que entiende el poder de la verdad. Y tiene aliados.

—¿Aliados? Un bastardo que siempre ha sido un peón en mis juegos, un par de diletantes de la alta sociedad y un don nadie venido a más. No son más que piezas desechables.

—¿Piezas desechables? Tal vez. Pero las piezas bien colocadas pueden cambiar un tablero completo. —Harrington sonrió de manera enigmática, alejándose de la ventana también—.

Blanca no es tan ingenua como crees. Ha aprendido a jugar. Y tú deberías empezar a pensar en tu próximo movimiento, antes de que alguien más lo haga por ti.

—Hablas como si estuvieras en su bando, Harrington. No olvides que, si yo caigo, no serás más que otro nombre en la lista de los que perderán todo.

Harrington se alisó la chaqueta mientras caminaba hacia la puerta.

—Lady Grimhilde, yo siempre juego para ganar. Y, a veces, eso significa apostar en varios tableros. —Se detuvo en el umbral, girando apenas el rostro hacia ella—. Blanca ha vuelto para reclamar lo que es suyo.

Grimhilde apretó los puños, sintiendo cómo el temor y la rabia se entremezclaban en su pecho. Por primera vez en años, su control empezaba a resquebrajarse.



Capítulo 20



El gran salón del castillo de Erthal, con emblemas dorados y verdes, estaba lleno de tensión. Los vasallos, convocados de urgencia, murmuraban entre ellos mientras esperaban la llegada de la joven heredera. La última vez que Blanca estuvo allí, era una niña asustada, sin poder ni aliados, pero esta vez su entrada fue completamente diferente.

Blanca atravesó las puertas con paso firme, irradiando una presencia que demandaba atención inmediata. Flanqueada por Alexander, Ashbourne, Wickham y Philipp, y seguida por su pequeña escolta armada, parecía no caminar sino avanzar como una fuerza imparable. Su capa burdeos ondeaba tras ella, enmarcando su figura esbelta pero poderosa, mientras el pergamino en su mano descansaba como un estandarte de verdad y justicia. La claridad en su porte, el desafío en su mirada y la seguridad que emanaba con cada movimiento transformaron los murmullos en un silencio respetuoso.

Los vasallos, que alguna vez habían visto a una niña rota y vulnerable, se encontraron ahora frente a una mujer que inspiraba tanto respeto como asombro. Su piel pálida resaltaba contra la intensidad del color de su capa, y el brillo de sus ojos verdes, cargado de propósito, se clavaba en cada rostro como si viera más allá de las apariencias. Era imposible no admirarla; Blanca había dejado de ser una figura de compasión para convertirse en un símbolo de fuerza. Su sola presencia llenaba el salón, y hasta los más escépticos se vieron obligados a enderezarse, como si enfrentaran a la soberana que siempre debió ser.

Lord Harrington estaba de pie al fondo del salón, cerca de un asiento reservado para él como Barón de Erthal. Su rostro permanecía imperturbable, pero sus ojos grises seguían cada movimiento de Blanca con atención. Los otros vasallos, hombres de diferentes edades y rangos, se encontraban dispersos en sus lugares asignados, y la atmósfera era una mezcla de curiosidad y

sospecha.

Blanca tomó su posición al frente del salón, frente a la mesa central donde su padre solía presidir las reuniones. Respiró profundamente antes de hablar.

—Damas y caballeros, nobles de Erthal, he regresado a mi hogar para restaurar lo que se perdió con la muerte de mi padre. —Su voz era firme, resonando en cada rincón del salón—. Durante años, Lady Grimhilde ha gobernado estas tierras con mano de hierro, extendiendo su poder a través del miedo, la traición y el asesinato. Pero hoy tengo pruebas de sus crímenes, pruebas que no pueden ser ignoradas.

Con cuidado, desenrolló el pergamino y lo colocó sobre la mesa frente a ella. Algunos de los vasallos se inclinaron hacia adelante para verlo mejor, sus rostros cambiando de incredulidad a asombro mientras leían las palabras que detallaban la implicación de lady Grimhilde en el asesinato del Conde de Erthal, su esposo.

Lord Harrington dio un paso al frente, inclinándose para observar el documento con una expresión que mezclaba sorpresa y admiración. Pero cuando se enderezó, su voz fue grave.

—Lady Blanca, estas acusaciones son graves, y aunque estas pruebas son contundentes, enfrentarse a Lady Grimhilde no será tarea fácil. Su influencia no se limita solo a estas tierras.

Blanca sostuvo su mirada, desafiándolo.

—Sé que no será fácil, lord Harrington, pero estoy preparada. Estas tierras no le pertenecen a ella. No voy a permitir que siga destruyendo lo que queda de Erthal.

En ese momento, las puertas del salón se abrieron con un estruendo, y todas las miradas se giraron hacia la entrada. El rey Adolfo y la reina Margaret entraron juntos, seguidos de un séquito real. La presencia del rey, imponente con su porte regio y su mirada severa, llenó el espacio. Margaret, vestida de un azul real que hacía juego con su corona, mantenía la barbilla en alto con expresión gélida y distante.

El murmullo en la sala se detuvo de inmediato, reemplazado por un silencio absoluto mientras todos los presentes se apresuraban a inclinarse en profundas reverencias. Nadie esperaba que los soberanos estuvieran allí. La reina Margaret, majestuosa y fría, se mantenía erguida junto a su esposo, irradiando una autoridad glacial. A su lado, el rey Adolfo avanzó unos pasos haciendo resonar sus botas en el suelo de piedra.

El monarca dejó que su mirada recorriera lentamente la sala, deteniéndose brevemente en cada rostro antes de posarse finalmente en Alexander. El tiempo pareció congelarse. En los ojos negros del rey se dibujó una mezcla de reconocimiento, cautela y una sombra de algo más oscuro. No era simple curiosidad; era el escrutinio de un hombre que reconocía en Alexander algo de sí mismo, algo que preferiría no ver.

Alexander se mantuvo firme bajo la mirada del monarca, pero Blanca, que lo conocía demasiado bien, notó la sutil rigidez en su postura. Su espalda parecía más recta, sus manos ligeramente tensas en los costados, como si estuviera preparado para un ataque que nunca llegaría.

—No me malinterpreten —dijo el rey con un tono frío, casi cansado, como si ya hubiera dado demasiadas explicaciones en el pasado—. No estoy aquí por voluntad propia. Mi lugar está en Buckingham. Pero mi reina —añadió con sorna, inclinando ligeramente la cabeza hacia Margaret, quien no apartó la mirada de Blanca—, mi reina ha insistido en que mi presencia aquí era necesaria.

Adolfo dejó que sus palabras flotaran en el aire por un momento antes de continuar, girando ligeramente hacia Blanca y Alexander.

—Estaba cómodo, debo admitirlo. Incluso disfrutando del orden que creía haber establecido en estas tierras, confiando en los informes que me llegaban desde este rincón olvidado. Lady Grimhilde me aseguró que todo estaba bajo control. —Hizo una pausa, y sus labios se curvaron en una sonrisa amarga—. Pero ahora sé que todo fue una farsa, construida sobre mentiras, intrigas y sangre inocente.

Sus ojos se oscurecieron al mirar a Blanca, pero no con hostilidad. Era una mezcla de arrepentimiento y una calculada neutralidad.

—Confieso que, en un principio, incluso apoyé algunas de esas decisiones. Lady Grimhilde me convenció de que eras una amenaza, una pieza incómoda en el tablero político. Una niña sin poder ni aliados, pero con un apellido que podía causar problemas. Era más fácil, más conveniente... eliminarte.

Un murmullo incómodo recorrió la sala, pero Adolfo alzó una mano para acallarlo.

—Sin embargo, ahora —continuó, su voz endureciéndose—, tengo en mis manos pruebas que no puedo ignorar. —Miró brevemente a la reina, quien asintió imperceptiblemente—. Pruebas de que lady Grimhilde utilizó mi nombre y mi poder para encubrir un asesinato, el de tu padre, bajo premisas falsas. Pruebas que no solo la condenan a ella, sino que me manchan a mí y no permitiré que mi reinado se vea empañado por esta vergüenza. Estoy aquí para asegurarme de que se haga justicia, y para demostrar, una vez más, que la corona no está por encima de la ley.

La reina Margaret dio un paso adelante, su porte elegante y su mirada gélida atrayendo la atención de todos los presentes. Su voz, clara y autoritaria, llenó la sala con un peso que desbordaba su pequeña figura.

—El rey y yo no siempre hemos estado de acuerdo, ni somos un matrimonio unido en la forma en que muchos esperan —dijo con una honestidad que sorprendió a algunos—. Pero si hay algo en lo que coincidimos, es en que la corona debe mantenerse exenta de crímenes tan viles como este. O, al menos —añadió con un destello de ironía en su mirada dirigida al rey Adolfo, quien se limitó a bostezar—, de crímenes que puedan ser visibles.

Un murmullo de sorpresa recorrió la sala ante sus palabras, pero ella lo ignoró, dirigiendo su atención a Blanca.

—Cuando supe que planeabas regresar a Erthal con esas pruebas, supe que no era solo tu futuro lo que estaba en juego, sino la reputación misma de esta corona. La influencia que poseo —continuó, mirando brevemente a Adolfo—, la he usado para convencer al rey de que tu causa no solo es justa, sino necesaria para preservar la estabilidad de este reino. Porque, querida, aunque muchos intenten fingir lo contrario, la justicia de una corona rota no es justicia en absoluto. Una esposa puede guardar secretos; una reina no puede permitirse guardar silencios, Adolfo. Si la corona debe salir de esta intacta, tendrás que ensuciarte las manos ayudando a esa muchacha.

Adolfo dejó escapar una risa breve y seca, cargada de ironía.

—Ah, claro, mi querida Margaret. Porque ayudar a esta muchacha no es realmente ayudarla a ella, ¿verdad? Es ayudarte a ti. Erthal siempre ha sido más un vasallo tuyo que mío. Su prosperidad, o la falta de ella, es un reflejo directo de tu influencia. —Se giró hacia los vasallos con una sonrisa forzada, levantando una ceja—. Pero, en fin, si limpiar tu nombre también limpia el mío, ¿qué más da? Terminemos con esto rápido, para que pueda regresar a Buckingham y continuar con mi aburrida y ociosa existencia.

Los murmullos en la sala comenzaron de nuevo, pero Margaret no parecía afectada por el comentario. Estaba acostumbrada a las humillaciones. Mantuvo la mirada fija en Adolfo,

desafiante.

—Agradezco tu sacrificio, esposo mío. Aunque, como siempre, sea motivado por tu comodidad y no por tu deber.

Blanca observó el intercambio con atención, comprendiendo que, aunque los reyes no compartieran afecto, sí compartían un interés en preservar la estabilidad de la corona. Al fin y al cabo, cualquier mancha sobre Erthal sería una sombra sobre su propio reinado.

Adolfo se volvió hacia Blanca con una expresión que oscilaba entre el desdén y la evaluación.

—Muy bien, Lady Blanca de Erthal. Presenta tus pruebas. Hagamos justicia de una vez.

Blanca enderezó los hombros y volvió a desenrollar el pergamino, sosteniéndolo con ambas manos mientras su voz resonaba con fuerza en el gran salón.

—Este documento detalla cómo Lady Grimhilde, valiéndose de su proximidad con la corona, manipuló pruebas y testigos para incriminar a mi padre en un complot inexistente contra la reina. Estas pruebas fueron fabricadas para justificar su ejecución y tomar el control de Erthal, dejando a nuestra gente en la miseria.

Los vasallos intercambiaron miradas, muchos de ellos movidos por la gravedad de las acusaciones. Lord Harrington, desde su lugar, dio un paso al frente, fingiendo sorpresa.

—Si estas pruebas son verdaderas, entonces Lady Grimhilde no solo traicionó a esta tierra, sino que también usó la confianza del rey como un arma. Este es un asunto que exige una acción inmediata.

Margaret asintió lentamente, mientras sus ojos gélidos estudiaban a lord Harrington.

—Qué perspicaz, Lord Harrington. Parece que finalmente compartimos un objetivo común.

Adolfo soltó un suspiro y agitó una mano con impaciencia.

—¿Dónde está esa mujer? —preguntó, mirando hacia los guardias—. Traedla aquí. Ya basta de discursos. Si ha hecho lo que dicen, enfrentará las consecuencias.

Antes de que alguien pudiera responder, las puertas del salón se abrieron de golpe, y Lady Grimhilde entró con una calma glacial. Su vestido negro, de viuda, ajustado y severo, la hacía parecer una sombra viviente. Su porte majestuoso no había menguado, incluso cuando los guardias la escoltaban, y su mirada, afilada como una daga, se clavó en Blanca con un desprecio que podía helar el fuego.

—Así que esta es la gran reunión para decidir mi destino —dijo con voz firme, sin un atisbo de miedo—. Qué conmovedor. Toda esta multitud reunida por una niña.

El salón, que había caído en murmullos al verla entrar, se sumió en un silencio tenso. Los guardias la flanquearon mientras avanzaba hacia el centro del salón, donde se detuvo frente al rey y la reina.

—Sus Majestades. Mi lealtad a la corona ha sido incuestionable. Todo lo que he hecho ha sido por proteger este reino de los débiles, de los traidores. ¿Y así me lo pagáis?

Margaret dejó escapar una risa breve, cortante como una hoja. La mirada que lanzó a Grimhilde era glacial, pero por dentro, hervía de rabia. Miró de reojo a Adolfo, quien permanecía en silencio, con el rostro impenetrable. Esa expresión suya, de calculada indiferencia, era la misma que había aprendido a detestar durante sus años de matrimonio. Una expresión que ahora, frente a Grimhilde, se sentía como una daga enterrada en viejas heridas.

Sabía que Grimhilde había sido la amante de Adolfo durante años. Había tolerado las habladurías, los rumores, incluso las miradas de compasión o desprecio que le lanzaban en la corte, porque una reina no podía permitirse mostrar debilidad. Pero aquí estaba esa mujer, altiva

y desafiante, aun pretendiendo ser la protectora de un reino al que había traicionado, mientras ella, Margaret, había luchado por mantener las apariencias, por sostener una corona que ambos habían dejado caer.

Por un instante, Margaret sintió una punzada de humillación, no por la infidelidad en sí — había aceptado hacía tiempo que Adolfo no era un esposo fiel—, sino por la facilidad con la que él había dejado que una mujer como Claudia Grimhilde manejara hilos tan peligrosos. Pero esa sensación pronto fue sustituida por otra más fuerte: desprecio. Desprecio por Grimhilde, por Adolfo, pero también por sí misma, por haber permitido que esa farsa se alargara tanto tiempo.

—¿Protegermos? —replicó la reina—. ¿Manipulando pruebas y orquestando asesinatos en nombre de la corona? —respondió con frialdad. Aunque lady Grimhilde era muy atractiva pese a su edad, la reina Margaret no era carente de belleza—. Si ese es tu concepto de lealtad, entonces quizás deberías haber planeado mejor tu defensa.

Grimhilde no mostró señal de remordimiento; al contrario, sonrió con una altivez que solo encendió más la rabia contenida de Margaret.

Adolfo, entretanto, mantenía su postura rígida, como si intentara distanciarse del momento. Margaret lo miró una vez más, buscando algún signo de culpabilidad, pero solo encontró la misma frialdad calculadora. No importaba. Si él no estaba dispuesto a enfrentar sus propios errores, ella lo haría.

Margaret respiró hondo, manteniendo su compostura. Porque al final del día, ella no estaba allí para saldar viejas cuentas personales. Estaba allí por Blanca, por Erthal, por su propia estabilidad en el reino.

«Que Adolfo haga lo que quiera después de esto», pensó. «Que vuelva a su palacio, a sus lujos y a sus amantes». En definitivas cuentas, aquel era el primer viaje que hacían juntos desde hacía décadas. Y la primera vez en años que se veían después de haberse recluido cada uno en su propio palacio. No debía olvidar que no había nada entre ellos salvo el futuro de Inglaterra.

—No intentes usarme como escudo, Claudia —dijo el rey con desdén—. Admito que fui lo suficientemente ingenuo como para confiar en ti una vez, pero esta confianza ha terminado en el momento en que descubrí la verdad. —Se giró hacia los guardias con un gesto decidido—. Arrestadla.

Grimhilde mantuvo su porte, aunque sus manos se tensaron contra los pliegues de su vestido.

—No osarías.

—Oh, sí lo haría. Y lo haré —respondió Adolfo con una sonrisa helada.

Los guardias comenzaron a avanzar hacia ella, pero antes de que pudieran tocarla, una figura salió del fondo del salón. Alethea, con un vestido gris perla que destacaba su fragilidad, pero también su fuerza, se levantó. Su rostro joven estaba marcado por el cansancio y la confusión, pero su voz, clara y firme, rompió el silencio.

—Madre.

La palabra cortó el aire como un cuchillo. Grimhilde se giró hacia Alethea, y por un instante, el brillo frío de su mirada pareció tambalearse.

—Alethea, cariño. No tienes que estar aquí —dijo Grimhilde con un tono que intentaba ser cálido, pero que sonó más como una orden disfrazada.

Alethea dio un paso hacia adelante, ignorando el tumulto de miradas que caían sobre ella.

—¿Todo esto... fue por mí?

Grimhilde alzó la barbilla, recuperando parte de su compostura.

—Por supuesto que sí. Todo lo que he hecho ha sido para protegerte, para asegurar tu lugar en este mundo. Sin mis sacrificios, estarías condenada a la mediocridad, como esa niña que pretenden defender.

—¿Mi lugar? ¿Mi futuro? —Su voz temblaba, pero no de miedo—. ¿Fue por mi bien que asesinaste a mi padre?

El impacto de las palabras de Alethea fue inmediato. Un murmullo recorrió el salón, y los ojos de todos se clavaron en Grimhilde, esperando una respuesta. La mujer, que siempre había controlado cada situación, por primera vez parecía desconcertada.

—¿Qué estás diciendo?

Alethea negó lentamente con la cabeza.

—Ya no creo tus mentiras, madre. Tú destruiste nuestra familia. Todo esto, toda esta sangre y traición, no fue por mí. Fue por ti. Por tu sed de poder. Por tu odio hacia la reina. —Giró hacia la reina, con los ojos llenos de lágrimas—. Porque no soportabas que ella tuviera lo que tú siempre quisiste.

La reina Margaret se mantuvo en silencio por un momento, sus ojos claros fijos en Grimhilde. Finalmente, su voz rompió el aire, cargada de una frialdad devastadora.

—Así que ese fue tu motivo. No me sorprende. Siempre creí que tu ambición era más grande que cualquier otra cosa, pero destruir a tu propia familia... eso es otro nivel de depravación, incluso para ti.

Lady Grimhilde, que había estado luchando por mantener su compostura, dejó escapar una risa amarga.

—¿Depravación? ¿De verdad hablas de depravación, Margaret? Tú, que has vivido toda tu vida en un pedestal construido con las desgracias de otros. Tú, que nunca has perdido nada. ¡Tú, que nunca tuviste que luchar!

—Perdí a mi hijo. Perdí mi matrimonio. Pero lo que nunca perdí, Grimhilde, fue mi integridad. Tú, en cambio, vendiste todo lo que eras, y por eso estás aquí ahora.

Lady Grimhilde había sido, en su juventud, una de las nobles más influyentes y ambiciosas de Inglaterra. Con una belleza que dejaba sin aliento y una inteligencia despiadada, había captado la atención del príncipe Adolfo mucho antes de que él ascendiera al trono. Durante años, los dos compartieron una relación apasionada pero secreta, y Grimhilde se había convencido de que sería ella quien reinaría a su lado como reina de Inglaterra. Sin embargo, cuando llegó el momento de consolidar el poder del reino, Adolfo eligió a Margaret, la hija de una poderosa familia real del continente, cuya alianza política resultaba estratégica. Lo que Grimhilde nunca pudo perdonar fue que la decisión no fue solo por conveniencia; durante un tiempo, Adolfo amó sinceramente a Margaret.

Ese amor, sin embargo, no sobrevivió al dolor de la pérdida. Margaret dio a luz a un hijo varón que murió pocos días después de nacer, un golpe devastador que rompió algo fundamental en su matrimonio. Desde entonces, Adolfo y Margaret se convirtieron en un matrimonio dividido, con un abismo de resentimientos entre ellos que nunca lograron superar.

Antes de que Adolfo se casara con Margaret, Grimhilde había dado a luz a un hijo ilegítimo: Silas. Aunque Adolfo lo reconoció en privado, nunca pudo aceptar públicamente al niño, y Grimhilde entendió que su lugar en la corte inglesa estaba perdido. Para protegerse de los rumores y la condena social, se casó rápidamente con el Conde de Erthal, un hombre viudo y considerablemente mayor que ella. Su falta de virginidad no levantó sospechas, y el matrimonio parecía ser una unión respetable. Pero el amor nunca fue parte del acuerdo.

El Conde de Erthal, al principio, se sintió profundamente atraído por Grimhilde. Su carisma y su aparente devoción a él lo deslumbraron, pero a medida que pasaron los años, comenzó a ver la verdadera naturaleza de su esposa. Descubrió que seguía viéndose con Adolfo en secreto y que sus acciones estaban impulsadas por una ambición insaciable y un odio visceral hacia Margaret. El Conde pronto entendió que Grimhilde lo había elegido no por amor, sino como una herramienta en su cruzada para destruir a Margaret, quien se había convertido en su obsesión. Casarse con él, el aliado más cercano de la reina no había sido más que una jugada en su juego de venganza.

Con el tiempo, el Conde se distanció de Grimhilde, pero no fue capaz de enfrentarse a ella directamente. Su amor por Blanca y su deseo de proteger a su hija lo empujaron a buscar una manera de contrarrestar a Grimhilde sin provocar una guerra dentro de su propia casa. Pero antes de que pudiera actuar, Grimhilde encontró la forma de eliminarlo, consolidando su control sobre Erthal y avanzando un paso más en su plan para destruir a Margaret.

—Disfruta tu pequeña victoria, niña —dijo Grimhilde, girándose hacia Blanca con los ojos llenos de veneno—. No tienes idea de lo que has desatado.

Blanca, que había permanecido en silencio, dio un paso adelante.

—Lo único que he desatado es la verdad. Algo que nunca entendiste, pero que siempre prevalece.

Los guardias se acercaron para escoltar a Grimhilde fuera del salón. Mientras se la llevaban, Alethea se quedó inmóvil, mirando cómo su madre desaparecía por las puertas.

Cuando todo volvió al silencio, Adolfo habló.

—Esto no ha terminado, Lady Blanca. Ahora debes demostrar que eres capaz de liderar estas tierras. La corona no tolerará más caos.

Margaret asintió y añadió:

—Y para garantizar la estabilidad de Erthal, es necesario que Lady Blanca sea oficialmente reconocida como la Condesa de estas tierras. Y, por supuesto... que tome una decisión sobre su futuro. Un matrimonio consolidará su posición y evitará futuras disputas.

Blanca abrió la boca para responder, pero Ashbourne dio un paso adelante con una sonrisa despreocupada.

—Si se trata de estabilidad, Majestad, permitidme sugerir una solución sencilla. —Miró a Blanca con un brillo de humor en los ojos—. Me ofrezco como su futuro esposo. Por supuesto, con su consentimiento.

El salón estalló en murmullos de sorpresa mientras Blanca miraba a Ashbourne, atónita.

—¿Qué estás haciendo? —susurró ella, pero él solo le guiñó un ojo.

—Salvándote, querida. Es lo que hacen los amigos.

Margaret observó el intercambio con curiosidad.

—¿Un vizconde ofreciéndose por una condesa? Interesante. Muy interesante.

Adolfo, entretanto, suspiró con exasperación.

—¿Podemos resolver esto rápido? Realmente, quiero regresar a Buckingham.

Pero Margaret no terminó. Dio un paso adelante, con la mirada fija en Alexander.

—No, Adolfo. Esto no ha terminado. Lady Grimhilde no actuó sola. Sus crímenes no se limitan a estos muros, y todos los que la han ayudado deben pagar. —Su mirada se endureció, dirigiéndose directamente a Alexander—. Eso incluye a Alexander. Su pasado está lleno de sangre, no solo de bandidos, sino de hombres leales a la corona. No puedo ignorar lo que hizo, ni lo que representa.

Blanca abrió la boca para responder, pero Margaret alzó una mano, silenciándola.

—Puede que ahora luche por ti, pero no puedes borrar el hecho de que mató a muchos de mis hombres en el pasado, soldados que murieron defendiendo esta corona. Si permitimos que quede libre, ¿qué mensaje enviamos a quienes han perdido a sus seres queridos por su espada? —Se giró hacia Adolfo, su voz fría como el hielo—. Debe ser arrestado. Y juzgado.

El silencio se extendió por la sala. Adolfo miró a Margaret con una expresión que mezclaba cansancio y conflicto. Sus ojos se desviaron hacia Alexander, y por un momento se pudo ver algo más profundo: una mezcla de remordimiento y resignación.

—Margaret... —comenzó, pero su esposa no cedió.

—Es tu hijo, sí. Pero no olvides que es un bastardo. Su existencia misma ya fue una humillación para la corona, y ahora su libertad pondría en duda nuestra autoridad. No podemos permitirnos más manchas en este asunto, Adolfo. Esto debe terminar. Ahora.

Adolfo apretó la mandíbula, cerrando los ojos por un instante, como si tratara de ignorar el peso de su propia decisión. Finalmente, asintió, su voz grave y cargada de resignación.

—Que así sea. Guardias, arrestadlo.

La declaración cayó como un mazazo en el corazón de Blanca. Por un instante, el mundo pareció detenerse. Las voces se desvanecieron, el ruido de las botas de los guardias resonó como tambores de guerra en sus oídos. Sus piernas temblaron, pero no se permitió caer. No podía flaquear. No ahora.

—¡No! —El grito escapó de sus labios, desgarrador, y sus pies se movieron por voluntad propia. No le importaba nada más. Ni la corona, ni Margaret, ni siquiera el rey. Solo Alexander.

Él giró hacia ella con una calma inquietante, su rostro sereno, pero sus ojos hablaban de una despedida. Había aceptado su destino, y aquello era lo que más la destrozaba.

—Blanca, no. No hagas esto.

—¿Cómo puedes pedírmelo? —reclamó ella, impotente.

—Porque lo único que quiero es protegerte. —Alexander sonrió levemente, aunque sus ojos brillaban con un dolor contenido, ese que solo él sabía ocultar tras una máscara de acero—. Si luchar por ti me llevó hasta aquí, entonces valió la pena. Toda mi maldita vida... —Su voz se quebró por un instante, pero no apartó la mirada de ella—. Desde el día en que nací, he sido poco más que una sombra, un instrumento al servicio de otros, un peón que no tenía ni propósito ni esperanza. Pero tú... Blanca, tú lo cambiaste todo.

Ella era incapaz de apartar los ojos de él, sin importarle que la vieran llorar. Sin importarle el rostro endurecido de la reina Margaret ni los gestos de resignación del rey Adolfo ni los comentarios de los vasallos ni las lágrimas de Alethea, que seguía llorando por lady Grimhilde.

A

—Si mi existencia tuvo algún sentido, fue solo porque me llevó hasta ti. —Alexander apretó los labios, como si se esforzara por contenerse, pero finalmente dejó escapar lo que realmente llevaba dentro—. Valió la pena cada herida, cada muerte, cada noche perdida, solo por verte brillar como lo haces ahora.

El peso de sus palabras cayó sobre ella como una avalancha. Alexander dio un paso hacia los guardias, pero no antes de inclinarse hacia ella una última vez para susurrar:

—Si este es mi final, entonces es un final que acepto con orgullo. Porque moriría mil veces más si eso significara que tú puedes vivir, que tú puedes ser libre... Condesa de Erthal.

Los guardias lo sujetaron, pero él no opuso resistencia. Blanca intentó correr hacia él, su desesperación transformada en fuerza, pero Ashbourne la sujetó con firmeza.

—Blanca, no —le dijo, y por primera vez su tono carecía de su habitual sarcasmo. Era serio, casi suplicante—. Esto no cambiará nada ahora.

—¡Déjame ir! —Blanca se debatía como un animal acorralado. Su mente solo repetía una cosa: no podían llevárselo. No podían arrebátárselo. No después de todo.

Philipp se acercó y tomó sus manos con suavidad, obligándola a mirarlo.

—Blanca, escúchame. Alexander no quiere que te pongas en peligro. Sabes que él lo soportará, porque es él. Pero ahora, más que nunca, necesitamos que seas fuerte. Te necesitan, ¿no es así?

Wickham, con los ojos enrojecidos y la voz rota, se colocó junto a ella.

—Prometiste que lucharías por todos, Blanca. —Tragó saliva, tratando de mantener la compostura—. Lucha ahora por él.

Las palabras de sus amigos la atravesaron como cuchillos. Dejó de resistirse, pero el temblor en su cuerpo no se detuvo. Observó impotente mientras Alexander era arrastrado hacia las puertas, sus ojos fijos en los de ella hasta el último segundo.

—Te amo —murmuró Alexander antes de desaparecer por las puertas.

Cuando las puertas se cerraron con un estruendo, Blanca sintió que algo dentro de ella también se cerraba. El silencio que siguió fue opresivo, como si todo el salón contuviera la respiración.

Margaret fue la primera en romperlo, con su voz cortante como una cuchilla.

—Ahora que esto está resuelto, debemos hablar de tu ascenso al poder, Lady Blanca. No hay tiempo para dudas ni debilidades. Erthal necesita una líder, y la necesita ahora.

Blanca respiró hondo, tratando de calmar el torbellino de emociones que la devoraba. Recordó las palabras de Alexander. Recordó por qué había regresado. Finalmente, levantó la cabeza, sus ojos aún llenos de lágrimas, pero con una nueva resolución brillando en ellos.

—Sí, Majestad —dijo con voz clara—. Estoy lista. Erthal será mío nuevamente. Y juro que lo recuperaré todo, incluido a él.

—Ah... el amor. La dulce mentira que todos queremos creer, la mejor contada de todos los tiempos. —Margaret dejó escapar una risa breve, seca, mientras su mirada seguía al rey Adolfo, quien se alejaba sin mirarla, como si ella no existiera—. No cometas mi error, Blanca. —Sus palabras, cargadas de amargura, se volvieron más suaves, casi como un consejo maternal disfrazado—. Te he hecho un favor, aunque ahora no lo entiendas. Algún día, cuando mires atrás, me lo agradecerás.

Margaret se volvió hacia ella, con los ojos gélidos, pero no carentes de cierto pesar.

—Cásate con alguien adecuado. Forja una alianza que te dé poder, no una que te encadene. Gobierna con inteligencia, no con el corazón. Y, sobre todo, sé libre, Blanca. Sé feliz. —Su voz tembló levemente al pronunciar la última palabra, como si fuera un anhelo que ella misma nunca había podido alcanzar.



Capítulo 21



Blanca se encontraba en la habitación principal del castillo, el lugar que había sido de su padre. La estancia, con sus altos techos decorados y tapices desgastados por el tiempo, emanaba una sensación de autoridad que ahora recaía sobre sus hombros. Desde el gran ventanal, observaba los campos de Erthal, que poco a poco comenzaban a mostrar signos de recuperación. Los campesinos trabajaban en los campos bajo cielos despejados, y los talleres del pueblo volvían a producir.

Sentada en el escritorio de su padre, Blanca revisaba los registros financieros de la región. Cada cifra era un recordatorio de la pobreza que Grimhilde había impuesto, pero también de la oportunidad de reconstrucción. Philipp, siempre analítico, repasaba los documentos junto a ella. Aunque era un noble londinense, acostumbrado al bullicio de los bailes, las cenas elegantes y los debates políticos en los salones más exclusivos, había decidido quedarse en Erthal por una razón muy clara: Blanca.

—No puedo dejarte sola en esto —le había dicho días atrás, mientras se instalaba en el castillo—. Mi lugar está donde se necesita más que palabras bonitas y promesas vacías.

Para Philipp, Blanca no era solo una amiga. Desde que la había conocido en Londres, había visto en ella una fuerza y una honestidad que le recordaban todo lo que había perdido en la política superficial de la alta sociedad. Había vivido demasiado tiempo entre nobles que solo se preocupaban por sus intereses, y en Blanca encontró una causa que valía la pena: alguien dispuesto a luchar por la verdad y por su gente, incluso cuando todo parecía estar en su contra.

—Eres demasiado valiosa para Erthal —había añadido—. Si puedo ayudarte a estabilizar esta región, será la única obra de la que estaré orgulloso en mi vida.

Aunque Philipp no lo admitiera abiertamente, quedarse en Erthal era también un acto de

redención. Había pasado años en Londres, esquivando compromisos reales, dedicándose a fiestas y apuestas que no le dejaban nada más que una sensación de vacío. Ahora, por primera vez en años, sentía que podía contribuir a algo más grande que él mismo. Blanca representaba esa posibilidad, y no iba a abandonarla.

Blanca lo sabía, aunque nunca lo mencionaran. Cada vez que Philipp le alcanzaba un documento o discutía con ella sobre las decisiones más urgentes, su lealtad se hacía evidente. Y aunque no siempre estuvieran de acuerdo, Blanca agradecía profundamente su presencia.

—Philipp, si algún día decides regresar a Londres... —le había dicho en una ocasión, casi en un susurro que él había ignorado.

—La distribución de los nuevos fondos ha comenzado, mi lady. Los agricultores recibirán semillas y herramientas esta semana —informó Philipp con voz tranquila, sacándola de sus pensamientos—. Wickham está supervisando la restauración del mercado principal.

Blanca asintió, agradecida.

—Gracias, Philipp. Esto es solo el principio.

—¿Y qué hay de ti? —preguntó Philipp tras una pausa—. Has hecho mucho por esta tierra, pero ¿quién cuida de ti?

Antes de que Blanca pudiera responder, la puerta se abrió y Ashbourne entró con su habitual aire despreocupado, aunque su mirada reflejaba una preocupación más profunda de lo habitual.

—Espero no interrumpir este conmovedor momento de reflexión —dijo, apoyándose en el marco de la puerta con los brazos cruzados—. He hablado con el sastre. Dice que los ajustes del vestido para la boda estarán listos mañana.

Blanca levantó la mirada, perpleja.

—¿El vestido? ¿Todavía crees que habrá boda?

—Por supuesto, querida —respondió Ashbourne con una sonrisa que trataba de disimular su propia tensión—. Este matrimonio es parte del plan. No importa cuántas dificultades haya, tienes que mantener el título de condesa para poder defender Erthal, y lo sabes.

Blanca suspiró, apartando los registros que tenía frente a ella.

—Sé por qué estamos haciendo esto, Ashbourne. Pero Alexander...

La voz de Blanca se quebró ligeramente al pronunciar el nombre de Alexander, y Philipp, que había permanecido en silencio, desvió la mirada hacia los documentos como si quisiera darles privacidad. Ashbourne, sin embargo, mantuvo su sonrisa, aunque esta vez se suavizó con un toque de sinceridad.

—Alexander es un buen hombre, Blanca. Y créeme, lo sé mejor que nadie. —Ashbourne dejó de apoyarse en el marco y caminó hacia ella, serio—. Me salvó la vida hace años. Me enfrenté a gente que me habría dejado en una cuneta si no hubiera sido por él. Lo que estoy haciendo ahora, lo que estamos haciendo todos, no es solo por ti o por Erthal. Es por él también.

Blanca lo miró con los ojos llenos de lágrimas, pero no dejó que cayeran.

—Entonces sabes que no puedo quedarme de brazos cruzados mientras lo ejecutan. No puedo simplemente casarme contigo y fingir que todo estará bien.

—No lo finges, querida —replicó Ashbourne con suavidad—. Lo haces porque es necesario. Cada paso que das aquí, cada decisión, acerca a Alexander un poco más a la salvación. ¿Te parece justo? No, claro que no lo es. Pero si alguien puede salvarlo, esa eres tú.

Philipp, que hasta entonces había estado en silencio, finalmente intervino.

—Tiene razón, Blanca. Alexander no querría que pusieras en riesgo todo lo que has

logrado. Por él. Él te conoce, y sabe qué harás lo que sea necesario.

El silencio que siguió fue horrible. Había llorado cada día. Cada noche. Imaginar a Alexander encerrado en una celda era una tortura. Pero no iba a dejar que... lo ejecutaran.

Pretendía trabajar duro en Erthal para ganar más fuerza.

Ashbourne, viendo que su mensaje había sido comprendido, intentó aligerar el ambiente.

—Además, creo que seré un esposo bastante decente por unos días. Prometo no roncar.

Blanca soltó una risa breve y cansada, agradecida por el intento de Ashbourne de aliviar la tensión.

—Eres insoportable —murmuró, sacudiendo la cabeza.

—Y tú una líder extraordinaria —replicó Ashbourne con una inclinación de cabeza—.

Ahora, sigamos con los planes. No tenemos mucho tiempo, y Alexander nos necesita más que nunca.

En ese momento, un guardia entró en la habitación e inclinó la cabeza.

—Lord Harrington está aquí, mi lady. Insiste en verla.

Blanca frunció el ceño, pero asintió.

—Hazlo pasar.

Harrington entró con su porte imponente, aunque sus ojos grises mostraban una sinceridad inusual. Después de inclinarse ligeramente ante Blanca, dejó caer un pergamino sellado sobre la mesa.

—Lady Blanca, antes de que prosigas con cualquier decisión, hay algo que debes saber.

—¿De qué hablas, Harrington? —preguntó Philipp, acercándose.

Harrington respiró hondo.

—Soy el autor de la carta póstuma de tu padre.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó Blanca, con la voz cargada de incredulidad.

—Fui yo quien la escribió —confesó Harrington—. No porque quisiera engañarte, sino porque creí que necesitabas una guía, algo que te diera fuerza en un momento de absoluta desesperación.

Blanca se levantó, enfrentándolo con la mirada.

—¿Y por qué harías tal cosa? ¿Por qué te harías pasar por mi padre? ¡Cuando siempre fuiste un leal siervo de lady Grimhilde...! No por nada te llamaban el «espejo» de lady Grimhilde. Pero si descubro que estuviste detrás de la muerte de mi padre...

Harrington dejó escapar un suspiro y bajó ligeramente la cabeza, como si llevara años cargando con un secreto.

—Porque tu padre era mi mejor amigo, Blanca. Le juré protegerte, incluso si eso significaba recurrir a... métodos poco ortodoxos.

—Eso no explica todo.

—Fui yo quien pagó a Alexander para protegerte, quien se aseguró de que permanecieras en Londres y de que tuvieras la oportunidad de un matrimonio ventajoso —confesó Harrington, su voz grave, mientras Blanca lo miraba con incredulidad—. Lo hice porque veía en ti lo que tu padre siempre vio: esperanza para esta tierra.

Blanca abrió los ojos, sorprendida, mientras Harrington continuaba, su mirada cargada de algo más que palabras.

—Y porque... no quería que terminaras como yo, atrapada en una lucha interminable que consume todo lo que tocas.

Hizo una pausa, su porte imponente suavizándose apenas mientras daba un paso al frente.

—Permíteme, como Barón de Erthal, demostrar que estoy de tu lado. No solo de palabra, sino con acciones. Sé que estás planeando algo para salvar al Barón de Hamilton.

—Alexander me salvó muchas veces. No voy a abandonarlo ahora.

—Lo sé —respondió Harrington, con un destello de respeto en su mirada—. Y por eso estoy aquí para ayudarte.

—Entonces, Lord Harrington, ¿de qué lado estás?

Él inclinó ligeramente la cabeza.

—Siempre del lado de Erthal. Y ahora, de tu lado. Tan solo permíteme mandar una nota a alguien...

Blanca observó a Harrington con desconfianza mientras sus palabras flotaban en el aire. El peso de su confesión era difícil de procesar, pero algo en su mirada—una mezcla de cansancio y honestidad—hizo que se detuviera a escuchar.

—¿Una nota? —preguntó Blanca, frunciendo el ceño.

Harrington asintió, manteniéndose firme.

—Hay personas en Londres que aún me deben favores. Gente con suficiente influencia como para mover piezas que tú no podrías tocar desde aquí. Pero necesito tu confianza, mi lady. Si seguimos tu camino con cuidado, podríamos lograr más de lo que imaginas.

Philipp se adelantó, su mirada cargada de escepticismo.

—¿Y qué garantías tenemos de que no estás jugando a dos bandos, Harrington? Hasta hace poco, parecías un hombre leal a Grimhilde.

Harrington lo miró directamente, con una calma que solo venía de años de experiencia.

—Porque Grimhilde no solo traicionó a Blanca y a Erthal. Me traicionó a mí. —Su voz era grave, y un destello de furia contenida cruzó por sus ojos—. Todo lo que hice mientras fingía estar de su lado fue con el propósito de proteger a Blanca y esperar el momento oportuno para acabar con ella. Ahora que Grimhilde ya no está, mi lealtad está más clara que nunca.

Ashbourne, que había permanecido en silencio hasta ese momento, dejó escapar un suspiro teatral.

—Bueno, supongo que cualquier conspirador arrepentido es mejor que un verdugo entusiasta —comentó, cruzándose de brazos—. Blanca, querida, yo diría que aceptemos la ayuda de este caballero. Si tiene algún plan brillante escondido bajo esa fachada de noble honorable, tal vez sea el empujón que necesitamos.

Blanca miró a cada uno de los presentes. Philipp aún parecía reacio, pero no objetó. Ashbourne, aunque con su actitud despreocupada, estaba claramente a favor. Finalmente, sus ojos se encontraron con los de Harrington.

—Muy bien, Harrington. Te daré la oportunidad de demostrar tu lealtad. Pero si esto es una trampa...

—No lo es, mi lady —interrumpió Harrington con solemnidad—. No cometería ese error contigo.

—Envía tu nota. Pero quiero saber cada detalle del plan. Alexander no tiene tiempo, y tampoco lo tengo yo.

Harrington inclinó la cabeza en un gesto de respeto.

—Por supuesto. Mi único objetivo es asegurar que nadie más sufra las injusticias que Grimhilde trajo a estas tierras.

Mientras Harrington se retiraba para preparar la nota, Blanca volvió a su lugar junto al escritorio, sintiendo el peso de la situación en sus hombros. Philipp, todavía cerca, habló en voz

baja.

—¿Estás segura de que podemos confiar en él?

Blanca tomó aire profundamente antes de responder.

—No estoy segura de nada, Philipp. Pero si existe una posibilidad de salvar a Alexander, tengo que intentarlo. Aunque eso signifique aliarme con un hombre como Harrington.

Ashbourne se sentó en una de las sillas junto a la ventana, mirando al horizonte con su característico aire despreocupado.

—Confía en mí, querida. A veces, hasta los hombres más cuestionables tienen sus usos. Ahora, ¿quién quiere una copa de vino para relajarse antes de la tormenta?

Blanca no respondió. Sus pensamientos estaban ya con Alexander, su mente maquinando cada posible paso para salvarlo, mientras las piezas del tablero comenzaban a moverse otra vez.



Un par de meses después.

La conocida y familiar mansión del vizconde de Ashbourne en Londres estaba sumida en un silencio incómodo. A pesar de su opulencia, con candelabros de cristal y alfombras importadas, el ambiente estaba cargado de tensión. Blanca, con su vestido de novia a medio ajustar, permanecía de pie frente a la ventana del salón principal, mirando la ciudad.

Lo echaba de menos. Echaba de menos a Alexander. Y ya no soportaba los arreglos de Edith en su pelo.

Lord Harrington entró al salón, acompañado por un hombre de mediana edad, vestido de forma sobria, pero con un porte inconfundible. Su semblante era severo, pero sus ojos transmitían un atisbo de comprensión.

—Lady Blanca, permítame presentarle al duque de Arbroath —dijo Harrington con gravedad—. El hermano de Su Majestad, la reina Margaret.

—¿El hermano de la reina? ¿Por qué está aquí? —se sorprendió ella.

El duque inclinó la cabeza, mostrando una deferencia inusual.

—Porque lord Harrington me ha pedido un favor, milady. He intentado hablar con mi hermana, recordarle que él fue fundamental para que usted recuperara Erthal, y que su lealtad salvó vidas, incluidas las suyas. Pero Margaret... —hizo una pausa, buscando las palabras adecuadas—. Mi hermana es una mujer compleja.

Blanca apretó los labios, su paciencia al borde del colapso.

—¿Y qué respuesta le dio? —preguntó con voz firme.

El duque suspiró, sacudiendo la cabeza.

—Margaret es inflexible. Cree que Alexander representa una amenaza para la estabilidad de la corona. No pude convencerla de lo contrario.

—Entonces, ¿qué hago aquí perdiendo el tiempo? —Blanca dio un paso hacia la salida—. Si no puedo salvarlo por medios diplomáticos, lo haré de otra manera.

Ashbourne, vestido impecablemente para la ceremonia que jamás se llevaría a cabo, apareció con su habitual aire desenfadado por alguna de las puertas, aunque sus ojos reflejaban

algo más profundo: preocupación.

—¿Qué es todo este alboroto? —preguntó, entrando con las manos en los bolsillos de su chaqueta blanca—. Wickham me dijo que la novia está huyendo antes de casarse conmigo. Espero que sea un malentendido, querida.

—No puedo casarme contigo, Ashbourne. No mientras Alexander esté condenado. Él me necesita, y voy a hacer lo que sea necesario para salvarlo.

Ashbourne soltó un largo suspiro, acercándose lentamente. Sacó un pañuelo y comenzó a limpiarse la solapa de forma teatral, como si intentara ganar tiempo.

—Blanca, eres increíblemente valiente, y eso es algo que admiro profundamente. Pero esta valentía tuya está empezando a parecer una temeridad desmedida. —Se detuvo frente a ella, sus ojos claros fijos en los de ella—. ¿De verdad crees que Alexander aprobaría que te lanzaras de cabeza a una causa perdida?

—No es una causa perdida —respondió Blanca con voz tensa pero firme—. Y no necesito la aprobación de Alexander. Haré lo que tenga que hacer.

Antes de que Ashbourne pudiera replicar, Wickham y Philipp entraron en la habitación. Wickham, con su chaqueta desabrochada y el cabello ligeramente desordenado, tenía el ceño fruncido.

—¿Es cierto lo que me dijo el guardia? ¿Qué planeas ir al patíbulo? —preguntó con una mezcla de incredulidad y preocupación.

—Blanca... —Philipp habló con calma, aunque la tensión era evidente en su rostro—. Esto no es solo un riesgo, es una locura. Si algo te ocurre, Alexander jamás se lo perdonaría a sí mismo. Ni a nosotros.

Blanca miró a sus amigos, a cada uno de ellos, antes de responder.

—Si algo le ocurre a Alexander, yo jamás me lo perdonaré. —Su voz se quebró por un instante, pero recuperó la firmeza rápidamente—. No lo entendéis. Él es todo para mí. No puedo quedarme aquí esperando mientras lo llevan al patíbulo como si fuera un criminal cualquiera.

—Lo entendemos perfectamente —dijo Ashbourne, con una chispa de amargura en su tono—. Pero también entendemos que una jugada tan desesperada podría ser exactamente lo que sus enemigos están esperando. ¿Crees que puedes enfrentarte a un ejército con un grupo de hombres armados y esperanza?

—No se trata de enfrentarlos —replicó Blanca, alzando la barbilla—. Se trata de luchar —Miró a Wickham y Philipp—. No os pido que me sigáis. Ni siquiera os pido que me apoyéis.

Wickham cruzó los brazos, frustrado.

—No puedo entenderlo, Blanca. Pero tampoco puedo dejar que vayas sola. Si tienes que hacer esto, entonces tendrás que cargar con nosotros también.

—Wickham tiene razón —dijo Philipp—. No puedo apoyarte en esto, pero no puedo permitir que lo hagas sin protección. Alexander no querría perderte, y nosotros tampoco.

Ashbourne dejó caer el pañuelo sobre una mesa cercana y soltó una carcajada amarga.

—Esto empieza a parecer una tragedia shakespeariana —comentó, negando con la cabeza—. Muy bien, Blanca. Si estás decidida, yo también voy contigo. Al menos podré decir que fui el único esposo en la historia en arruinar mi propio matrimonio para salvar al hombre al que todos querían salvar. Suena bastante romántico, ¿no?

—No tienes que hacer esto, Ashbourne. Ninguno de vosotros tiene que hacerlo.

—Y, sin embargo, aquí estamos —respondió Ashbourne, extendiendo los brazos—. Porque, querida, tú eres demasiado importante como para dejarte hacer esto sola. Ahora, deja que me

cambie este maldito traje y nos vamos.

Mientras Ashbourne se retiraba a cambiarse, Wickham y Philipp intercambiaron una mirada cómplice.

—No importa lo que pase, estaremos contigo, Blanca —dijo Philipp en voz baja.

—Gracias. A todos. No sé qué haría sin vosotros.

Harrington se adelantó, alarmado.

—Lady Blanca, debe reconsiderar. Renunciar a Erthal, a todo lo que ha logrado, no solo es un sacrificio enorme, es un riesgo que podría acabar con usted.

Blanca lo enfrentó con una mirada feroz.

—¿Cree que me importa el título de condesa cuando el hombre que amo está a punto de morir? —Su voz tembló por un instante, pero recuperó la firmeza—. No me quedaré aquí esperando.

Harrington se quedó en silencio con el semblante rígido mientras evaluaba las palabras de Blanca. Podía ver en sus ojos que no había forma de hacerla retroceder. Wickham, Philipp y Ashbourne estaban listos, cada uno con una determinación similar, aunque el miedo subyacente era palpable.

—Entonces, al menos permítame enviar a mis hombres con usted. No puedo garantizar que sobrevivirá a esto, pero puedo asegurarme de que no esté sola en el intento.

—Gracias, Lord Harrington. Lo único que necesito ahora es saber que Alexander tendrá una oportunidad. Eso es suficiente.

Ashbourne regresó, vestido con ropa más sencilla pero elegante, con su espada ceremonial a un costado. Miró a Blanca con una mezcla de irritación y orgullo.

—Espero que sepas que esto arruinará mi reputación, querida.

Wickham asintió, ajustando el cinturón de su chaqueta.

—Yo diría que estamos listos. Si esto va a suceder, que sea ahora.

Blanca asintió, tomando aire profundamente antes de hablar.

—Entonces vamos. No hay tiempo que perder.

Con un grupo de hombres armados, encabezados por los más leales aliados de Blanca y de Erthal, partieron hacia el patíbulo. En su corazón, Blanca sabía que no había marcha atrás, pero también sabía que estaba haciendo lo correcto. Mientras avanzaban por las calles de Londres, la tensión en el aire era palpable. Todo se reducía a ese momento.

El amor que la guiaba era más fuerte que cualquier temor. Y estaba dispuesta a demostrarlo.



Capítulo final



El patíbulo estaba erguido en el centro de la plaza de Londres, rodeado por una multitud que se reunía para presenciar la ejecución de Lady Grimhilde. Grimhilde, con su característico porte altivo, subió los escalones como si aún tuviera el control de su destino. Su vestido negro, austero y estropeado por sus días en la cárcel, ondeaba al viento, y sus ojos no mostraban miedo, sino desafío. No parecía que los días de cautiverio hubieran hecho mella en ella.

Entre la multitud, Alethea permanecía inmóvil, envuelta en un manto gris que le cubría parcialmente el rostro. No quería que la reconocieran, pero tampoco podía apartar la vista del patíbulo. Allí, su madre, la mujer que había dominado cada aspecto de su vida con una frialdad implacable, estaba a punto de enfrentarse a la soga.

Había un nudo en su pecho, una mezcla de rabia y tristeza que no lograba comprender. Recordó cómo, en su infancia, había aceptado sin cuestionar las palabras de su madre. Al principio, todo se reducía a desplazar a Blanca, a reforzar la idea de que su media hermana no tenía lugar en sus vidas ni en Erthal. Y Alethea, ingenua y vanidosa, lo había aceptado, creyendo que esa indiferencia la hacía más fuerte.

Pero los años la hicieron ver más allá. No tardaron en llegar los planes oscuros, las intrigas que iban mucho más allá de un simple desprecio. Intentos de asesinato, conspiraciones que parecían inverosímiles incluso para alguien que había crecido bajo la sombra de Lady Grimhilde. Alethea no pudo seguir mirando hacia otro lado. Fue entonces cuando, por primera vez, se rebeló. Intentó advertir a Blanca, desafiando las amenazas de su madre, enfrentándose al miedo que siempre le había impuesto.

Y luego vino la verdad que destruyó todo: descubrir que Lady Grimhilde no solo había traicionado a su gente, sino también a su familia. Que había condenado a muerte a su propio

esposo, el hombre que Alethea apenas podía recordar sin pensar en bondad. Su padre, que la había mirado con ternura incluso en los momentos más oscuros. Recordó el dolor en sus ojos cuando fue arrestado, la humillación de un juicio que estaba manipulado desde el principio, y la devastación final de su ejecución. Todo por la ambición de su madre.

Ahora, esa misma mujer se encontraba frente a la justicia que ella misma había esquivado durante tanto tiempo. Alethea no sabía qué sentir. ¿Era alivio? ¿O una pena desgarradora por lo que nunca tuvieron, por lo que nunca podrían ser? Solo sabía que no quería volver a vivir bajo la sombra de alguien más.

Bajó la cabeza, con los ojos fijos en el suelo mientras el verdugo subía al patíbulo. La última conexión que le quedaba con su pasado estaba a punto de desaparecer, y con ella, Alethea decidió que su propio futuro comenzaría en otro lugar.

Cuando Grimhilde llegó al centro del patíbulo, el verdugo ajustó la soga alrededor de su cuello. Antes de que pudieran preguntarle si tenía algo que decir, Grimhilde alzó la barbilla y escupió sus últimas palabras:

—Pobres almas en desgracia, pensáis que matándome a mí, terminaréis con todo lo que he construido y hecho. No me hagáis reír.

La multitud guardó un silencio incómodo mientras el mecanismo se ponía en marcha. Un instante después, Grimhilde colgaba, y el sonido del crujir de la madera —y algo más— resonó en el aire.

Alethea, de pelo y ojos negros como esa mujer que ahora colgaba de la cuerda, permanecía inmóvil, con los ojos enrojecidos, observando cómo la figura de su madre desaparecía para siempre. No derramó una lágrima. Lady Grimhilde, que durante tanto tiempo había dominado su vida, se había revelado no como una madre que luchaba por ella, sino como una mujer cegada por su ambición. Todo lo que Grimhilde había hecho, cada manipulación y traición, no había sido por Alethea ni por asegurarle un futuro mejor, como tantas veces le hizo creer. No, todo había sido por su propio poder, por un hambre insaciable que no conocía límites. Y por odio hacia la reina Margaret.

Ese era el final de una cadena que había arrastrado durante años. Sacó de su bolsillo una carta que había escrito la noche anterior, una disculpa sincera dirigida a Blanca. Sabía que ninguna palabra podría borrar el daño, pero quería reconocer su complicidad, aunque hubiera sido por ignorancia. Quería que Blanca supiera que, al final, había intentado hacer lo correcto. La mandaría a Erthal antes de marcharse de Inglaterra.

Su nuevo destino era claro: América. Allí, lejos del penoso legado de su madre, comenzaría de nuevo. No habría más luchas por el poder ni intentos de probar su valía en un mundo corrupto. Se dedicaría a construir una vida libre de sus apellidos, con la esperanza de que algún día pudiera perdonarse a sí misma.



El grupo avanzaba por las calles estrechas, con pasos rápidos y coordinados, como si cada uno compartiera el mismo propósito. Blanca iba al frente, el manto oscuro que llevaba por

encima de su cuerpo, ocultando su vestido de novia, apenas ocultaba la intensidad de su mirada. A su lado, Philipp y Ashbourne caminaban en silencio, con las manos listas para desenfundar las armas que llevaban ocultas. Wickham, unos pasos por detrás, intentó aligerar el ambiente con un comentario.

—Si vamos a ser recordados, espero que sea como héroes incomprensidos. —Hizo una pausa, esforzándose por mostrar una sonrisa que no llegó a completarse—. Aunque un poco de humor en la tragedia no vendría mal.

Ashbourne lo miró de reojo.

—Wickham, te juro que, si sales con otra frase como esa, no llegaremos al patíbulo.

Blanca no prestó atención al intercambio. Solo podía pensar en Alexander, en la imagen que la atormentaba desde que lo habían arrestado. Lo habían reducido a un hombre encadenado, sin voz ni justicia, expuesto ante un mundo que no comprendía su lealtad ni su sacrificio.

No era heroísmo lo que la empujaba hacia adelante, ni un deber impuesto por su título. Era algo mucho más visceral, algo que había encontrado en Alexander: la verdad de que algunas cosas valen más que la seguridad o la vida misma. Su decisión no era una estrategia, ni un cálculo. Era un acto puro, nacido de la certeza de que no podía dejarlo morir, no cuando había dado todo por ella.

No podía permitirlo.

Había intentado hacer lo correcto, seguir las reglas. Había tratado de ser leal a Margaret, la reina que alguna vez consideró su aliada natural. Había trabajado sin descanso para levantar el condado de Erthal, dedicando cada esfuerzo a mejorar la vida de sus vasallos y campesinos. Incluso había aceptado un matrimonio que no deseaba, solo para asegurar el futuro de su tierra y mantener la estabilidad que tanto anhelaba.

Pero nada de eso había sido suficiente. Ni las influencias de lord Harrington, el aliado más poderoso que había logrado hacer, ni los sacrificios que Blanca había hecho por el bien del reino habían logrado convencer a Margaret de liberar a Alexander. A pesar de todo su trabajo y obediencia, la reina había cerrado su corazón, dejando claro que no importaban las razones ni las súplicas. Solo su rencor.

«El amor es una dulce mentira, cástate con alguien que asegure tu futuro», le había dicho con frialdad.

Sentía discernir. Sentía dejar de obedecer a los demás, primero a Grimhilde y ahora Margaret. Ambas mujeres consumidas por los años y los desamores. Ella no podía ser como ellas, ni quería serlo. Si alguna vez las había admirado, ya no podía seguir haciéndolo. Si era una ingenua por creer en el amor, por creer en la bondad, por intentar ser buena... ¡perfecto! Ya no le importaba la opinión de nadie. No podía aceptar que Alexander, quien lo había dado todo por ella y por Erthal, fuese abandonado a su suerte. No cuando cada fibra de su ser le gritaba que lo amaba más allá de la razón.

Alexander no era un traidor, no era el villano que Margaret quería pintar por sus celos. Margaret, lo único que pretendía, era vengarse de su esposo. Y ahora, con cada paso, Blanca sabía que ya no se debía a Margaret, ni a los pactos que alguna vez prometió cumplir. No estaba ahí para defender un título ni un reino. Estaba ahí porque, por fin, se había liberado.

—¿Estás segura de esto? —susurró Ashbourne, a su lado.

Blanca giró la cabeza apenas lo necesari para responder.

—No hay otra opción.

Al llegar a la plaza, la atmósfera era sofocante. El patíbulo, con su imponente estructura de

madera oscura, dominaba el centro. La multitud, expectante, observaba con una mezcla de morbo y tensión. En el corazón de esa terrible escena, Alexander permanecía encadenado. Su figura estaba deshecha, pero no derrotada.

La ropa de Alexander, rota y sucia, colgaba de su cuerpo. Su cabello, desordenado y opaco, caía sobre un rostro marcado por semanas de encierro. Sus manos, atadas frente a él, mostraban heridas recientes, y su postura, encorvada por el peso de las cadenas, hablaba de un cansancio físico y emocional que ningún hombre debería soportar. Y, sin embargo, en sus ojos todavía brillaba una chispa.

Alzó la mirada, y sus pupilas encontraron las de Blanca. Por un momento, el tiempo se detuvo. Su expresión se transformó, una oleada de sorpresa, incredulidad y algo más profundo cruzó su rostro.

—No... —murmuró, con la voz quebrada por la emoción—. Blanca, no... no deberías estar aquí.

—¿Creíste que te abandonaría? —preguntó ella, acercándose a él, abriéndose paso entre la multitud—. He perdido tanto, Alexander, pero no a ti. A ti no voy a perderte.

La garganta de Alexander se apretó. No era la primera vez que veía a Blanca desafiar lo imposible, pero nunca había pensado que llegaría tan lejos por él. Una sonrisa débil, rota, cruzó su rostro.

—Siempre tan obstinada... —murmuró, casi para sí mismo—. Eres una locura, Blanca. Pero siempre lo has sido...

Ashbourne, que estaba junto a Blanca, desenvainó su espada ceremonial con un gesto dramático.

—Y nosotros también, viejo amigo. Si esto es el final, al menos lo enfrentaremos juntos.

Alexander dejó escapar una risa breve y amarga.

—Habéis perdido el juicio... todos vosotros.

—Si vamos a hacer esto, tiene que ser ahora —dijo Philipp, mirando a Blanca.

—Entonces, que sea ahora.

El grupo se lanzó en un ataque desesperado. La multitud se dividió en gritos y susurros. Wickham lideró un flanco, esquivando a los guardias con movimientos precisos, mientras Philipp cubría la retaguardia. Ashbourne, con movimientos rápidos y efectivos, luchaba con una destreza que parecía casi coreográfica. Lord Harrington, desde la distancia, había enviado a algunos hombres para apoyarles, pero no eran suficientes.

En el centro del patíbulo, Alexander permanecía inmóvil con las manos encadenadas mientras observaba cómo se desarrollaba la escena ante él. Sus ojos estaban clavados en Blanca, quien, sin habilidad alguna para el combate, intentaba abrirse paso entre los soldados. Cada movimiento suyo era torpe, desesperado, pero estaba cargado de una valentía que lo desarmaba por completo. Ya no quedaba ni rastro de la joven que salvó de la muerte en Erthal, de la joven que se escandalizó por ver a un hombre morir delante de ella. Se había convertido en toda una mujer, hecha y derecha.

Blanca, armada únicamente con una convicción que nadie podía arrebatarse, se lanzó contra un guardia, tirando de su brazo para intentar apartarlo. El hombre, sorprendido de que una dama tomara semejante iniciativa, retrocedió con incomodidad. Aunque no la atacaban directamente, ella no dejaba de insistir, empujando y forcejeando con una fuerza que claramente no venía del cuerpo, sino de algo más profundo: de ese dulce amor que Margaret tanto detestaba.

—¡Déjenlo! —gritaba con voz quebrada pero firme, mientras otro soldado intentaba

sujetarla sin violencia excesiva, como si temiera lastimarla.

Alexander apretó los dientes. Ella no tenía ni idea de cómo luchar, pero eso no la detenía. Tropezaba, caía, y volvía a levantarse con el mismo ímpetu, como si cada obstáculo solo alimentara su impulso.

Un guardia, visiblemente incómodo, intentó bloquearle el camino con las manos alzadas.

—Por favor, milady, no haga esto.

Pero Blanca no escuchó. Se arrojó hacia él con todo el peso de su cuerpo, logrando tambalearlo lo suficiente para avanzar unos pasos más.

Alexander cerró los ojos por un momento. Ella no tenía por qué estar allí. No tenía por qué arriesgarse. Pero lo estaba haciendo, con una valentía que lo dejaba sin aliento, jamás había visto a una mujer tan valiente como ella. ¿Ciervo blanco? ¡León blanco!

La vio girarse hacia otro guardia, sus manos tratando de empujar su escudo. Aunque él apenas se movió, la energía con la que lo intentó hizo que Alexander quisiera gritarle que se detuviera, que no tenía sentido. Pero sabía que ella no escucharía. Blanca era todo lo que él nunca había sido: libre para amar sin reservas, sin miedo.

Su mirada se clavó en ella como si intentara memorizar cada segundo, cada gesto. No importaba si sus intentos eran inútiles; lo que ella hacía valía más que cualquier acto heroico. Era su Blanca, la mujer que lo estaba salvando con algo más fuerte que espadas o estrategias. Una voluntad que nadie podría quebrar.

Sin embargo, la superioridad numérica de los guardias se impuso. Uno a uno fueron inmovilizados. Ashbourne cayó primero, luego Philipp. Wickham, pese a su habilidad, fue superado y desarmado. Finalmente, Blanca, luchando con una ferocidad que sorprendió incluso a los soldados, fue contenida. Dos guardias la sostuvieron, mientras ella seguía intentando liberarse.

Entonces, desde lo alto del balcón, la reina Margaret apareció. Vestida con un manto azul que brillaba bajo la luz del sol, su figura emanaba autoridad. Bajó las escaleras con calma. Dejando que el rey Adolfo permaneciera sentado, jugueteando con una copa de vino y una mujer de senos generosos que se sentaba sobre sus piernas. Su expresión era distante, como si el espectáculo lo aburriera.

—Basta —ordenó Margaret—. Detengan esta locura —añadió, terminando de descender las escaleras que poco antes había subido para dar un discurso sobre moral y ética a los presentes—. Lady Blanca de Erthal —dijo, deteniéndose frente a ella—. ¿Qué esperaba lograr con esto? Ha perturbado el orden, desafiado a la corona y arriesgado todo... por un hombre.

—¿Por un hombre, decís? —Su voz era clara, firme, cortando el aire como una hoja afilada—. Es por el único hombre que se atrevió a luchar cuando yo no podía. El único que creyó en mí cuando nadie más lo hizo. Sí, Majestad, he arriesgado todo, porque el amor no es una mentira ni una debilidad. Es lo único verdadero que me queda.

—Amor... —murmuró Margaret, con una mezcla de desprecio y lástima, como si la palabra misma fuera una broma cruel—. Pensaba que eras más inteligente que todo esto, Blanca. ¿No ibas a casarte hoy? ¿Para convertirte en la Condesa de Erthal? ¿Para servir a la corona como mi vasalla leal?

—No serviré a una reina que es capaz de matar a un hombre solo por rencor.

El silencio en la plaza fue absoluto. Margaret respiró hondo mientras su máscara de indiferencia temblaba por un breve momento, clavando sus ojos claros sobre los verdes de Blanca, odiándola por unos segundos más de lo que nadie la había odiado nunca.

—Que todos sean apresados —ordenó finalmente con voz baja—. Y que se prepare al condenado, ya he tenido suficiente.

Los guardias arrastraron a los prisioneros a un lado, forzándolos a observar mientras Alexander era llevado hacia el centro del patíbulo. El rey apartó la vista y se bebió dos copas de vino seguidas. Al fin y al cabo, ese era su hijo. No habían compartido buenos momentos, ni siquiera lo había visto más de un par de veces, pero era sangre de su sangre.

El rey Adolfo había aceptado, con una mezcla de resignación y apatía, que su esposa llevara a cabo la ejecución de Alexander. Para él, el bastardo no era más que una sombra incómoda de su propio pasado, un recordatorio de los errores que había preferido enterrar bajo capas de placeres y excesos. Permitir que Margaret se encargara de él era un acto de conveniencia: mantener a la reina satisfecha en su cruzada por la estabilidad del reino y evitar que el escándalo de un hijo ilegítimo, que lo había servido como asesino a sueldo, mancillara aún más la ya deteriorada imagen de la corona. Adolfo se convencía a sí mismo de que no se trataba de cobardía, sino de pragmatismo.

Alexander, encadenado y a solo unos pasos del verdugo, alzó la cabeza, resignado. Sus ojos encontraron a los de Blanca, inmovilizada entre los guardias que la sujetaban con firmeza, y su pecho se contrajo. La mezcla de angustia y amor en su rostro lo desarmó por completo.

—Blanca... —susurró, con la voz rota, mientras los guardias lo empujaban hacia las escaleras—. No deberías estar aquí.

—¡No voy a dejar que te maten, Alexander! —gritó ella, desesperada.

Él se detuvo a mitad del camino, atrapando sus ojos verdes entre los suyos una vez más, la última vez.

—No puedes salvarme... —dijo en voz baja, apenas audible sobre el bullicio, pero suficiente para que ella pudiera leer sus labios. Una calma aterradora lo invadía, como si estuviera haciendo todo lo posible por darle fuerzas a ella—. Vive tú.

—¡Alexander, por favor! —suplicó ella—. ¿Qué clase de rey ejecuta a su propio hijo? —gritó hacia el rey Adolfo, que se limitó a ignorarla.

Los guardias lo empujaron hacia adelante mientras el verdugo lo esperaba, pero Alexander no apartó la mirada de Blanca. Curiosamente, él no tenía miedo. Había estado esperando ese momento toda su vida, pero jamás pensó que habría una mujer llorando por él. Una mujer a la que él había salvado, a la que él había ayudado y.... amado. Su vida, después de todo, había valido la pena. A pesar de haber nacido de una madre malvada, de haber crecido en una casa solitaria y de haber mal vivido entre órdenes, sangre y abandono.

—Cumple con tu deber —ordenó Margaret al verdugo.

El verdugo asintió, levantando el hacha con solemnidad. Aunque en 1791 el método de la decapitación con hacha había caído en desuso en Inglaterra, reservado solo para casos excepcionales entre la nobleza, en ese contexto se había considerado apropiado para Alexander. Como bastardo del rey, su sangre no le otorgaba un lugar oficial en la línea sucesoria, pero tampoco podía ser tratado como un criminal común. La decapitación era una ejecución "digna", una forma de reconocer su linaje sin concederle los honores completos de un heredero legítimo.

—¡Deteneos! —rugió Silas, abriéndose paso entre los londinenses que habían ido a presenciar un discurso y una ejecución, pero que, poco a poco, se habían encontrado con mucho más.

El murmullo de la multitud creció mientras Silas se acercaba al patíbulo con pasos rápidos. Algunos espectadores, fascinados por el drama inesperado, se inclinaban hacia adelante, tratando

de captar cada palabra. Otros, menos interesados en los detalles políticos o familiares, observaban con una mezcla de aburrimiento y curiosidad morbosa, esperando que el espectáculo continuara.

—¿Quién es ese? —preguntó un hombre, ajustándose el sombrero para ver mejor.

—Dicen que es el hijo de lady Grimhilde —murmuró una mujer, cubriéndose el rostro con su abanico, intrigada.

—¡Un bastardo más, igual que el condenado! —exclamó alguien desde el fondo, provocando risas nerviosas entre el público.

Sin embargo, el tono burlón comenzó a desvanecerse a medida que la voz de Silas resonaba con fuerza. Su determinación, su porte, y la tensión en el ambiente hicieron que muchos guardaran silencio, conscientes de que estaban presenciando algo mucho más profundo que una simple ejecución. Era un duelo de verdades, secretos y poder, y los londinenses, siempre ávidos de drama, no podían apartar la mirada.

El verdugo, sorprendido, titubeó por un momento, mientras los guardias avanzaban hacia Silas. Alexander, todavía inmóvil, levantó la vista con incredulidad al reconocer al hombre que acababa de intervenir. Era el último rostro que había imaginado ver allí.

—¿Qué demonios significa esto? —exclamó el rey Adolfo desde su palco, irritado.

Margaret, que se había acercado a observar más de cerca a Alexander, también se detuvo en seco al escuchar la voz de Silas. Pero algo más había captado su atención antes: una marca en el cuello de Alexander, justo donde la camisa rota dejaba al descubierto su piel. Su expresión, que siempre mantenía un control glacial, comenzó a resquebrajarse. Frunció el ceño, dando un paso más cerca del condenado.

—Adolfo... ven aquí. Ahora —suplicó ella sin apartar la mirada de Alexander.

Adolfo, visiblemente exasperado, se levantó de su asiento con desgana. Bajó las escaleras con pasos pesados, murmurando algo sobre interrupciones innecesarias. Pero cuando llegó junto a Margaret, su rostro pasó de la apatía al asombro al seguir la dirección de su mirada. Sus ojos se fijaron en la pequeña mancha en la base del cuello de Alexander.

—No puede ser...

Mientras tanto, Silas seguía enfrentándose a los guardias, gritando con furia:

—¡No podéis matarlo! ¡Escuchadme antes de que cometáis un error irreparable!

—¿Qué pretendes ahora, Silas? —preguntó Margaret con frialdad y desdén. Su mirada se movía entre Alexander y la marca en su cuello, mientras en su mente las piezas comenzaban a encajar, aunque no quisiera aceptarlo.

—¡Él no es cualquier hombre! —exclamó Silas y señaló a Alexander con firmeza, pero cuando sus ojos lo alcanzaron, su expresión se suavizó—. Él... es vuestro hijo. El verdadero príncipe de Inglaterra.

Un silencio casi irreal precedió a la explosión de murmullos y gritos en la multitud. Margaret retrocedió un paso, llevándose una mano temblorosa a su pecho. Adolfo, por su parte, que había aceptado no tener herederos legítimos, permanecía inmóvil con los ojos clavados en Alexander como si acabara de ver un espectro.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó Margaret, incrédula y furiosa.

—Hace años, Vuestra Majestad —empezó Silas, dirigiéndose a su padre, aunque jamás hubiera actuado como tal—, vos y Lady Grimhilde tuvisteis un hijo, antes de desposaros con la reina Margaret.

—¿A dónde quieres llegar, bastardo? —exigió Margaret, que ya no soportaba más

humillaciones, y menos en ese día, que había decidido vengarse de su esposo.

—Soy yo. Soy ese hijo. No soy el hijo de una sirvienta como muchos creyeron. Ella ocultó mi verdadero origen para convertirme en un arma. No me criaron como un príncipe, sino como una herramienta. Una sombra moldeada para destruir todo lo que amáis.

El público guardó un silencio absoluto por un instante, antes de que los murmullos se transformaran en un clamor de asombro y confusión. Todo Londres parecía tambalearse bajo el peso de aquellas palabras. Margaret, con el rostro pálido pero los ojos encendidos de ira, miró a Adolfo, buscando una confirmación, pero él la ignoró. Al fin y al cabo, eso ya lo sabían.

—Silas, ¿qué clase de juego estás jugando? —preguntó Adolfo con voz amenazante.

—No es un juego, Vuestra Majestad. Es la verdad. Y esa misma verdad que me hirió durante años ahora debe salvarlo a él. —Señaló a Alexander con decisión—. Porque Alexander... es vuestro hijo legítimo. El que creíais muerto.

La conmoción atravesó incluso a los guardias que sostenían a Blanca, quienes intercambiaron miradas de duda. La reina Margaret, por primera vez, parecía incapaz de articular una respuesta, mientras Adolfo, por fin, dejó escapar un susurro apenas audible:

—¿Alexander...?

—Hermano... —La palabra se le quebró en los labios, como si el peso de los años la hiciera insoportablemente pesada—. Yo lo vi. Tenía diez años. Recuerdo cada momento. La noche en que creyeron que el príncipe de Inglaterra había muerto... —Silas tragó saliva, pero no perdió la compostura que lo caracterizaba—. Todo comenzó con una mentira. La matrona encontró tu pequeño cuerpo sin vida en la cuna, frío como la nieve. Todos lo creyeron, pero no fue el destino ni la fragilidad lo que te arrebató la vida aquella noche. Fue ella. —Su voz tembló al mencionar a su madre—. Lady Grimhilde. Ella usó un veneno para adormecerte, para simular tu muerte. Fue su manera de vengarse, su manera de destruir al rey y a la reina desde dentro.

El público jadeó, y Alexander entrecerró los ojos, tratando de asimilar las palabras que Silas dejaba caer como golpes. Margaret, pálida como el mármol, apenas podía mantenerse en pie, mientras Adolfo intentaba acercarse a ella, a la esposa que había relegado y apartado de él durante más de dos décadas. Por el dolor, por la culpa, por todo lo que nunca pudieron vivir.

—Cuando llegó el momento de enterrarte, ella se encargó de todo —continuó Silas con amargura mientras Blanca seguía tan incrédula como Alexander—. Fuiste llevado lejos, oculto de todos. Ella te reclamó como suyo, como otro bastardo del rey, te crio como una herramienta de su venganza. Nunca te lo dijo, pero yo lo sabía. —Hizo una pausa, apretando los puños—. Lo supe desde el principio, y nunca pude olvidarlo. Veía cómo te convertías en alguien más, cómo te forjabas en el dolor y la lucha, mientras yo cargaba con la verdad en silencio.

—¿Por qué no dijiste nada? —consiguió reclamar Alexander, a pesar de seguir entre las manos del verdugo.

—Porque era un niño. Porque la temía. Y porque, en el fondo, también te odiaba. Pero ahora ya no. Ahora, por primera vez, hago lo que debí hacer hace mucho tiempo. La verdad, Alexander, es que tú eres el príncipe perdido. Mi hermano. El verdadero hijo de este reino.

Las palabras de Silas cayeron como un trueno en la plaza. El público murmuraba, incrédulo y horrorizado, mientras Margaret, con los ojos húmedos pero fieros, avanzaba hacia Alexander con una mezcla de esperanza y terror. Adolfo quiso coger a Margaret por los hombros, pero esta se apartó.

—Es él... —admitió Margaret en voz baja, cayendo de rodillas sobre el suelo.

—Nunca fuiste el enemigo, Alexander. Ese siempre fui yo —dijo Silas con un dejo de

amarga aceptación en su voz. Sin esperar respuesta, dio media vuelta y se perdió entre la multitud, mientras el clamor de la gente se alzaba en un caos de gritos y acusaciones.

—Hijo mío... —susurró Margaret y extendió una mano temblorosa hacia la marca en su cuello, como si necesitara tocarla para creerlo—. Esta marca... —murmuró, incapaz de sostener las lágrimas que le caían por las mejillas sin control, como si su cuerpo se permitiera llorar todo lo que no había llorado desde la falsa muerte de su único hijo—. Era la misma que tenía mi hijo... Adolfo, ¿lo recuerdas? La marca que nació con él.

Adolfo, incapaz de pronunciar palabra, solo asintió con los labios apretados con el rostro blanco como el papel. El verdugo dejó caer el hacha al suelo con un ruido sordo, mientras los guardias se apresuraban a liberar a Alexander de sus cadenas. Blanca, desde donde estaba retenida, dejó escapar un sollozo de alivio, mientras los ojos de Alexander permanecían fijos en Margaret, ¿su madre?

Alexander notó la caricia cálida de esa mujer que siempre había temido y recordó a Lady Grimhilde, siempre fría y distante, mirándolo con una mezcla de indiferencia y cálculo. "Nunca te acerques a la reina Margaret", le había advertido más de una vez, con un tono que no admitía réplica. "Si descubre quién eres, no dudará en destruirte. Para ellos, no eres más que un bastardo". Durante años, esas palabras habían sido un ancla de miedo que lo había mantenido lejos de la corte, pero ahora entendía la verdad: Grimhilde no temía por él, temía que Margaret lo reconociera como su hijo. Esa revelación le golpeó el pecho, desmoronando años de rencor y confusión.

—William Hannover —anunció el rey Adolfo, como si de pronto estuviera recuperado de su embriaguez—. Príncipe heredero del reino de Inglaterra.

La plaza había quedado sumida en un silencio ensordecedor. Margaret, de pie frente a Alexander—o más bien, William James Hannover—, se movió lentamente hacia él. Por primera vez en décadas, la reina de Inglaterra no era la figura de autoridad indomable y fría que todos conocían. Sus ojos, habitualmente gélidos, estaban llenos de lágrimas.

William, aún de rodillas, con las cadenas colgando de sus muñecas, no sabía si levantarse o permanecer allí. Había pasado toda su vida viéndola como una amenaza, la mujer que, según Lady Grimhilde, lo mataría si descubría su existencia. Y ahora, frente a ella, no sabía cómo interpretar la expresión que veía en su rostro. No había odio ni rechazo, solo una mujer quebrada.

—Siempre pensé... que me odiabais. —Las palabras salieron como una confesión y un reproche. Su mirada buscó respuestas en ella—. Que yo era una vergüenza que debí haber muerto en lugar de vivir esta mentira.

—William... —pronunció Margaret su nombre con una voz que no reconocía como suya. La misma que solía ser firme y autoritaria ahora era trémula y llena de pesar—. No sabía. No sabía que eras tú. Pensé... —Su voz se quebró—. Pensé que te había perdido para siempre. Cuando dijeron que habías muerto, cuando tu ataúd vacío fue enterrado... Algo dentro de mí también murió ese día.

William cerró los ojos al sentir sus manos. Había soñado con ese momento, el de tener una madre, pero nunca creyó que pudiera ser real. Ahora comprendía por qué lady Grimhilde jamás lo había mirado con una pizca de amor.

—Y cuando supe de tu existencia como Alexander, nunca pude conectar las piezas. Nunca me permití creer que podrías ser mi hijo. —Su voz se llenó de amargura, dirigida hacia sí misma—. Te vi como un bastardo, un recordatorio de todo lo que Adolfo y yo habíamos perdido. Pero

eras tú... eras tú todo este tiempo.

Blanca observaba desde su posición, todavía retenida por los guardias. Ver a Alexander, su Alexander, siendo abrazado por Margaret—la mujer que había sido su aliada y luego su enemiga—le arrancaba una mezcla de alivio, tristeza y amor. Eso no era solo el final de un conflicto, era el comienzo de algo nuevo.

Margaret acercó a William a su pecho y lo abrazó con fuerza, ignorando el protocolo, las miradas y su propia dignidad. Era solo una madre encontrándose con su hijo, el que hijo que había llorado cada noche desde su muerte.

—No puedo devolverte el tiempo que perdiste. Pero si me dejas, te prometo que haré lo que sea para convertirme en tu madre.

William, por primera vez en años, permitió que sus barreras se rompieran. Cerró los ojos y dejó que su cabeza descansara en el hombro de Margaret. Por un momento, el dolor, la desconfianza y el resentimiento quedaron a un lado. Solo quedaba el calor del abrazo que nunca tuvo, el consuelo que había anhelado en sus noches más oscuras.

Desde su posición, Blanca dejó escapar una lágrima, pero esta vez no era de desesperación. Era un llanto silencioso de amor, de alivio por el hombre que amaba. William alzó la mirada hacia ella, sus ojos encontrándola en medio de la multitud. No dijo nada, pero la forma en que la miró le dijo todo: "Gracias".

Margaret, sin apartarse de él, también levantó la vista hacia Blanca. Durante un instante, el hielo entre ambas mujeres pareció derretirse. Margaret no dijo nada, pero una ligera inclinación de cabeza fue suficiente para que Blanca entendiera: no era una disculpa, pero sí una aceptación.

El sol, que hasta entonces se había ocultado entre las nubes, comenzó a iluminar la plaza. Y en ese momento, mientras madre e hijo se abrazaban, y Blanca observaba con el corazón lleno, el ciclo de dolor y traición que había marcado sus vidas comenzaba, finalmente, a cerrarse.

"Porque toda historia merece un final que ilumine el corazón, pero también un lector que lo aprecie."

—Maribel.

Epílogo



Unos días antes de la boda, el cuarto del príncipe estaba cargado de deseo, pero también de emociones profundas que ambos intentaban contener. La tenue luz de las velas proyectaba sombras cálidas sobre las paredes, pero para Blanca, el verdadero brillo estaba frente a ella. Alexander, ahora el príncipe William de Inglaterra, se encontraba allí, tan vulnerable como majestuoso. Aún llevaba las prendas ceremoniales de su coronación, aunque desordenadas y ligeramente abiertas, dejando al descubierto su pecho firme y marcado por cicatrices, un recordatorio de su pasado miserable.

Blanca, apenas respirando, dejó que su mirada recorriera esas marcas. Cada una contaba una historia: de batallas peleadas, de cadenas que lo habían atado, de sufrimientos que nadie merecía. Esas cicatrices eran parte de quien era, de su pasado como un hombre olvidado, usado por los demás. Pero ahora, con la luz cálida acariciando su piel, esas heridas contrastaban con su nuevo título y su porte de príncipe coronado. Era un hombre renacido. Un hombre libre. Y ese hombre la deseaba a ella.

Alexander notó su mirada fija y bajó la cabeza, como si las cicatrices fueran una vergüenza. —¿Qué ves cuando me miras así? —preguntó, con voz grave.

Blanca se acercó lentamente con su vestido de terciopelo azul deslizándose como agua mientras caminaba. Su cabello negro enmarcaba su rostro, y sus labios entreabiertos reflejaban la emoción que bullía dentro de ella. Se detuvo frente a él, extendiendo una mano temblorosa para acariciar una de las marcas más profundas en su pecho. Alexander contuvo el aliento.

—Veo a un hombre que ha soportado más de lo que cualquier otro podría. —Sus palabras eran suaves, pero firmes—. Pero también veo al hombre que amo, al que lo dejó todo por hacer lo correcto. Y ahora... veo a un príncipe que me ha robado el corazón.

Alexander alzó la mirada hacia ella y sin esperar más, tomó su rostro entre sus manos y la besó. Fue un beso diferente: no había urgencia, sino devoción. Blanca sintió que sus rodillas flaqueaban mientras el calor se extendía por todo su cuerpo.

Cuando sus labios se separaron, Alexander dejó que sus manos descendieran lentamente por su espalda, buscando los cierres del vestido. Sus dedos eran torpes, pero Blanca no lo detuvo. Al contrario, se acercó más, dejando que su cuerpo se presionara contra el de él. Podía sentir el calor de su piel incluso a través de las telas que aún los separaban.

Ella desabrochó su chaqueta, dejando al descubierto su torso desnudo. Sus ojos recorrieron cada músculo, cada marca, y sintió cómo la excitación crecía dentro de ella. No era solo deseo, era admiración, amor, una necesidad que nunca había experimentado con tanta intensidad. Pasó sus manos por su pecho, delineando cada cicatriz con una delicadeza que lo hizo temblar.

—Eres hermoso —susurró, dejando un suave beso en una de sus heridas.

Alexander cerró los ojos, sus labios curvándose en una sonrisa rota. Nadie le había dicho eso. Nunca. Blanca no solo lo aceptaba; lo adoraba.

Con un movimiento lento pero decidido, Alexander desató el corsé del vestido de Blanca, dejando que la prenda cayera al suelo en un suave susurro. Ante él, Blanca quedó desnuda, y él la miró con una mezcla de asombro y deseo puro, como si fuera la primera vez.

—No hay título ni corona que se compare contigo —murmuró, inclinándose hacia ella.

Alexander la levantó en sus brazos y la llevó al lecho del príncipe. Blanca lo rodeó con sus brazos con la respiración entrecortada mientras la ansiedad crecía entre sus piernas.

Cuando él la tumbó sobre las sábanas, ella lo observó como si estuviera viendo al hombre por primera vez. Su cabello oscuro caía desordenado sobre su rostro, y sus ojos, intensos y ardientes, parecían ver a través de ella. Blanca temblaba, pero no de frío. Era la emoción, el deseo. El sentimiento de saber que ese momento era solo suyo.

Alexander descendió lentamente sobre ella, firme pero gentil. Cada beso, cada caricia, era una declaración. Sus manos recorrieron su cintura, su espalda, sus caderas, dibujando mapas invisibles en su piel. Cuando finalmente la penetró, ambos jadearon al unísono, sudados, rojos, a punto de desfallecer.

Blanca arqueó la espalda, aferrándose a sus hombros mientras sentía cómo el mundo entero desaparecía. Solo existían ellos dos. Los gemidos de ambos llenaron la habitación, sus cuerpos moviéndose en perfecta sincronía. Alexander la miró a los ojos mientras sus movimientos se volvían más profundos, más lentos.

—Te amo, Blanca. Nunca me cansaré de decirlo.

Ella se aferró a él, susurrando entre jadeos:

—Y yo te amo, William. Siempre seré tuya.

Cuando ambos alcanzaron el clímax, sus nombres fueron lo único que se escuchó en la habitación. Y en ese momento, todo lo que habían sufrido, todo lo que habían perdido, se convirtió en nada más que un recuerdo lejano.



La música de la boda llenaba el gran salón del palacio. Las decoraciones eran impecables, y los invitados de la nobleza no dejaban de murmurar sobre el acontecimiento del año: el príncipe William casándose con la Condesa de Erthal. Nadie hubiera imaginado mejor enlace que ese.

Desde su lugar privilegiado, Margaret observaba la ceremonia. Su hijo, al que había odiado durante años, ahora era la viva imagen de un hombre íntegro, y Blanca, la joven que había desafiado incluso a la corona por amor, su aliada, estaba a su lado.

«Ella me abrió los ojos», pensó Margaret mientras intentaba ignorar al rey Adolfo, quien había iniciado un ridículo e indeseado cortejo hacia su persona desde que William había regresado a sus vidas. Ella, por supuesto, no estaba dispuesto a perdonarlo, y jamás lo haría.

Aun así, nunca había imaginado que el bastardo al que había despreciado, al que había

odiado tanto hasta condenarlo a muerte, sería el hombre que restauraría la felicidad en su vida.

Cuando llegó el momento de que los recién casados saludaran a los invitados, Margaret los detuvo suavemente y los abrazó, primero a Blanca y luego a Alexander.

—Gracias por devolverme algo que pensé perdido, hijo. Y gracias a ti, Blanca, por enseñarme lo que significa realmente el amor.

—Es mutuo, Su Majestad —dijo él, incapaz de llamarla «madre» todavía.

—Supongo que, al menos, el amor de madre puede aliviar cualquier desamor —comentó Blanca, que ya había perdido por completo el temor a la reina Margaret, dedicándole una mirada rápida al rey, que pululaba alrededor de Margaret con insistencia cómica.

Margaret sonrió, genuinamente. Por primera vez en años, sentía que su familia, aunque imperfecta, estaba completa.



La recepción de la boda real estaba en su apogeo cuando Silas apareció en el salón, vestido con ropas humildes pero limpias. La música cesó por un momento cuando su presencia fue notada, y algunos murmullos se extendieron entre los invitados.

Margaret lo observó con atención, evaluando cada detalle del hombre que había sido su rival y, a la vez, su redentor. Finalmente, se levantó y caminó hacia él.

—Hiciste lo correcto al final —dijo con firmeza, pero sin hostilidad—. No puedo olvidar lo que hiciste, pero sí puedo perdonarte. Creo que es hora de que todos aprendamos a perdonar.

—No espero nada más, Majestad —dijo él, con un curioso brillo en sus ojos azules inhumanos—. Agradezco vuestra misericordia.

—Hermano —lo recibió Alexander, extendiéndole la mano. Silas vaciló por un momento, pero aceptó el gesto.

En otro rincón, las amigas de Blanca, Sinderella, Arabella y Aurora, la rodearon con una mezcla de alegría y reproche.

—¿Y por qué no nos pediste ayuda? —preguntó Arabella, cruzando los brazos—. Te hubieras ahorrado mucho drama, mi esposo, el Marqués de Beaton te hubiera ayudado sin dudar.

—Porque ya tenía toda la ayuda necesaria —dijo con voz cálida y llena de gratitud.

Blanca rió suavemente, sintiendo cómo el peso de los días pasados se aligeraba, aunque fuera un poco. Señaló hacia un rincón del salón, donde Wickham, Philipp y Ashbourne charlaban animadamente, como si no hubieran arriesgado sus vidas hacía tan poco tiempo. Incluso Edward, quien en su momento no había tenido el valor de ayudarla, pero ahora había hecho acto de presencia, estaba allí, observándola con una mezcla de orgullo y arrepentimiento.

—Y vaya ayuda que tuvo —comentó Wickham, alzando la voz lo suficiente como para que todos lo escucharan, acercándose—. No todos los días uno puede decir que sobrevivió a una revolución real y está aquí para celebrarlo.

Henry, sentado hasta entonces junto a su prima Marianne y los siempre distinguidos Barones de Fairfax, finalmente se levantó. La mirada que le lanzó a Blanca estaba llena de

emociones contradictorias: admiración, frustración y, sobre todo, una herida que aún no había cerrado del todo. Dio un paso hacia ella, con una elegancia que solo los nobles podían dominar, aunque el leve temblor en sus manos lo delataba. Ya no parecía tan perfecto.

—Lady Snow... o debería decir, lady Erthal —dijo con cierto reproche, sin perder la educación.

Antes de que Blanca pudiera responder, Ashbourne apareció de la nada entre ellos, acortando cualquier distancia, con una copa de vino en la mano y su habitual actitud despreocupada. Hizo una reverencia exagerada, interponiéndose entre ambos con una sonrisa que era todo menos inocente.

—Oh, no, no. Ahora es Su Alteza, lord Fairfax. Es importante que lo recordéis. —Señaló a Blanca con la copa, guiñándole un ojo—. Una princesa real en todo el esplendor de la palabra.

Henry, sin perder la compostura, inclinó ligeramente la cabeza hacia Ashbourne, aunque su mirada volvió rápidamente a Blanca.

—Oh, claro. Su Alteza —dijo, intentando ocultar la punzada de su orgullo. Luego, añadió con un deje de sinceridad—. ¿Por qué no me lo contó? ¿Acaso no merecía un poco de honestidad, Blanca?

Blanca respiró hondo, con la vista fija en Henry. En su mente, los recuerdos de Londres y su tiempo con él se mezclaron con el presente, creando una sensación de culpa. Dio un paso hacia él, ignorando la forma en que los demás observaban la interacción.

—Henry... nunca quise herirle. —Su voz temblaba ligeramente, pero sus ojos no se apartaron de los suyos—. Nunca quise que pensara que no confiaba en usted, pero en ese momento... todo era demasiado complicado. Tenía miedo, nada más. Quise mandarle una carta, pero con todo... me olvidé.

—Lo comprendo. Pero hubiera estado allí, Blanca. Habría movido cielo y tierra por usted, si me lo hubiera permitido.

Alexander, que seguía hablando con Silas, les dedicó una mirada rápida, pero no se acercó, gesto que Blanca agradeció. Ashbourne soltó un suspiro exagerado mientras colocaba una mano sobre el hombro de Henry.

—Es una tragedia digna de Shakespeare, ¿no lo cree? Pero te doy un consejo, viejo amigo: no guardes rencor. Nuestra querida Blanca tiene una habilidad particular para conquistar corazones, pero al final siempre supimos dónde estaba el suyo. —Le dio un golpecito en el hombro antes de retirarse con una inclinación teatral—. Wickham, necesitamos más vino. Esta conversación necesita algo de dramatismo.

—Por supuesto, querido —respondió Wickham, cumpliendo las órdenes.

Philipp, que también había estado observando en silencio, se acercó a ellos con calma. Su rostro mostraba una empatía tranquila, como siempre.

—Lord Fairfax, sé lo difícil que es aceptar cuando alguien que estimas toma un camino distinto al que esperabas. —Miró a Blanca con un pequeño gesto de asentimiento—. Pero su lealtad... su amor siempre ha sido hacia Alexander, perdón... hacia el príncipe. Eso no quita que sigan siendo buenos amigos.

—Vamos, Henry —rio Wickham con una botella de vino, olvidando las copas—. Blanca tenía las manos llenas salvando un condado, enfrentándose a la reina y rescatando a un príncipe condenado. ¿De verdad crees que tuvo tiempo para sentarse y escribir cartas de amor no correspondido?

Blanca lanzó una mirada de reproche a Wickham, pero no pudo evitar una ligera sonrisa.

—Wickham, no hace falta... —intentó decir, pero él levantó una mano.

—No, no. Déjame. Henry, puedo asegurarte de que Blanca tomó cada decisión pensando en lo mejor para todos. Y si decides guardar rencor por ello, entonces no la conoces tan bien como pensabas.

Henry bajó la mirada, con un suspiro que parecía vaciarlo de su última pizca de orgullo. Después, volvió a levantarla, mirando a Blanca con una mezcla de tristeza y aceptación.

—Ya veo... —Su voz era baja, pero no amarga—. Su Alteza, estás usted donde pertenece. Siempre supe que eras demasiado para cualquiera de nosotros. Solo deseo que encuentre toda la felicidad que merece.

Blanca abrió la boca para responder, pero antes de que pudiera articular una sola palabra, Sinderella, que hasta entonces había permanecido en un silencio calculado, dio un paso adelante. Su mirada pasó rápidamente de Henry a Blanca, como si estuviera evaluando cada palabra antes de lanzarla.

—Disculpen que me entrometa —dijo, con un tono casual pero cargado de intención—, pero, milord, tal vez debería aprender a reconocer cuándo algo no está destinado a ser suyo.

Henry giró la cabeza hacia ella, parpadeando sorprendido por su intervención. Al cruzar miradas, algo inexplicable pero innegable pasó entre ellos. Sinderella, con una leve sonrisa que apenas curvaba sus labios, levantó una ceja, desafiándolo a replicar. Henry, tras unos segundos de vacilación, le devolvió la sonrisa, como si aceptara un desafío que aún no comprendía del todo.

Blanca los observó, su sorpresa cediendo al alivio. Quizá el destino estaba moviendo sus piezas de manera inesperada, pero correcta. Sus ojos buscaron a Ashbourne, Wickham y Philipp, quienes estaban observando tan sorprendidos como ella. Incluso Edward, visiblemente incómodo pero genuinamente presente, se mantenía a un lado, intentando sumarse a la celebración.

—¿Ven, amigas? —dijo Blanca, girándose hacia Arabella y Aurora con un destello pícaro en sus ojos—. Ya tenía toda la ayuda necesaria.

—¡Por Blanca, la dama que siempre encuentra la manera de tener la última palabra... incluso cuando no dice nada! —exclamó Wickham, sin importarle las miradas horrorizadas de los miembros de alta alcurnia que estaban presentes.

Philipp añadió con una sonrisa tranquila, inclinando la cabeza hacia Blanca:

—Y por nosotros, que nunca la dejaremos olvidar quiénes estuvieron allí para apoyarla.

Ashbourne se adelantó, levantando su copa también, con su característico aire despreocupado:

—Y por mí, obviamente, que estoy seguro de que sigo siendo el más guapo de este grupo tan entregado.

Blanca negó con la cabeza, riéndose sin preocupaciones. Sus ojos brillaban mientras los observaba, aquellos que habían sido su apoyo en cada batalla.

—Sois insufribles... pero también mi familia.

—¿Todo bien por aquí? —La cogió por la espalda Alexander, William, o como quisieran llamarlo los demás (para ella era, simplemente, era su amor), dedicándole una mirada intensa a Henry, que se limitó a hacer una reverencia formal.

—Todo perfecto —respondió ella con una sonrisa, girándose hacia él para devolverle el abrazo.



Meses después, Erthal había cambiado por completo.

El pueblo, que una vez estuvo bajo la opresión y el abandono, ahora vibraba con vida y esperanza. Los campos eran un mosaico de colores, las cosechas prometían abundancia y las risas llenaban el mercado. Blanca y William caminaban juntos por las calles principales, rodeados de un ambiente de gratitud y admiración. Philipp, siempre atento, los seguía a una distancia prudente, con una sonrisa tranquila en el rostro.

Mientras Blanca y William avanzaban entre la multitud, ella sacó un papel doblado del bolsillo de su capa. La carta de Alethea, escrita con palabras cuidadosas pero sinceras, había llegado días atrás. Blanca la había leído varias veces, y aunque las heridas tardarían en sanar, había decidido perdonarla.

"Blanca, siempre creí que mis acciones estaban justificadas por el amor a mi madre, pero hoy entiendo que solo alimenté su ambición. Me equivoqué contigo, con nosotros, y con Erthal. Espero que algún día encuentres en tu corazón la manera de perdonarme".

Blanca suspiró, deteniéndose un momento para mirar el horizonte. William, que la observaba de cerca, le acarició la mano.

—¿Aún te duele? —preguntó él con suavidad.

—No. La he perdonado. Todos merecemos una segunda oportunidad, y ella está buscando la suya.

Philipp, que había oído parte de la conversación, intervino desde atrás.

—El perdón es la herramienta más poderosa, milady. Pero también es el acto más difícil de realizar.

Blanca asintió, sintiendo que el peso de la traición de Alethea se disipaba lentamente.

Mientras caminaban, lord Harrington, ahora un aliado cercano, se unió al grupo. Su porte distinguido y sus ojos analíticos seguían atentos a cada detalle.

—Es un placer ver Erthal renaciendo —comentó Harrington, mientras inclinaba la cabeza hacia un grupo de comerciantes que ofrecían sus productos en un puesto rebosante—. Aunque debo admitir que nunca pensé que viviría para ver un cambio tan profundo en este lugar.

—Erthal no habría renacido sin vuestra ayuda, lord Harrington —contestó Blanca.

—Mi ayuda no fue nada en comparación con vuestro liderazgo, Alteza. Aunque debo añadir, ahora más que nunca, estáis destinada a dejar vuestra marca en la historia.

Esa misma noche, en el dormitorio del castillo, Blanca miraba el cielo estrellado desde la ventana. La paz que sentía en su corazón era algo que había anhelado durante mucho tiempo.

William se acercó a ella, colocándose detrás para rodearla con sus brazos.

—Pareces perdida en tus pensamientos.

—Ya no estoy sola en mis pensamientos. Hay algo, alguien, que compartirá este futuro con nosotros.

—¿Estás...?

—Sí.

Él la abrazó más fuerte, apoyando su frente contra la de ella.
—Tú y yo, Blanca. Y ahora, nuestra familia. Esto es solo el comienzo.

Nota De La Autora.

Sé que este tiempo de espera ha sido largo, pero cada página de esta historia ha sido escrita con el mismo cariño y dedicación de siempre. Mis miedos, mis dudas y mis sueños como autora también se reflejan en mi carrera. Y es que después de ser madre por segunda vez, no ha sido fácil retomar mi profesión como escritora. Espero que hayáis disfrutado de la historia y que, si podéis, me lo hagáis saber de alguna manera... eso me anima a continuar y a seguir luchando.

¿Conoces ya mi Saga de Pasiones Legendarias? Son los cuentos que todos conocemos, pero con las partes que no nos habían contado. Te prometo que, si mis historias te han gustado hasta ahora, esta nueva saga te encantará.

Quiero darte las gracias por acompañarme una vez más, por leerme, por tus comentarios, por seguirme y, en definitiva, por estar aquí: al otro lado de las letras.

¿Ya me sigues en Amazon? Si lo haces, estarás siempre al corriente de mis nuevos lanzamientos y mis promociones.

Amazon España: https://www.amazon.es/stores/Maria-Isabel-Salsench-Oll%C3%A9/author/B07H7QJ86J?ref=ap_rdr&isDramIntegrated=true&shoppingPortalEnabled=true

Amazon Estados Unidos: https://www.amazon.com/stores/Maria-Isabel-Salsench-Oll%C3%A9/author/B07H7QJ86J?language=es&ref=sr_ntt_srch_lnk_1&qid=1720084660&sr=8-1&isDramIntegrated=true&shoppingPortalEnabled=true

eBooks Kindle Kindle Unlimited Prime Reading Ofertas Los más vendidos Categorías Apps de Kindle gratuitas Familia Kindle eBooks en idiomas extranjeros



Maria Isabel Salsench Ollé

✓ Siguiendo

INICIO ACERCA DE TODOS LOS LIBROS

Maria Isabel Salsench Ollé

Acerca del autor

¡Solo Pulse "Seguir" para recibir notificaciones sobre ofertas y nuevos lanzamientos! Maria Isabel Salsench Ollé está Galardonada con el premio "Mejor novela histórica" de Readeres Crew. Ella nació en Lérida, España,...

[Leer la biografía completa](#)

Más populares



El diario de una institutriz: Romance histórico...

★★★★☆ 318

Versión Kindle

0⁰⁰ € **kindle**unlimited

o 2,99 € para comprar

Libros

Ver todo

Y, también, puedes seguirme en las redes para que tengamos un contacto más directo:

Instagram: <https://www.instagram.com/maribelsolle.escritora/?hl=es>

Página web: www.maribelsolle.com

Besos,
Maribel.